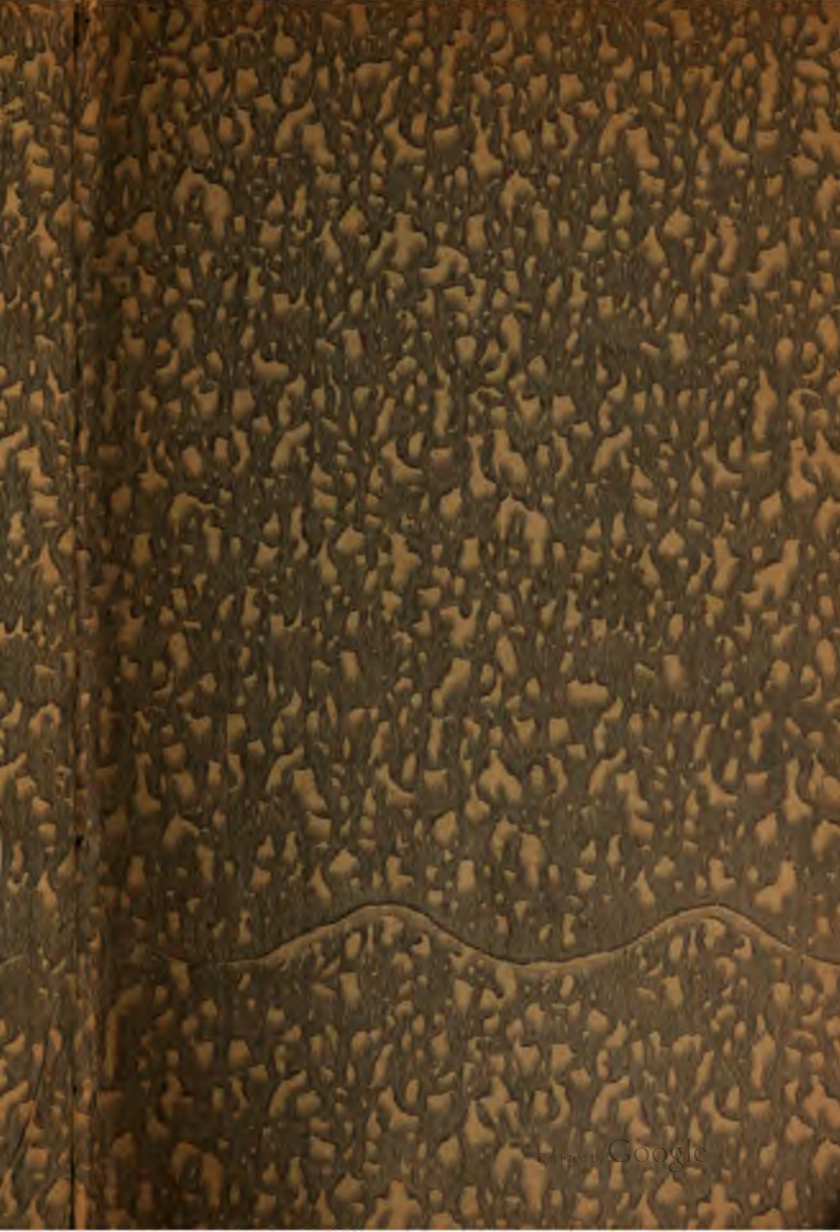




SOR TERESA DE JESÚS MARÍA

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

COLECCION «GIL BLAS»

DIRIGIDA POR

RICARDO LEON

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Serie de autores místicos y ascéticos

OBRAS PUBLICADAS:

Meditaciones del Amor de Dios, por Fray Diego de Estella.

Obras de Sor Teresa de Jesús Maria.

OBRAS EN PRENSA:

El Príncipe escondido, por Fray Marcos Salmerón.

La Victoria de la Muerte, por el Beato Alonso de Orozco.

Diálogos de la Agricultura Cristiana, por Fray Juan de Pineda.

Obras de Sor Cecilia del Nacimiento.

Las Obras De La Sublime Escritora Del Amor Divino SOR TERESA DE JESÚS MARÍA Carmelita Descalza Del Siglo XVII Trasladadas Ahora De Sus Manuscritos Originales y Por Primera Vez Impresas Con Un Estudio Crítico De D. Manuel Serrano y Sanz

MADRID GIL-BLAS
1921

IMP. JUAN PUEYO
LUNA, 29, MADRID

APROBACIÓN

NIHIL OBSTAT

DR. MIGUEL ASIN PALACIOS

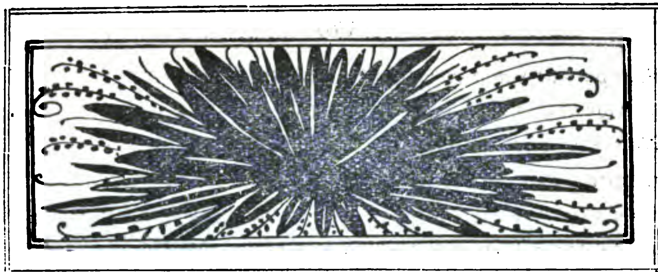
Censor.

IMPRIMATUR

PRUDENCIO

Obispo de Madrid-Alcalá

Se han advertido las erratas siguientes: Pág. 39, línea 27, dice: *añadíese*, y se debe leer: *añádese*. 44, 12: *de las manos de Dios.* = *de las manos de Dios,*. 48, 19: con él = con Él, el. 52, 19: *mia* = *unía*. 60, 19: *a vida contemplativa* = *la vida contemplativa*. 65, 3: *Adeo* = *A Deo*. 69, 11: *aperto* = *aperuit*. 98, 21 y 22: *ánima* = *a niña*. 99, 10: *Deum* = *oleum*. 99, 9: *concederet* = *comederet*. 104, 25: *gresus tiu* = *gressus tui*. 110, 17: *letabimur* = *lactabitur*. 156, 22: *y* = *la cual*. 196, última: *Muvenulas* = *Murenulas*. 203, 15: *dominanium* = *dominantium*. 206, 25: *sictu* = *sicut*. 276, penúltima: *itu* = *tui*. 315, 9: *Jabulón* = *Zabulón*. 322, 4: *mi misterium* = *Ministerium*. 374, 17: *alas* = *olas*. 394, 18: *Virginus* = *Virgines*. 421, 19: *divinidad* = *vanidad*.



ESTUDIO CRÍTICO SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS DE LA RELIGIOSA CARMELITA SOR TERESA DE JESÚS MARIA



EPETIDAS *veces se ha escrito, no solamente por los extranjeros que en nuestras cosas se han ocupado, mas también por algunos de nuestros compatriotas, que, lejos de haber contribuído España al progreso de la humanidad, ha sido uno de los mayores obstáculos que ésta ha encontrado en su camino y el potro donde han sido atormentados el pensamiento científico y la conciencia humana.*

El odio a la religión católica ha engendrado el desprecio a la nación española; nuestro pueblo fué durante dos siglos el baluarte de la fe donde los esfuerzos del protestantismo se estrellaron, el debelador del fatalismo luterano como lo fuera en la Edad Media del fatalismo musulmán: la saludable influencia de la Iglesia había penetrado hasta la médula de nuestra civiliza-

ción; por tales motivos, cuantos han dirigido sus ataques contra la Esposa de Cristo han hecho también armas contra España. No menos que el espíritu anticatólico han sido detractores de nuestra patria los escritores franceses, que llevados de la frivolidad y ligereza que caracteriza a su raza han juzgado de nuestra ciencia sin haberla estudiado, y han pretendido elevar a la categoría de axiomas los deleznables errores por ellos inventados.

Por fortuna, éstos se van disipando, y el mundo sabe los ricos elementos que ha ajustado España a la civilización; los sabios alemanes fueron los que iniciaron la rehabilitación de nuestra patria en el concepto de los pueblos cultos, y hoy, es un lugar común e indicio seguro de ignorancia afirmar que el arbol de la ciencia ha llevado hasta nuestros días en el suelo hispano una existencia lánguida y miserable. Los mismos franceses, tan envanecidos de su cultura, debieran recordar que los escritores españoles fueron sus maestros en muchas ocasiones, que al Discurso sobre el método *precedió la* Antoniana Margarita, *que Corneille no hubiera escrito el* Cid *sin el inmortal drama de Guillén de Castro, y que Bossuet, Massillón y Bourdaloue se han inspirado con frecuencia en Santa Teresa de Jesús, en San Juan de la Cruz y en Fray Luis de Granada.*

Gloria inmortal son de España las obras de estos escritores, cuyo nombre vivirá eternamente; parecen una nueva revelación, y no cabe duda que sobre algunas de sus páginas ha rafagueado el espíritu de Dios, como en el principio del mundo sobre la muda superficie de las aguas. La doctrina de la mística Doctora es celestial al decir de Gregorio XV en su bula de canonización; sus escritos son un himno lleno de fuego; nadie como ella ha cantado los suavísimos coloquios de Dios con el alma, allá en lo más recóndito de la mente en Las últimas Moradas.

San Juan de la Cruz es el Doctor Seráfico por excelencia; su caridad ardiente abraza todos los seres; como San Francisco, contempla el universo, no como un valle de dolores y la región del mal, sino como un gigantesco poema que celebra las grandezas de su Autor; en medio de la armonía que brilla en el mundo, el sol, los cuerpos celestes, la aurora, cada flor, cada planta, anuncian con sus voces al Amado, e indican las huellas por las cuales puede seguirle el alma, hasta que repose en su seno, embriagada con el suavísimo vino de su gracia.

Al lado de estas dos lumbreras se ostentan otros astros de menor magnitud; las obras de Fray Luis de Granada rebosan aquella láctea elocuencia que se admira en el rey de los oradores latinos.

De Fray Luis de León ha dicho Ticknor que hay en su precioso libro, Los nombres de Cristo, *«trozos muy elocuentes, y la lengua ostenta una lozanía comparable a la de los monumentos primitivos de la literatura española» (1).*

Habla muy alto en favor de las excelentes disposiciones literarias que tiene la mujer española, el número de escritoras religiosas y místicas que florecieron en los tiempos de que nos ocupamos.

Sor María de Jesús, abadesa del Monasterio de Religiosas Franciscas de Agreda, escribió: La mística ciudad de Dios, Las leyes de la esposa, Meditaciones sobre la pasión del Señor, Ejercicios cotidianos, *y sus célebres cartas a Felipe IV. María de la Antigua, a pesar de que no sabía escribir, fué autora de casi tres mil opúsculos en prosa y verso sobre asuntos espirituales. María Ana de San José, fundadora de varios conventos*

---

(1) Historia de la literatura española, *tomo II, página 177.*

de Agustinas reformadas en Valladolid, Palencia y otras poblaciones, escribió su vida, que publicó Luis Muñoz, y Comentarios sobre el Cantar de los Cantares. *Doña María Téllez, monja de Tordesillas, compuso un* Libro sobre la Pasión de Nuestro Señor. *Doña Constanza de Ossorio, religiosa del Orden cisterciense, en Sevilla, escribió una hermosa obra, intitulada* Huerto del celestial Esposo.

Hay una mujer ilustre cuyos escritos han dormido largos años cubiertos de polvo en los archivos de su convento; su modestia y el temor ante algunas dificultades que a la publicación de ellos opusieran, han sido la causa de que no se hayan podido admirar su estilo brillante, no inferior en muchas ocasiones al de Fray Luis de Granada, y la profunda ciencia que encierran; esta mujer es Sor Teresa de Jesús María, la más notable escritora mística del siglo XVII. Veamos lo que representa y los escollos que había de evitar; hagamos algunas reflexiones acerca del estado de la religión y de los espíritus en su tiempo.

II

Había surgido en los albores de la Edad Moderna la más poderosa herejía que han conocido los siglos. Los novadores creían restablecer la Iglesia a su primitivo estado, cuando lo que hicieron fué minar los cimientos de toda creencia con el principio disolvente del libre examen. Lutero abrió un hondo abismo donde la ciencia y la religión hubiesen perecido si la Iglesia no las hubiera salvado.

Sabiamente dispuso el Concilio de Trento que nadie interpretara los libros sagrados contra el sentido que les dan la Iglesia

y los Santos Padres; tal dique era necesario para preservar la cristiandad de la creciente oleada de errores que brotaban del seno del protestantismo. Las guerras civiles de Francia y la revolución que volcó el trono en Inglaterra fueron el fruto del libre examen; los errores dogmáticos prepararon los cataclismos sociales.

Como nuestra patria fué la perpetua debeladora de la Reforma, no sólo en el campo de batalla, sino también en el terreno de la ciencia y de la discusión, había en los ánimos un recelo, quizá excesivo, de profesar, sin advertirlo, aquello mismo que se combatía. He aquí por qué fué procesado Fray Luis de León, y por qué los Conceptos del amor de Dios, *sublimes comentarios de Santa Teresa sobre el* Cantar de los Cantares, *no fueron publicados hasta el año 1612, cuando ya el nombre de la Santa era publicado con veneración en todos los pueblos.*

Por la misma causa no se publicaron los Pensamientos de Sor Teresa de Jesús María, *a pesar de que estaban escritos con la mayor pureza de doctrina y de las repetidas protestas de sujetarse en todo al juicio de la Iglesia, única autoridad infalible.*

Un distinguido escritor ha dicho, con profunda verdad, que tan sólo en el seno de la Iglesia católica se conserva puro el misticismo, mientras en las demás religiones viene a perderse en un panteísmo que enerva la inteligencia y ahoga la actividad del alma. Así los budistas sueñan con el Nirvana, al cual llega el hombre por medio del ejercicio de todas las virtudes, y especialmente de la contemplación; cuando el alma llega a él, apenas si tiene conciencia de sí misma; sumergida en el seno de lo infinito, sin más realidad que una sombra, que un sueño, se encuentra en los confines de la nada, y se han borrado las fronteras que separaban unos individuos de otros para formar un gran

todo. Tal concepción de nuestro destino está inspirada en el panteismo; admitida la doctrina de la evolución para explicar el origen del mundo, es lógico admitir que todos los seres volverán al seno de lo absoluto, de donde proceden, y por ende que se borrarán las conciencias individuales, en medio del océano del Ser. Ningún veneno más perjudicial para la inteligencia que tales doctrinas, ningún obstáculo mayor para la ciencia. El misticismo panteista tiende a matar en su germen las energías más brillantes del alma; consecuencia de esto es el carácter estacionario de los pueblos cuyo sistema religioso está fundado en tal error.

De todos estos extravíos se hallan libres nuestros escritores místicos, los cuales siempre hacen resaltar la distinción profunda que hay entre el Hacedor y sus obras, a la vez que un vivo sentimiento de la personalidad humana; podrá ésta sumergirse en el seno de Dios, abismarse en la contemplación de su esencia y, compenetrada de su fuego divino, quedar deslumbrada por la claridad celeste; mas nunca dejará de ser completamente distinta de su Autor.

Una nueva herejía, tan perjudicial a la fe como a las costumbres, se propagaba en España durante los siglos XVI y XVII; era la de los iluminados, nueva raza de fanáticos que bien merecía caer bajo la pesada mano del Santo Oficio.

Los iluminados creían llegar a una unión tan íntima con Dios, que desde aquel punto eran impecables, pues aunque cometieran las mayores torpezas y delitos, en nada se contaminaba su mente, absorta como estaba en la contemplación; de aquí aquel sinnúmero de fanáticos que imaginaban tener las más extrañas revelaciones, y a quienes en castigo de su soberbia, permitía el Señor que Asmodeo les impusiera su yugo.

Tanto cundió esta secta, que, como dice Menéndez y Pelayo «los varones prácticos y prudentes dieron en tener por peligrosos los libros místicos en lengua vulgar» (1). San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús no se libraron de excitar sospechas, y ser con tal motivo procesados por el Santo Oficio.

Otro error no menos funesto amenazaba producir frutos de perdición: era el quietismo, cuyo principal apóstol fué el célebre Miguel Molinos. Reducíase el sistema de éste a poner el ideal del hombre y su perfección suprema en el aniquilamiento de las facultades del alma.

Hoy, que de tales sectas no queda más que un recuerdo, y vemos que se han secado los espinos que amenazaban sofocar las fragantes rosas que entre ellos crecían, podemos admirar mejor que sus contemporáneos las inmortales obras de los místicos del siglo de oro.

III

Pocas son las noticias biográficas que tenemos de la madre Teresa de Jesús María. Nació en Toledo el día 1.° de Octubre del año 1592; fueron sus padres don Juan de Pineda y doña Gabriela de Zurita, cuya piedad y virtudes eran conocidas; llamóse en el siglo María. Siendo, como ella nos asegura, de edad de tres años, sintió ya la voz del Señor que la llamaba al claustro, y entusiasmábase hablando de las dulzuras que pro-

(1) Historia de los heterodoxos, *tomo II, página 531.*

porciona Jesús a las almas que le aman (1). A los nueve, solicitó entrar en la religión del Carmen Descalzo, y como el Prelado hallara algunas dificultades, atendida su corta edad, acordó someterla a un examen: «No me acuerdo bien de las palabras formales que respondí, pero fueron tan extraordinarias y particulares las razones y respuestas que Nuestro Señor me puso que le dijese que se quedó admirado»; parece lo más probable que hizo su noviciado en el convento de la villa de Cuerva, donde más adelante profesó; consta lo último en un manuscrito de la Biblioteca Nacional que contiene algunas noticias sobre varios conventos de Religiosas Carmelitas Descalzas: «A trece de Mayo, año 1609, profesó la madre Teresa de Jesús María, hija de Juan de Pineda y de doña Gabriela de Zurita, naturales de Toledo» (2).

Fundóse el mencionado convento, en el año 1585, por doña Aldonza Niño de Guevara, mujer de Garcilaso de la Vega, Embajador que fué de la Corte pontificia, y hermana de don Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla; no pocas dificultades se opusieron a esta obra piadosa, mas todas fueron vencidas, y pudo doña Aldonza ver realizados sus deseos; tomó el velo de religiosa en esta casa y la gobernó con acierto por espacio de algunos años, edificando con sus consejos y ejemplos a las vírgenes de Dios (3).

María de Pineda tomó al profesar el nombre de Teresa de Jesús María, por el afecto que profesaba a la mística Doctora; más adelante, fué elegida dos veces Prelada, según ella nos dice y determina más el manuscrito citado: «Se hizo elección en

---

(1) Su vida, *escrita por ella misma, página 1.*

(2) *S., 392, fol. 109.*

(3) *S., 392, fol. 74.*

la madre Teresa de Jesús María, profesa de esta casa; fué la elección a 21 de Noviembre año de 1626; tuvo el oficio tres años y ocho meses.» Más adelante añade: «Veintiseis de Julio, año de 1630, se volvió a hacer elección en la madre Teresa de Jesús, que hoy vive; tuvo el oficio tres años menos dos meses, que renunció antes de cumplir.»

No se puede precisar cuándo murió: sabemos tan sólo que fué en el año 1642: así lo dice la madre Manuela de la Madre de Dios, en una carta dirigida, al parecer, a un Prelado, fechada en Cuerva a 3 de Octubre de 1642: «Tocante a lo que pide de nuestra venerable madre Teresa de Jesús María que ha poco murió, las religiosas darán sus dichos jurados y yo enviaré a vuestra reverencia un traslado de su vida, que escribió por obediencia; hay grandiosos papeles de cosas altísimas, que piden libro de por sí andando el tiempo» (1).

Cuando en el primer tercio de nuestro siglo se perpetró en España la inicua expoliación de la Iglesia, se arrebataron a las órdenes religiosas hasta los libros y documentos de sus archivos. Si el derecho amparaba la propiedad de todos sus bienes, con más razón la de aquellos que eran el fruto de sus vigilias, y que contenían el testimonio de los beneficios que habían prestado a la humanidad.

Los documentos del archivo de Religiosos Descalzos de Madrid fueron llevados a la Biblioteca Nacional; entre ellos estaban los escritos de la madre Teresa de Jesús María (2).

---

(1) Biblioteca Nacional, sección de manuscritos, papeles varios, en folio, c. 81, número 41. Esta carta y el manuscrito ya citado contienen multitud de datos acerca de la fundación del convento de Religiosas Carmelitas de la villa de Cuerva.

(2) El manuscrito que contiene las obras de esta escritora se conserva en

IV

Sor Teresa de Jesús no se propone escribir una obra, según un plan preconcebido; en medio de sus éxtasis, y principalmente con motivo de recibir el manjar de la Vida, medita sobre aquellos pasajes de la Sagrada Escritura que más impresionan su alma, y en mil graciosas imágenes y poéticas comparaciones va desarrollando el sentido alegórico con tan excelente ingenio que parece imposible que una mujer, sin más que su talento, alcance lo que muchos por la ciencia y el estudio no han conseguido. Estos comentarios rebosan a veces en ternura y poesía; otras elévanse sobremanera el estilo y el pensamiento. Véase cómo explica una visión de Ezequiel: "Dice el profeta en su primer capítulo que vió junto al río de Chebar una nube grande envuelta en fuego y cercada de resplandor, y en medio de ella cuatro animales misteriosos, los cuales tenían rostros de águilas, de hombres, de leones y de bueyes; cada uno tenía todos estos cuatro rostros, y tenía cuatro alas, y los pies los tenían como de buey. Debajo de las alas tenían manos de hombres, y con las dos alas cubrían su cuerpo, y con las otras dos se unían y enlazaban unos con otros, y adonde los llevaba el ímpetu del espíritu allí caminaban cada uno delante de su rostro sin volver atrás, y estos animales estaban tan hechos fuego que parecían carbones y lámparas de fuego, e iban y volvían a semejanza de rayos resplandecientes. Estos animales significan las almas de

---

la Biblioteca Nacional; es todo autógrafo; según una nota puesta al final, acabóse de escribir a 24 de noviembre de 1686. Un volumen en 8.º de 374 páginas.

los justos que aun están en cuerpo mortal y animal, y por esto los llama animales; mostrábanse dentro de nube grande y resplandeciente y llena de fuego, que es la fe informada, ilustrada y encendida con caridad: tenían rostros y manos de hombres para significar que lo eran, y no sólo en la apariencia significada por el rostro, sino en la verdad y en las obras significadas por las manos; tenían rostros de águila y alas para significar la alteza de su contemplación y conocimiento; tenían rostros de buey y pies de lo mismo para significar cuán prontos están para el trabajo y para cargarse del yugo suave de Cristo, y cómo los que están uncidos con el vínculo de caridad no sienten carga ni dificultad en el arado de la tierra de su cuerpo y de la mortificación de sus pasiones y sentidos, porque, como el mismo Cristo dijo, si alguna vez se siente carga y cansancio, este Señor le alivia y hace que con su compañía y amor se vuelva y se sienta su yugo suave y su carga liviana; tenían también estos animales rostros de leones para significar su fortaleza, su constancia y su perseverancia, y aunque tenían pies de buey no caminaban a su paso en el camino de la virtud y santidad, sino que corrían con aliento y fuerza de león y volaban como águilas. Las manos que tenían debajo de las alas significaba que no sólo volaban con los deseos y afectos, sino con obras también; las dos alas con que se cubrían eran significación de la caridad, porque ésta, como dice San Pablo, cubre la multitud de pecados, los cuales se llaman aquí cuerpo, porque en él está la perversa raíz del fomes peccati, *de donde salen las ramas de los pecados; las otras dos alas con que se juntaban y enlazaban los animales unos con otros eran significación de la caridad y amor de los prójimos, la cual nos une y enlaza con ellos con vínculo de perfección. Estos animales caminaban adonde los llevaba el im-*

petu del espíritu para que se entienda que estos tales justos son verdaderos hijos de Dios, y, como tales, movidos de su divino Espíritu, no obran ni se mueven a cosa por su propia voluntad ni gusto, sino por la de Dios, dejándose gobernar de él y de los que están en su lugar, y siempre caminaban delante de su rostro, siempre iban adelante en la perfección sin volver un punto atrás, y aun sin pararse estaban tan abrasados en el amor de Dios, que parecían lámparas, rayos y carbones y brasas de fuego, que es decir que parecían serafines“ (1).

Veamos cómo comenta las palabras del Salmista, Dies diei eructat Verbum: *“El día infinito de la persona del Padre habla una palabra al día de la esencia del alma, que también está como día clarísimo por la iluminación de la gracia que ilustra y alumbra más que el Sol de medio día, y la palabra que habla este día increado al día creado, es su mismo concepto, que es el Verbo, comunicándosele para que sea también concepto de su entendimiento. De dos maneras comunica una persona a otra el concepto que tiene en su entendimiento; la una, mostrándole alguna semejanza de la cosa que quiere dar a entender, y la otra, diciéndole alguna palabra que le declare el concepto que quiere manifestar; de estas dos maneras comunica el Padre Eterno su divino concepto, que es su Hijo, a las criaturas intelectuales. De la primera manera, que es por medio de alguna semejanza o especie del mismo concepto, se comunica a los seres bienaventurados, los cuales están viendo este concepto dentro del mismo Padre por medio de la lumbre de gloria que se les da al entendimiento, la cual es como una especie divina que une al entendimiento con Dios, de tal manera, que sin medio de palabras se entienden y ven este divino concepto como él es y no*

---

(1) *Página 258, de este libro.*

por semejanza. Pero se puede llamar semejanza o especie, porque así como para ver los ojos corporales las cosas materiales como ellas son, es por medio de una semejanza que de ellas se forma y de las especies que la luz comunica a la potencia visiva, las cuales especies se unen con ella, y de esta manera ve todas las cosas como ellas son, así para que el entendimiento criado pueda ver a Dios, es menester que por medio de la lumbre de gloria se una con su entendimiento el mismo Dios y de esta manera le vea como él es, quedando impreso en su entendimiento el concepto que la persona del Padre tiene en el suyo, que es la Sabiduría. La segunda manera de recibir el entendimiento el concepto, que es oyendo alguna palabra con que se comunique es más propio de esta vida, porque en ella no conoce el entendimiento a Dios viéndole como es en sí mismo, porque le falta la especie divina de lumbre de gloria sin la cual no puede ser visto, sino recíbele por medio de la fe, la cual es la que habla al oído interior del mismo entendimiento y por ella le comunica el Padre Eterno este divino concepto y palabra suya. El entendimiento hace en el alma oficio de ojos y de oídos, porque es el que ve las cosas inteligibles por medio de las especies visivas, y el que escucha y oye con atención las cosas que se le comunican por especies que tocan al oído, y así oye y percibe aquesta divina palabra que el Eterno Padre le comunica por medio de la Fe, la cual es especie divina, con que el oído interior oye a Dios y percibe y recibe este divino Verbo y palabra" (1).

El inefable consorcio del alma con la Divinidad mediante la gracia y el amor están descritos con rasgos sublimes: "Algunas veces—dice—muestra Dios al alma su amor y parece que está

---

(1) Páginas 237 y 38 id.

como derramándose y entrañándose en ella, con lo cual parece se derrite la misma alma y se hace una cosa con Dios por amor." A veces la profundidad del pensamiento compite con la elegancia de la forma; veamos cómo habla de la consustancialidad de Dios con su Verbo y de su semejanza con nuestra alma: *"Hay tres maneras de espejos: uno divino, otro espiritual y otro material, y por la semejanza de este material se entiende algo de los otros dos. El espejo divino es el Verbo eterno y el Padre imprime en él su imagen de tal manera que le comunica toda su naturaleza divina con todos sus atributos y perfecciones, de manera que es Dios juntamente con él esencial y sustancialmente, no como la imagen que se imprime en el espejo material, que aunque parece otra persona de la misma manera de cuya es, la imagen no tiene vida ni ser, sino sólo un accidente que representa al vivo aquel rostro, y digo al vivo porque no es como pintado en un cuadro, sino que muestra todas las acciones de vida que la persona hace quando se mira o es vista en él. El espejo espiritual es el alma y es como un medio entre los dos espejos dichos divino y material. Porque no recibe la imagen de Dios sustancial y material como la recibe el Verbo divino, ni tan sin vida como la recibe el espejo material, sino que como este espejo espiritual es vivo y capaz de recibir esta imagen de Dios por Gracia, y le crió su Majestad para este fin, y como la imagen que se imprime es un inmenso bien y tan comunicativo, comunica a este espejo del alma tales resplandores y una calidad tan divina que no sólo es espejo donde se ve a aquella imagen, sino que el mismo espejo se hace también imagen viva de Dios y se transforma en él de manera que aunque no lo es por esencia lo parece por las divinas cualidades, resplandores y perfecciones que ha recibido y participado del mismo Dios, y aunque no*

tiene su divino ser, tiene una participación de él y de su misma vida y operaciones... viendo Dios su imagen viva en aquella alma que es tan semejante a él ámase a sí mismo en ella, y ardiendo en ella aquel infinito amor hace que ella cooperando con él ame con el mismo amor infinito afectivamente, y así se están mirando, amando y gozando recíprocamente a semejanza del Padre eterno y del Verbo divino" (1). En otro lugar escribe: "Respiración de lámparas de fuego que es aire inflamado y de llamas de amor es lo que está siempre pidiendo este divino corazón (el de Cristo), una continua aspiración inflamada y amorosa, la cual deseo con tanta ansia que la emulación y celo de que no me falte se puede comparar a la intensión y duración del infierno que, aunque su fuego es tan diferente del mío, por lo fuerte y eterno es algo semejante" (2).

Escoge muchas veces como tema de sus meditaciones el libro del Cantar de los Cantares. *Este sublime epitalamio de las nupcias del alma con la divinidad había sido comentado por Santa Teresa, y ya hemos visto las dificultades que se ofrecieron para su publicación; cuán atrevido se reputaría que una mujer pretendiera sondear los misterios de una obra cuya lectura estaba prohibida entre los hebreos a los que no hubieran cumplido cuarenta años. Teresa de Jesús, inspirándose en este poema, traza a veces cuadros de una sencilla, a la vez que elevada, elocuencia y de encantadora belleza; son idilios en los que se aspira la fragancia de las flores y se siente uno transportado a un ambiente de paz y de dulzura.*

"Mi amado—dice—es blanco y tan cándido, que es la misma blancura y candor de la luz eterna e inaccesible; es rubicundo

(1) *Páginas 46 y 47 id.*
(2) *Página 84 id.*

y encendido porque todo él es el mismo fuego y la esfera del amor; sus ojos son como palomas sobre los arroyos de las aguas; sus mejillas son como huertecitos plantados de cosas olorosas" (1).

Hay que observar que nunca nuestra mística llega a admitir la confusión del Ser divino y el creado; llegarán a estar tan unidos como la luz con el cristal que compenetra e ilumina, como la sangre y el calor que le da vida, pero siempre reconoce que el alma es esencialmente distinta de su Autor. La doctrina católica ha ofrecido siempre una barrera insuperable a los sueños de un panteísmo absurdo y enervante; jamás alguno de los místicos que florecieron en la edad de oro de nuestra literatura se expresó de una manera ambigua sobre este punto: "Así como los ríos (dice Dios) salen de la mar y vuelven a entrar en ella, y cuando están dentro de ella no parecen ríos, sino la misma mar, así tu alma salió de mí por la creación, y después de haber corrido como río por la tierra, se ha vuelto a entrar en mi divinidad por unión y transformación de gracia y amor, y estando este río dentro de esta inmensa mar, ya no parece río, ya no parece criatura, sino el mismo mar y el mismo Criador, aunque quedando distinta la naturaleza de ambos" (2).

Admiración causa la profundidad teológica y filosófica que brillan en los escritos de Sor Teresa de Jesús; ella misma confiesa que su doctrina no la había aprendido de los hombres, sino que le era comunicada mediante la claridad con que Dios alumbraba su entendimiento. Sus pensamientos están escritos con frecuencia en un brillante lenguaje; veamos el siguiente pasaje: "Esas tus divinas perfecciones, ríos inmensos y levantados son,

---

(1) Página 118, de este libro.
(2) Página 255, ídem.

y entrando en ellos siento que se levantan unas ondas altísimas y suenan como voces por la grande multitud de las aguas, y en estos levantamientos admirables de estos divinos mares y ríos, luego me voy a fondo, que no hay entendimiento criado que aquí pueda navegar, y así me dejo anegar gozándome sumamente de ver tu infinita fortaleza" (1).

Su erudición bíblica era portentosa; hallábase familiarizada con los libros de ambos Testamentos de tal manera que, cuando quiere interpretar un versículo, al momento acuden en tropel a su mente multitud de otros que lo explican o confirman, cual si en vez de una humilde monja fuera un doctor encanecido en el estudio de la Sagrada Escritura.

El mal gusto empezaba a corromper los mejores ingenios; a las formas del arte puras y correctas, como las esculturas helénicas, sustituíanse las alambicadas y extravagantes del culteranismo. Causa lástima indecible ver cómo los más ilustres escritores combatían duramente los vicios introducidos en las letras, y al mismo tiempo incurrían en ellos; escribía Quevedo su Culta latiniparla, *y apenas hay página de sus obras que no adolezca de los defectos que censuraba. Teresa de Jesús ha conservado puro su lenguaje en medio de aquel universal desvarío; como escribía las cosas con la misma sencillez que las dictaba su corazón, fluían los pensamientos con suavidad y expresábalos en un estilo tan sencillo como elocuente. Habíase apartado del mundo en el claustro como a una isla en medio de un mar tempestuoso y este aislamiento hizo que conservara en sus escritos el candor de su alma y que muchas veces su estilo no sea inferior al de Fray Luis de Granada.*

Hemos estudiado la vida y escritos de la madre Teresa de

(1) Página 112 íd.

Jesús María, y visto la profundidad de pensamientos que en ellos es de admirar, al mismo tiempo que el lenguaje elegante de que van revestidos; en ellos se ve un alma sencilla que en alas de la fe y de la caridad más entusiasta se remonta a alturas donde sólo la religión puede elevar los espíritus, que desligada de lo temporal y relativo, se cierne en medio de la Divinidad como el águila en medio de las nubes.

Grandes invectivas se han dirigido en la Edad Moderna contra la vida monástica; pero aunque los conventos no hubieran servido sino para crear almas casi emancipadas de las prosaicas ocupaciones de la vida secular y de la continua lucha por la existencia, dedicadas por completo a la verdad y al bien, serían dignos de ser considerados como focos luminosos en la historia del género humano. El mismo Renán dice que en los monasterios se formaban aquellas naturalezas tan delicadas como no es posible concebir a los que vivimos en el siglo.

Siempre la ciencia ha mostrado cierta predilección por las corporaciones regulares; monástica era la vida de los pitagóricos, según la describen los historiadores, y en la Edad Media vemos cómo el saber se refugia en los conventos huyendo de las turbulencias de aquella sociedad agitada.

En una edad como la nuestra en que los espíritus, a causa de haberse atenuado la fe viva que antes informaba los pueblos, viven dedicados casi por completo a los caducos y efímeros intereses temporales y apegados a la materia, como la ostra a la roca en el fondo de los mares, urge una reacción que haga levantar el pensamiento a esfera más elevada donde pueda respirar el oxígeno vivificante de la verdad, sin la cual no puede existir el género humano. Para conseguir tal resultado ayudará no poco la lectura de nuestros escritores místicos, los cantores del

amor divino, entre los cuales debe ocupar un lugar distinguido la insigne madre Teresa de Jesús María, cuyos pensamientos parecen escritos con fuego, fuego de caridad celestial que enciende las almas con el más vivo entusiasmo, purificándolas de la bajeza de los afectos terrenales; el entusiasmo que en ellos late, la profundidad de la idea y la elegancia de la forma, cualidades son todas que hacen de ellas una obra tal vez más notable que las de algunos místicos contemporáneos, como el P. Nieremberg y el P. Lapuente.

La madre Teresa de Jesús es una escritora digna de ser admirada y de que el mundo conozca la excelsitud de su inteligencia y la caridad ardiente de su corazón.

MANUEL SERRANO Y SANZ.



ADVERTENCIA

Quizá el discreto lector, hojeando las páginas de oro de esta nobilísima monja descalza, note con extrañeza algunas ideas tocantes al tercer camino de perfección, por donde plugo a Dios llevarla lo más del tiempo de su vida religiosa.

Andaba Sor María Teresa con unas ansias grandísimas de unirse a Dios, como la enamorada de los *Cantares*, con aquel género de unión maravilloso e inefable de que trata Santo Tomás de Villanueva (1), que se tiene entre la Divinidad y el alma abrasada en incendios de amor celeste, quedando entrambos hechos una misma cosa y *un mismo espíritu*, según expresión del Apóstol (2).

Llega a tanto su familiaridad con la Majestad eterna, que unas veces se mira abismada en la esencia divina, haciéndose casi una cosa con ella (pág. 20); otras, le parece que su alma, enjoyada de virtudes, arrebata las miradas del Padre Eterno, y concurre con Él a la generación del Hijo (pág. 23); otras, considerándose como se considera unida en cuerpo y alma a Cristo Redentor (pág. 36), pide al Padre de las lumbres le comunique su fecundidad, para, amándole con el Verbo, contribuir a la procesión del Espíritu Santo (pág. 48).

Cuantas veces trata de esta misteriosa unión, otras tantas nos dice clarísimamente que no recibe de Dios las perfecciones divinales de la manera que el Hijo, *esencial* y *sustancialmente* (pág. 46), sino como el espejo espiritual de su alma es capaz de recibir esta imagen de Dios, *por gracia*. Se hace viva imagen de Dios y se transforma en Él; «de manera que, *aunque no lo es por esencia,* lo parece por las divinas cualidades, resplandores y perfecciones que ha recibido y *participado* del mismo Dios, y aunque *no tiene su divino ser, tiene una participación* de Él y de sus mismas operaciones» (págs. 46-47.)

Así, cuando en la página 48 pone en labios de la Majestad increada aquellas palabras de los Cantares (3), «estás hecha

---

(1) S. Thomas a Villanova; In Cant. Canticorum, cap. I; 1619.

(2) I Cor., cap. VI, v. 17.

(3) Cant. Cant., cap. VI, v. III.

terrible, como los mismos ejércitos y escuadrones, teniendo en ti mis divinas perfecciones y atributos», no quiere significar que estén en su alma *esencialmente*, como en el Verbo, sino de la manera que dijo poco antes, que la esencia infinita irradiaba sus perfecciones en el espejo de su alma, *por gracia*, y de un modo misterioso. (Véase también en la pág. 264 y en la 413 una rotunda aclaración de este y otros conceptos.)

En el mismo sentido se ha de tomar aquello que pidió al Padre celestial, de que le comunicase su fecundidad, como al Hijo, para, amándole con Éste, ser parte en la procesión del Espíritu Santo.

En todas estas ocasiones se ve bien a las claras que la escritora no confunde su ser con el divino, antes por el contrario, apenas sale de su arrobo místico, no sabe de qué manera agradecer a Dios tantas mercedes como le hace, levantándola a contemplar sus divinas perfecciones, a ella que es toda miseria y barro vil. Y luego la vemos tan dispuesta para cumplir todo aquello que fuere del agrado de Dios, que es el fruto que saca siempre de tan alta oración (págs. 324 y siguientes).

Con todo ello no es ocioso advertir a los lectores profanos acerca de las reservas con que deben leer esas y algunas otras páginas de los *Comentarios sobre pasajes de la Sagrada Escritura* (páginas 69-73-74-90-124-126-246-255-261), en que la autora describe los estados de la unión extática en formas de expresión algo atrevidas y poco usuales, así como las interpretaciones un tanto vehementes o arbitrarias que suele dar a algunos textos; quizá porque, como decía Santo Tomás de Villanueva, «el Amor es señor absolutísimo que no reconoce majestad ni sabe de reverencias, todo lo lleva por una misma medida, a todo se atreve y todo lo reputa lícito: por eso hay que ser indulgentes con el Amor» (1).

«La fuerza del divino Amor—corrobora con bellísimas frases la enamorada Carmelita (2)—es como vino fuerte mezclado con sal, que embriaga poderosamente las almas y las hace salir de sí y hacer operaciones interiores fuera de toda razón, con afectos de cosas tan superiores que son totalmente imposibles en el efecto.»

Acerca de los hechos de carácter sobrenatural referidos por la Autora en este libro, el Editor, conforme a los decretos del Pontífice Urbano VIII, declara que no pretende adelantarse al juicio que sobre ellos pudiera dar nuestra Madre la Iglesia.

---

(1) In Cant. Cant., cap. I.

(2) Página 436.

I

TRATADO DE UNA BREVE RELACIÓN DE SU VIDA, QUE CUENTA UNA MONJA DESCALZA



I



IZOME Nuestro Señor grandísima merced en darme padres muy santos, de cuyas virtudes y de la de mis hermanos había mucho que decir. Mi nacimiento fué a 1.º de octubre del año de 1592. Siendo como de tres años, y aun pienso que no los tenía, me llamó nuestro Señor para monja descalza, y aunque yo no entendía entonces qué cosa fuese este estado, decía muchas veces y en todas ocasiones que había de ser monja, y de qué religión y en qué convento, aunque yo no le conocía. Todo lo cual decía con palabras tan balbucientes, que apenas se podían entender estos deseos, mas la demostración de ellos se fué continuando, hasta que tuvieron efecto como después diré.

Siendo como de edad de cinco años, sentía en mi corazón grande amor al Niño Jesús, y le decía mil requiebros a una estampa que tenía suya, pidiéndole me hiriese el corazón con

sus saetas, y parecíame lo hacía según las lágrimas y afectos amorosos que yo sentía.

Una vez me pareció que le veía junto a mí, con una corona de espinas en su cabeza, y que con una de ellas me abría el corazón, y entrándose Su Majestad dentro de él, le volvió a cerrar. Era muy inclinada a soledad, y como en casa de mis padres no había tanta comodidad para esto, procuré, con grande ansia, me dejasen acomodar una piececilla muy apartada que había, y harto inmunda, para estar todo el día en ella, y así lo hacía con grandísimo consuelo y gusto de verme allí apartada de la comunicación de las criaturas.

Siendo como de siete años, me pidió palabra de casamiento un pariente mío, y aunque me lo rogó con mucha instancia, jamás se la quise dar, diciendo no había de tener otro esposo sino a Cristo.

Algunos tiempos estaba con grandes fervores y los deseos dichos de soledad, y otros me divertía en travesuras y juegos de niños, y aprovechándome muy mal de lo que Dios hacía conmigo, cometía hartas culpas de las que podía hacer en aquella edad, y luego tornaba nuestro Señor a enamorarme de sí interiormente.

Tenía mi madre grandes ansias de ser monja descalza, y el no poderlas cumplir la afligía mucho; dábame nuestro Señor a mí muchas razones y palabras con que la consolaba, y gastaba muchos ratos en esto, con tanta admiración y consuelo de mi madre que la hacía derramar lágrimas.

Dióme una enfermedad en esta edad, que se me tulleron las piernas de manera que no me podía menear. Estuve así algunos días con grandes dolores. Púsome mi madre en las rodillas una reliquia de un religioso de la orden de San Francisco, que se

llamaba Fray Juan de la Andrada, e hizo oración a Nuestro Señor, por un rato, suplicándole me sanase. Y luego me levanté tan buena, que podía correr por la casa como si no hubiera tenido ningún impedimento para ello.

Después de comer y cenar, la recreación que teníamos sobre mesa mis padres y hermanos, era decir cada uno alabanzas del Niño Jesús y hacer actos de amor de Dios, y yo decía muchas veces: «¡Bendito sea el Niño Jesús porque es muy lindo y muy hermoso y mata de amores a quien le mira!»

Trajéronme mis padres a este convento, donde yo deseaba ser monja, y como las religiosas me viesen con algunas galas y sortijas, dijéronme que cómo si pensaba ser monja traía aquello. Pues luego, al punto, con gran fervor, me quité las sortijas y las arrojé muy lejos, diciendo que si aquello era impedimento ya estaba quitado. Todo mi consuelo y alegría era estarme poniendo y probando las cosas de monja. Antes que cumpliese nueve años me dieron los confesores licencia para comulgar, y lo hacía a menudo, con mucha devoción.

Estando un día en la iglesia de los religiosos descalzos carmelitas de Toledo, mi madre estaba conmigo, y una beata de muy santa vida, que se llamaba Inés de Jesús, a la cual le manifestó Nuestro Señor mi alma y la veía con grandísimas riquezas y que la mostraba Su Majestad gran amor, vió en visión cómo yo había de ser monja, y vióme vestida del mismo hábito que ahora tengo, y la santa Inés de Jesús le dijo a mi madre: «Tenga cuenta con esta niña, que ha de ser cosa muy particular, y presto la verá monja». Y así sucedió; porque mis deseos de tomar este estado iban creciendo cada día, y cualquiera dilación se me hacía muy larga. Y aunque Nuestro Señor me dió algunas gracias naturales, no me inclinaba a

emplearlas en el mundo, ni deseaba cosa de él, ni jamás se pegó mi corazón a ninguna criatura, aunque me mostrasen muchas gran amor y me obligasen de muchas maneras, ni a mis propios padres, hermanos y parientes. Jamás tuve ningún asimiento, antes deseaba mucho apartarme de todos, y el hacerlo no me costó ningún trabajo ni sentimiento natural, ni por esto derramé nunca lágrimas.

Sucedió que vino allí a Toledo el padre provincial, que era entonces de esta religión, y al punto que lo supe importuné mucho a mis padres que fuesen a hablarle y pedirle licencia para que yo entrase monja. Mi padre se determinó a hacerlo y habló al padre provincial, el cual recibió muy mal esta petición, y le despidió muy secamente y con gran resolución, diciendo que no era cosa que en esta religión se permitía entrar niñas, ni se había concedido a otras personas muy graves que lo habían pedido, y que así, no se tratase más de esto, porque le daría mucha pesadumbre. Mi padre, con esta respuesta, tenía por imposible el cumplimiento de mis deseos; pero cuando yo lo oí, no sólo no me desanimé ni desconfié, sino que tuve por cierto se había de hacer, y que yo, por mi persona, lo alcanzaría luego del Prelado, y así pedí a mis padres que me dejasen que le fuese a hablar, y aunque me lo resistían, al fin lo alcancé. Previneme con algunas oraciones y devociones, para alcanzar de Nuestro Señor me diese buen suceso, y fuí al convento de los religiosos y pedí me llamasen al padre provincial a un confesonario, que le quería hablar a solas. Vino luego el Prelado y propúsele mis deseos. Él me hizo muchas preguntas, así del intento que tenía de abrazar tan temprano religión tan penitente, como otras muchas cosas de oración y de cuántos modos hay de presencia de Dios, y cuál de ellos me pare-

cía a mí más perfecto. No me acuerdo bien de las palabras formales que respondí; pero fueron tan extraordinarias y particulares las respuestas y razones que Nuestro Señor me puso le dijese, que se quedó admirado y rendido a concederme lo que le pedía, juzgándolo por cosa muy particular y extraordinaria. Púsome grandes dificultades en la guarda de la regla de esta santa religión, y yo a todo respondía con gran fervor y deseos de padecer por Dios. Preguntóme qué tanto había que deseaba ser monja. Respondí que muchos años había, y preguntándome cuántos tenía, dije que no había cumplido nueve (como era verdad que no los había cumplido). Gustó mucho de esto, y porque él solo no podía dar la licencia, me ofreció que la procuraría alcanzar del padre general y definitorio, a quien tocaba esto, y así lo hizo. Ayudó a esto el mover Nuestro Señor los corazones de las religiosas de esta casa, para que con grandes ansias deseasen recibirme en su compañía; y así escribieron a los prelados en nombre de todo el convento, y con firmas de todas las religiosas de él, pidiendo licencia para recibirme, lo cual no se hace sino en casos muy graves y muy raras veces o ninguna. Al fin, Nuestro Señor lo dispuso de manera, que luego envió el definitorio la licencia para después de pasados los fríos del invierno, y aquel año no los hizo; y así se concertó la entrada para el día de la Purificación de Nuestra Señora.

II

Este día recibí el hábito, con gran solemnidad, con gran ternura y devoción de mis padres y consuelo mío, y tanto áni-

mo, que el despedirme de mis padres no me causó ternura ninguna. Con todas las cosas de la religión me hallé siempre muy bien y con gran consuelo, sin que jamás haya tenido ni un solo punto de descontento, ni inclinación a volver al mundo, ni a ninguna cosa de él. Guardaba en todo la Regla, desde aquella edad, si no es el traer estameña y no comer carne, que en esto se dispensó conmigo hasta que tuve catorce o quince años. Era grande mi ansia de conformarme en todo con las demás religiosas, y sentía mucho que me diesen algún alivio, como dejar de ir a maitines algunas noches. Hablaba de las cosas espirituales, de manera que las religiosas y todas las personas que me oían, se admiraban y lo juzgaban por cosa notable y extraordinaria.

Poco tiempo después de haber tomado el hábito (no sé si sería el año) murió mi padre, de que yo no hice ningún sentimiento, y como mi madre tuvo tantos años antes deseos de ser monja de esta misma religión, en poniendo en estado a mis dos hermanos, que también le tomaron de religiosos (el mayor lo es en esta misma orden y se llama Fray Pedro de Jesús, y el otro entró en la Compañía de Jesús y se llamó Ambrosio de Pineda; éste murió ha pocos años, habiéndolos vivido ejemplarísimamente en su religión): en habiendo, pues, entrado religiosos mis dos hermanos y quedando mi madre sin cuidado de ninguno de sus hijos, trató de entrar monja en este mismo convento donde yo lo soy, lo cual resistía yo muchísimo, temiendo no fuese causa la compañía de mi madre para que me llevase parte del amor que deseaba emplear en solo Dios, y aunque me holgaba que mi madre fuera monja, sentía mucho lo fuese en este convento; así decía, que si esto tenía efecto, que yo había de procurar con todas veras me llevasen

a mí a otra casa. Mas cuando la entrada de mi madre en ésta parecía estaba ya muy a punto, lo desconcertó Nuestro Señor y movió a los prelados que no diesen licencia para que entrase en este convento, sino en otro. Esto no pudo ser por entonces, y así se dilató su entrada en la religión algunos años.

Cuando yo entré monja me llamaba María, y pusiéronme por sobrenombre de Cristo, y después, por devoción de nuestra Madre Santa Teresa, me pusieron este nombre cuando profesé, y aun algún tiempo antes.

Padecí algunas enfermedades en los primeros años; y sintiendo mucho mi madre y los demás parientes que yo estuviese con tan poca salud, estuvieron determinados de venir a sacarme del convento por fuerza, cuando no lo hiciese de mi voluntad; y estaba ya señalado el día para esto. Cuando yo lo supe sentílo mucho; pero tuve gran confianza de que no tendría efecto; y luego fué a Toledo un sacerdote de este lugar, que tenía conocimiento con este convento, y pedíle que hablase a mis parientes para que dejasen sus intentos, y al punto que el sacerdote les habló mudaron de parecer y no trataron más de ello.

Siendo como de edad de doce años, poco más o menos, empezó el demonio a perseguirme con muy grandes tentaciones, las cuales tenían tales circunstancias y tan notables delicadezas y rodeos, que me pusieron en grandísimos aprietos interiores, padeciendo grandes temores y confusiones, pareciéndome estaba del todo dejada y desamparada de Dios, y la más perdida criatura del mundo. Bien cierto es que yo me aproveché muy mal de lo que había recibido de Dios, y no correspondí con lo mucho que debía a Su Majestad, antes cometía muchas culpas y faltas; pero no en lo exterior, ni de ma-

nera que las religiosas las echasen mucho de ver, ni en lo interior tampoco dí jamás consentimiento expreso de cosas de pecado mortal, ni me acuerdo que me detuviese de propósito ni voluntariamente en ningún pensamiento ni tentación; pero ellos eran tales, que parecía había muchos pecados mortales por consentimientos tácitos y por rodeos notables. Al fin, era de modo que los confesores se hallaban muy atajados y confusos, no sabiendo qué declaración dar a aquellas cosas. Lo más ordinario, me afligían y apretaban notablemente, y así no hallaba consuelo en criatura ninguna, y menos en Dios, porque estaba grandemente desamparada de Su Majestad; más parecía mi interior cosa de infierno que de esta vida. Algunos confesores me aconsejaban que me fuese al mundo, que en él podría ser viviese con más paz. A mí me afligía esto muchísimo y derramaba muchas lágrimas. Parecía que cometía millares de pecados, y no podía certificar ninguno; los confesores no me entendían, algunas veces me daba Nuestro Señor grandes llamamientos a lo interior, y sentimiento de mis culpas, derramando muchas lágrimas, particularmente una vez que me parece vi en lo interior de mi alma a Cristo Nuestro Señor con la cruz a cuestas, muy fatigado, y que me decía: *Sígueme.* Causóme notable ternura y sentimiento, y grande ansia de servir muy de veras a Su Majestad, aunque la inquietud interior y tentaciones no cesaron.

Estando una religiosa muy afligida y desconsolada (a quien Nuestro Señor mostró muchas cosas de mi alma, y la encargó cuidase de ella y me ayudase en cuanto pudiese a procurar la perfección, como diré después), me dió a entender Su Majestad estas palabras: que la dijese *que si al santo Job le lastimó tanto la mano de Dios, sólo con tocarle, qué sería lo que ella*

podía sentir estando todo el cuerpo de Cristo crucificado con ella. Estas palabras le fueron a la dicha de notable alivio, porque conoció que pasaba en su alma de la misma manera que yo le decía, y díjole Su Majestad a la religiosa afligida estas palabras acerca de mí: *Esta alma es para mí como un río clarísimo, y así me deleito en ella; llegará a grande transformación en mí, si no queda por su parte;* y mostróle Su Majestad todo lo que por mí había de pasar, hasta mi muerte, en una larga visión, la cual está escrita en otros papeles.

Cumpliendo ya diez y seis años, y viniendo aquí el padre provincial de esta orden, tratóse de que diese licencia para que yo profesase. Mi confesor le informó de mis trabajos y caminos, y el inconveniente que le parecía eran para mi profesión. El prelado reparó mucho en esto, y quiso confesarme generalmente y tratar las cosas de mi alma muy despacio. Pareciéronle tan mal, que me apretó y afligió más de lo que se puede decir, porque todo lo juzgaba por pecado mortal, tanto, que afirmaba que no había estado en estado de gracia desde que tuve uso de razón hasta entonces, y admirábase mucho de mi perdición y del ánimo con que estaba, y así me decía que no parecía doncella, ni religiosa, ni mujer, aun de las perdidas del mundo, sino un soldado desalmado, y que de ninguna manera profesase, porque no sólo sería mala para mí, sino que deshonraría la religión. Y con otras cosas de esta manera, de grande trabajo y humillación para mí, al fin se fué sin querer dejar la licencia. A las religiosas, como no sabían la causa ni habían hallado nunca ningún impedimento para mi profesión, y tenía ya cumplida la edad que tantos años había esperado, causóles gran admiración esta dilación, y lo mismo a mis parientes y las demás personas que me conocían. Yo estuve

muy fuerte en no querer salir de la religión, y el prelado no se atrevió a mandar que me echasen, porque no había causa ninguna exterior. Sólo ordenó que se dilatase algunos meses para saber si yo tenía mejoría. Pasaron muchos días, y mis trabajos y tentaciones no se aliviaban; visto esto, me mandó mi confesor que escribiese una relación de todo lo que pasaba en mi interior, para que él la llevase a Toledo y la comunicase con letrados y personas de mucha experiencia. Yo lo escribí todo lo mejor que pude, y mi confesor fué a Toledo a comunicarlo, y respondiéronle los letrados muy en mi favor, y que aquellas cosas no eran causa para dejar de profesar. Acertó a estar entonces allí, en Toledo, el padre provincial, y fué mi confesor a hablarle y comunicar con él la respuesta que habían dado los letrados, y vista por el padre provincial, dió luego la licencia, con la cual yo recibí gran consuelo en las grandes aflicciones y trabajos que había padecido. Hice mi profesión a 13 de mayo del año de 1609.

III

Después de hecha la profesión mis trabajos interiores se continuaban, y, pasados algunos días, mostró Nuestro Señor mi alma a aquella religiosa de esta casa que dije arriba le había Su Majestad mandado me ayudase cuanto pudiese a caminar a la perfección. Vió, pues, esta religiosa mi alma, en visión, con una ropa manchada, aunque se echaba de ver que era blanca y que las manchas que tenía no eran de tener actualmente culpas graves, y díjole Nuestro Señor que lo que a mí me habían dicho los confesores, que había estado tanto tiempo

en pecado mortal, no era verdad; que un poco de tiempo había estado en algunas culpas graves, pero que yo no las había cometido con malicia ni advertencia, sino que había sido por remisión culpable. Aconsejóme esta religiosa que hiciese una confesión general con un confesor docto que me señaló. Yo lo hice con satisfacción de mi conciencia, y después de hecha le mostró Nuestro Señor mi alma a la misma religiosa, y vióla con la vestidura ya muy blanca y libre de todas las manchas que tenía. Luego traté de hacer los ejercicios que se usan en esta santa Religión, y estando en ellos iba avisando por escrito a la dicha todo lo que me pasaba, y ella me respondía, también por escrito, lo que Nuestro Señor le revelaba de mi alma y lo que le mandaba me dijese. En particular, me acuerdo que me escribió que Su Majestad me daba el anillo de fe, en señal que había de ser desde entonces fidelísima a Su Majestad, y la estola de la primera gracia, y el calzado de la imitación de Cristo, trayéndole por comparación la parábola del hijo pródigo.

Un día, estando en oración en los mismos ejercicios, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en lo interior de mi alma, como cuando andaba por el mundo, hermosísimo, y, hasta ahora parece que se me ha quedado como impresa la figura de aquella divina persona. Causóme esta visión tan grandísimo amor a Su Majestad y tan grande abundancia de lágrimas y sentimiento y dolor de mis culpas, y me pareció tan semejante a la conersión de la Magdalena, que escribí a la dicha religiosa con ıien me comunicaba, que dudaba hubiese sido mayor el amor ıe la dicha Santa tuvo cuando regó los pies de Cristo. Quedé esde entonces con tan gran quietud interior y tan libre de las taciones y trabajos dichos, que jamás hasta hoy no los he

tenido, antes lo ordinario, estoy muy libre de todo género de tentaciones y pensamientos, y si algunos se me ofrecen algunas veces, no me hacen más operación ni molestia que si fueran de otra cualquier cosa indiferente, y con gran brevedad se me olvidan y quitan. Y luego fué para mí como otra vida nueva, tratando mucho de oración y del ejercicio de las demás virtudes.

Sólo me fatigaba y daba gran pena el sentimiento de lo pasado y la confusión y duda de cómo había estado todo aquel tiempo delante de Dios; esto me traía afligidísima y con gran temor, y así lo trataba con muchos letrados y confesores; pero ninguno podía darme la luz que yo deseaba y me fuera de algún alivio, porque las cosas habían sido de modo que, decían, sólo Dios las podía entender, y saber si había culpas graves o no, que todos los letrados juntos no lo podrían averiguar ni determinar. Las aflicciones interiores eran tan grandes, que algunas veces casi me faltaba el sentido y estaba como atónita y fuera de mí, sin poder casi percibir lo que hablaba y oía. Como conocía lo mucho que debía a Dios, y lo mal que había correspondido a Su Majestad, antes le había ofendido tanto, procuré licencias para hacer penitencias extraordinarias, y como el padre provincial sabía mis culpas, dióme las licencias de buena gana. Ejercitéme algunos días con disciplinas y cilicios, que traía de día y de noche, sin desnudarme en algún tiempo. Pero no fué muy largo, porque me hizo notable daño a la salud. Siempre ha mostrado Nuestro Señor que gusta más de humillación y de que conozca mi flaqueza, que la tengo muy grande en mi natural, y viendo que soy para nada me humille; no ha querido su majestad darme fuerzas para penitencias grandes, sino muy tasadas para poder cumplir con las de mi religión.

Pues, como decía, las penitencias que hice y las grandes penas y aflicciones que padecí me quitaron la salud, y me dió un mal de cabeza penosísimo y muy extraordinario; porque con cualquiera acción natural que hiciese, aunque no fuese más de bajar algo la cabeza o ponerme en pie, me daban unos golpes muy recios y acelerados en lo muy íntimo de la cabeza, y con ellos un dolor tan vehemente que parecía me torcían los sesos; y era esto tan penoso, que en brevísimo rato me ponía como una muerta y con sudor y angustia notable. Aplacábase presto, pero dábame muchas veces al día con cualquiera acción o movimiento que hiciese. No entendían los médicos este mal, ni acertaron a curarle, y así me duró algunos años; pero lo muy recio me parece sería como un año, y después, poco a poco se fué aplacando y disminuyendo.

Habiendo pasado como cuatro años desde mi profesión, me dió una enfermedad muy grave y peligrosa, en la cual llegué muy a lo último. La religiosa de quien arriba hice mención, sentía mucho que me muriese entonces sin haberse cumplido todo lo que Nuestro Señor le había mostrado de mí en aquella larga visión ya dicha. Estando yo en el mayor aprieto de esta enfermedad dióle Nuestro Señor a esta religiosa grandes ansias de pedir mi vida y salud con tan grán vehemencia de espíritu y abundancia de lágrimas que le parecía como imposible que dejase Dios de cumplirle lo que pedía, y así se levantó con grande ímpetu y fervor y se llegó junto a la reja del coro, y hablando con el Santísimo Sacramento, le dijo: Señor, no me apartaré de aquí hasta que me concedáis la vida de esta religiosa. Su Majestad le dió a entender que me quería llevar condicionalmente, y abriendo Su Majestad los ojos del espíritu a la que estaba orando, vió dentro del sagrario una corona gran-

de de oro, aunque muy bajo, y sin labrar ni con ningún adorno. Entonces dijo la religiosa: Señor, esa corona no está para darse ahora, no ha de morir. Su Majestad regateaba mucho esta vida, dándole a entender que tenía yo algunas imperfecciones, y que, si no se quitaban, me había de llevar luego. Y dijo Su Majestad a la dicha: *Yo le concedo la vida; no morirá de esta enfermedad, y advierte que has de dar cuenta de esta vida que doy a esta monja y del acrecentamiento de esta corona, y te lo he de demandar el día del Juicio, pues quieres que viva; ve a ella y dile que se enmiende de tal y tal falta si quiere vivir, y tú ten cuenta de ella, avisando lo que conviniere a su perfección.* Vino a mí la dicha religiosa, y díjome esto, aunque no declarando que había sido revelación. Yo ofrecí hacerlo y procurar en todo la mayor perfección, y luego mejoré de la enfermedad con tanta prisa que aquella noche esperaban que expirara, y a otro día me hallaron los médicos fuera de peligro y sin calentura. Y desde entonces quedó la dicha religiosa con el cuidado de mí que Nuestro Señor le mandó tuviese, como se verá en otros papeles en que se trata de las cosas que Nuestro Señor le ha mostrado acerca de mí.

Otras muchas enfermedades he padecido harto apretadas, particularmente una que tuve, de muy grandes congojas y accidentes. Dábanme unos pasmos en los miembros que se ponían yertos, fríos y tiesos, como de cuerpo muerto y helado, con grandísimas angustias y penalidades que sentía cuando estaba con aquellos accidentes que parecían mortales, y me vi también harto al cabo de la vida. Provínome esta enfermedad de una pena muy grande que tuve, que declararé luego. Estando, pues, tan apretada y peligrosa, tornó la misma religiosa a pedir a Nuestro Señor mi vida con muchas ansias y lágrimas, y

Su Majestad se la concedió, prometiéndole que no moriría de esta enfermedad, de la cual fuí mejorando: pero, por dos años enteros, quedé enfermísima, sintiendo un modo de mal tan penoso, que más parecía cosa de purgatorio que de esta vida. Hallábame impedida y como imposibilitada para todo género de ocupación por pequeña que fuese, sin poder hablar, mirar ni comer, sino muy poco y con gran trabajo. En hablando algunas palabras continuadas, parecía se me acababa la vida. Tampoco podía pensar en cosa ninguna, sino que había de estar siempre como suspensa, y si discurría en algo o ponía atención, o alguna cosa me daba gusto o pena, me causaba cualquiera de estas cosas unas angustias tan grandes y penosas que parecían como mal de rabia. Al fin, todas las operaciones interiores y exteriores estaban impedidas y yo imposibilitada para ejercitarlas. Algunos días tenía algún poquito de alivio, y otros me apretaban las angustias, y lo demás, de manera que, en una sola hora padecía más que con muchos días de calenturas muy recias pudiera padecer. Al fin no me parece que lo encarezco en compararlo con el Purgatorio. Hízome Nuestro Señor merced de darme grande paciencia y conformidad con su voluntad, tanto, que no me acuerdo que jamás le pidiese salud ni ningún alivio, y lo mismo me sucedió en todas mis enfermedades, que han sido muchas y muy graves y penosas. Siempre me hallaba en ellas con gran conformidad y antes con deseos de morir que de vivir. Cuando los médicos me decían que estaba mejor, me afligía y desconsolaba, porque más deseaba padecer o morir. Pasados los dos años que he dicho estuve tan apretada, me dió Nuestro Señor salud por medio de algunas medicinas, y mucho más creo fué por medio de oraciones, que se hicieron muchas por mí.

No sólo he padecido tentaciones y aflicciones en el alma y enfermedades en el cuerpo, como he dicho, sino también algunas persecuciones y humillaciones que me han causado algunas personas, y la que mucho sentí fué de cierto confesor y padre espiritual que algunos años me favoreció y consoló muchísimo y me había mostrado gran amor, y por cierto negocio que se ofreció de muy gran trabajo y pena para mí, cuando mayor necesidad tenía de consuelo (por no estar el confesor bien informado de otras personas y permitiéndolo Dios para mayor bien mío), el dicho confesor se volvió contra mí y me trató asperísimamente y con gran desprecio, no queriendo oirme, sino que si entraba yo en el confesonario él se iba de él. Fué este para mí grandísimo trabajo, porque fué en tiempo y ocasión que yo estaba afligidísima y harto enferma, y así estuve de manera que fué harto no perder la vida. Pero, sin duda, convino que con esto se acabase la comunicación que yo tenía con aquel confesor, porque pudiera haber peligro de algún asimiento, aunque yo no había tenido cosa que me inquietase en esto; pero como Dios es tan celoso, quiso prevenirlo, aunque con tanto trabajo mío.

Algunos meses también padecí otra persecución para mí penosísima, porque me causaba temor de que había de morir violenta y súbitamente, y de día y de noche me estaba esto fatigando notablemente. Cierta religiosa también me ha perseguido y humillado mucho, no sólo diciéndome a mí muchas cosas de pesadumbre, y diciendo también a las demás religiosas cosas de desprecio mío, sino también a prelados y otros religiosos ha dicho cosas de mí, aunque todo lo ha hecho con santísima intención y pensando hacía a Dios muy gran servicio. También cierta prelada tuvo harta contradicción conmigo, y tuve muchas

ocasiones de padecer, y a tiempos me traía notablemente afligida. En todas estas cosas me ha hecho Nuestro Señor merced de que las haya llevado con paciencia y conformidad, y con serenidad interior y exterior; aunque habré tenido muchas faltas e imperfecciones, esto es sin duda ninguna, y así lo conozco. Nuestro Señor, por su infinita bondad, me perdone, y no mire a lo que yo merezco por mis culpas, que han sido muchas de todas maneras.

Pasados algunos años después de mi profesión, fué Nuestro Señor servido de cumplir a mi madre sus antiguos deseos de ser monja en esta misma Orden, y vino a despedirse de mí con mis dos hermanos, también religiosos, y mi madre lo fué a ser a nuestro convento de Talavera. Fué esto cosa de mucha devoción para los que lo vieron. Mis dos hermanos fueron acompañando a mi madre hasta el dicho lugar, y se hallaron en la fiesta del hábito, que la hubo harto grande. Sólo un mes estuvo mi madre con salud desde que le recibió, y luego le dió la enfermedad de la muerte, la cual le duró otro mes, y luego murió santísimamente, haciendo su profesión con gran devoción antes que muriese, porque tuviese cumplido el premio de monja, que tantos años deseó este estado, y se le dió Nuestro Señor tan al fin de su vida.

IV

El modo de oración que yo he tenido desde que trato de ella hasta ahora y las mercedes que Dios me ha hecho en este ejercicio, me parece se puede reducir todo a tres modos o tres caminos: el primero fué de meditación de los misterios de la sa-

grada humanidad de Cristo Nuestro Señor, en particular los trabajos de su pasión y las grandes virtudes de que Su Majestad nos dió ejemplo; esto considerado por modo ordinario de imaginación y discurso, aunque siempre tuve poco, y este camino me duró poco tiempo, porque luego se iba el espíritu a la contemplación de la Divinidad y atributos divinos, y sentía el alma una preferencia y cercanía de Dios con una ponderación tan grande de su majestad que le admiraba y enamoraba, y la vista interior estaba muy quieta mirando sencillamente con aquel concepto espiritual la grandeza y bondad de Dios, sintiendo una luz de fe muy ilustrada, la cual causaba en la voluntad grandes afectos amorosos y grandísimas ansias de unirse muy íntimamente con aquel sumo bien en el cual se estaba siempre como anegando, y moviéndose en lo muy interior a operaciones unitivas, y con peticiones fervorosísimas clamaba y pedía la perfección y continuación de esta divina unión, las cuales ansias eran algunos tiempos tan grandes y continuas, que de noche y de día y en cualquiera ocupación que estuviese me estaban despertando a las operaciones dichas, y me hacían prorrumpir en muchas lágrimas.

Otras veces estaba el alma con gran quietud amando aquel sumo bien con gran suavidad y como con un sueño espiritual, de modo que para levantarme de la oración era menester hacerme gran violencia, y alguna vez me sucedió salir de ella tan absorta, que apenas conocía a las religiosas, ni la casa, sino que todo me parecía como extraño. Sentía y veía dentro de mí otro reino, otra luz, otra vida y otra comunicación, y todo lo sensible y exterior me era muy penoso y como extraño. Algunas veces me comunicaba Nuestro Señor alguna particular luz para conocer y sentir los misterios de nuestra fe, como

el de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, y aunque nunca veía ninguna figura distinta ni imaginaria por conceptos espirituales, me parecía que veía claramente algunas cosas tocantes a estos misterios, que me encendían más el amor de este divino Señor.—Parece que puso Su Majestad en mi entendimiento grande luz y facilidad para conocer las cosas espirituales y divinas. ¡Bendito sea tan buen Dios, que tales mercedes hace a quien tan poco las merece como yo, y que tan mal me aprovecho de ellas!—Otras veces me daba Nuestro Señor gran sentimiento de sus dolores y trabajos de su pasión y muerte, aunque esto era pocas veces. De una me acuerdo, que fué en Semana Santa, y fueron algunos días tan copiosas las lágrimas que derramaba y el dolor de verle padecer tan grande y las ansias de morir con Su Majestad tan vehementes, que me parecieron bastantes a quitarme la vida si Nuestro Señor no me diera particulares fuerzas. Parecíame que la sed que Cristo tuvo en la cruz era de mi alma, que la quería unir e incorporar en sí como el agua cuando se bebe, y que aquella bebida tan amarga que le dieron a Su Majestad era mi alma, aceda y amarga por mis muchos pecados, y con ser tal no dejó de beberla el amorosísimo Jesús, y luego, diciendo *consumatum est,* era como decir que se había cumplido su deseo de consumar aquella unión y matrimonio espiritual conmigo en el tálamo de la cruz, y luego, entregando el espíritu, parecía que se entraba en mí aquella ánima santísima, para vivir en mi cuerpo en lugar de la mía, que Su Majestad se había bebido. En mucho tiempo sentía en mí la compañía de esta alma santísima de manera que en entrando la visita a lo interior, me hallaba en ella y procuraba que mis pensamientos, palabras y obras fuesen como movidas y vivificadas de tal

alma. Dábame Su Majestad muchas veces declaraciones de lugares de la Sagrada Escritura, no sólo de lo literal, entendiendo el romance como si lo hubiera estudiado (que esto es muy ordinario y lo he tenido muchos años ha), sino también de algunos sentidos místicos y espirituales para el ejercicio de las virtudes, y refiriendo algunos de ellos a algunas personas, me decían les hacía notable efecto en sus almas.

Todo esto que he dicho, es el segundo modo o camino de los tres por donde Nuestro Señor me ha llevado. El tercero, en el cual estoy ahora, es un modo de comunicarse Dios al alma, humano y divino espiritualísimamente, no con meditaciones de la humanidad de Cristo mirada a lo imaginario y como a lo sensible, como al principio, ni tampoco con la abstracción de esta sagrada humanidad y contemplación de la divinidad que he dicho, sino un conocimiento y vista interior ilustrada con que mira el alma a Dios humanado; pero esta humanidad, tan hecha una misma cosa con Dios y tan espiritualizada y divina, que ambas naturalezas las mira con un mismo concepto espiritual y universal y siente el alma que la divinidad y humanidad está como influyendo en ella sus divinos rayos, con que parece la está como endiosando toda y llenando toda su capacidad, y sujeto no sólo lo superior del alma, sino la parte inferior también, y aun el mismo cuerpo mira como penetrado de esta divina luz e influencia de comunicación amorosa. Algunas veces muestra Dios al alma su amor, y parece que está como derramándose y entrañándose en ella, con lo cual parece se derrite la misma alma, y se hace una cosa con Dios por amor. Otras veces mueve el mismo Dios al alma para que ella le muestre su amor, y lo hace con afectos encendidos, pero íntimos y pacíficos: no siente ya aquellos deseos ansiosos de Dios, sino cercanía y

como lleno de Su Majestad, y ámale quietamente. Mira en este Señor la distinción de las divinas personas, y parece que en la misma alma se está obrando este misterio de la generación eterna del Verbo y procesión del Espíritu Santo,y que de este amor participa la misma alma. No sé yo cómo declarar más este tercer modo o camino en que Dios me tiene, y podrá ser que no haya sabido declarar ni dar a entender nada, porque más es para sentido y gozado que para escrito ni hablado, y así lo dejo.

Una religiosa de este convento, ha muchos años que comunica conmigo con gran deseo de que la ayude a caminar a la perfección y a quitarse algunas faltas e imperfecciones que tiene. Yo he procurado ayudarla a esto con el consejo de los confesores y orden de los prelados, y esto por la grande humildad de esta religiosa y por la fe que ha tenido con tan ruin medio como yo; que lo cierto es que, sin comparación, es mejor que yo y tengo grande envidia a su virtud, y así creo que para alentarme a mí al ejercicio de ella le movió Nuestro Señor a esta religiosa para que quisiese mi comunicación y particular hermandad, con la cual hemos hecho muchos conciertos en orden a caminar más en la perfección. Cada mes proponemos de ejercitarnos con particular cuidado en una virtud y nos desafiamos en procurar adelantarse más la una a la otra, y buscamos algunos medios como podamos salir mejor con este intento y advertirnos la una a la otra cualquiera falta que hayamos tenido. Este concierto y ejercicio se ha extendido también a otras religiosas, con lo cual andan con más fervor y cuidado en la perfección.

Para alentarnos más a esto, concerté una vez con la religiosa dicha que hiciésemos cuenta que veníamos entonces a la

religión a tomar el hábito y que le recibiésemos del modo que se da cuando viene alguna novicia, y nos mirásemos y tratásemos como tales. Hicímoslo con gran secreto y con gran fervor, y la religiosa afirma que, estando en este acto, vió en mi rostro un resplandor y cosa extraordinaria y sobrenatural, que no puede ni sabe decir cómo era, sino que le causó tal efecto, fervor y recogimiento interior que quedó como fuera de sí por mucho rato, en altísima contemplación, y por muchos días le duraron estos efectos de amor de Dios y recogimiento interior, que estaba como admirada, y dice que en su vida había sentido cosa tan extraordinaria, aunque ha muchos años que tiene mucha oración y comunicación con Dios; aunque no por camino de visiones ni revelaciones. Por la grande fe que esta religiosa ha tenido conmigo, le parece que se le han seguido por este medio grandes acrecentamientos de espíritu y ejercicio de virtudes, y así lo afirma. Pero Dios sabe la verdad de todo, y si ella pudiera hacerme a mí más provecho que yo a ella.

V

En todos tres caminos o modos de oración que dije arriba, por donde mi alma ha caminado siempre, ha habido algunos días y temporadas de grandes sequedades interiores, desamparos de Dios y temores, y éstos, en particular, me afligieron mucho algunos años después de quieta mi alma de las tentaciones y trabajos de mis primeros años, como queda dicho.

Cuando estaba, pues, con estos temores y penas de mis cosas pasadas, movía Nuestro Señor a algunas personas espirituales

y de muy santa vida, para que me consolasen y alentasen, y mostrábales Su Majestad lo que amaba a mi alma y lo que quería obrar en ella, y mandábales que me lo dijesen. Una de estas personas fué un Padre de nuestra Orden que se llama fray Julián de San Pablo, el cual me dijo que me prometía de parte de Dios un estado felicísimo y de suma paz, como es el de la unión con Dios, con que yo tuviese cuidado de hablar poco con las criaturas y me retirase de su comunicación, y que le hacían tan grande fuerza en su interior a que me dijese estas palabras y otras semejantes de promesas que Dios me hacía, que si no lo dijera y cumpliera con aquella inspiración divina, fuera bastante aquella fuerza para quitarle la vida, y que particularmente se la hacían cuando estaba diciendo misa. A mí me hizo esto notable operación y me fué de particular consuelo.

Otra persona fué un religioso de la Orden de San Francisco, que tiene fama de grandísimo santo, y viniendo a este lugar dijo misa en nuestra iglesia. Era yo sacristana, y sin haberle conocido ni hablado en mi vida, ni él tenido noticia de mí por ningún camino, me llamó y me preguntó que cómo me iba con Nuestro Señor y que le dijese qué camino llevaba en la oración y otras cosas a este modo. Yo me excusé de declararme y respondía con palabras generales y de conocimiento propio y significación de mis miserias. Viendo el santo que no me declaraba, lo hizo él, y me dijo cómo Dios le había dado luz de las cosas de mi alma y que la amaba Su Majestad mucho, y me prometía de su parte que sería una de las mayores santas que hubiese en la Iglesia de Dios, con tal que dejase obrar a Su Majestad y no le pusiese impedimentos, que no me pedía otra cosa sino que me dejase gobernar de Dios. Fué tan grande la

admiración que estas palabras y otras semejantes causaron en mi alma que quedé como fuera de mí, y estando actualmente con temores y sequedades, quedé luego con tan gran consuelo y compañía de Dios y tan recogida interiormente, que apenas podía percibir las cosas exteriores, y esto me duró muchos días. Andaba el alma admirada de la bondad de Dios, que así comunicaba y manifestaba a sus amigos las misericordias que me hacía y me quería hacer y encubría las ofensas que yo había hecho a Su Majestad.

Pocos días después me escribió este mismo religioso, que mirase que me tenía Dios para perlada y maestra de otras almas, que cuando lo viese cumplido me acordase de lo que me había dicho, y al fin ordenó Nuestro Señor que esto se cumpliese con grandísimo sentimiento y repugnancia mía, que, como soy tan inclinada a soledad y a la oración, me son penosísimos los cuidados de este oficio de priora. De manera que tuviera por gran descanso y consuelo estar todo este tiempo en una cárcel y con otros trabajos, a trueco de verme sin la carga de este oficio, y al tiempo que me le dieron también me escribió este mismo religioso cómo entonces se cumpliría lo que me había dicho, que en todo caso lo admitiese, que él aseguraba sería para mucho servicio de Nuestro Señor. Ha sido muy notable la unión y amor espiritual que Su Majestad ha puesto en este santo para con mi alma.

Otra persona que también me consoló mucho fué otra religiosa de esta casa, que se llamaba Francisca de la Merced de Dios. Esta me amaba grandemente y estaba en continua oración por mí. Decía que desde que yo era de tres años tenía cuenta conmigo y me ayudaba con sus oraciones. Mostróle Nuestro Señor muchas cosas acerca de mí (que tenía camino extraordina-

rio), y entre otras cosas, fué una que, andando yo con aquellas ansias grandísimas de que mi alma se uniese con Dios, como dije arriba, vino a mí un día esta santa religiosa y me dijo: «Teresa, ya Dios te ha concedido tu petición, cumpliráse infaliblemente antes que mueras; pero no se me ha dicho cuándo» Otra vez me dijo que Nuestro Señor le había dado palabra de que siempre tendría mi alma dentro de su divino corazón, y otras cosas a este modo.

Cuando yo andaba más apretada y temerosa de mis cosas pasadas y de lo que había ofendido a Dios, vino aquí la santa Mariana de Jesús (cuyo cuerpo está incorrupto y puesto en alto con veneración). Yo tenía mucha fe con su espíritu y pedíle que encomendase a Dios aquestas cosas mías, tan confusas, que me traían con grande desconsuelo. La santa hizo mucha oración y después me dijo que no tuviese pena, que no tenía de qué, que Dios me amaba mucho y que todo estaba muy bueno delante de Su Majestad. No quiso declararse más; pero dióme grandes esperanzas de que Nuestro Señor me había de hacer grandes mercedes y que llegaría a la transformación con Su Majestad y que estaba mi alma muy cándida.

La religiosa de esta casa, de quien dije al principio que Dios le había mandado tuviese cuenta conmigo y por cuyas oraciones me dió Su Majestad vida en tres enfermedades que tuve muy peligrosas, es la persona que más me ha consolado y alentado y a quien Nuestro Señor más ha mostrado lo que hace y quiere hacer con mi alma y el amor grande que la tiene. Han sido muchas las visiones y revelaciones que ha tenido acerca de esto, y por ser materia muy larga, se escribe de por sí en otros papeles, sin nombrar la persona que

tiene las visiones ni que son acerca de mí, porque cuando escribía aquellas cosas no quería se supiese de quién eran ni yo pensé que me mandaran escribir esta relación de mi vida. Ahora lo he hecho por obediencia de tres confesores míos y con notable repugnancia y sentimiento mío, pareciéndome que no es esta vida para escrita, si no es porque se conozca en ella más la bondad y misericordia de Dios, viendo la que ha usado conmigo, mereciendo yo tantas veces estar en lo profundo del infierno. Lo que me ha hecho rendir a hacer esta breve relación ha sido el decirme la religiosa que acabo de decir tiene cuenta conmigo, que le ha revelado Nuestro Señor que era esto voluntad suya y que me lo mandaba, y señalaba Su Majestad tres confesores que también me lo mandasen en su nombre; todo esto ha sido menester para que yo haya podido acabar conmigo el hacerlo.

Todo lo que he dicho en esta breve relación lo sujeto a la corrección de nuestra Santa Madre Iglesia Romana, en cuya fe y obediencia protesto de vivir y morir.

VI

Habiendo escrito hasta aquí, no tuve ánimo ni aliento de pasar adelante en esta relación, porque la obediencia no me obligó entonces a que prosiguiese más adelante, y no siendo obligada de ella es tanto mi sentimiento de hacer esto que al punto lo dejé y no escribí más; aunque en el tiempo que me duró el oficio de Priora pasé hartos trabajos interiores y exteriores, que si los hubiera de escribir tuviera harto que decir, porque los desamparos de Dios en lo interior y las sequedades

y temores eran grandísimos y muy continuos, y en lo exterior tuve muchas cosas de pena y de trabajo y cuidado, aunque sin culpa de nadie, sino que Nuestro Señor lo trazaba así para que yo padeciese de todas maneras.

Y no menos de enfermedades, que las padecí muy grandes, en particular una de gota artética que fué muy larga y penosa y casi dos meses me tuvo con excesivos dolores y total impedimento de todos los miembros sin poder mover ninguno en la cama, y de esta enfermedad me resultó un zaratán, que aunque no me ha fatigado mucho con dolores, sí con el temor de verme impedida para todo género de ejercicios: por lo cual tengo mucho que ofrecer a Nuestro Señor. Después de esto se compadeció Su Majestad de mí, de manera que desde el mismo día que acabé mi oficio de Priora, fué tan grande el consuelo de mi alma y la compañía que sentía de Nuestro Señor tan amorosísima, que me derretía en lágrimas y en amor de este Señor. Particularmente un día que estando en oración me parecía que me decía Su Majestad: *hija; ya eres toda mía y yo soy todo tuyo*, lo cual hizo en mí tal operación y con tan gran fuerza que parecía me habían llagado el corazón, y por muchas horas se volvieron mis ojos como fuentes de lágrimas.

Estas mercedes de Nuestro Señor y efectos que causaban en mí, se fueron continuando cerca de un año, de manera que casi no comulgué vez en todo este tiempo que no sintiese alguna particular merced de Su Majestad y algún modo de oración y ejercicio de perfección en que de nuevo me ponía, particularmente los días que en este tiempo hice los ejercicios. En todos ellos me ocupó Su Majestad de manera sobrenatural, que no hubo un día ni aun hora que pudiese yo ocuparme en consideraciones ni otros ejercicios que yo quisiese

escoger, porque siempre me comunicaba Dios tanto y tan sobrenaturalmente, que no se puede decir con palabras.

Pasado este año que he dicho pasé algunas sequedades y desamparos interiores, esto duró pocos meses y luego volvió Nuestro Señor a comunicárseme de muchas maneras, particularmente dándome algunas declaraciones místicas de lugares de la Escritura. Poniendo mi espíritu en la práctica de ellos y con aquellas declaraciones, me daba a entender lo que Su Majestad obraba en mi alma y por medio de ellos lo puedo yo dar a entender y comunicarlo con mi confesor, al cual le pareció que convenía lo fuese escribiendo así para que pudiese dar más entera cuenta de todo, como para examinarlo y mirarlo más despacio de lo que se puede hacer comunicado sólo de palabra. Y aunque para mí ha sido esto cosa de notable sentimiento y me he excusado todo lo posible, no ha bastado para que la obediencia me deje de obligar a hacerlo. Así lo ordenó mi confesor conforme con nuestro Padre provincial, que también me mandó que lo hiciese, pareciéndole que sería servicio de Nuestro Señor y gusto suyo, y antes provecho que daño ni inconveniente. Comencé, pues, a proseguir esta relación y escribir las mercedes que Nuestro Señor me hace y de los modos como se me comunica, aunque con grandísima confusión mía, reconociendo que lo bueno que tengo es meritísimamente de Dios y dado de gracia, porque yo no he hecho jamás obras con que obligarle, como otras personas que hacen grandes penitencias, sufren grandes persecuciones, resisten grandes tentaciones, pasan grandes enfermedades o se ocupan en bien de las almas y otras obras semejantes, en las cuales, aunque lo principal es obra de la gracia de Dios, cooperan con ella y muy a su costa y con trabajo de la persona de quien Dios

se sirve desta manera y a quien trata como a fuerte conociendo que le es fiel y lo será de cualquiera manera que la trate.

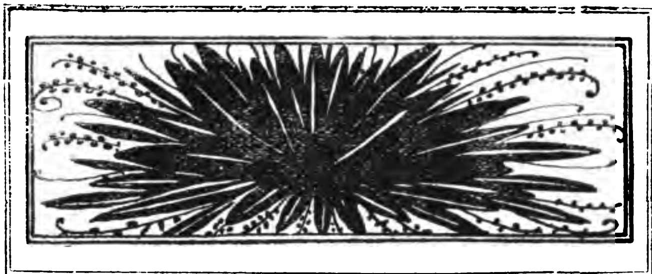
Yo temo que no halla Dios en mí esta fidelidad y fortaleza, pues con tanta providencia me quita todas las ocasiones de caer y faltar, no fiándome los trabajos dichos, porque soy el sujeto más flaco de cuantos ha criado y que con cualquier ocasión quizá faltaría, pues no sólo soy sumamente flaca para ejercicios de trabajo corporal, sino mucho más en lo espiritual, como lo muestran muchísimas experiencias. Y cuando tuve algunos años tentaciones, Dios sabe cómo salí de ellas, y cuán flaca fuí en la resistencia, que ésta, sin duda, es la causa de no habérmelas fiado más Nuestro Señor. Todas las mercedes que Su Majestad me hace y los auxilios que me da, los ha menester mi flaqueza e inconstancia, y yo me aprovecho tan mal de todo, que si Dios se lo hubiera dado a la persona más bárbara del mundo, creo se hubiera aprovechado mucho más, y tan de gracia y de balde me lo da a mí, como se lo diera a ella. Así creo que en cuanto lo que es de mi parte, soy la más ruin y flaca de cuantas criaturas Dios ha criado, y si no fuere por lo que Su Majestad hace conmigo, fuera en las obras peor que todas, y aun con todo no habrá ninguna persona de las que sirven a Dios que no me haga ventaja en la virtud, y todo lo que en esto he dicho es nada para lo que conozco y veo en mí, y todo lo que conozco es nada para lo que en mí hay que conocer de miserias y flaquezas, como lo sabe Nuestro Señor, y así, sólo porque Su Majestad sea glorificado viendo cuán infinitamente usa de su misericordia y bondad en comunicarse con una criatura como yo, se pueden escribir estas cosas, las cuales comienzo a escribir confiada en Nuestro Señor y en la obediencia, s jetando todo lo que dijere a la corrección de la

Santa Madre Iglesia Romana, en cuya fe y confesión de ella protesto de vivir y morir. Si alguna cosa dijere que sea contrario a esto, o en la sustancia o en el modo, de manera que haya algúna palabra que disuene o desdiga de lo que se debe creer y del modo que se deben decir los misterios de la Santa Fe Católica y las Santas Escrituras, es por ignorancia o inadvertencia y no de malicia, y si alguna cosa buena hubiere en esta relación, ya esta dicho cómo es todo de Dios, a quien sea honra y gloria de los siglos de los siglos. Amén.



II

COMENTARIOS SOBRE ALGUNOS PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA



I



OMENZANDO a hacer los ejercicios que en nuestra sagrada religión se acostumbra, estando el primer día en oración, me parecía que interiormente me decían estas palabras de los Cantares: *Surge, propera, amica mea*, y que era como decirme que me levantara sobre mí misma y saliese de la tierra de mi cuerpo para volverme a Dios, aunque no por suerte corporal sino mística, por medio de la cual tuviese ya la conversación y morada en la tierra de los vivos y dijese con David: *Portio mea in terra viventium.* Luego se me ofrecieron aquellas palabras: *Flores apparuerunt in terra nostra*, como si me dijera Nuestro Señor: Las flores de tus deseos y ansias de unirte a mí por amor han aparecido en esta tierra celestial y la voz de la tórtola se ha oído, llegando tus clamores a mis oídos; allegado ya es el tiempo del podar, que es apartar y

cortar la parte superior del alma de la inferior, para unirla conmigo. Sentía en mi alma grandísimas ansias de suplicar a Su Majestad que me concediese la gracia primera del bautismo y quedase tan limpia y pura mi alma como el día que le recibí, y para alcanzar esto la bañase toda con su sangre algunas veces. Parecíame lo hacía así el Señor, y que, comulgando, se ponía aquella carne santísima de Cristo en medio de la mía, como la levadura en medio de la masa, para hacerla conforme al nuevo Adán, Cristo, y limpiarla y purificarla de la levadura del viejo Adán, como dijo San Pablo: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio*, y el mismo Cristo dijo en su Evangelio que era semejante el Reino de los cielos a la levadura que puso la mujer en tres medidas de harina hasta que se llenó toda la masa. Las tres medidas en que pone Cristo la levadura de su carne y los efectos y calidades de ella, por la imitación, son los sentidos interiores y exteriores, los afectos y pasiones de la parte inferior del alma que se ha de conformar con Cristo.

Dióme a entender Su Majestad que en estos ejercicios quería que me uniese con El de tres modos: la primera, sería de mi cuerpo con su santísima alma, por semejanza, viviendo en mí y haciéndome semejante a sí; la segunda, de mi alma con su divinidad, por medio de la gracia; la tercera, de mis potencias con las divinas personas, por la fe y caridad; de manera que en cuanto es un alma quedase unida con Dios, en cuanto Él es una sola esencia y sustancia divina, y en cuanto es trina en potencias se uniese con Dios, en cuanto Su Majestad es trino en personas. Que por esto había querido que me mudasen el nombre y me llamase Teresa, qué quiere decir tres veces, esa que de tres maneras está unida con Dios. Aquí sen-

tí gran luz de conocimiento propio y sentimiento de lo que yo merecía, que era estar en el infierno, aunque quisiese Dios por su bondad ponerme en estado tan diferente, y a un alma que no ha hecho jamás cosa que pueda parecer bien delante de los ojos de Dios, ponerlos Su Majestad en ella para juntarla consigo, y estando ponderando esto, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras que dice Dios por el Profeta Jeremias: *In charitate perpetua dilexi te, ideo atraxite, miserans tui*, con todo lo cual se derretía mi alma en lágrimas, amor y agradecimiento.

Representábaseme Cristo crucificado en mi corazón, y causábame grandísimas ansias de padecer todas las maneras de trabajos que se pueden padecer en esta vida, particularmente persecuciones y afrentas a imitación de aquel Señor. Pedíale con grandísimas ansias y lágrimas que, pues quería tomar mi cuerpo por suyo, le tratase con los mismos dolores y trabajos que a sí se trató, y que me diese grandísimo sentimiento de su pasión, de manera que este dolor tuviese siempre atravesado mi corazón; y perseverando mucho en pedir este sentimiento, entendí que no quería Su Majestad que fuese sensible ni causado de la vista corporal suya, sino intelectual y en lo íntimo del alma, que cuando uniese las potencias consigo vería cómo había de ser.

Otro día se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de los Cantares: *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa,* como si el divino Esposo me dijera: Llagásteme el alma, esposa y hermana mía, con el ojo de tu conocimiento propio y humildad, con el cabello del afecto y deseo de padecer, con pasión de mi pasión, y así esta alma llagada y herida se te entrega por inseparable compañera. Y dábaseme a entender

que ella, unida a mi cuerpo, en cierta manera, gobernaría mi vida, pensamientos, palabras, acciones y obras, que por su cuenta corrían todo el tiempo que viviese, y que no temiese tanto el vivir, sino que lo fiase todo de él. Sentí grandísima unión y junta con el alma santísima de Cristo, que siempre la siento en mi compañía, más que la propia mía, a la cual parecía que la apartaban de mi cuerpo y la llevaban muy lejos de mí, como si la llevaran al cielo. Parecíame la presentaban delante del Altísimo Dios, y que la recibía Su Majestad con gran amor y que la decían las tres divinas personas: *Veni de Líbano, sponsa mea, &*, como si dijeran: Ven del Líbano del cuerpo y del mundo, y de las cuevas de leones y montes de pardos, que son las pasiones de la parte sensitiva; ven y serás coronada con tres coronas que te darán las tres divinas personas. Y parecíame que la persona del Padre me coronaba, comunicándome nuevo ser, engendrándome como a hija adoptiva en los resplandores de los santos, que son los de la gracia, haciéndome por ella participante de la divina naturaleza, transformando la esencia de mi alma en su divinidad, dándome la herencia de los hijos de Dios, adoptivos y coherederos del Hijo natural Cristo, que es todos sus atributos y divinas perfecciones; que las gozase en él viviendo su misma vida, como se puede conceder en esta vida a una criatura. La persona del Hijo coronaba mi entendimiento uniéndole consigo y comunicándole un rayo de su infinito conocimiento por medio de la fe, por la cual pudiese conocer algo, tal como se puede en esta vida, de aquella divina esencia de su Padre, que él solo la comprende y conoce, como dijo el mismo Señor en su Evangelio: *Quis novit Patrem nisi Filius et cui voluerit Filius revelare?* ¿Quién sino el Hijo natural puede conocer al Padre, y aquel a quien el Hijo comu-

nicare algún resplandor divino de aquel conocimiento? Y esto no cabe en méritos de ninguna criatura, sino porque él quiere hacer esta merced con que el entendimiento se viste de una estimación tan grande de Dios y rendimiento con admiración, encogimiento y reverencia, que conociendo que es infinito aquel objeto e infinito lo que ignora de él, remítese a lo que conoce el Divino Verbo, con quien se ve unido y quédase en silencio. El Espíritu Santo coronaba mi voluntad con la caridad y llamas de amor, uniéndola y haciéndola una cosa consigo, entrándola en el gozo de su Señor, y que en el mismo gozo y complacencia que Dios tiene de conocer la inmensidad de sus bienes y perfecciones e infinita felicidad se goza también la voluntad, y en aquella afición y amistad mutua de las divinas personas, las ama ella también, y todo es un amor y un gozo, recibiendo y cooperando la voluntad allí, según lo que alcanza su capacidad.

Otro día que era de comunión, se me ofrecieron aquellas palabras de los Cantares: *Veni in hortum meum & messui myrrham meam, cum aromatibus meis,* y pareciame que era como si me dijera el divino Esposo: Yo vendré al huerto mío que eres tú, y entrando en él sacramentado, segaré mi mirra, que es tu alma, la cual es para mí como mirra olorosísima y preciosísima, por su perfecta y continua mortificación, y está cercada de otros muchos olores de las demás virtudes. Comeré mi panal con mi miel, esto es, comeré la voluntad con sus afectos amorosos y dulces. Y añadiese luego: Beberé mi vino con mi leche, como si dijera: Embeberé en mí tu entendimiento con sus noticias, y dice Dios que todo esto es suyo porque las potencias de esta alma ya son suyas por la unión, y lo que en ellas hay Él lo ha puesto todo y de esta manera unió de nuevo consigo mi alma y las po-

tencias. Y estando anegadas en Él, las dice lo que sigue luego: *Comedite, amici & inebriamini, charissimi;* comed, bebed, embriagaos, satisfaced el hambre que habéis tenido de mí; henchid los vacíos que tanto han deseado este lleno y no os contentéis hasta embriagaros, y que rebose el vino divino del amor: *vino torcularia redundabunt*. El alma se derretía y las lágrimas corrían con abundancia, las potencias se hallaban anegadas en infinitos mares, llenándose de aquellas aguas vivas, y con gran sed y hambre se engolfaban en su Dios, y después de esto puso Dios mi alma en grandísima humillación. En lo corporal, me miraba como un calabozo hecho de barro abominable y de mal olor, digno de que todas las criaturas se tapen los ojos y narices por no verle ni olerle, y veia dentro de él la majestad del Alma Santísima de Cristo unida a la Divinidad, y parecíame que había hecho este Señor conmigo lo que un príncipe que, sabiendo está una esclava en un calabozo por deudas hasta que gane con qué pagarlas y pueda parecer delante de su padre, la saca de aquel lugar por sólo el amor que la tiene y la envía a casa de su mismo padre y quiere la traten como a hija y como a hermana y esposa suya y la den de comer de su mesa y de sus manjares y que goce de todas sus riquezas, mientras él se queda en el calabozo a pagar por ella y ganarle lo que ella había de ganar. De la misma manera, el alma de Cristo Nuestro Señor, Príncipe de las eternidades, quiere vivir en este calabozo de mi cuerpo, obrando en mi nombre lo que yo había de hacer, porque vió que jamás hiciera nada de provecho si Su Majestad no lo tomara tan por su cuenta; lastimóle mi flaqueza, enfermedad, pobreza y miseria y salió por mí fiador y tutor, encargándose de todo, y llevóme a su Padre Eterno, a su casa y mesa, de la manera que he dicho. ¿Cómo po-

drá mi alma olvidar lo que era antes, aunque en más grandeza se vea? ¿Cómo podrá jamás olvidar lo que debe a este Señor y cuán de balde la hizo tales beneficios? ¿Y cómo podrá dejar de conocer su bondad y amor y deshacerse en lágrimas de dolor de lo que le ha ofendido y de la miseria en que siempre estuviera si este Señor no la sacara de ella? Y así fué grandísimo el sentimiento y dolor que me causaron el sentimiento y conocimiento de estas cosas, y particularmente el de haber ofendido a tal Dios.

Parecíame que me habían fijado una saeta en mi corazón, y dióseme a entender que era un don dado del alma de Cristo Nuestro Señor, que quería sintiese mis culpas y las demás ofensas que todos hacen a Su Majestad, como ella lo sintió el tiempo que estuvo en carne pasible, que de aquel dolor y sentimiento intensísimo suyo me hacía participante con aquella saeta, y quería que, como hermana y compañera suya, padeciese y sintiese lo que ella ya no podía sentir. Yo pedía con grandes ansias que me lo comunicase este dolor, con tan grande intensión, que fuese bastante a quitarme la vida, aunque pedía también se me diesen fuerzas para llevarle y sufrirle sin perderla, que sólo por padecerle quisiera vivir hasta el fin del mundo. También el alma de Cristo me hizo aquella merced de darme tal conocimiento y dolor de mis culpas por que no me sucediese que, olvidándome de ellas, me reprendiese y amenazase el Esposo con aquellas palabras que lo hizo a la esposa en los Cantares, diciendo: *Si ignoras te, o pulcherrima, egredere et abi* &.

Después de esto, se me representaba con mucha claridad el cuerpo de Cristo Nuestro Señor, con mucha gloria dentro de su misma divinidad, dándome a entender que quería

que gozase de todo lo que de Él se ve en el cielo, como se puede en esta vida. Estaba mi alma como admirada de tal hermosura y majestad, y decía muchas veces con David: *Speciosus forma pre filiis hominum* &. Esto me duró como seis horas; luego me dieron grandísimas ansias de que fijase Su Majestad en mí el sentimiento de su pasión, mirando cuán presente estaba en el mismo día con quien me hallo unida. Pues en su infinita sabiduría que lo comprende todo de fin a fin, no hay cosa pasada, todo es presente, y así deseaba verla y sentirla yo en el mismo Señor como presente, y dióseme a entender que para que mejor lo sintiese y conociese se me mostraba primero en tanta majestad y gloria como a Isaías, que primero le vió con gran hermosura, cuando dijo: *Iste formosus in stola sua, gradiens, in multitudine fortitudinis suae*, y luego dice que le vió sus vestiduras teñidas como de los que pisan en el lagar.

Otro día se me ofrecieron aquellas palabras de los Cantares: *Columba mea in foraminibus petrae*, &. Y parecíame que me llamaba Nuestro Señor a la meditación y sentimiento de sus llagas, y ofrecióseme mucha doctrina de lo que importaba el conocimiento y sentimiento de los dolores y pasión de Cristo, trayéndome para esto a la memoria cómo Él mismo la quiso tener presente desde el instante de su Encarnación, y que su Madre Santísima tuviese atravesado su corazón con el cuchillo de este dolor desde que el Santo Simeón le dijo lo que su hijo había de padecer, y cómo desde el principio del mundo se deleitaba Dios con las figuras de esta pasión, y Él mismo quiso quedarse en el Santísimo Sacramento para memoria de ella, y después de resucitado quiso quedasen en su cuerpo las señales de sus llagas; y cómo los santos en el cielo tienen memoria de esta sagrada pasión, según oyó San Juan en el Apocalipsis

que decían: *Redemisti nos Domine Deus in sanguine tuo*, &. Con esto crecían las ansias que yo tenía de que esta pasión se imprimiese en mí y el sentimiento de ella fuese muy grande. No sabía cómo ni en qué modo quería Su Majestad que esto fuese. Estando en esta duda y deseo, se me dió a entender que el alma de Cristo sería mi ejemplar y dechado; que el principal objeto de mi conocimiento y amor había de ser siempre su divinidad, y que de este amor habían de salir, como efectos de su causa, el dolor de mis culpas y de las demás ofensas que se hacen a Su Majestad en el mundo, como ya me había dicho. Y de la misma manera, de este amor a la divinidad había de resultar el sentimiento y dolor de que aquella sagrada humanidad, levantada a tal alteza y recibida del Verbo divino en unión de persona, fuese tratada con tal desprecio y atormentada con tantos dolores. Y asimismo sintiese sumamente que hubiera tan pocos que se aprovechasen de tan costosa y copiosa redención, que esto fué lo que el alma de Cristo sintió, no sólo en el tiempo de la pasión, sino todo el tiempo que vivió en carne pasible, y que ahora que no podía sentirlo quería que mi alma lo sintiese como su compañera y hermana, y que clamase continuamente por la conversión de los pecadores en unión de la oración que Cristo hizo en la Cruz por ellos, que desease y pidiese el acrecentamiento de gracia en los justos para que Dios sea en ellos más glorificado, que esta era la voz dulce a sus oídos que quería oir de su Esposa cuando le dijo en los Cantares: Suene tu voz en mis oídos, *vox enim tua dulcis*. Y que todo este dolor, sentimiento y peticiones no saliesen un punto del objeto de su divinidad ni estorbaran el gozo inefable que debía tener de su gloria, como antes me había comunicado, y que, como todo esto eran efectos de aquel amor, al paso que

fuese creciendo y aumentándose tendrían estos efectos mayor eficacia e intensión, y así lo que había de procurar con suma diligencia era los aumentos de la caridad. Y deseando mucho saber cómo procuraría aumentarla me parecía que el alma santísima de Cristo unida al Verbo me llamaba con palabras muy tiernas diciendo: Ven, hermana, compañera y amada mía; caminemos y corramos juntos más adentro en las grandezas de Dios y en el fuego de su amor. Yo corrí en él como gigante: *exultavit ut gigas ad currendam viam*, no para aumentar el amor que *a summo coelo egressio ejus,* desde que salí de las manos de Dios. Salí con lo sumo de la caridad y en ella estuve siempre, pero corrí por ganártela a ti, y la gracia y caridad que te gané te la comunicaré al paso que corrieres conmigo y a mi imitación. Y parecíame que me llevaba como por unos espacios inmensos, y decía a la divinidad: *In odorem unguentorum tuorum currimus,* &, como si dijera: Esta doncellita, aunque tan pequeña por ir en mi compañía, te ama con demasía y con gran intensión: *adolescentulae dilixerunt te nimis;* y lo mismo parece que quiso decir David en aquellas palabras: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* Con esta palabra *cucurri* da a entender que no corría solo, sino en compañía, la cual es la del alma santísima de Cristo, que hace correr a su imitación y en su seguimiento a las almas enamoradas, y que las tiene dilatadas la caridad.

La mía se abrasaba en amor de este Señor y luego me pusieron en gran calma y tranquilidad dándome a entender que este correr, como no es por tierra, no ha de ser con inquietud ni movimiento, sino como quien camina por agua en el mar inmenso de las aguas vivas, con el viento en popa del aire y soplo del Espíritu Santo, y así, con

suavidad, silencio y quietud se ha de caminar en este río de paz.

Después de esto tornó la humillación y conocimiento propio, y estando sintiendo mi suma flaqueza y falta de virtud oí interiormente aquellas palabras de los Cantares: *Quid videbis, in Sulamite, nisi choros castrorum?*, y repitiéndose muchas veces estas palabras cada vez se admiraba más mi alma de que por ella se dijesen, siendo tanta su flaqueza como había conocido, y de nuevo se humillaba y conocía con gran sentimiento y lágrimas. Dióseme a entender que ya no había quedado cosa mía, si no era el cuerpo, y que en él había puesto Cristo Nuestro Señor en cierta manera su alma, con todos los escuadrones y ejércitos de sus virtudes, y que en lo interior estaba su divinidad con todos los escuadrones de sus atributos y perfecciones divinas, y así que ¿quién podía ver ya otra cosa en mí *nisi choros castrorum?* Luego se quedó mi alma en gran paz y silencio sintiendo íntima amistad con Dios, y un amor que le comunicaba el Espíritu Santo para que con él amase. Todo esto en fe y vista obscura.

Otro día se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del apóstol San Pablo, que, hablando de Cristo Nuestro Señor, dice: *Candor est lucis aeterne, speculum sine macula &.* Estas palabras se me ofrecieron estando pensando qué aparejo procuraría para comulgar y qué querría Dios darme en aquella comunión, como en todas me hacía alguna particular merced, y dióseme a entender que lo que quería Su Majestad hacer aquel día en mí era hacerme un espejo sin mancha, porque la sangre del Cordero las había lavado y quitado todas, y que este espejo le bañaría con el resplandor y candor de la luz eterna e inaccesible; y de esta manera iría bien dispuesta

para que el divino Verbo en aquella comunión imprimiese su divina imagen en este espejo. Y estaba el alma como en una claridad inmensa, y por especies y noticias espirituales veía y sentía cómo obraba Dios esto en ella, viéndose allí en el mismo Dios, como espejo muy puro, y que le estaban ilustrando y reverberando en él los rayos de la inmensa luz y divina hermosura, y este atributo con gran particularidad. En recibiendo el Santísimo Sacramento pedía mucho a aquel divino Señor que imprimiese la imagen de su divinidad en aquel espejo de mi alma, a semejanza de como el Padre Eterno imprimía su imagen en el mismo Verbo Divino. El modo como Dios hacía esta merced ni mi entendimiento lo comprendía, ni se puede decir con palabras. Lo que pude entender fué esto: que hay tres maneras de espejos; uno divino, otro espiritual y otro material, y que por la semejanza de este material entendería algo de los otros dos; que el espejo divino es el Verbo Eterno y el Padre imprime en él su imagen de tal manera que le comunica toda su naturaleza divina, con todos sus atributos y perfecciones; de manera que es Dios, juntamente con él, esencial y sustancialmente, no como la imagen que se imprime en el espejo material, que aunque parece otra persona, de la misma manera de cuya es la imagen, no tiene vida ni ser, sino sólo un accidente que representa al vivo aquel rostro, y digo al vivo, porque no es como pintado en un cuadro, sino que muestra todas las acciones de vida de la persona cuando se mira o es vista en él; el espejo espiritual es el alma y es como un medio entre los dos espejos dichos, divino y material, porque no recibe la imagen de Dios sustancial y esencialmente como la recibe el Verbo Divino, ni tan sin vida como la recibe el espejo material, sino que como espejo espiritual

es vivo y capaz de recibir esta imagen de Dios por gracia, y le crió Su Majestad para este fin. Y como la imagen que se imprime es un inmenso bien y tan comunicativo, comunica a este espejo del alma tales resplandores y una calidad tan divina, que ya no sólo es espejo donde se vea aquella divina imagen, sino que el mismo espejo se hace también imagen viva de Dios y se transforma en él; de manera que, aunque no lo es por esencia, lo parece por las divinas cualidades, resplandores y perfecciones que ha recibido y participado del mismo Dios, y aunque no tiene su divino ser, tiene una participación de él, y de su misma vida y operaciones. Pues si éstas son en Dios conocerse y amarse, ese mismo objeto es el de su conocimiento y amor, y no sólo es la misma vida de Dios la que vive el alma transformada en él por conocer y amar el mismo objeto, sino porque le conoce y ama. Por la participación que tiene del mismo conocimiento y amor que hay en Dios y porque sus operaciones están juntas con las divinas, y en particular es esto, en cuanto al amor, porque en cuanto al conocimiento es muy corto el que en esta vida puede haber, y al fin no sólo no puede comprender a Dios, pero ni aun verle como él es. Pero amarle sí, aunque no como merece, y viendo Dios su imagen viva en aquella alma, y que es tan semejante a él, ámase a sí mismo en ella y ardiendo en ella aquel infinito amor hace que ella, cooperando con él, ame con el mismo amor efectivamente, y así se están mirando, amando y gozando recíprocamente a semejanza del Padre Eterno y del Verbo Divino. Esto es lo que dijo San Pablo en aquellas palabras: *Nos autem revelata facie, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu*, y en otra parte: *Videbimus nunc per speculum*. Puesto este

espejo descubierto a los rayos del sol de justicia que esto es *revelata facie*, contemplando y mirando la gloria de Dios, *gloriam Domini speculantes*, nos transformamos en la imagen de Dios: en esta vida como espejo y en la gloria rostro a rostro.— Veíase mi alma cuando recibía esta merced toda envestida y penetrada de la gloria: perfecciones y bienes infinitos de Dios, deificada y hecha semejante a él, y parecíame que me decía: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*, como si dijera: no sólo se ven en ti coros de ejércitos, sino que tú estás hecha terrible como los mismos ejércitos y escuadrones, teniendo en ti todas mis divinas perfecciones y atributos.

Después de esto, sentí grandísimos deseos de que, pues Dios me había hecho merced de imprimir en mí la imagen de su Hijo en el modo dicho, me la hiciese también de imprimir su amor, y pedía sin cesar que, pues el Verbo Divino no sólo recibía de su Padre Eterno su divina naturaleza y bienes, sino también fecundidad, con la cual amando al Padre y siendo de él amado, produce con el Espíritu Santo, que también me lo comunicase a mí para que con él le amase, y acordábame que el mismo Cristo había pedido esto en la noche de la última cena, cuando dijo a su Eterno Padre: *Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis: ut sint unum, sicut et nos unum sumus*, que es lo que mi alma había recibido, como se acaba de decir, y faltaba lo que Cristo dijo luego: *Ut dilectio, qua dilexisti me, in ipsis sit, et ego in ipsis*, que era lo que yo tanto deseaba y pedía. Sentí luego una asistencia muy particular de las tres divinas personas en mi alma, que me causaba gran recogimiento, silencio, atención y amor interior. Sólo se me ofrecían muchas veces a la memoria aquellas palabras de Jeremías: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit*

me; expandit rete pedibus meis, convertit me retrorsum; posuit me desolatam, tota die mœrore confectam, y veíase mi alma dentro de aquella inmensidad de Dios, y diéronme a entender que si la imagen del Verbo Divino se había impreso en mí como en espejo, la del Espíritu Santo y su llama me imprimiría como en Esposa de todas las divinas personas, y en particular del Divino Verbo, que así como me había hecho participante de los infinitos bienes que tiene de su Padre, quería que lo fuese también del amor. Y sentía mi alma y veía con noticia espiritual que el Padre y el Hijo la estaban amando y comunicando su mismo amor para que ella amase también con él. Y esto duró algunas horas con suma quietud y serenidad, de vista intelectual; entendí que esto significaban aquellas palabras que quedan dichas de Jeremías: *De excelso misit ignem in osibus meis,* pues no hay cosa más alta ni excelsa que Dios, y dice que envió el fuego, no en la carne, sino en los huesos, que significa lo fuerte e íntimo del espíritu. Y luego dice cinco efectos que causa y obra en el alma este fuego: el primero, dice en aquella palabra *erudivit me*, que quiere decir que enseña a amar a la voluntad aquel divino Amor, y le comunica sus propiedades, que son: ser continuo, desinteresado, tranquilo, pacífico, intenso y unitivo, para que siendo en esto semejante al de Dios pueda hacerse una cosa con él, y también enseña a callar al entendimiento para que no impida la comunicación de este fuego a la voluntad; el segundo efecto se ·eclara en aquellas palabras, *expandit rete pedibus meis*, esto s, que aquella llama que se me comunicaba encerraría en sí omo red todos mis afectos, deseos y pensamientos, significaos por los pies, de manera que ninguno saliese de Dios, ni se oviese para otra cosa que para él; el tercer efecto se declara

en aquellas palabras *convertit me retrorsum,* esto es, que esta llama causaría también luz al entendimiento para que volviese muchas veces los ojos del conocimiento atrás para mirar mi pobreza, miseria, flaqueza y deméritos, que de mi parte siempre he tenido, y cuán de gracia y de balde recibo todo lo que Dios me da, y si un poquito alzase su mano misericordiosa de mí, ¡cuál quedaría!; el cuarto efecto se declara en aquellas palabras *posuit me desolatam,* esto es, que esta llama asolaría y destruiría todo cuanto hay en la parte sensitiva, pues no hay cosa que así asuele y destruya como el fuego donde prende, y que así consumiría todas las pasiones, los apetitos, el amor propio, la honra, la propia voluntad y todo lo demás semejante a esto, y el quinto efecto se declara en aquellas palabras *tota die mœrore confectam,* esto es, que todo el día y toda la vida estuviese mi carne afligida, mortificada, deshecha y crucificada. Cada uno de los efectos de este divino fuego va sintiendo mi alma en diferentes horas.

Después sentí gran amor al alma de Cristo Nuestro Señor, y particular asistencia suya en lo interior, y que me mostraba un amor ternísimo, y sintiendo yo algo cansada la cabeza de la atención y ejercicio continuado de estas cosas, parecía que me convidaba a que descansase en ella, que me serviría de lecho y almohada, y que con su divinidad me cubriría y abrazaría, como lo había hecho con la Esposa cuando dijo en los Cantares: *Læva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me,* y luego se sentía mi alma descansando en este Señor y procuraba suspender los actos de las potencias, adormeciéndome con un amor suave, y luego me parecía oir aquellas palabras del Esposo, *Adjuro vos, filiæ Jerusalem &,* y con esto, estuve algún tiempo como suspensa. Después de-

seaba mucho entender cómo es esta compañía, que siento del alma de Cristo, y otras cosas acerca de la unión de esta santísima alma con la divinidad. Y el entendimiento andaba buscando algunas razones y comparaciones con qué poder entender mejor lo que sentía como en confuso, y habiendo gastado en esto mucho rato no sacaba más de cansancio de la cabeza; hasta que me dí por vencida y vi lo poco que el entendimiento puede alzanzar de cosas tan altas, si Dios no se las descubre y muestra. Y parecía me decía aquellas palabras de los Cantares: *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt.* Por las cuales eché de ver, que no gustaba Dios que quisiese entender más de lo que se me diese, y que me aparejase para la comunión del día siguiente con gran humildad, sincerísima fe y ferviente caridad, que él era poderoso para hacer infinito más de lo que podía alcanzar a entender.

El día siguiente me levanté con este cuidado de aparejarme para la comunión con las tres virtudes dichas, y particularmente me hallaba metida en mi propio conocimiento y humillación, y con grandísimas ansias de que Cristo viviese en mí de la manera que vivía en San Pablo, cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus.* Esto pedía con muchas lágrimas. En comulgando parece que estaba sin aquel fervor y con alguna sequedad interior, y quejándome de esto a Nuestro Señor parece que me decía que ya sabía que no había de querer sentir nada, que él podía cumplir mis deseos, sin que yo echase de ver el modo como lo hacía, y habiendo estado un rato de esta manera, pude entrar muy en lo interior, y parecíame que el Verbo Divino encerraba y absorbía en sí toda mi alma, y la hacía una cosa consigo, de manera que no perci-

bía yo ya cosa mía, y dióseme a entender: ésta será siempre tu morada y tu descanso en los siglos de los siglos, de manera que podrás decir con David: *Hec requies mea in saeculum saeculi,* y aquí habitarás siempre, porque para esto te he escogido, y se podrán decir de ti aquellas palabras: *Elegit eam Deus & praeelegit eam, in tabernaculo suo habitare facit eam;* aquí hecha una cosa conmigo amarás intensamente y serás amada con mi mismo amor, y éste sea siempre tu ejercicio espiritual no hay que buscar otros, ni otras consideraciones ni noticias, si no es que se te den por algún tiempo, y acabado aquello quédate en esto, que mi alma estará unida con tu cuerpo como te tengo prometido, y mi cuerpo en cierta manera acompañará siempre el tuyo dondequiera que fueres, así como las vírgenes me siguen a mí dondequiera que voy, porque quiero ser todo tuyo.

Después se me dió a entender por dos comparaciones cómo sería esto: la una, que así como mi alma era espejo en que Dios miraba su divina imagen y la mía consigo, así su divinidad es espejo en que yo vería su santísima Alma y la uniría conmigo, y en ese mismo espejo de la divinidad podía también mirar su sagrado cuerpo unido a ella, y aunque en cuanto a la humanidad estaba lejos de mí, en este espejo le podía ver siempre, muy junto. Pues hay espejos materiales que tienen esta propiedad: que las cosas que están muy lejos las muestran cerca, ¿cuánto mejor hará esto el espejo divino de la Divinidad?, y que esta presencia corporal suya sería espejo en que yo siempre estuviese mirando mi vida para conformarla con la suya y conocer bien lo que desdijese algo de su perfecta imitación para enmendarlo. La otra comparación fué del sol, dándome a entender que su divinidad purísima y

simplicísima embestía en mi alma, como un sol inmenso y de luz inacesible, y como tal obscurecía los ojos de mi entendimiento. Y así el tiempo que pudiese asistir allí, todo había de ser dejarme abrasar del fuego de aquel divino sol y de sus rayos puros al descubierto, no para el entendimiento, sino para la voluntad; no para ser visto claramente, sino para ser amado intensamente, y cuando no fuese posible asistir a este ejercicio por ser forzoso atender a las obras exteriores y de vida activa, se me comunicaría este divino sol cubierto con la nubecita blanca de su santísima Alma, donde se ve el Señor, como dijo el Profeta, *ecce aparebit Dominus super nubem candidam,* donde con menos atención y más fácilmente le podía ver y atender a recibir su influencia para el gobierno de todas las acciones, obras y palabras, siendo el motor y principal agente, y para que la flaqueza y mala condición y disposición de mi carne no impida esto, este mismo sol, cubierto de una nube leve, pero opaca y densa, que es su sagrado cuerpo, el cual, asistiendo junto al mío en el modo dicho, influiría en él la disposición necesaria para que mi vida sea toda conforme a la suya, y mirándole siempre tan cerca y tan perceptible me componga toda y viva con suma humillación, encogimiento y reverencia delante de este Señor, y con suma obediencia a su voluntad y gusto, no sólo en lo interior, sino en lo exterior, y de esta manera podía la humanidad de Cristo hacerme compañía, aunque real y verdaderamente no está sino en el Cielo y en el Santísimo Sacramento.

II

Otro día puso Nuestro Señor mi alma en gran quietud y silencio interior, mirándose en aquella junta y transformación en el Verbo Divino, y allí sentía que como el Padre eterno ama a su Hijo juntamente me amaba a mí, por estar en él, y que el Hijo, amando a su Padre, le amaba juntamente conmigo, y yo con El, por estar como una misma cosa. Yo estaba recibiendo sin cesar aquel infinito amor, y esto se continuó dos días sin poder salir de esta atención y amor, poniéndoseme algunas veces aquellas palabras de Jeremías: *De excelso missit ignem &*, y ofrecióseme que lo mismo quiso decir Santiago en aquellas palabras: *Omne datum optimum &*. Esta dádiva excelentísima y don perfecto es el Espíritu Santo, que así le llama la Iglesia, *donum Dei Altissimi*, y el Excelso de Jeremías es lo mismo que el *sursum est* y Padre de las lumbres, que dijo Santiago, el cual está enviando y comunicando este fuego al alma, sin mudanza ni interpolación, porque es luz que no puede tener sombra ni dejar de dar siempre este divino rayo, y por este acto de su voluntad divina engendró en el Verbo de verdad, que es su Hijo engendrado por obra de su entendimiento, y con esta dádiva, que es el Espíritu Santo y generación por gracia, comenzamos a ser algo de sus criaturas, que son los que le gozan ya en el cielo, que por estar ya en suma perfección se llaman por excelencia criaturas suyas, pues las que están en esta vida no pueden tener más de un comienzo y principio de aquella perfección y felicidad. De esta manera se pueden entender aquellas palabras que dice luego Santiago: *Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae ejus.*

Después, siendo hora de vísperas de Santa Inés, dióme grandes ansias de pedir a Nuestro Señor que me adornase con las joyas que ella dijo la había dado este divino Esposo, y fuéseme dando declaración de lo que significaban las cosas que ella nombra. Lo primero, dice, *induit me cyclade auro texta*, y esta es la vestidura de la gracia y caridad y aquellos resplandores divinos de su misma divinidad. *Decoravit me corona*, significa la unión del alma con la de Cristo, que es el que nos ganó la corona de justicia y me ha de ayudar a que también la gane yo. *Collum meum & dexteram meam cinxit lapidibus preciosis:* el cuello significa la soberbia y presunción, *superborum & sublimium colla propria virtute calcari*, y así, el collar es de humildad y de tanto peso de conocimiento propio, teniendo siempre delante de los ojos que traiga el cuello humillado y encogido delante del Señor, que tiene siempre presente, y delante de las criaturas, mirándolas a todas por superiores y mejores. Las ajorcas o manillas de la diestra son la fortaleza y constancia para obrar, siempre lo más perfecta y del mayor gusto del divino Esposo, rompiendo por esto cuantas dificultades se pueden ofrecer. *Tradidit auribus meis inaestimabiles margaritas*, es la atención continua a las divinas inspiraciones y a todas las cosas de obediencia para cumplirlas con gran puntualidad. *Annullo suo subarrhavit me*, es la memoria de su pasión y sentimiento de ella. *Sanguis ejus ornavit genas meas*, es la hermosura que esta sangre da al alma, y ¡cuán hermosas parecen al esposo las mejillas adornadas con lágrimas por el dolor de que esta sangre preciosísima fuese derramada por nuestros pecados! *Mel et lac ex ore ejus suscepi*, es la comunicación que ha recibido del Espíritu Santo, el cual es comparado a la miel y leche por su dulzura e inmensa pureza. También comunica

el Esposo la dulzura y pureza de sus palabras. *Favus distillans labia tua, sponsa,* dijo en los Cantares, y quiere que tenga gran pureza de intención en ellas y que sean llenas de suavidad y dulzura de caridad con los prójimos. Pero que sean muy pocas como destiladas gota a gota, eso es, *favus distillans labia tua. Corpus ejus corpori meo sociatum est,* significa: lo primero, la junta, no del cuerpo, sino del espíritu con Dios, y lo segundo, la compañía de su humanidad en lo exterior, en el modo que se ha dicho. *Induit me vestimento salutis,* es la vestidura de suma pureza y castidad. *Inmensis monilibus ornavit me,* significa todas las demás virtudes de la perfecta imitación de Cristo, las cuales y estas divinas joyas dichas pedía yo a Dios con grandes ansias.

Y levantándome el día siguiente con gran cuidado de proseguir en esta petición, con mucha esperanza de que en la comunión de este día se me habían de conceder, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del Sabio: *Quando apendebat fundamenta terrae, cum eo eram cuncta componens & delectabar per singulos dies ludens coram eo omni tempore ludens in orbe terrarum &,* y se me dió a entender que quien decía estas palabras era el alma de Cristo nuestro Señor, y me quería decir en ellas que el divino Verbo, por quien fueron hechas y criadas todas las cosas, quería como criarme de nuevo y que ella con El lo habría de componer todo y adornarme con los tesoros infinitos que están en este Señor, que como dice San Pablo, son todos los de la sabiduría y ciencia de Dios, *in quo sunt omnes thesauri sapientiae & scientiae Dei absconditi,* y que todo mi interior y exterior compondría como debía estar la Esposa de tal Esposo con las joyas que yo había pedido y deseado, que aunque siempre se deleitaba en estar unida y ha-

bitar en esta tierra y mundo abreviado de mi cuerpo, *ludens in orbe terrarum*, que sus deleites son estar con los hijos de los hombres.

En recibiendo el Santísimo Sacramento, fué muy particular la unión que sentí en el alma de Cristo, sintiéndole con tan gran majestad y gloria, que me deshacía y de nuevo le pedía que me comunicase las riquezas y joyas dichas, no queriéndolas ni deseándolas por interés mío en esta vida ni en la otra, sino sólo porque aqueste Señor, que tanto amo, se agrade de mí, viendo en mí sus dones y riquezas, ya que no hay en mí obras que le puedan agradar.

Otro día se veía y sentía mi alma toda absorbida de Dios y muy metida en aquella divina grandeza, y ofrecíanseme muchas veces aquellas palabras de Isaías: *Posuit me quasi sagittam electam in faretra sua, abscondit me in umbra manus suae protexit me.* Parecíame que me había Dios escondido en su amor, y que me le había dado a mí para que con él le hiriese como saeta escogida para este fin, y que este fuese mi oficio y ocupación. La sombra de la mano de Dios es la del Verbo divino, mano del Padre y la sombra debajo de la cual se sentó la Esposa cuando dijo: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi: et fructus ejus dulcis gutturi meo;* este fruto dulce a su garganta son las delicias del amor en las cuales le parece hermosísima la Esposa al Esposo, y así dijo: *Quam pulchra es, et quam decora, charissima, in deliciis,* los cuales deleites tiene Dios en el alma, y el alma en Dios, y parecíame que me decían aquellas palabras: *Servus meus es tu Israel, quia in te gloriabor.*

A otro día se me ofrecieron estas palabras: *Sanguis ejus ornavit genas meas*, y estando en la oración, como anegada en la divinidad y en aquel amor quieto y callado, se me representó

dentro del mismo objeto en que estaba empleada la imagen de Cristo nuestro Señor en el paso del *ecce homo*, y parecíame que me decía el Padre eterno estas palabras, como si me dijera: Mira a este hombre que es Hijo mío y Esposo tuyo, éste ha de ser tu espejo en que siempre te mires, transformándote en esta imagen. Estas palabras y el ver a Cristo nuestro Señor tan lastimado y humillado, hizo en mí tan gran operación que me causó muchas lágrimas y pedía a Su Majestad que El mismo se imprimiese en mí cuando entrase por la comunión, que yo me ofrecía como aquel lienzo que le ofreció la mujer Verónica, donde Su Majestad imprimió su dolorosa figura y que quisiera me la comunicara, no sólo para mirarla e imitar sus virtudes que en ella se ven, sino que quisiera fuera con los mismos dolores y desprecios que Su Majestad padeció; que yo me ofrecía a padecerlos con sumo gusto, por ser verdadera imitadora suya. Este deseo de desprecios y trabajos es muy continuo.

Pero la representación de la imagen de Cristo y estarla mirando dentro de la divinidad me duró hasta la comunión, que fueron algunas horas, y dábaseme a entender que mirase y estampase en mí aquella modestia de su rostro y mesura de sus ojos, aquel silencio tan grande, aquella humildad tan profunda y postura de tanta humillación, aquella mansedumbre y paciencia, aquel quebranto y mortificación de todo su cuerpo, y que todo esto tuviese siempre presente para procurar imitarlo. Ponderaba mucho mi alma quién era aquel Señor tan humillado, y que si El, siendo quien era, estaba en tal bajeza, yo, que soy la suma vileza, dónde podré humillarme. Aunque sea hasta los abismos, ¿cuál habrá que no sea para mí muy alto si he de imitar en algo aquella suma humildad?

Parecíame que muchas veces se me repetían aquellas pa-

labras: *ecce homo*, y luego aquellas que dijo Dios a Moisés: *Inspice & fac secumdum exemplar, quod tibi in monte monstratum est*, mira lo que se te ha mostrado en el monte altísimo de mi divinidad y haz conforme a este ejemplar todas tus obras. Cuando recibí el Santísimo Sacramento, miraba cómo era aquel mismo Señor que yo oía en su divinidad y cómo el Padre eterno me lo daba para que fuese siempre mi continuo compañero y espejo en que mirase todas mis acciones. Y después de la comunión pedía con muchas ansias y lágrimas que destruyese en mí todo lo que era disconforme a aquella divina figura, y ésta y sus virtudes quedasen en mí estampadas, porque aunque yo ofrecía poner sumo cuidado en su imitación, no fiaba de esto nada, ni de mis diligencias, que ya conocía mi flaqueza e inconstancia y que no valía nada cuanto yo pudiese hacer si Su Majestad no me lo daba de gracia.

En habiendo estado un rato en estas ansias, peticiones y lágrimas, recogió Su Majestad mi alma en su divinidad, inclinándome a quietud y silencio, dándome a entender que viviese yo allí cuanto fuese posible, que por cuenta suya corrían mis obras y ejercicio de virtudes como tantas veces me había prometido y que me fiase de El. Hase quedado mi alma en aquella unión con la divinidad con aquel amor y afición a aquel sumo bien, mirado con quietud y sencillez, y en aquel gozo y complacencia de los bienes que Dios tiene en sí mismo, gozándose el alma en el gozo de su Señor, acordándome muchas veces de aquellas palabras: *haec requies mea in saeculum saeculi;* allí siente el alma sumo descanso y satisfacción, y mírase tan fuera del cuerpo y tan desunida de él como si no estuviera en esta vida, sino sólo metida en la inmensidad de Dios y unida a El.

Dentro de mí siento la compañía del alma de Cristo, advirtiendo que obra junto conmigo todas las cosas que hago, y acuérdome muchas veces de aquellas palabras de los Cantares: *En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras &.* Detrás de la pared de este cuerpo está mirando por mis ojos y hablando por mi lengua y así todo lo demás. Junto a mí, en lo exterior, siento también la compañía de Cristo humanado por modo intelectual, sin representarle en la imaginación con ninguna figura, sino atiendo a que me está siempre mirando y acompañando adondequiera que voy y que me manda que haga todo lo que he de hacer, aunque sea el comer y dormir y lo demás, y mi ansia es hacerlo todo sólo por darle gusto y obedecerle, sin que haya en mí ni un alzar de ojos que desagrade, ni sea sin su licencia y voluntad.

Después de esto me ocupó la obediencia en un oficio de comunidad que es de cuidado y de ocupaciones exteriores y activas, y como yo estaba acostumbrada a sólo el ejercicio de a vida contemplativa, sentía notable repugnancia y dificultad en acudir y ocuparme en las cosas que pedía mi oficio, y un día, mirando a Cristo Nuestro Señor en el paso dicho del *ecce homo*, con aquella corona de espinas tan dolorosa, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de la Esposa: *Vox dilecti mei pulsantis*, dándome a entender que este divino Señor coronado de espinas, su cabeza era quien me llamaba y pedía le abriese con aquellas palabras: *Aperi mihi soror mea &*, y para lo que me llamaba era para que saliese a las obras de la vida activa, y como mi alma estaba ya acostumbrada al lecho, al ocio y noche de la contemplación y quietud, siente mucho el salir de ella, y así da algunas excusas como la Esposa, diciendo: *Expoliavi me tunica mea, quomodo induar illa?* Tengo ya

desnudo mi entendimiento de cosas sensibles y materiales, ¿cómo es posible tornarle a vestir de esas especies? *Lavi pedes meos; quomodo inquinabo illos?* Tengo ya muy puros los afectos y deseos de mi voluntad empleados en aquel uno solo necesario, ¿cómo me tengo de poner a peligro de las impurezas que se me pueden pegar de la comunicación de las criaturas y con la multiplicidad de otras ocupaciones? A estas excusas responde el Esposo que él tiene su cabeza llena de rocío y sus cabellos llenos de las gotas de las noches, esto es: la sangre que baña su cabeza, sacada por la corona de espinas, que le mire punzado de ellas y no rehuse punzar y lastimar la mía, que es mi entendimiento, con las espinas penosas de los cuidados de la vida activa en que quiere que me emplee y ocupe.

Y luego parecía decía el Padre Eterno aquellas palabras: *Egredimini filiae Sion et videte regem Salomonem* &. Como si dijera: Salid, hijas de Sión, almas contemplativas, y mirad al rey Salomón coronado con una corona de espinas que le puso su madre en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón, que fué el de su muerte. *Ecce homo, ecce Rex vester*—dijo Pilatos. Y estas mismas palabras parece que dice el Eterno Padre a las almas contemplativas, como si dijera: mirad a vuestro Rey, y a este hombre divino, tan humillado y tan atormentado, seguidle por el camino de los trabajos, no sea todo descansar en el lecho y en el ocio de la contemplación. *Egredimini.* Salid a ejercitar las demás obras para que yo os llamo, acompañad a vuestro Esposo, que él mismo es el que os está llamando a la puerta y quiere acompañaros y obrar con vos esas mismas obras de la vida activa; no hay excusaros, porque se ausentará y lo perderéis todo.

III

Otro día se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del Santo Rey David: *Ecce quam bonum & jucundum habitare fratres in unum*, y dióseme a entender que por estos hermanos se podían entender el alma de Cristo Nuestro Señor y la mía, que habitan con gran unión en aquel inmenso e infinito uno, que es la divinidad y esencia de las tres divinas personas. Están estas dos almas como los dos serafines que vió Isaías en el trono alto y levantado en que estaba Dios, los cuales tenían seis alas: con las dos cubrían el rostro y cabeza de Dios; con las otras dos cubrían los pies, y con las dos de en medio volaban, y siempre estaban diciendo Santo, Santo, alternativamente. Así el alma de Cristo y la mía están dentro del mismo Dios aunque con infinita diferencia, pero con alguna semejanza, ocupadas en este mismo ejercicio de los dos serafines. Las dos alas con que estas dos almas cubren la cabeza de Dios, son las del conocimiento, porque aunque el alma de Cristo ve a Dios claramente y le conoce sumamente más que todos los entendimientos criados, con todo eso, en cuanto criatura no puede comprender aquel divino e infinito Ser, y así le cubre con el reconocimiento de que no puede alcanzar a comprenderle. Mi alma cubre también este divino Ser, que es la cabeza de Dios y significa particularmente las obras de Dios, *ad intra*, que es el comprenderle asimismo y engendrar al Verbo divino y producir los dos al Espíritu Santo, amándose infinitamente. Y estas obras divinas, que son como la cabeza de Dios, las cubre mi entendimiento con las alas de la fe, con las cuales se entra en las divinas tinieblas donde

Dios tiene y puso su escondite, y reconociendo el entendimiento su corta capacidad, y la infinidad e inmensidad de aquel objeto, conténtase con mirarle cubierto y a obscuras. Las otras dos alas con que estas dos almas están siempre volando son las del amor a aquel Sumo Bien, y por Él aman a sus criaturas, y el alma de Cristo está en estas sus dos alas convidando y enseñando a la mía para que también vuele sin cesar: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos & super eos volitans.*

Las otras dos alas con que el alma de Cristo cubrió los pies de Dios es su sagrado cuerpo. Los pies de Dios significan sus obras *ad extra*, que son las que obran por sus criaturas y en orden a ellas, pues de éstas las más principales son las que obró para nuestra redención. Pero cubriólas de tal manera con el velamiento y humildad de su sagrado cuerpo, que apenas hubo uno que le conociese ni entendiese que era Dios el que las obraba, y así dijo por David en un salmo: *Considerabam ad dexteram et videbam; et non erat qui cognosceret me*, y en otra parte: *Non est inventus qui me agnosceret et faceret bene.* Así también mi cuerpo sirve de velamiento y cobertura, como las alas de los serafines para cubrir las obras de Dios en mí, de manera que siendo este Señor el que obra y vive por mí, esté tan encubierto que parezca que soy yo quien lo hace y que soy yo la que vivo, no viviendo yo, sino Cristo en mí.

Cuando Dios quiso criar a Eva no dijo démosle a Adán esposa ni mujer, sino *faciamus ei adjutorium simile sibi,* hagamos una que le ayude, semejante a él. Así parece que viendo la Santísima Trinidad a Cristo Nuestro Señor en cuanto hombre ocupado siempre en este ejercicio de conocer y amar y cubrir a

Dios en la manera dicha, y estar siempre diciendo Santo, dijo Dios: hagamos a Teresa semejante a él, en lo que fuere posible, démosle una compañera que sirva del otro serafín, y ayude a decirle otra vez Santo y estén siempre repitiendo a versos, que es lo mismo que estarse gozando de mis infinitas perfecciones y alabándome por ellas, que la boca del alma es la voluntad, *os meum aperui &*, y las palabras que proceden de esta boca son afectos de amor, gozo y alabanzas divinas. Estén, pues, siempre estas dos almas ocupadas en este ejercicio y unidas con vinculo de amor divino y caridad intensa y habiten como hermanos en este uno de la inseparable unidad de nuestra divina esencia. Y el cuerpo de Cristo y el suyo sean también hermanos y compañeros, unidos con continua y perfecta imitación. Mirele siempre junto a sí y anden juntos en todas las obras de la vida activa, para que aprenda cómo ha de cubrir mis pies, mirando cómo él los cubrió con su humildad y todas las demás virtudes suyas perfectísimas; imitándole cuanto fuere posible.

Estos serafines significan también los cuatro animales que vió San Juan en el Apocalipsis, que tenían seis alas y cantaban siempre Santo como los serafines, y demás de esto tenían cuatro rostros: de águila, de león, de hombre y de buey. El que tenía rostro de águila es significación del alma de Cristo, que *sicut aquila provocans ad volandum pullos suos;* el rostro de hombre es el cuerpo de Cristo Señor Nuestro; el rostro de león, mi alma, criada y reengendrada del león de Judá, y como cachorrillo suyo, aunque ciego, anda en la noche de la contemplación bramando por arrebatarse al cielo y al Señor de él. *Posuisti tenebras & facta est nox, catuli leonum rugientes ut rapiant regnum coelorum vim patitur & violenti*

rapiunt illud, y busca de Dios comida y sustento para sí, y aun del mismo Dios quiere sustentarse: & *quaerunt adeo escam sibi,* no quiere otro sustento sino el de la mesa de su Dios, siquiera de las migajas que caen de ella y se pueden gustar en esta vida. La cara de becerro o buey significa mi cuerpo, que ha de estar expuesto al trabajo, al arado y al yugo, estando tan domado y tan manso que le pueda guiar Cristo como a una oveja *qui deducis velut ovem Joseph.* Los cuatro animales caminaban donde los llevaba el ímpetu del espíritu y éstos son movidos también a todo por el Espíritu Santo, que con su fuego les da el movimiento velocísimo de rayos de fuego: *ibant & revertebantur in similitudinem fulguris corruscantis,* como rayos salen a las obras de la vida activa cuando el Espíritu Santo los llama para esto y lo pide la caridad del prójimo o la obediencia, y acabado con estas obligaciones y ejercicios como rayos vuelven al de la contemplación divina.

Y si me olvido o detengo algo más de lo necesario en el cuidado de las cosas exteriores llama Dios al alma con aquellas palabras de los Cantares: *Revertere, revertere, Sulamitis; revertere, revertere, ut intueamur te;* cuatro veces, me llama dando a entender cómo todas las tres divinas personas y el alma Santísima de Cristo me están esperando y deseando que vuelva el rostro de la atención y afecto a lo interior, porque se deleita Su Majestad de que nos estemos mirando y amando recíprocamente.

Un día estaba mi alma clamando con grandes ansias con aquellas palabras de David: *Quis dabit mihi pennas sicut columbae?,* como si dijera: ¿quién me diese a mí que tuviese alas, que pareciesen en algo y fuesen semejantes a las del alma de Cristo mi Señor, que son las de su conocimiento y amor y las

virtudes de su humanidad? Y dice que son estas alas de paloma, porque es muy propia esta semejanza de la naturaleza humana de Cristo, y así en el libro de los Cantares (que es como un diálogo entre el Verbo Divino y la naturaleza humana, que es su Esposa) la llama muchas veces paloma. Deseaba, pues, mi alma, que se le diesen alas semejantes á las de esta Divina Paloma, para volar juntamente con ella y que con esto descansase mi ansioso afecto, que mientras más vuela, más descansa; *& volabo & requiescam*, y cualquiera cosa que impide algo este vuelo causa tormento y trabajo.

Estando en este pensamiento y deseo, se me ofrecieron a la memoria otras palabras del mismo profeta David, que parecen como respuesta de aquella pregunta: *quis dabit mihi pennas?*, y es el verso del salmo 67: *si dormiatis inter medios cleros, pennae columbae deargentatae, & posteriora dorsi ejus in pallore auri,* como si dijera: si durmieres, si descansares, si vivieres y morares de asiento y como en casa propia en el divino fuego y amor que procede de las dos divinas personas que es el Espíritu Santo; Él es paloma divina (que en esta semejanza se muestra muchas veces); paloma de plata de infinito valor y de infinita pureza; sus alas son también de plata y las comunica a las almas. Por estas alas de plata es significado el conocimiento altísimo y profundísimo de Dios, el cual comunica este divino espíritu con sus ilustraciones y dones divinos. Tiene esta divina paloma el pecho de oro: *& posteriora dorsi ejus &*, que es lo mismo que ser todo amor significado por el oro, y a las almas que viven en Él les comunica este amor; de manera que ya que no son de oro por esencia, como lo es el Espíritu Santo, tienen la color como de oro y parécenlo en las propiedades, *in pallore auri*. Este divino Espíritu y divina Paloma fué quien

dió a la humanidad de Cristo aquellas alas divinas de paloma, en las cuales se remontó y levantó tan altísima que hizo su nido en la misma naturaleza divina, en la persona del Verbo, adonde Él solo pudo llegar: *ecce elongavi fugiens & mansi in solitudine*. Sólo Él mora allí por naturaleza y por unión, hipostático e inseparable, y esta unión y creación de la naturaleza humana y los dones y gracias del alma Santísima de Cristo con gran particularidad se atribuye al Espíritu Santo *requiescet super eum Spiritus Domini, Spiritus sapientiae & intelectus &.*

Estos mismos dones y estas alas entendía me quería también comunicar a mí el Espíritu Santo para unirme consigo, por gracia y amor, y representábanseme por modo intelectual las tres divinas personas, y veía en la del Verbo Divino unida el alma de Cristo; y en la del Espíritu Santo, unida mi alma y hecha una cosa con Él por amor, como se ha dicho; y que este divino fuego me tiene toda transformada en sí, siendo yo como un carboncito negro y feo, en lo que es de mi parte, y el alma de Cristo como un cristal purísimo, todo penetrado de los rayos de la luz inaccesible del Sol de Justicia, el cuerpo de Cristo un templo hermosísimo, donde mora la plenitud de la divinidad corporalmente y mi cuerpo, un calabozo inmundo y abominable. Con todo eso, la bondad infinita del Espíritu Santo quiere morar en él y regir todas mis acciones, y si la humanidad de Cristo, conociendo la grandeza infinita de la naturaleza divina, está llena del temor del Señor, *replevit eum spiritus timoris Domini*, y con suma reverencia, humildad y obediencia a la Majestad divina, ¡cómo será razón que esté yo en presencia y en compañía de este divino Señor! En el alma de Cristo, como está unida a la divina Sabiduría, es altísimo su conocimiento; en la mía, unida al Espíritu Santo, ha de ser con-

tinuo e intenso el amor, y éste mi principal ejercicio y continuo descanso, pues la llama en su esfera descansa, y estando allí habla con todas las criaturas del cielo y de la tierra, y dice: *Ecce elongavi fugiens*, huyendo de mí misma y de todas las cosas terrenas y sensibles, con las alas de paloma que el Espíritu Santo me dió, me he alejado y remontado tanto que he hecho mi asiento y morada en esta soledad inmensa, sin acompañarme ni acordarme de cosa alguna si no es mi divino Esposo y su fuego, en quien estoy tan transformada que me he vuelto yo en nada y me he mudado en él y todo parece un amor, *quia inflammatum est cor meum & renes mei commutati sunt & ego ad nihilum redactus sum & nescivi.*

Otro día, estando en oración, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras que Cristo Nuestro Señor dijo, hablando con su Padre Eterno, la noche de la Cena: —Padre, venida es la hora de que clarifiques a tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique a ti. Parecíame que el alma santísima de Cristo, que yo tan de ordinario veo intelectualmente, me aplicaba a mí estas palabras, y orando a su Eterno Padre llamaba a mi espíritu hijo suyo y rogaba que el Padre le clarificase, comunicándole el Espíritu Santo, para que con él mismo y el fuego de su amor mi espíritu clarificase al Padre, amándole y volviéndole el mismo amor que recibía de El. Y más adelante dijo Cristo en la misma oración: Clarifícame ahora, Padre, con la claridad que tuve acerca de ti antes que el mundo fuese hecho. Y es como si dijera: este espíritu de Teresa que le tengo yo por tan mío, como si fuera yo mismo, clarifícale con la claridad que me clarificaste y me clarificas a mí desde ab eterno, en cuanto Dios que es, aspirándome el Espíritu Santo, que es fuego luminoso: *Spiritus qui a Patre procedit, ille me clarificavit*, y yo también

se le comunico, *ego claritatem, quan tu dedisti mihi, dedi ei;* comunícasele tú también, pues procede de los dos, para que sea una cosa con nosotros, así como tú, Padre, y yo somos una cosa y como yo estoy en ti y tú en mí, así este espiritu esté en nosotros hecho una cosa con el Espíritu Santo.

Dióseme a entender que había de recibir este divino Espíritu al modo que se recibe la respiración corporal, que es sin interpolación ni pausa, y así como se recibe, se vuelve a dar; así procúrase abrir la boca del afecto, como decía David, para atraer y recibir el Espíritu Santo, *os meum aperio & atraxi Spiritum*, y que esta boca de la voluntad y afecto sea muy dilatada, para que este divino Espíritu la llene, *dilata os tuum & implebo illud*, y juntamente con recibir por modo participado esta divina respiración que el Padre Eterno aspira en el Hijo y Él en el Padre, se la vuelva como la recibió, amando como soy amada. Y si la respiración corporal se recibe y vuelve a despedirse para refrigerar el corazón, el de Dios tiene su refrigerio en este modo de aspirar al alma, y ella le tiene también, no templándose sino abrazándose cada hora más, porque el aire que recibe es de fuego, que por esto el Espíritu Santo se significa por llamas que son aire abrasado. Este divino aire deseaba sumamente la Esposa cuando le pedía que, como aire ábrego, aspirase por su huerto.

Sentía el alma que la hacía Dios esta merced, que es tan grande, que no hay palabras con que significarla, y parecía me mandaba Su Majestad que procurase cuanto fuese posible no faltar a este ejercicio y continua respiración de divino amor, pues para respirar corporalmente no es menester atención, ni luz, ni vista, y que así, aunque aplicase la atención a las cosas forzosas de la vida activa y me faltase la vista y luz intelec-

tual por no compadecerse tanto con las cosas exteriores, que no haría esto mucha falta para la respiración espiritual y que así fuese ésta continua lo más que me fuese posible.

Esta unión y desposorio con el Espíritu Santo se me dió a entender que sería muy en particular desde el día de la fiesta de la Encarnación, que como aquel día se desposó el Verbo Divino con la naturaleza humana, el Espíritu Santo quería desposarse conmigo con la unión muy semejante, y que tomaría entera posesión, no sólo de mi alma, sino también de mi cuerpo, vivificándole y gobernándole con gran particularidad y asistencia amorosa. Y aquella mañana del día de la dicha fiesta de la Encarnación se me daba a entender que, así como el Espíritu Santo formó el cuerpo purísimo de Cristo y adornó el alma de aquella naturaleza humana con tan infinitos dones y gracia para ser unida al Verbo, que así, en su manera, la persona de Cristo sacramentado, entrando en mí por la comunión, reformaría mi cuerpo y le haría como vivo retrato del suyo, que éstas son las tablas o puertas del cedro incorruptible que le dieron a la Esposa en el día de su desposorio: *Si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis*, como si dijera la Santísima Trinidad: pues le hacemos puerta tan semejante a Cristo, el cual dijo: *ego sum ostium*, pongámosle también las puertas de esa divina puerta pintando su cuerpo, sus sentidos y sus acciones, que parezcan imagen suya, y que en cuanto es posible a una criatura no le toque la corrupción de la culpa, que eso quiere decir que sean de cedro incorruptible. El portero de estas puertas será el Espíritu Santo, no consintiendo que se abran ni entre por ellas cosa que no sea muy de su gusto y voluntad divina. No sólo adornó Cristo Nuestro Señor en esta comunión lo corporal y sensible, en la manera dicha, para esta unión y

desposorio del Espíritu Santo, sino que principalmente adornó y dispuso mi alma edificándola como la ciudad de Jerusalem, que vió San Juan que bajaba del cielo aparejada y adornada como esposa para su esposo. Esta ciudad tenía la claridad de Dios, que es los resplandores de la gracia; tenía puertas de piedras preciosas, que son las que he dicho. Toda la ciudad era de oro, porque está llena de caridad y amor. Participaba del muro grande y alto que la cercaba, que es el Espíritu Santo, y así tenía este muro doce fundamentos de piedras muy preciosas, que son los doce frutos del Espíritu Santo. Esta ciudad quiere Dios que se mida con vara de caña dorada, esto es, la humanidad de Cristo, que por la flaqueza de la naturaleza humana se llama de caña, pero dorada por la unión con el Verbo divino, y así como el alma de este Señor fué edificada como en cuadro, teniendo tanto de conocimiento altísimo de Dios, como de profundísima humildad, y tanto de latitud en su inmensa caridad como de longitud en su perpetuidad y eternidad, así esta ciudad de mi alma esté puesta también en cuadro como la santa Jerusalem y sea tanta su alteza como su profundidad, y tanta su latitud como su profundidad, y tanta su latitud como su duración y longitud, a semejanza de Cristo, con quien, en cierta manera, es medida y de quien recibe el alto conocimiento de Dios, la profundísima humildad, la dilatada caridad y la perseverancia y continua duración en este bien y alta imitación de Cristo.

Dióseme a entender que esto es lo que pedía San Pablo con tanto encarecimiento para los de Epheso, cuando dijo que hincadas las rodillas delante del Padre Eterno, le suplicaba que pudiesen comprender con todos los santos la alteza, latitud, longitud y profundidad de Cristo, y en esta palabra compren-

der, no parece que quiso decir conocer, sino alcanzar alguna semejanza de ello, como la pueden alcanzar los santos en esta vida mortal. Y que en estas cuatro cosas imitase cuanto fuese posible al alma santísima de Cristo, teniéndola por ejemplar siempre, viendo lo que debe hacer, así en lo interior acerca de Dios, como en lo exterior acerca de las criaturas para ser esposa de tal Esposo que es el Espíritu Santo, como aquella Alma santísima lo es del Verbo divino; aunque el desposorio y unión es diferente. Desde este día es particular la compañía y asistencia que siento de este divino Espíritu y la fuerza que interiormente me hacen a no apartarme ni olvidarme de aquella aspiración o respiración de amor que queda dicha.

Un día, estando en oración o en el oficio divino, me parecía que la persona del Padre Eterno me entraba muy íntimamente y con gran amor como en su divino pecho, que era como una capacidad inmensa y que al entrarme allí era querer que fuese como corazón suyo, para que así estuviese recibiendo su divina, amorosa e infinita aspiración, dándome a entender que así como la naturaleza humana en cierta manera había sacado del pecho del Padre Eterno al Verbo divino, que es como su corazón, por la encarnación que el mismo Cristo la llamó salida suya del Padre, *exivi a patre & veni in mundum*, así de la naturaleza humana quería que mi espíritu entrase a ser como corazón suyo, y no podía pensar ni divertirme a otra cosa, sino verme allí intelectualmente y como he dicho estar recibiendo de nuevo al Espíritu Santo y estar con un afecto muy sereno, pacífico y recíproco con el Eterno Padre, en que parece que el alma se derretía y hacía una cosa con Dios. Y ofrecióseme a la memoria aquel verso, *factum est cor meum tamquam cera liquescens in medio ventris mei*, como si dijera

el Padre Eterno: este espíritu de Teresa, que es mi corazón, se derrite como cera en medio de mi divino ser, que eso quiere decir *ventris mei.* Como cuando dijo Su Majestad *ex utero ante luciferum genui te*, llamó vientre a su misma esencia divina, de la cual y en la cual engendra a su unigénito Hijo; derrítese para transformarse más en mí y entrañarse más en este mi divino Ser.

El día siguiente me dió Nuestro Señor a entender que el haberme hecho como corazón suyo era para que tuviese los mismos afectos y oficios que el corazón corporal tiene en el cuerpo. El principal es vivificarle por medio de la sangre y de los espíritus vitales, y sin estas dos cosas no puede un cuerpo tener vida, que de la misma manera era en este modo espiritual, que Su Majestad quiere de mí, pues habiendo hecho a mi espíritu corazón suyo, quiere en cierta manera y afectivamente recibir de El la misma vida divina que Dios vive, y esto ha de ser estando siempre mi espíritu bañado y anegado en los merecimientos y gracia que Cristo Nuestro Señor nos ganó con su sangre, por medio de la cual recibe mi espíritu virtud y fuerza para cooperar con el Espíritu Santo, que es espíritu vivificador como se dice en el credo: *Spiritum Sanctum, Dominum & vivificantem &,* El es el Espíritu vital con que vive el mismo Dios, pues este Espíritu y esta vida parece quiere en cierta manera recibirle Dios de mi espíritu como de corazón suyo, estando exhalando siempre un impulso y afecto amorosísimo y divino o divinizado por estar unido al amor divino e infinito. Y gusta Dios tanto de recibir en este modo la vida de este corazón, que le intima y manda que cuanto le sea posible no falte un punto a esto, porque lo sentiría como si a uno le quitasen la vida sacándole el corazón del cuerpo, y que en ley

de amistad tan estrecha como hay entre Dios y yo, sería cosa horrenda usar de tal crueldad que no se hallara entre dos hombres amigos.

Entendí también que como la cabeza tiene necesidad del corazón para tener vida, así el corazón tampoco puede vivir sin la cabeza, por cuyos órganos recibe la respiración, y que de la misma manera ha de haber esta correspondencia entre Dios y mi espíritu. Su Majestad es la cabeza que le comunica la respiración divina, con que le vivifica, diviniza y abrasa, y el corazón que es mi espíritu, vuelve a Dios este espíritu vital con que el mismo Dios vive.

Los afectos que principalmente están en el corazón humano son cuatro: gozo, tristeza, esperanza y temor. Estos mismos afectos quiere Dios que tenga este espíritu que es corazón suyo. El primer afecto, que es de gozo, teniéndole en el más sumo grado que sea posible de los infinitos bienes, perfecciones y suma felicidad que Dios tiene en sí mismo, gozándose y complaciéndose en el mismo gozo y complacencia que Dios tiene, para que de esta manera participe este gozo de un modo de infinidad e inmensidad.

El segundo afecto, que es de tristeza, ha de ser también muy intenso, sintiendo las ofensas de Dios sumamente y deseando que este sentimiento pudiera llegar al que el mismo Dios tuviera si fuera posible, y al que el ánima santísima de Cristo Nuestro Señor tuvo todo el tiempo que vivió en carne mortal, y también ha de ser suma la tristeza y sentimiento de los trabajos y desprecios y muerte de Dios humanado, deseando que este sentimiento pudiera ser tan grande como le tuviera el Padre Eterno, si fuera posible, viendo morir a su unigénito Hijo, y cómo Su Majestad no puede tener tristeza ni dolor.

Para esto en particular quiere tomar mi espíritu pasible, para que, como corazón suyo y en su nombre, sienta esta muerte y pasión de su Hijo unigénito, que por eso dijo por Zacarías: *Plangent Eum quasi super unigenitum* &, como si dijera a mi espíritu: pues eres mi corazón, llora y siente la muerte de mi unigénito como si la llorara y sintiera Yo, y ya que es imposible que espíritu humano y criado llegue a esto, por lo menos lleguen aquí los deseos de este sentimiento y dolor, mirando la causa como presente, pues para mí no hay cosa pasada.

El tercer afecto, que es de temor, también ha de ser muy grande, estando tan cerca de aquella infinita Majestad, que aunque está tan encubierta y disfrazada para que la criatura le pueda comunicar la fe, descubre cómo aquel Señor es el que hace temblar y tremer a las potestades del cielo, y los espíritus que más cerca están de aquella infinita Majestad están con más temor filial y suma reverencia, y así quiere Dios que esté el mio, y más no estando seguro de no caer y perder aquel bien.

El cuarto afecto, que es de esperanza, le ha de tener muy grande de ver al descubierto a aquel Señor que tanto ama, deseando verse libre de las cadenas y prisión del cuerpo mortal para amarle y gozarle sin las imperfecciones e interpolaciones de esta vida, sino con suma perfección y continuación ha de desear también sumamente la salvación de las almas como la desea Dios, si fuera posible.

Pero en lo que particularmente ocupa Dios mi espíritu estos días es en el primer ejercicio que queda dicho del corazón; y es tanta la continuación que Su Majestad quiere que tenga en esto, que si alguna ocupación me divierte algo, me está llamando y advirtiendo interiormente como si una persona no pudiese respirar ni vivir si otra no le está haciendo aire y se

embebiese en otra cosa y por esto faltase algo a darle aquel alivio con la continuación que le ha menester, y le estuviese trabando, llamando y advirtiendo para que no cese; así, de la misma manera, me parece hace Dios conmigo estos días cuando estoy hablando, escribiendo, comiendo o en otra cualquier ocupación que lleva algo la atención, y con gran facilidad vuelve el espíritu a su ejercicio hallando siempre el objeto de él tan presente como si no se hubiere ocupado en otra cosa.

Otro día, estando en oración, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del Evangelio: *Exiit qui seminat seminare semem suum*, y como Cristo nuestro Señor, declarando esta parábola, dijo que la semilla es la palabra de Dios, y dióseme a entender que no sólo es la palabra de su doctrina sino del mismo Verbo eterno, palabra del Padre por excelencia, semilla suya engendrada de su misma sustancia con su infinita virtud y fecundidad, de quien dijo San Pablo, a los de Epheso, que se nombraba o tomaba nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pues dióseme a entender que esta divina semilla, que es el Verbo, quería en cierta manera salir de su eterno Padre para sembrarse en la tierra de mi cuerpo y hacer cierta unión particular con él echando su bendición a esta tierra *benedixisti, Domine, terram tuam*, para que sea como la tierra escogida donde cayó la cuarta parte de la semilla y lleve fruto escogido de ciento, porque dando este divino Señor vida a esta tierra y siendo él el que fructifique en ella, claro está que han de ser los frutos, como suyos, óptimos y copiosos. Yo le decía a Nuestro Señor que cómo era posible que quisiese echar tal semilla en tierra tan mala, que sin duda es la peor de cuantas ha criado en el mundo, y ofreciéronseme a la memoria aquellas

palabras que Su Majestad dijo a San Pablo cuando le mandaba que comiese aquellas sabandijas que vió en la sábana que le mostraron en visión. Excusábase San Pablo de comerlas por ser inmundas, y díjole Dios: ¿Lo que yo he santificado llamas tú inmundo? Así digo ahora: ¿la tierra que yo he bendecido y santificado para mí, y que quiero que sea el monte de mi habitación, *mons in quo beneplacitum est Domino habitare in eo et enim Dominus habitabit infinem*, llamas tú tierra inmunda? Yo edificaré en ella casa para mí que me sea tan agradable como la que me edificó Salomón y la llenaré de mi majestad, aunque en semejanza de humo, como vió Isaías que se llenó mi casa cuando me vió en el trono de mi grandeza: *& domus impleta est fumo*. Porque la flaqueza y condición de la carne mortal no sufre recibirme ni verme de otra manera: *elegi enim & sanctificavi locum istum ut sit nomen meum ibi in sempiternum & permaneant oculi mei & cor meum ibi cunctis diebus.*

Representábaseme interiormente la Santísima Trinidad por modo intelectual, y parecíame que el Verbo divino, aplicando a este propósito aquellas palabras que dijo en el sermón de la Cena, *exivi a Patre & veni in mundum*, decía ahora a su eterno Padre: Quiero en cierta manera salir de ti e ir al mundo abreviado de Teresa para vivir en él y deje ella en cierta manera de vivir en sí y venga a vivir, Padre, contigo y con el Espíritu Santo, y sea una cosa con nosotros; así como tú estás en mí y yo en ti, yo estaré en ella y tú en mí, para que esta unión sea consumada. Padre, quiero que esta esposa que me diste esté donde yo estoy y que viva dentro de tu mismo pecho, como vivo yo, y que en cierta manera quede este espíritu como en mi lugar, y yo estaré en el mundo como en lugar suyo; que el

amor que la tengo no se contenta con menos que hacer este inefable trueco.

Parecíame que el Padre eterno y el Espíritu Santo me recibían en su compañía con inmenso amor y se me comunicaban por un modo que no se puede decir, y juntamente con esto siento una particularísima asistencia y compañía del Verbo divino en todas las obras corporales y exteriores que parece que Su Majestad las obra por mí. Era y es tanta la admiración de mi alma sintiendo estas cosas y viendo mi bajeza y mi nada puesta en tal lugar, que no podía dejar de dar algunos suspiros salidos de lo íntimo de mi corazón, que también se derretía en lágrimas y parecía que no cabía en sí. Decíale muchas veces a Nuestro Señor: ¿Cómo es posible que tales cosas haga Vuestra Majestad con una criatura tan vil, y de que de tantas maneras lo desmerece, que aunque estas cosas no caben en méritos de ninguna criatura, pero no hay ninguna que lo desmerezca tanto como yo? Y lo que me parece se me respondía es: Estas son las finezas y excesos de mi amor infinito, que como tal se comunica con un modo de infinidad, atendiendo solamente a mi bondad y suma inclinación a comunicarme, sin que sea bastante a impedirlo la desigualdad y poco merecimiento tuyo.

IV

La noche precedente a la primera comunión, después de lo dicho, estando yo dudando y temiendo que estas cosas no eran tan sobrenaturales y meramente pasivas que no tuviesen mucha parte de obra de entendimiento y discurso natural, ofre-

ciéronseme a la memoria aquellas palabras de los Cantares en que el Esposo le dice a la Esposa: *si ignoras te* o *pulcherrima &*, y parecíame que me las decía a mí Su Majestad, y es como si dijera: Si ignoras y no conoces que esa hermosura y luz que tienes es toda mía, y quisieres atribuir a ti y a tu diligencia algo de ella, quitártela he, y partirás en seguimiento y por las huellas de tus ganados, que son los diversos naturales, y verás cuán poco puedes caminar por ellos siendo tus pasos tan cortos como los de sus huellas y pisadas.

Dióseme también a entender que en la merced que nuestro Señor me había hecho el día antes, que es la que queda dicha, se encerraban dos: la primera, el ser recibida mi alma de la Santísima Trinidad y morar allí del modo dicho; la segunda, el vivir Cristo en mí y sembrarle el Padre eterno en la tierra de mi cuerpo, a semejanza de la parábola del Sembrador: *Exiit qui seminat seminare semem suum*, como apunté a decir, y esta segunda merced se había de cumplir y efectuar en la comunión de aquel día, en la cual el Padre eterno me daba su divina palabra, que es la persona de Cristo nuestro Señor, para que morase y fructificase en mí como la semilla en la tierra; que este Señor en el Santísimo Sacramento se representa muerto y entraría en mi corazón como en sepultura, que por esto cuando los judíos le pidieron señal del cielo y Su Majestad les dió la de su muerte y sepultura, llamó a ésta corazón de la tierra o corazón de tierra, diciendo: Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del Hombre estará otro tanto tiempo en el corazón de la tierra. Y no le llamó sepulcro, sino corazón, cuando entra en él con representación de muerto en el Santísimo Sacramento. Y este representarse muerto y sepultarse en el corazón, es lo mismo que sembrarse;

porque la semilla como muerta se sepulta en la tierra. Y así dijo Su Majestad hablando de sí mismo: Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, no llevará fruto; pero si muere, darále muy copioso. Pues como este Señor se siembra en el corazón para llevar gran fruto, represéntase muerto y sepultado en la tierra de mi corazón.

Y que un cuerpo sepultado sea semejante a la semilla echada en la tierra díjolo San Pablo a los de Corinto, declarándoles con esta semejanza la resurrección de los cuerpos, diciendo que se siembran en corrupción, en innobilidad y enfermedad. Y se levantarán incorruptos, nobles y fuertes, pues se siembra el cuerpo animal y se levantará el espiritual, y que el primer Adán fué hecho hombre en ánima viviente y el segundo Adán Cristo en espíritu vivificador; el primer Adán, terreno, y el segundo, celestial, y tales son los que le siguen; y que así como hemos traído en nosotros la imagen del Adán terreno, traigamos la del Adán celestial, teniéndole sembrado en nuestros corazones. Lo que entendí de estas palabras de San Pablo es que el sepultar es sembrar, y que conforme a lo que se siembra es lo que se coge. Si tenemos sembrado en nosotros y radicado el primer Adán, serán los frutos terrenos y sensitivos; pero si tenemos sembrado al segundo Adán, Cristo, serán los frutos celestiales y espirituales; y que pues había estado sembrado en mí el Adán terreno por la vida sensitiva, que es lo mismo que ánima viviente, ahora se sembraba en mí el segundo Adán en espíritu vivificador, siendo él el que me diese vida, de manera que de aquí adelante fuese vida nueva, no ya mía, sino suya, y que para esto le diese esta tierra de mi cuerpo como muerta y sembrada en ella la divina semilla, también con representación de muerta; como se ha dicho, llevaría muy copioso fruto, por-

que la virtud intrínseca que en esta semilla está encerrada, que es la divinidad del Verbo unida y encerrada en la carne de Cristo, y la lluvia que cae sobre la tierra, que es la sangre del mismo Cristo, hacen crecer y multiplicar los frutos copiosos de obras excelentes y dignas de Dios.

Esta sangre de Cristo con que se riega la tierra es la lluvia voluntaria que dijo David: *Pluviam voluntariam segregabis Deus hereditati tuae* &. Derramóse esta sangre sobre la tierra como agua, *sicut aqua efusus sum,* y fué lluvia voluntaria por la voluntad, afecto y amor inmenso con que la derramó. Con esta lluvia y con su eficacia y merecimientos aparta el Señor esta tierra mía y la señala por su heredad, y no sólo la enferma y enflaquece para que no lleve fruto del primer Adán, *& infirmata est,* sino que la deja muerta, en cierta manera, para que sólo reciba las influencias del cielo, los rayos del sol de justicia y la lluvia de su sangre, con que la perfecciona, *tu vero perficisti eam.* Y parece que mirando el Padre eterno este divino trigo sembrado en mi corazón (o, por mejor decir, que hace en mí oficio de corazón), decía aquellas palabras de los Cantares: Tu vientre (esto es, tu corazón) es un montón de trigo cercado de lirios; es el trigo y el pan que bajó del cielo cercado de infinitas virtudes, que ha de obrar en ti.

En recibiendo el Santísimo Sacramento se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras en que Dios prometía de quitar el corazón de piedra y ponerle de carne a los de su pueblo, y parecíame que el Padre Eterno decía: Yo te quito el corazón que has tenido hasta aquí, y te daré otro; no de otra carne que de la de mi unigénito Hijo. De manera, que así como tu espíritu es mi corazón y le he recibido yo como en lugar de mi Hijo, ese mismo Hijo mío, humanado y sacramentado, sea tu

corazón, y haga en ti oficio de tal, dando vida a todos tus sentidos y obras, por medio de su preciosa sangre y del espíritu vital que a ella está unido, que es la divinidad. No haya en ti acción que no sea movida y vivificada de este espíritu, y procedida de este corazón, y no halle en ti otro corazón ni otra vida sino la suya. Sentía yo que obraba Su Majestad esto en mí, y no podía dejar de estar mirando este nuevo y divino corazón que se me dió, y era tan grande el respeto y la atención a la divinidad, que parecía se me comunicaba aun a los sentidos corporales, de manera que temía alzar los ojos y hablar palabra que no fuese como procedida de tal corazón y de tal espíritu de vida y de majestad infinita.

Otra vez se me declararon a este propósito aquellas palabras del Eclesiástico: *In omnibus requiem quaes sivi &*, dándome a entender, que quien dice todo lo precedente y lo que sigue a estas palabras en aquel capítulo, es la Sabiduría divina encarnada; y después de haber dicho cómo salió de la boca del Altísimo como palabra suya *ex ore Altisimi prodivi*, y cómo es primogénito antes de todas las criaturas (que así también le llamó San Pablo), y otras cosas que la divina Sabiduría va diciendo de lo que obraba, dice luego cómo en todos buscó descanso, que no parece le tiene este Señor amoroso si no es en las almas que tanto ama, en las cuales quiere morar como en heredad suya, *tunc rex praecepit &, dixit mihi creator omnium*. Entonces, viéndole su Padre Eterno y Criador de todos con este deseo, mandóle y díjole, y antes que diga lo que le mandó, dice: *& qui creavit me requievit in tabernaculo meo*, también el Padre Eterno me crió a mí en cuanto hombre, y descansó en mi naturaleza humana; porque es una misma esencia con la persona del Verbo, que está unida y descansando en esa

misma naturaleza, y en cuanto a ella, me puede mandar, y lo que me mandó fué, *in Jacob inhabita;* esto es, que habitase en Teresa, que le tenía vencido como Jacob cuando luchó con Dios, y por haber sido fuerte con él le llamó luego Israel, y así acá dice luego: *In Israel hereditare.* En Teresa que es mi Israel, será tu heredad y serás sembrado y echarás en ella raíces, que es mi escogida, *in electis meis mitte radices*, y luego habla el mismo Cristo, sabiduría divina, y dice: *Et sic in Siom firmata sum;* como si dijera: Y así como mi padre me mandó esto, luego me afirmé en Sión, que es lo mismo que Israel, y estoy en ella muy de asiento y como en ciudad santificada; descanso a semejanza de como descansé en mi humanidad. Esto es, *similiter requieri &, in Jerusalem potestas mea*, en esta Jerusalem y visión de paz que es Teresa, usaré yo de mi potestad y podré mandarla y regirla a mi voluntad, porque es toda mía, y de muchas maneras se me ha entregado y dado toda su jurisdicción: &, *radicavi in populo honorificato*, y en este pueblo honroso para mí, estaré, no sólo unido sino arraigado, & *in parte Dei mei hereditas illius*, y ella tendrá su heredad y sus raíces en la parte que puede alcanzar de la divinidad de mi Eterno Padre; y yo moraré en ella tan de asiento, como moro en la plenitud de los santos, que es el cielo: &, *in plenitudine sanctorum detentio mea* &. Teresa es para mí como el monte Líbano, en quien yo seré ensalzado como el cedro; es como el monte de Sión, donde yo estoy como ciprés incorruptible, librándola de la corrupción de la culpa; es para mí lugar desierto y solo, sin comunicación de criaturas, como el desierto de Cades, y así fructifico yo en él como la palma; es también como Jericó, por su humildad, y así yo estoy en ella como plantel de rosas; es mi campo espacioso y dilatado,

donde yo estoy como oliva hermosa derramando en ella el aceite de mis misericordias, y soy levantado como el plátano, estando junto a las aguas divinas, que el divino Espíritu derrama en las potencias, como agua derramada en las plazas con abundancia. Aquí daré yo olor como el cinamomo y bálsamo oloroso, y como mirra escogida daré suavísimo olor, por el cual conocerán todos que yo soy el que moro aquí, y el que obro en Teresa todas las virtudes, de las cuales sale la fragancia de estos olores.

El día siguiente se me declararon de esta manera aquellas palabras de los Cantares: *Pone me ut signaculum super cor tuum* &. Estaba yo mirando a Cristo Nuestro Señor en mi pecho, y sintiendo una asistencia particular suya, como si fuera mi corazón, y aplicando Su Majestad a mí estas palabras dichas, parecía que me decía:—Ya yo estoy, y me he puesto, no sólo como señal sobre tu corazón, sino en su mismo lugar, sirviendo y haciendo contigo oficio de tal, de lo cual se sigue que estoy también sobre tu brazo, pues soy el que muevo y obro todas tus obras significadas en el brazo. El amor que me ha puesto aquí, es fuerte como la muerte, y si el corazón humano tiene tanto calor natural que ha menester continua respiración para vivir, ¡qué respiración habrá menester este Corazón divino, que es la esfera del mismo fuego de amor, y no se refrigera con aire material, sino en llamas de fuego! *Lampades ejus lampades ignis atque flammarum.* Respiración de lámparas de fuego, que es aire inflamado, y de llamas de amor, es la que está siempre pidiendo este divino Corazón: una continua aspiración inflamada y amorosa, la cual deseo con tanta ansia, que la emulación y celo de que me falte ni te ocupes en otra cosa, se puede comparar a la intensión y duración

del infierno, que aunque su fuego es tan diferente del mío, por lo fuerte y eterno es algo semejante. Si tú me has ofrecido y entregado tu vida, yo te he dado dos, y ambas divinas. La primera, la que vive tu espíritu hecho corazón de mi Padre, y en que la llama de tu amor está descansando en su misma esfera y centro, que es el Espíritu Santo; pero mientras vives en carne mortal, no es posible vivir tan de asiento en este cielo intelectual y en esta vida divina y puramente espiritual que no sea forzoso acudir muchas veces a las cosas sensibles, corporales y exteriores, en cuanto a la vista y ocupación del entendimiento; pues para que éste me pueda hallar también presente en esas mismas obras exteriores y activas, y la voluntad tenga siempre objeto presente en que emplear la afición y amor, y cuanto a éste sea siempre una la respiración y vida, asisto yo, no sólo según la divinidad, sino también dentro de ti, dándote un modo de vida divina, como sentía San Pablo cuando decía que yo vivía en él, y esta es la segunda vida que te he dado, mixta de divina y humana, de contemplativa y activa, de sensible y espiritual. Pero en esta segunda vida has de tener la misma respiración que en la primera, dándome, como a corazón tuyo, la respiración de tu amor, unido con el Espíritu Santo, que menos que respiración infinita no me basta; y cuando me amas a mí de esta manera, es lo mismo que amar a mi Padre en su divinidad, y cuando le amas a él en el otro modo de vida dicho, me amas también a mí, porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y quien me ve a mí ve a mi Padre, y así, en lo sustancial, todo es uno y todo es una vida y un amor. Sólo se diferencia en el modo de conocimiento, por que se pueda compadecer mejor con las ocupaciones de esta vida mortal. En la primera manera de vida eres tú cora-

zón de mi Eterno Padre, y le amas con el amor que yo le amo; en esta segunda manera de vida, soy yo corazón tuyo, y me amas con el amor que a mí me ama el padre, y así todo es un mismo amor, aunque por modo participado. Y es tanto lo que me deleito y lo que estimo que me ames de esta manera, que puedo decir lo de los Cantares: *Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro delectione, quasi nihil respiciet eam,* yo que soy (aunque Dios) hombre verdadero, y de este nombre me preciaba cuando vivía en carne mortal, llamándome el Hijo del Hombre; es tanto lo que te amo y lo que estimo ser amado de ti, que habiéndote dado no sólo todos mis bienes, que se entienden por la substancia de mi casa, sino también a mí mismo, de manera que me posees como cosa tuya, todo me parece poco. Mira, pues, que las aguas de las ocupaciones y contradicciones de esta vida, aunque sean tan abundantes como ríos, no sean bastantes a apagar ni amortiguar en ti este fuego divino y continuo de amor: *aquae multae non potuerunt extinguere charitatem &.*

V

El dia siguiente, estando en aquella unión que he dicho con el Eterno Padre, sentía grandísimas ansias de pedir a Su Majestad que, pues había hecho merced a mi espíritu de hacerle hijo suyo adoptivo y tan semejante a su hijo natural, me la hiciese también de que fuese heredero con él, como dice San Pablo: cualquiera y todos los que obran con el espíritu de Dios (que es obrar con el Espíritu Santo, como se ha dicho), son hijos de Dios, y habiendo recibido el espíritu de adopción

de hijos de Dios, luego podemos clamar y decir: Padre, Padre. Y lo que habemos de pedir con este clamor y con esta instancia significada en esta repetición de la palabra Padre, es que nos dé la herencia que nos toca; pues si somos hijos de Dios, somos también herederos y coherederos de Cristo Nuestro Señor, que es el mayorazgo de su Eterno Padre, y el primogénito de sus hermanos. En cuanto hombre, esta herencia pedía mi espíritu con grandísimas ansias, y decíale a Su Majestad: Señor, pues al hijo pródigo le diste la parte de la hacienda y herencia que le tocaba, sólo porque te lo pidió, habiendo de gastarla tan mal y en deshonra tuya, yo, que con tantas ansias te pido la herencia que me toca, no para disiparla, sino para trabajar cada día más, para aumentarla y granjear con ella como el que recibió cinco talentos, que granjeó otros cinco, y el que recibió dos, que granjeó otros dos, y que espero emplearlo todo en honra y gloria tuya; que de ninguna manera lo pretendo por interés ni ganancia mía, ¿cómo es posible que se me deje de conceder? Y más siendo el que clama por mí y en mí, y el que me mueve a clamar el Espíritu Santo, *cum gemitibus inenarrabilibus*, como dice San Pablo, y teniendo Vuestra Majestad tanto deseo de dárnoslo, que nos lo manda pedir.

Estando con estas ansias y clamor, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras que dice David en nombre del Padre Eterno, hablando con su Hijo: *Filius meus es tu, ego hodie genui te postula a me*, como si me dijera: Verdad es que eres mi hijo, y que te estoy engendrando y reengendrando por la gracia y amor del Espíritu Santo, que te comunico, y así, bien puedes pedir lo que quisieres. Yo le decía a Nuestro Señor: Lo que pido es lo que pidió Eliseo cuando su padre Elías le dijo que pidiese lo que quisiese *(fiat in me duplex spiritus tuus)*, lo que quiero

y lo que pido es el espíritu doblado que tiene tu Hijo natural y hermano mío y mi Señor Jesucristo doblado, porque tiene dos naturalezas, y según ambas naturalezas es heredero natural. Según la divina, es unigénito tuyo y sólo El puede heredar el mayorazgo de la generación eterna, por la cual hereda toda tu substancia y naturaleza divina, con sus divinas perfecciones y atributos; pero ya que en este modo no puede mi espíritu heredarla, désele la parte que le puede alcanzar por la gracia, y sea también participante de esa divina naturaleza, como dice San Pablo: *Eficiamini divinae consortes naturae*, según la naturaleza humana, es mi Señor Jesucristo primogénito de sus hermanos. Por esto fué ungido con óleo de alegría sobre todos sus compañeros. Como dice David, fué mejorado en tercio y quinto en alma y cuerpo, y es heredero legítimo de todos tus bienes y riquezas de tu gloria y sabiduría. De este género de bienes, cuando yo tuviera algún derecho de entrar a la parte de esta herencia, la perdiera de muy buena gana, porque este Señor lo goce todo, y así de esto no pido nada; sólo quiero heredar y que me quepa muy gran parte de sus penas, aflicciones y dolores de su alma, que padeció, cuando estuvo en carne pasible; aquel sentimiento de las ofensas que se hacían y habían de hacer a Vuestra Majestad, y la ternura y sentimiento de todo lo que había de pasar y pasó en su Pasión. Este sentimiento y pena es lo que pido y lo que con suma ansia deseo: que dolor y sentimiento que no baste a quitarme la vida y mil si tuviera, no me satisfará, porque en la parte de esta herencia querría ser mejorada, y lo mismo en los dolores y desprecios y aflicciones corporales. La codicia que tengo de estos bienes es como hambre y sed insaciable, y no se satisfará hasta que me vea semejante en esto a mi Señor y Hermano mayor. Estando

perseverando en estos clamores y peticiones, se me pusieron aquellas palabras que respondió Elías a Eliseo, cuando le pidió espíritu doblado *rem difficilem postulasti,* &; cosa dificultosa y grande es lo que pides; pero este es el tiempo en que se abren los cofres de esos divinos tesoros (era esto Sábado de Ramos); está con gran cuidado a la vista de ellos, acompaña continuamente a este divino Señor en esta representación de su muerte, que no dejará de concederte mucha parte de lo que deseas y pides.

Después de esto se me dió a entender que quería Nuestro Señor venir a mi pecho (en la Comunión del Domingo de Ramos) a morar como en el pecho de su Eterno Padre y descansar conmigo, dándome y diciéndome las quejas amorosas y de particular sentimiento que dijo Su Majestad por los profetas y salmos, y se refieren en estos días, que las recibiese yo en nombre de su Eterno Padre, como si se quejara de El y las sintiese con aquel afecto de tristeza que queda dicho arriba, que ahora era el propio tiempo de ejercitarle y que llorase su muerte, también en nombre de su Padre y como de Hijo unigénito suyo, y me doliese de El como se suele sentir la muerte de un primogénito, como dice Zacarías profeta: *& dolebunt super eum ut doleri solet in morte primogeniti*, que para esto asistía particularmente estos días dentro de mi pecho. Representando su Pasión y haciéndome particularísima confusión que Su Majestad quisiese esto de mí, siendo una criatura tan vil, se me ofrecieron aquellas palabras que dijo Cristo: *Qui me missit mecum est & non reliquit me solum*, como si Su Majestad me dijera: El recibirme y tenerme en tu pecho, como mi Padre me tiene en el suyo, y amarme como El me ama, claro está que no es posible a ninguna criatura; pero mi Padre viene también

conmigo, que no me deja solo, y ambos venimos a ti para hacer en ti nuestra morada; *ad eum veniemus & mansionem apud eum faciemus.* Y haciéndote una misma cosa con mi Eterno Padre, por particularísima y estrechísima unión, la morada que mi Padre me da en su divino pecho y el amor infinito que me tiene y con que siempre me está amando, lo miro yo y recibo como si fuera tuyo, por razón de la dicha unión y transformación de tu espíritu en aquel divino Ser. Y dábaseme a sentir una particularísima asistencia de la persona del Padre Eterno, y como me tenía hecha una cosa consigo y representábaseme la persona de Cristo Nuestro Señor dentro de aquella divina esencia y, por consiguiente, también de mi misma alma, y que ella cooperaba con el Eterno Padre en aquel acto divino con que se comunica a su Hijo y le ama.

Otros ratos pone Nuestro Señor mi alma en tan profundísimo conocimiento de mi vileza y de lo poco que merezco y sirvo estas mercedes, pareciéndome y viendo claramente que soy la escoria y desecho de cuantas criaturas Dios ha criado, que me causa grandísimo sentimiento y me hace prorrumpir en abundancia de lágrimas, con grandísimo dolor de mis culpas e imperfecciones, y mucho deseo de verme despreciada y aborrecida de todas las criaturas, que es cierto no hay ninguna tan miserable y tan flaca como yo.

Deseaba yo hacer una confesión general para purificarme más de mis culpas y averiguar mejor a qué podía haber llegado la gravedad de ellas, y procurando examinar mi conciencia para este fin, de ninguna manera ha sido posible acordarme ni entender cosa ninguna de las de mi vida pasada, sintiendo en esto una imposibilidad tan grande, como si no hubiera pasado cosa por mí. Y era grandísima la aflicción y fatiga

que sentía en procurando hacer reflexión de cosas pasadas, y aunque gastase en esto algunas horas, no sacaba más de confusión y veía claro que aunque gastara muchos dias en hacer el examen, no sería posible saber dar razón de cosa ninguna de confesión, y así, comunicándolo con mi confesor, me mandó que dejase aquel cuidado y no gastase más tiempo en ello. Al punto que lo dejé y me recogí interiormente, parecía que mi alma, con gran fuerza y velocidad, se apegaba y profundamente se entraba en Dios como una piedra que ha estado violentada en el aire y la dejan ir a su centro, donde para y descansa; así mi alma halló luego en Dios gran quietud, descanso y paz, y sentía una particnlar unión con Dios, no en alguna persona distinta de la Santísima Trinidad, como otras veces, sino en una esencia simplicísima en que mi alma hallaba sumo consuelo y descanso. Y ofreciéronseme a la memoria aquellas palabras de David: *Ad nihilum redactus sum & nescivi*, como si me dijeran: Luego que el profeta se aniquiló para unirse conmigo, dijo que no sabía ni podía saber ya otra cosa, y así no te maravilles que estando también aniquilada y unida conmigo no puedas saber ni aun lo mismo que ha pasado por ti, porque la memoria está muy vacía de todo y no quiero yo que se emplee en otra cosa sino en mí.

Otro día se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor: *Ego sum Pastor bonus*, y se me declararon de esta manera: Yo quiero hacer contigo oficio de Buen Pastor, poniendo mi vida por ti, no contentándome con haberla dado y perdido por hallarte y comprarte: *bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis*, sino que ahora también, *anima mea pono pro ovibus meis*, pongo mi vida en ti para que sea tuya y vivas por mí: *qui manducat me vivit propter me*, tú te ofrece y

mira como oveja muerta, *aestimati sumus sicut ovis ocisionis*, y tratándote como muerta en todas las cosas, yo pondré en ti mi vida, y te guiaré, y llamaré con mi silbo delicado y aire delgado y suave, voz suavísima que también la conoció la Esposa al punto que llamé a la puerta y dijo: *vox dilecti mei pulsantis*, ya he conocido en la voz que es mi Amado el que me llama, y está pulsando, que como es en mi corazón su llamar, es pulsar, que todo es una cosa, y así como el pulso del corazón da golpes como quien llama, pero tan sin ruido que para percibirle es menester que se aplique y junte con el sentido del tacto y la atención; así, para conocer yo y percibir la pulsación de mi divino corazón he menester tener siempre aplicado el afecto, que es el que toca a Dios, y también la atención de mi entendimiento, y de esta manera podré oir lo que habla en mí el Señor Dios: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus*, & dijo David.

Y en lo que conoceré que es El el que me habla es que hablará paz y la pondrá en todo mi interior de la cual gocen los que se vuelven y están siempre mirando y atentos a su corazón, que es el mismo Señor, *loquetur pacem in plebem suam & in eos qui convertuntur ad cor*, pues así es menester que tú estés siempre, atenta, para percibir mi pulsación y llamamiento, que Yo no querría tratases con hombres, sino con ángeles, que son las ovejas de otro corral que yo tengo; y con ellas querría juntarte, aun estando en este corral terreno, y que tu conversación no sea sino con las ovejas del cielo, como hacía San Pablo cuando decía: *Nostra autem conversatio in celis est*. Continuamente te estaré llamando para apacentarte en los divinos y pingües pastos de mi divinidad, y cumpliré en ti las promesas que hice a mis ovejas por el pro-

feta Ecequiel. Sentía mi alma una viva presencia de Cristo Nuestro Señor en el modo dicho.

Cuando Su Majestad me hace estas mercedes no oigo yo todas las palabras que aquí digo formales, como si las oyera a otra persona corporalmente; sino dáseme a entender aquello por conceptos y hállase el alma en la práctica de ello y el mismo entendimiento ayudado de Dios va declarando su sentimiento y concepto por aquellas palabras, y con los lugares de Escritura que se le ofrecen y el mismo Señor trae a la memoria para poderle entender y declarar mejor. Los días de esta Semana Santa me ha dado Nuestro Señor a sentir su Pasión con gran dolor y lágrimas, particularmente algunos ratos, y siempre deseaba sentirla mucho más, que todo me parecía muy poco.

El Jueves Santo, en recibiendo el Santísimo Sacramento, me dió grandísimas ansias de pedir a Su Majestad que hiciese en mi alma y cuerpo un modo de consagración semejante a la que había hecho aquel día en el pan y vino, y que así como estas sustancias después de consagradas, aunque parecen pan y vino, no son sino el Cuerpo y Sangre de Cristo, así en su manera, aunque mi cuerpo pareciese mío no fuese sino de Cristo y como transmutado en el suyo, ya que no transustanciado, y mi alma, aunque por no perder su naturaleza pareciese criatura, quedase transmutada en la divinidad de manera que fuese una cosa con Dios: esto pedía con muchas lágrimas y grandes ansias. Parecíame que Cristo Nuestro Señor tenía mi alma en sus manos y que se la ofrecía al Padre Eterno, y la bendecía al modo que lo hizo con el pan y el cáliz cuando lo consagró y que pedía a su Eterno Padre que me concediese lo que yo pedía con tantas lágrimas. Dióseme a entender que lo natural de mi cuerpo y alma quedaría en esta transmutación

como quedan y se sustentan los accidentes del pan y vino consagrado, que así como éstos no se pierden, ni aniquilan, tampoco la naturaleza se puede perder ni aniquilar. Pero que en lo formal, moral, espiritual y gratuito, quedaría y sería todo divino y transmutado en Cristo; mi cuerpo en el suyo y mi alma en su divinidad; pero el modo como Su Majestad me hacía esta merced, ni mi entendimiento lo pudo alcanzar, ni se puede escribir.

El Sábado Santo en la noche, y por dos o tres días después, sentía una presencia de Cristo Nuestro Señor glorificado, por modo intelectual, con grandísima gloria y majestad, aunque no veía figura distinta, sino sentía gran gozo de la gloria de aquel Señor, no sólo la de su divinidad, sino también de la que participaba su sagrada Humanidad, y aquellos días no podía ocuparme en otra cosa interiormente.

Otro día, estando mirando a Cristo Nuestro Señor, dentro de mi pecho, como corazón mío (que es muy ordinario el sentirlo y mirarlo así) se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del Apocalipsis: *Ecce sto ad hostium & pulso, &*, y pareciame las decía a mí Su Majestad y que para lo que me llamaba era para lo que luego se sigue: *Si quis audierit vocem meam intrabo ad illum, &, cenabo cum illo & ipse mecum.* Para una gran cena te llamo, que yo soy la divina sabiduría, que llamo a los pequeñuelos y les digo: *Venite, comedite panem meum bibite vinum, quod miscui vobis.* Toda la cena está cifrada en este pan y en este vino. El pan es de vida y entendimiento: *cibabit illum pane vite & intellectus*, que soy yo pan vivo que bajé del cielo y pan de entendimiento, porque soy concepto de mi Eterno Padre engendrado por acto de su entendimiento. El vino es el Espíritu Santo, amor infinito; pero yo, que soy la di-

vina sabiduría, le tengo templado y acomodado, de manera que tú le puedas recibir y que se conforme con tu corta capacidad. Y fuerza y con lo que está templado y como mezclado es con leche, como se dice en los Cantares: *bibi vinum meum cun lacte meo, bibite, amici & inebriamini charissimi.* La leche es sangre muy pura y muy afinada y cocida; pues mi sangre purísima es la que acomodo y en cierta manera modifico para las almas, la misma naturaleza divina y su mismo amor infinito, para que fuesen participantes de todo por medio de la gracia; que esta sangre les ganó, esta fué la que alcanzó y mereció que el Espíritu Santo fuese derramado en los justos e hijos adoptivos, y que ellos le puedan recibir a comer, pues, este pan, y a beber este vino divino, mezclado con mi sangre (en el modo dicho). Y a esta cena, semejante a la de la bienaventuranza (donde siempre están comiendo el pan de la visión beatífica y bebiendo el vino de la fruición y amor divino) te llamo para que empieces a gozar del Reino que yo dije a mis apóstoles se les disponía, como mi Padre me lo dispuso a mí, para que comiesen y bebiesen sobre mi mesa en mi Reino: *ut edatis & bibatis super mensam meam in regno meo.* De esta mesa y de esta comida y bebida te quiero hacer participante, aunque desde esta vida. Sentía mi alma una refección espiritual y un modo de comunicarse con Dios, que no se puede significar con palabras: unas horas estaba como suspensa y como en sueño espiritual, y luego despertaba con unas ansias grandísimas de ver a Dios y de darme gran prisa a caminar la jornada de esta vida, que por abreviarla me parece tomara de buena gana cuantos trabajos se pueden padecer en esta vida, si Dios me diera licencia para buscarlos y tomarlos. Tenía también grandes ansias de mayores aumentos

de la caridad y amor, que si este no llega a quitarme la vida no me parece que es amor, ni me satisface.

VI

Otro día se me ofreció a la memoria que, pues Nuestro Señor me había convidado a su mesa y cena, le pidiese hiciera conmigo lo que antiguamente se usaba cuando alguno convidaba a otro, que era lavarle los pies, ungirle la cabeza y darle ósculo, y que pues Cristo sintió y echó menos que el fariseo que le convidó no lo hiciese, y trajo a la Magdalena que supliese su falta, no se desagradaría de que yo le pidiese lo hiciera Su Majestad conmigo; que lo mismo parece pidió David cuando dijo: *Asperges me hisopo & mundabor &.* Lávame, Señor, de manera que quede más blanco y puro que la nieve, para que pueda sentarme a vuestra mesa. Luego pidió que le ungiese con óleo de alegría, diciendo: *Redde mihi laetitiam salutaris tui,* dándole un corazón nuevo y renovándole un espíritu recto en sus entrañas. Después pidió el ósculo diciendo: *Domini labia mea aperies,* como si dijera: Señor, eres tan bueno y misericordioso y benigno que, en entrando por tus puertas, espero te dignarás de darme ósculo, como al hijo pródigo, y con esto me darás licencia y me obligarás a que abra mis labios para darte el retorno, y juntamente mil alabanzas por tal favor y merced: *& os meum anuntiabit laudem tuam.* Pero lo que particularmente me obligaban interiormente a pedir era el ósculo de su divina boca, con aquellas palabras de los Cantares: *Osculetur me osculo oris sui,* las cuales palabras no podía dejar de repetir muchas veces.

Dióseme a entender que la boca de Dios Padre es el Verbo divino, por la cual nos habló, como dice San Pablo: *Novisime diebus istis locutus est nobis in filio.* Esta divina boca tiene dos labios: alto y bajo, que son las naturalezas divina y humana, pues pedir la Esposa y pedir mi alma que esta divina boca le dé ósculo, es pedir particularísima unión con la persona de Cristo nuestro Señor, y no pide sino sólo un ósculo, porque quiere que éste sea perpetuo y eterno, sin que jamás haya apartamiento ni división entre esta divina boca y mi alma. Luego reparé en que al punto que la Esposa pidió este ósculo dijo luego: *Meliora sunt ubera tua vino;* por las cuales palabras parece que, juntamente con darle el ósculo, le dieron a mamar los pechos, y dice que (para ella mientras vive como niña en carne mortal) son mejores que el vino fuerte que se da a los grandes y provectos, que son los espíritus bienaventurados, porque si a un niño le diesen a beber vino, y más si fuese en abundancia, sería quitarle la vida; pero darle leche y que mame al pecho es dársela; así, mientras la Esposa es como niña, que es el tiempo de esta vida, mejor es para ella que Dios le dé sus pechos con leche divina, que no el vino fuerte y puro de que sus fuerzas no son capaces, y así Dios nuestro Señor muestra en esta metáfora, por Isaías, el amor que tiene a los justos, que aún están como niños en el castillejo del cuerpo, diciendo: *Puer meus Ephraim, puer delicatus & ad ubera portabimini & super genua mea blandietur vobis.* Y aplicándome a mí estas palabras es como si me dijera: Teresa, mientras estás en carne mortal, como a hija tierna y delicada te miro y con amor ternísimo te amo; bien puedes venir a mamar de mis pechos, que yo haré contigo lo que las madres amorosísimas hacen con sus criaturas pequeñitas, que es gorjearlas sobre sus rodillas,

besarlas y darles el pecho. Así haré yo contigo *super genua mea blandietur te,* y daréte el beso que me pides y también mis divinos pechos, que son mis atributos y perfecciones divinas, que así lo hice con la Esposa, en dándole el ósculo que me pidió. Le di también los pechos que aun no me había pedido, porque en recibiendo la merced del ósculo, que es la perfecta unión conmigo, luego es justo que goce de mis perfecciones y que las mame como leche, para que se críe semejante a mí, que en la leche maman los niños la condición, humores y calidades de su madre. Y así tú a estos mis divinos pechos mamarás y recibirás mis divinas perfecciones y propiedades.

Y declaráronseme a este propósito algunos versos del cántico de Moisés que comunica: *Audite coeli,* desde aquellas palabras: *invenit eum in terra deserta in loco horroris & vastae solitudinis.* Y parecíame que era como si me dijera Su Majestad: Estando tú en la tierra desierta e infructuosa de este destierro te vine a buscar y te hallé en el lugar de tus miserias, y tal que pudiera causar horror a quien no te amara tanto como yo, *circumduxit eum & docuit & custodivit quasi pupillam oculi sui,* pero yo te cerqué y te enseñé y te guardé como ánima de mis ojos, *sicut aquila provocans ad volandum pullos suos & super eos volitans.* Llaméte y provoquéte para que volases a la religión, donde no te ocupases en otra cosa que mirar al Sol de Justicia, preciándote de ser polluelo mío, que soy la águila caudal; y viendo que te retardabas y no volabas, *expandit alas suas & assumpsit eum atque portavit in humeris suis,* extendí yo mis alas y levantéte y llevéte sobre mis hombros, para que alcanzases las cosas sobrenaturales y divinas con particulares noticias, y afectos encendidos y deseos grandes de unirte conmigo: *Dominus solus dux eius fuit & non erat*

cum eo Deus alienus. Yo sólo te he guiado y enseñado, no fiándolo (no sólo de Dios ajeno), pero ni aun de mis ministros que están en mi lugar, sino que por mí mismo he querido ser tu caudillo, guía y maestro, hasta constituirte y darte morada en la tierra excelsa y levantada, que es la tierra de los vivos y la verdadera patria adonde aun desde la vida mortal comiences a gustar y comer de los frutos de aquellos divinos campos: *constituit eum super excelsam terram ut concederet fructus agrorum.* Ahora es ya tiempo que *sugeret mel de petra Deum que de saxo durisimo,* que mames y chupes la dulzura del divino amor significado en la miel, y está encerrado en aquella divina piedra, que así llamó Isaías a mi Padre eterno cuando dijo: *Emite agrum Domini dominatorem terrae de petra deserti ad montem filiae Siom,* pedía mi venida al mundo, y que mi Padre me enviase y que, en cierta manera, saliese de él para hacerme hombre.

Y dice que esta salida fuese *de petra deserti,* de manera que le llamó piedra, porque hasta entonces era Dios de las venganzas, como dijo David: *Deus ultionum dominus,* y los efectos que comunicaba a la tierra y a los hombres eran centellas de fuego, de indignación y de castigos; pues ya esta piedra y pedernal que se mostraba tan dura a los hombres, la fuerza de mi Pasión y Sangre le obligó a que destilase y manase miel dulcísima de amor y aceite de infinita misericordia, y quiero que tú lo chupes y mames y todos los demás atributos divinos que son en mí como pechos donde alimento y crío a las almas que mucho amo. Estos divinos atributos son figurados en lo que Moisés va prosiguiendo que se ha de mamar, y es: *Butirum de Armento & lac de ovibus,* la suavidad de la manteca, de los atributos de mi benignidad y bondad, que son los que se muestran mayores con los hombres, como el gana-

do mayor, de quien dice Moisés que ha de ser la manteca: & *lac de ovibus*, esto es, la leche blanquísima y purísima de mi divina hermosura, en cuyo candor se lavan y hermosean mis ovejas que son los justos, *sicut gres ovium quae ascenderunt de lavacro,* y se bañan los ojos las almas puras como palomas, como se dice en los Cantares: *Oculi eius sicut columbae quae lacte sunt lotae & resident iuxta fluenta plenissima.* Tienen su morada y viven de asiento junto a las corrientes plenísimas de mi gloria; pero no dentro de ella porque aún están en carne mortal y no pueden gozar ni ver mi hermosura como ella es, sino sólo darse un divino baño con que se fortalece su vista para mirarme en fe muy ilustrada y casi de hito en hito, *cum adipe agnorum,* esto es, que también has de mamar la grosura de los corderos, significada en mi divina sabiduría con que desde ab aeterno escogí y conocí a mis predestinados que son comparados a los corderos, y dispuse y determiné los medios con que habían de conseguir su predestinación y salvación, en lo cual están encerrados profundísimos secretos de mi sabiduría, los cuales has de mamar a ojos cerrados como los niños cuando maman de los pechos de sus madres: *Et hircos cum medula tritici,* esto significa el atributo de mi justicia, con que repruebo a los precitos significados por los cabrones, y la médula y flor del trigo significada por la santidad y pureza, que también se llama justicia, y es el trigo y pan con que yo harto a los que tienen hambre de esta justicia y santidad, haciéndolo participante de la que yo tengo por naturaleza, *beati qui esuriunt & sitiunt iustitiam quoniam ipsi saturabuntur,* y juntamente con mamar de todos estos divinos pechos y atributos de mi divinidad, has de mamar también la sangre de mi humanidad & *Sanguinem uvae biberet meracissimum,* esto es, el licor purí-

simo del racimo y uva de mi cuerpo, que fué exprimido en el lagar de mi Pasión y Cruz, y cuando hayas mamado todo lo dicho, podrás decir con la Esposa: lo que he mamado y chupado de estos tus divinos pechos me huele a la fragancia de ungüentos preciosísimos: *fragantia unguentis optimis.*

Que así como éstos se componen de muchas cosas preciosas, así lo que destilan tus pechos y lo que yo he recibido de ellos no es leche sola, sino ungüentos preciosísimos, que encierran en sí todas las cosas dichas y son, no sólo para criarme y sustentarme, sino para sanarme y librarme de todas mis enfermedades espirituales, así como los ungüentos se aplican por medicina a los enfermos.

Mira que si derramo en ti mis misericordias, como aceite, que sea para que me ames con exceso: *oleum effusum nomen tuum,* dijo luego la Esposa, *ideo adolescentulae dilexerunt te,* no te suceda lo que dijo Moisés de mi pueblo: *incrassatus est dilectus & recalcitravit, incrassatus, impinguatus, dilatatus der reliquit Deum factorem suum*, que después de regalada, engrosada y dilatada con tantos beneficios y mercedes, no te olvides un punto de tu bienhechor, recalcitrando ni aun con muy mínimas imperfecciones, ni me dejes un punto, no sólo por culpas, pero ni aun por intermisión en amarme y asistir en mi presencia.

VII

Estando un día con la confusión y humillación de mi conocimiento propio, que tengo dicha, oyendo leer un capítulo de las Fundaciones de nuestra madre Santa Teresa, me causó gran

sentimiento de lo mál que yo me aprovecho de los grandes trabajos que a esta Santa le costó el fundar estas casas y levantar la perfección y rigor de nuestra regla, que estaba caído. Y parecíame que la Santa tendría mucha queja de mí por esto y que no me conocería por hija suya; y considerábame delante de ella con gran encogimiento, y pedíale con mucho afecto que hiciese conmigo oficio de madre piadosa y me alcanzase de Nuestro Señor todo lo que había menester para ser verdadera hija suya, y sentía particular afecto y amor de esta Santa y mucho deseo de imitarla y seguirla.

Estando en esto, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del cántico de Moisés: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos,* y dábaseme a entender que también la Santa se podía llamar águila, que con las alas de amor de Dios y del prójimo voló altísimo y puso su nido tan cerca de Dios, adonde está ya sin pestañear, mirando la luz inaccesible, y que desde allí está provocando a sus pollitos, que son sus hijos e hijas, para que, como hijas de águila, tomemos las mismas alas del amor de Dios y del prójimo y volemos en su seguimiento, que cuanto más volase yo y mirase más de cerca y de hito en hito al Sol de Justicia, tanto más me conocería por hija suya; que estas son las alas que toman los santos que tienen toda su esperanza en Dios: *Sancti qui sperant in Domino a sument penas ut aquile volabunt, & non deficient.*

Solas las alas de la caridad y amor de Dios y del prójimo son las que nunca pueden desfallecer. Son eternas y así nunca se cansan de volar; pero no vuelan con movimiento ni mudanza de lugar, sino con aumento de intensión como aquellos serafines que vió Isaías que tenían seis alas y con las dos cubrían el rostro de Dios, y con las otras dos los pies, y con las dos de

en medio volaban. Alas eran éstas de caridad y amor. Pero aunque volaban sin cesar, no se movían ni apartaban un punto de aquel lugar, supuesto que juntamente cubrían con las otras cuatro alas el rostro y los pies de Dios; así cuando el espíritu está amando a Su Majestad en suma quietud, silencio y ocio, pero con gran intensión, entonces vuela más. Y dióseme a entender que en este vuelo era lo principal en que quería la Santa que la imitase, y para que lo pudiese hacer, alcanzaría de Dios que me diese aquellas alas de águila grande que se dieron a la mujer que vió San Juan en el Apocalipsis, vestida de sol y coronada de estrellas y calzada de la luna, y que estas tres cosas ya me las había dado a mí el Señor. Lo que me faltaba era las alas para volar al desierto; no ya alas de paloma, como deseaba David, que se remontan poco, sino de águila, y águila grande, y que el desierto donde he de volar con estas alas es el de Cades, que quiere decir santidad. Por este desierto quiere Su Majestad que vaya volando hasta llegar a lo más remontado de él y hasta que llegue el tiempo que de este desierto suba al de la gloria, vertiendo y rebosando deleites, recostada y estribando en el Amado como vieron los ángeles subir a la Esposa cuando dijeron en los Cantares: *quae est ista quae ascendit de deserto delitiis afluens, innixa super dilectum suum?*

Junto con la declaración del lugar del Apocalipsis se me declaró el salmo *Eructavit* desde el verso *astitit regina,* aplicado a este mismo propósito, porque esta reina que vió el Santo David a la diestra de Dios es lo mismo que la mujer que vió San Juan en el cielo. La reina estaba vestida de oro y la mujer vestida del sol y envestida toda de sus rayos dorados, que todo significa la divinidad. La reina estaba cercada de variedad: *circundata varietate,* y la mujer tenía su cabeza cercada y coronada de es-

trellas y variedad de luces de divinas noticias y conocimientos. La reina tenía doradas las fimbrias que estaban junto a sus pies; la mujer tenía en ese mismo lugar la luna, que se puede decir dorada, pues toda la luz que tiene la recibe del sol. La reina o hija del rey, toda la gloria tenía adentro cubierta y encubierta con el planeta opaco y obscuro de la luna, que es lo mismo que el cuerpo, el cual, mientras es mortal y pasible, no puede recibir la luz del sol ni participar de la gloria, que está adentro en el alma, de manera que esté como la luna llena, toda resplandeciente. Pero puede estar como en conjunción y tener algunos principios, como lo es aquel cuernecito que al principio de la conjunción de la luna se muestra claro, y de esta manera era la luna que la mujer tenía debajo de los pies y las fimbrias doradas de la reina, que todo significa los resplandores y vislumbres que se comunican a lo exterior de la gloria, y del sol que está adentro, los cuales salen a los pies, que son las obras exteriores y las virtudes y resplandor del buen ejemplo, como dice el Evangelio: *sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videan opera vestra bona & glorificent patrem vestrum*, &.

Estas virtudes y buenas obras son la variedad de que dijo luego David que estaba cercada y vestida la hija del rey: *circum amicta varietatibus.* Este es el calzado que le agradó tanto al divino Esposo, cuando dijo en los Cantares: *Quam pulchri sunt gresus tiu in calceamentis, filia principis!* ¡Oh, cómo me arrebatan los ojos los pasos tan graciosos que das caminando con tanta perfección, que en cada paso aumentas la gracia y cada día me parecen más hermosos, porque el calzado es hermosísimo y lucidísimo, siendo de luna y de resplandores dorados, que son los efectos de la mucha gloria que está en ti encubierta! Lo que ahora te pido y lo que quiero de ti es lo que dije por David en el

mismo salmo: *Audi filia & vide &*: oye, hija, y ve. Todo tu cuidado y ejercicio sea escucharme con atención y mirarme continuamente, porque quiero llevarte al desierto, como dije por Oseas: *Ducam eam in solitudine &*, y hablarte allí al corazón. Para esta salida al desierto te daré las alas de águila grande que di a la mujer del Apocalipsis cuando fué al desierto. Olvídate de tu pueblo, que es el mundo, y de la casa de tu padre, que es el cuerpo, casa que heredaste de tu padre Adán. Porque yo que soy Rey de reyes y Señor de señores, codicio tu hermosura y la quiero gozar a solas y ser tu señor, tu dueño y esposo; y las hijas de Tiro, que son las jerarquías celestiales, y los ricos del pueblo, que son los santos bienaventurados que están adornados de dones celestiales, *vultum tuum deprecabuntur,* están pidiendo y deseando ver tu rostro; y lo mismo deseo y pido yo cuando digo en los Cantares: *Ostende mihi faciem tuam.* Que mis deleites son estarte mirando, y así ten siempre tu rostro hacia mí, que por esto te quiero en soledad, porque no tengas otra cosa que mirar y sea ocasión de apartar la vista de mí. También quiero que suene tu voz en mis orejas, que si tu cara es hermosa tu voz me es dulcísima: *vox enim tua dulcis & facies tua decora.* Esta voz tan dulce para mí es los clamores de la mujer del Apocalipsis que clamaba como la mujer que está de parto, y estas voces y clamores por hijos espirituales y por la salvación y perfección de las almas es lo que quiero ya de ti, y que seas como leona esposa del león de la tribu de Judá, que con tus bramidos alcáncesle vida para los cachorrillos muertos en la culpa; que por esto las alas no sólo son de amor, sino también del prójimo. Los santos del cielo, como tienen en tan perfecto grado este amor y caridad y desean tanto ver a todos los de la tierra con su compañía, para que juntamente con ellos me co-

nozcan y amen, me están pidiendo que te mande dar estas voces, que también para ellos son muy dulces y las escuchan con gran gusto, y así digo en los Cantares: *qui habitas in hortis, fac me audire vocem tuam, amici auscultant,* la que habitas en el huerto o, por mejor decir, en el desierto, haz que oiga yo esas voces tuyas, como las de la mujer que estaba de parto; que ya he hecho silencio en el cielo para oirte, como vió San Juan en otro lugar del Apocalipsis. Y todos los cortesanos de él, amigos míos y tuyos, te escuchan y esperan. No quieras ir sola a su compañía cuando seas ofrecida y presentada en el tálamo del rey y en el templo de su gloria, sino que se cumpla lo que luego dijo David: *Afferentur regi virgines post eam, adducentur in templum regis,* vayan otras muchas almas en pos de ti y en tu seguimiento y entren en el mismo templo de la gloria por medio tuyo. Para esto no sólo te daré alas, como he dicho, sino también pies de ciervo; las alas son para volar en lo interior, en la contemplación y amor. Los pies de ciervo para correr en lo exterior en la vida activa y todo ejercicio de virtudes y perfecto cumplimiento de las obligaciones.

Para declaración de esto se me ofrecieron aquellas palabras del salmo de David: *Vox Domini intercidentis flamman ignis vox Domini concutientis desertum & commovebit Dominus desertum Cades,* que es como si dijera: la voz del Señor, que es el Verbo divino y palabra del Padre, ha partido las llamas del fuego del amor y hechas dos partes en fuego de amor y del prójimo, ha hecho de ellas dos alas con que el alma camine al desierto de Cades, que es lo mismo que la santidad, como se ha dicho; y el desierto de la santidad participada, que es la de los santos, ha temblado con la voz de este Señor, *vox Domini concutientis desertum,* el cual Señor y Verbo es la

misma santidad por esencia y naturaleza, delante de la cual es todo impureza, aunque sean los serafines, y así tiemblan delante de Él. El cual es propiamente el desierto de Cades, donde Él solo puede habitar; pero está moviendo y provocando a las criaturas a que le sigan e imiten en cuanto es posible, y así decía Su Majestad: Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial; sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre que está en el cielo. Esto es, *commovebit Dominus desertum Cades.*

Y para que le podamos seguir mejor nos quiere dar pies de ciervos y prepararnos a correr como ellos, como dijo luego David: *Vox Domini preparantis cervos*, este mismo Señor prepara los ciervos y da a las almas su ligereza y las hace correr revelándoles y manifestándoles muchos de sus secretos, esto es, *revelabit condensa*, para que con el conocimiento de aquellas grandezas que antes les eran oscuras y no podían entrar en ellas corran ya como por camino llano y claro. Estos pies ligerísimos de ciervos le había dado Dios a David, cuando dijo: *Qui ponet pedes meos quasi cervorum & super excelsa statuens me:* puso mis pies como de ciervo y así pude correr hasta llegar a lo más remontado de este desierto y monte de la santidad y perfección. Pude seguir e imitar al cervatico que vió la Esposa que atravesaba montes y collados sin detenerle ni impedirle ningunas dificultades y trabajos, y de esta manera quiere este divino Señor que yo corra en su seguimiento sin que ninguna cosa sea bastante a detenerme.

Después de esto se me ofrecieron también a la memoria aquellas palabras de David: *& dilectus quemadmodum filius unicornium;* el Amado es como el hijo del unicornio. Y se me declararon de esta manera: por el unicornio es significada la

persona del Padre Eterno, que con el cuerno de su fortaleza lastimaba y hería a los hombres cuando era Dios de venganzas y usaba tanto de su justicia y fortaleza. Hízose su Hijo hombre, y aunque también tenía la fortaleza y cuerno de unicornio, no se mostraba ya en la cabeza o frente que es la persona del Padre (que, como dijo San Pablo, la cabeza de Cristo es Dios), sino puso la fortaleza y cuerno en la mano, que es el de su Hijo, el cual es mano del Padre, como el Espíritu Santo es dedo de Dios: *dextrae Dei tu digitus,* estando este cuerno y fortaleza en la mano del hijo, como dijo Su Majestad: *data est mihi omnis potestas in celo & in terra,* y San Juan: *omnia dedit ei Pater in manus,* no para herir, lastimar ni castigar, sino para sanar de las enfermedades mortales del pecado y humores venenosos y viciosos.

El cuerno del unicornio tiene dos propiedades: la una, fortaleza para herir, cuando está en la frente; la otra, virtud y fuerza intrínseca y oculta para sanar cuando, estando en la mano del médico, se aplica al enfermo, cuya virtud aparta el humor venenoso del corazón. Pues de la primera propiedad, que es herir, no quiere usar este Amante divino, y por eso no quiere llamarse derechamente ni absolutamente unicornio, sino el hijo del unicornio, pequeñito y manso por su encarnación, *semet ipsum exinanivit,* que tiene el cuerno en la mano para aplicarle como médico la medicina y salud nuestra. Esto parece que quiso decir el profeta Abacuc en su cántico, en aquellas palabras: *Cornua in manibus eius, ibi abscondita est fortitudo eius.* Como si dijera: el cuerno tiene en las manos este divino unicornio, y la fortaleza de que usa en él no es la manifiesta, que es la agudeza y fuerza con que lastima y mata, sino la fortaleza y virtud escondida e intrínseca que tiene para

sanar, *absconditu est fortitudo eius;* y de tal manera estaba este divino unicornio, sin armas ofensivas y defensivas, que *ante faciem eius ibit mors.*

La muerte, que era su mayor contrario, llegó a vencerle y rendirle cara a cara, sin buscar los medios que usan los cazadores que pretenden matar al unicornio, que es ponerle delante una hermosa doncella, de la cual se aficionan tanto que, descubriéndole el pecho, luego se viene a reclinar en él. Cuando el divino unicornio Cristo vivió en carne mortal, no fué menester, para prenderle y quitarle la vida, usar de esta traza; que de muy fieros e impuros hombres se dejó prender y matar, porque ya el amor le tenía rendido y sentenciado a la muerte. Por esto le llama David, en este lugar, el Amado, dándole este título por excelencia, porque el amor estaba apoderado de él, y de lo que más se preciaba era de amar, y lo que más pretendía era ser amado. Pero después de resucitado que ya no puede morir y está victorioso y glorioso, aunque tiene el mismo amor no se deja cazar sino de almas puras y limpias. Estas le roban los ojos y la afición, y al punto les pide el pecho para recostarse en él; así me parecía a mí me le pedía este Señor, y que le veía en mí reclinado con inmenso amor, prometiéndome de aplicarme la virtud divina de su precioso cuerno, para preservar mi corazón de los humores viciosos y venenosos que puedan ser ocasión de cualquier culpa que allí quería morar con título especial de amado, y que con lágrimas, clamores y oraciones procurase que muchos cazadores, esto es, muchas almas, se aprovechasen de él y de la virtud de su divino cuerno y fortaleza, que para esto se mostraba como rendido y sumamente manso y amoroso, reclinado en mi pecho.

VIII

En algunos días después de esto, no se podía ocupar mi alma en otra cosa sino mirar y sentir que estaba hecha una cosa con la persona del Verbo Divino, en aquel ósculo que queda dicho arriba, y que estaba como mamando y chupando de aquellos divinos pechos de sus perfecciones, en lo cual sentía gran consuelo y satisfacción.

Un día se me dió una nueva y particular noticia y luz acerca de las mismas perfecciones divinas, y era tanta la grandeza e inmensidad que en cada una se descubría, que, mirándolas todas juntas, parecían como mares inmensos, y así, admirada, decía mi alma: Señor, ya no me parecen tus divinas perfecciones pechos, que es semejanza limitada y en que parece cabe poco licor, y así mi alma lo recibía como quien mamaba; sino que puedo decir con la Esposa: *Introduxit me Rex in cellaria sua, exultabimus & letabimur in te.* Hasme entrado, rey mío, en tu bodega, y hasme mostrado tus divinas perfecciones, no ya como pechos, sino como cubas de vino, donde, aunque ahora no las bebo como quisiera, me gozo y me deleito de que seas tan infinito en cada una de ellas, que no haya entendimiento que lo pueda alcanzar; y así, aun no me contento con que estas perfecciones y atributos sean comparadas a las cubas de vino, sino a los ríos y mares inmensos.

Y declaróseme a este propósito el salmo: *Dominus regnavit, decorem indutus est, indutus est dominus fortitudinem & præcinxit se;* como si dijera: el Señor está como Rey poderosísimo vestido de infinita hermosura y de todos los demás atributos suyos; pero del que en particular parece se viste

ahora es el de la fortaleza, y éste no para destruir y asolar al mundo; pues el criarle no le costó más de *un fiat*, y puede criar otros infinitos mundos y criaturas con sólo los dedos de sus manos: *opera digitorum tuorum lunam & stellas que tu fundasti.* Con sólo estos dedos sustenta la máquina del universo, y así, para destruirlo, no requiere más fortaleza que alzar su mano de él y de todas las criaturas, que al punto quedaría todo aniquilado. Pues, ¿para qué se viste de fortaleza?; *Ut praecinxit se;* para ceñirse a sí mismo y acomodarse de manera que sus criaturas le puedan comunicar. Ciñóse en la Encarnación con su humanidad; ciñóse, aún más, en su muerte, ajustándose a un angosto madero; ciñóse en el Santísimo Sacramento con los accidentes de pan y vino, y no contento con esto se ciñe cada día para comunicarse con las almas, encubriendo la grandeza de Su Majestad con la llaneza del amor; y en esto muestra Dios más su fortaleza que en el resto de cuanto puede hacer su omnipotencia.

Así lo conocía mi alma cuando se le descubría la infinidad e inmensidad de los divinos atributos, y que los tenía este Señor como ceñidos para que mi alma gozase algo de ellos, que en esto parece que tiene Dios sus deleites, y así dice luego David: *Etenim firmavit orbem terrae, qui non commovebitur;* como si dijera: el orbe abreviado de la Esposa le ha Dios afirmado junto a sí, de manera que no se ha conmovido ni apartado de El. *Parata sedes tua ex tunc a saeculo tuaes:* porque la tienes aparejada y escogida para silla y trono tuyo, y esto desde entonces conviene a saber: desde que eres Dios ab aeterno y antes de los siglos. Estando en este puesto y alcanzando algo de la grandeza de tus perfecciones, pareciéndoles ríos y mares inmensos, añade: *Elevaverunt flumina, Domine, elevaverunt flumina*

vocem suam a vocibus aquarum multarum; mirabiles elationes maris &; como si dijera mi alma con David: esas tus divinas perfecciones ríos inmensos y levantados son, y entrando en ellos siento que se levantan unas ondas altísimas, y suenan como voces por la grande multitud de las aguas, y en estos levantamientos admirables de estos divinos mares y ríos, luego me voy a fondo, que no hay entendimiento criado que aquí pueda navegar, y así me dejo anegar, gozándome sumamente de ver tu infinita fortaleza, con que tienes ceñidos tales mares, de manera que una criatura tan miserable y tan pequeña como yo pueda entrar en ellos, aunque sea para anegarse.

Después se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de los Cantares: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei quia amore langueo*, y declaráronseme de esta manera: de la comunicación y mayor conocimiento de las divinas perfecciones quedaba mi alma más llagada y más enferma de amor de tal Señor y Esposo, y como veía cuán poco es lo que en esta vida puedo alcanzar de él, y teniendo gran envidia a los espíritus bienaventurados que ven a Su Majestad al descubierto, decíales las palabras dichas de los Cantares y llamábalas hijas de Jerusalén, porque lo son de la Jerusalén celestial, a quien San Pablo llama madre nuestra.

Decía pues: Conjúroos, hijas de Jerusalén; no que si halláredes a mi amado, sino que pues habéis sido tan dichosas que le habéis hallado, y le poseéis, y veis cara a cara sin temor de perderle, que le digáis que yo estoy enferma de su amor, y que hasta que yo le halle y le tenga como vosotras le tenéis, no podré sanar.—Respondían los ángeles y espíritus bienaventurados: *Qualis est dilectus tuus ex dilecto &*: cuál y quién es ese tu amado, ¡oh hermosísima entre las mujeres, que así nos

has conjurado! Y como gustaban tanto de ver mi alma llagada y enferma de tal amor, se están como saboreando en repetir muchas veces esta palabra amado, de manera que cuatro veces le nombraron con este nombre. Mi alma les respondía con la Esposa: *Dilectus meus candidus & rubicundus &*, mi amado es el mismo que vosotras amáis y servís, y las señas que os daré de él son sus infinitas perfecciones, que vosotras veis allá al descubierto, y como ellas son; pero yo no las veo sino por semejanzas y enigmas, como iré diciendo:

Mi amado es blanco, y tan cándido, que es la misma blancura y candor de la luz eterna inaccesible; es rubicundo y encendido, porque todo él es el mismo fuego y la esfera del amor. Su cabeza, que significa el atributo que más se comunica a los hombres, que es su infinita caridad, es de oro purísimo y escogidísimo, que siempre está descubriendo mil resplandores y efectos amorosos; y sus cabellos, que son sus pensamientos acerca de los hombres, son en dos maneras, unos altísimos y blancos como lo encumbrado de la palma, que son sus secretísimos y altísimos juicios con que predestinó a sus escogidos, y dispuso y ordenó los medios como habían de alcanzar la felicidad de su predestinación; otros cabellos tiene negros, como el cuervo, que significan los pensamientos de su divina justicia en el castigo y condenación de los precitos. Estos pensamientos se significan negros, porque si fuera posible haber en Dios tristeza, de ninguna cosa la tuviera sino de esto; y porque en los que se ejecutare su justicia y rigor serán cubiertos de las tinieblas y obscuridad de la muerte eterna. Pero en particular se significan por lo negro del cuervo, más que otros ningunos, los pensamientos con que Dios determina la condenación y castigo de los malos,

porque los está aguardando un día y otro, y siempre parece que dice *cras*, y no quería decir *hodie*, está deteniendo el golpe hasta otro día, esperando que el pecador procure librarse de él. Estos son los pensamientos y cabellos de mi amado.

Sus ojos son como palomas sobre los arroyos de las aguas y que están junto a las corrientes plenísimas, esto es, su sabiduría significada por los ojos es sencillísima y simplicísima como las palomas. Ve y conoce todo lo pasado, presente y futuro, con una simplicísima vista, como las palomas cuando se miran en las aguas, sin ser menester diversidad de conceptos ni hacer reflexión en ninguno; sino que con una vista derecha lo alcanza y comprende todo de fin a fin.

Sus mejillas son como eras o huertecitos plantados de cosas olorosas, cercados o guardados, de los que tratan en especies aromáticas; por las mejillas es significada su hermosura, porque las mejillas son las que llenan y hermosean el rostro, y son lo más hermoso de él. Así la hermosura de mi Amado, aunque en sí es infinita, a mí no se me descubre sino como huertecitos pequeños, y éstos aún no los alcanzo con la vista, sino con el olor, que por eso digo que están plantados de especies aromáticas, que son las noticias que me da la fe por medio de las escrituras sagradas y de los profetas, apóstoles y evangegelistas, que son los oficiales de estas divinas y fragantes especierías, escogidos por Dios para plantar la fe, y que por ella pudiese yo alcanzar a conocer y percibir algo de su divina hermosura, que con ser tan poco lo que alcanzo, me tiene llagado y robado el corazón.

Sus labios son como lirios que destilan mirra preciosa: sus labios y boca significa el atributo de su justicia, y así San Juan le vió en el Apocalipsis con una espada agudísima que salía

de su boca; pero a mí no se me muestra con espada vengadora, sino los labios morados como lirios, que significa el grande celo que tiene de mi amor y de mi justicia y santidad, y para que ésta se aumente cada día y gane la corona de justicia, como San Pablo decía, están estos divinos labios destilando mirra, de penalidades y amargura, que aunque es amarga, es para mí preciosísima, y la estimo en tanto que deseo la destile con más abundancia.

Sus manos son de oro, redondas o hechas a torno, y llenas de jacintos; las manos significan el atributo de su bondad, todo de amor, y tan inclinado a comunicarse y derramarse en las almas que este atributo, más en particular, como sumamente comunicativo tiene y muestra las riquezas de Dios, significadas por los jacintos, y están como en manos dadivosas y hechas a torno, para que así forzosamente den y comuniquen lo que tienen, y en sí lo están siempre comunicando.

Su vientre es de marfil; por el vientre es significado su divino entendimiento, del cual engendra a su unigénito Hijo, y así dijo por David: *Ex utero ante luciferum genui te*, a su entendimiento y conocimiento divino llama vientre. De este vientre sale un zafiro preciosísimo, que es el divino verbo, que aunque es uno en esencia, es distinto en persona, y así digo: *Distinctus saphiris.*

Sus piernas son como columnas en basas doradas. Estas significan los atributos de su omnipotencia y fortaleza, los cuales están sobre basas doradas porque usa de estos atributos, no para asolar, destruir ni castigar, sino para obras de amor y de bien nuestro, como dijo David: *Dominus solvit compeditos, Dominus illuminat cœcos, Dominus erigit elisos, Dominus diligit iustos*, es levantada su gracia y hermosura como el monte Li-

bano, y es escogido como el cedro, porque sólo él es incorruptible por naturaleza y no puede tocarle la corrupción de la culpa.

Su garganta es suavísima, y así salen sus palabras tan dulces, que dice David: *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua super mel ori meo.* ¡Todo cuanto hay en él es para deseado, amado y codiciado, y esto conozco yo no habiéndose mostrado sino sólo en los enigmas que he dicho; qué será lo que vosotras, hijas de Jerusalén, conoceréis, viéndole ya como él es!

IX

El día que estaba mi alma en este ejercicio era día de comunión por la mañana, y estando ya muy cerca de llegar a comulgar, parecíame que me decía Nuestro Señor: No es menester que me hables por mensajeros ni recaudos, que aunque no me veas claramente, aquí me tienes, y ahora, en particular, por la presencia real que tengo en el Sacramento, vengo no a sanarte, que la llaga y enfermedad de amor no tiene cura, ni tú la deseas ni yo quiero dártela; pero vengo a regalarte como enferma, y darte lo que prometí en el Apocalipsis a los vencedores.

Lo primero, *edere de ligno vite* &, come del árbol de la vida, que es mi cuerpo sacramentado. Este árbol fué el que vió San Juan en el mismo Apocalipsis, y dice que llevaba doce frutos, y que aun las hojas eran para salud de las gentes, y así demás de los innumerables frutos que te doy, de los que te gané con mis trabajos y penalidades de mi cuerpo, mis pa-

labras te darán también salud, como dijo el Centurión: Señor, no es menester que entres en mi casa, que basta tu palabra para que sane mi enfermo; los prometí que no les tocaría la muerte segunda del pecado y castigos de él, y para esto te doy en este Sacramento también mi sangre, en que se aneguen y ahoguen todos tus enemigos como en el mar Bermejo, sirviéndote mi sangre como de muro fuerte a la diestra y a la siniestra, *quasi pro muro adextris & a sinistris*, como dijo Moisés. Lo tercero, te daré el maná de mi divinidad, escondido en mi humanidad, escondido en estos accidentes sacramentales, y escondido con el velo de la fe, y así dijo Isaías: *Vere tu es Deus absconditus.*

Yo te daré la piedra blanca, y en ella escrito un nombre que ninguno sabe sino quien le recibe; esta piedra es mi blanquísima y purísima alma, piedra angular, *lapis que angularis qui facis utraque unum*, que está tan hecha una cosa con mi divinidad, que siendo dos naturalezas no es más que una persona. Es la piedra que reprobaron los que edificaban en la ley antigua, y fué puesta por mi padre en la cabeza del edificio de la celestial Jerusalén: *Lapidem, quem reprobaverunt aedificantes* &. Porque yo soy la cabeza del cuerpo místico de la Iglesia militante y triunfante. En esta piedra preciosísima de mi alma está escrito tu nombre, porque estás esculpida en mí por la unión y transformación, la cual, y el nombre que en ella te doy, no lo puede saber ni entender sino quien lo recibe y experimenta; esta piedra de mi alma estará como pendiente de tu cuello como tusón, y viéndote mi Padre Eterno con ella le robarás mucho más la afición, y te dará entrada hasta lo íntimo de su retrete como a grande de su reino, como dijo la Esposa: *Nigra sum, sed formosa* &, como si dijera: yo de

mío soy negra, y no merecía que el rey me mirase ni me amase; pero con el joyel precioso que tengo al cuello y en el pecho, estoy tan agraciada y soy tan bien recibida del rey, que *introduxit me in cubiculum suum.* Esta piedra preciosa al cuello te sumirá en lo profundo de la mar de mi divinidad, hasta llegar al más profundo centro que a ti sea posible, y no sólo lo estará esta piedra pendiente sobre el pecho, sino injerta en él, que no me contento con menos, y así me llamó Santiago: *insitum verbum,* verbo ingerido en el árbol de tu espíritu y en el centro de él. Y junto con esto veía interiormente por modo intelectual el alma de Cristo como centro de la mía.

Pero lo que más en particular se me dió a entender fué que esta alma santísima me comunicaba su voluntad como un aliento al corazón de mi espíritu, para que con ella amase a Dios y al prójimo, que estas eran las alas del águila grande que me había prometido me daría para volar al desierto. Esta alma santísima de Cristo es la que propiamente se puede llamar Aguila Grande, pues desde el instante que fué criada levantó tan alto su vuelo, que no paró hasta hacer su nido en la misma naturaleza divina, en la persona del Verbo, que es el Sol de Justicia. Y desde aquel mismo instante no cesa de mirarle claramente y recibir de lleno en lleno sus divinos rayos.

Las alas de esta divina águila es su voluntad, con que tan intensamente amó a Dios y a los hombres, y estas alas sentía yo que me daba a mi espíritu, ingiriendo en él esta misma voluntad y amor para que volase al desierto de la divinidad, la cual se me representaba como una soledad inmensa llena de luz inaccesible, y en medio de ella, mi espíritu, que le bañaba aquella inmensa luz cuyos rayos me encendían en el amor de

aquel divino Señor; y de lo íntimo de mi espíritu salía otro fuego de amor, afición y gozo, como efectos y afectos de la voluntad, no mía, sino de Cristo, como he dicho. Y este fuego que salía de mi espíritu, y el que la misma luz me comunicaba, todo se hacía uno, y todo me parecía que ardía en amor.

Dióseme a entender que en este desierto y suma soledad, gustaría el maná divino de las influencias de la divinidad, así como a los hijos de Israel en el desierto les llovió el maná; pero que como éste era tan diferente del otro, no se desharía ni derretiría con los rayos del sol, antes del mismo sol saldría el candor de este divino maná, y él desharía y derretiría mi espíritu, haciéndole maná sabrosísimo para Dios.

Otro día de comunión por la mañana, sentía mi alma gran amor de Nuestro Señor, que me hacía prorrumpir en algunas lágrimas, y veíame en aquella soledad inmensa con grandes ansias de volar cada día más, y dióseme a entender que aquella nueva luz y amor era la estrella de la mañana: *stellam matutinam*, que también se promete en el Apocalipsis a los vencedores, y que las mañanas de los días de comunión me sería comunicada alguna nueva luz significada por la estrella de la mañana, que cada día parece que nace de nuevo en el Oriente, previniendo y anunciando los rayos del sol, y así la dicha luz y nueva noticia me prevendría y prepararía para recibir los rayos del Sol de Justicia, y renovaría en mí las alas del amor como el águila renueva su juventud, que es lo mismo que renovar la fortaleza, el vigor y la intensión de la caridad y amor, y esto no tan de tarde en tarde como el águila, sino en cada comunión, porque como el peso del cuerpo agrava el alma, y las cosas materiales y sensibles la aterran y desazonan para volar muy alto. En las cosas divinas es menester

que muy a menudo se renueven las alas, la fortaleza y vigor de la caridad, para que rompan fácilmente por todo y no se dejen desfallecer ni caer: *mutabunt fortitudinem, assument pennas, ut aquila volabunt & non deficient.*

Otro día, también de comunión, se me dió a entender que quería Nuestro Señor cumplir en mí lo que había prometido en el Apocalisis cuando dijo: *Faciam illum columnam in templum Dei mei,* que me haría columna de su templo, el cual templo es el mismo Dios. Y así San Juan, cuando vió en el mismo Apocalipsis la ciudad de Dios, dijo que no había visto en ella templo, porque el mismo Dios lo era, y así como la columna está dentro del edificio y él estriba y carga en ella, así veía yo mi espíritu en medio de la majestad de Dios, que estaba Su Majestad como descansando en él, siendo yo como columna de fuego; columna por la firmeza, estabilidad y perseverancia con que había de asistir allí. Y de fuego, porque estaba participando de aquel fuego divino e infinito de amor, que es Dios.

Esto parece que quiso decir David en aquellas palabras del salmo 103: *Qui facis angelos tuos spiritus & ministros tuos ignem urentem,* y San Pablo dijo: *Flammam ignis,* como si dijera David a las almas, que aun estando en carne mortal, viven como ángeles y los imitan en la pureza. Tú, Señor, los haces tan levantados y espirituales, que parecen puro espíritu, y los haces que sean tus ministros, sirviéndote de columnas de fuego, *ignem urentem,* y que no sólo se abrasen ellos en tu amor, sino que echen llamas de sí, como dijo San Pablo, y prosigue David: *Qui fundasti terram super stabilitatem suam, non inclinabitur in saeculum saeculi,* como si dijera: Estas almas que aun viven en la tierra las has firmado y afirmado sobre su estabilidad natural; hasles dado una estabilidad no terrena, sino celestial, no na-

tural, sino sobrenatural, una estabilidad supereminente, de manera que no se bajarán ni inclinarán ya jamás a cosas terrenas: *non inclinabitur in sæculum sæculi*, serán como columnas fuertes y firmes. Y en otro salmo dijo el mismo David: *A finibus terræ ad te clamavi:* de lo último e ínfimo de la tierra, que soy yo, clamé a ti. Y estando mi corazón con estas ansias y clamores *in petra exaltasti me*, levantásteme en seguimiento del alma santísima de Cristo, que, como queda dicho, es la piedra angular y preciosísima, y también es el águila que levanta a los polluelos sobre sus hombros; así me guiaste y levantaste hasta hacerme torre de fortaleza, que es lo mismo que *columna de fuego*, *turris fortitudinis a facie inimici*, para hacer rostro a mis enemigos y dejarlos vencidos y burlados, y que yo sea habitador perpetuo de tu templo y morada, *in habitabo in tabernaculo tuo in sæcula protegar in velamento alarum tuarum* amparado de tus alas; esto es, envestido de tu amor, no sólo del que tiene el alma santísima a la divinidad, sino del que se tiene el mismo Dios a sí mismo; que estos dos amores hecho uno, están embistiendo en esta columna, y la hacen llamas.

Así le parecía a mi alma que estaba y que era como centro de Dios, adonde derribaba Su Majestad sus infinitas riquezas y misericordias, como si dijésemos, que Dios es un círculo infinito, sin principio ni fin, y las líneas de este círculo son sus infinitas perfecciones, y mi alma el centro o punto adonde todas se juntan y amontonan, aunque no es más que como una punta pequeñísima en medio de una circunferencia inmensa.

Los atributos y perfecciones divinas que más en particular sentí comunicárseme, eran cuatro: la primera, de su hermosura, la cual parecía que envestía en la esencia de mi

alma, llenándola toda de candor, pureza y gracia, con que la hacía tan hermosa, que la hermosura de Dios y la suya parecía toda una, porque la de mi alma era una participación de la de Dios, y la hacía parecer una misma cosa. La segunda, perfección divina que se me comunicaba, era de su inmensa caridad e infinito amor, y éste envestía más en particular en mi voluntad, causando en ella gran gozo, afición, ardor y afectos encendidos, participados de aquel divino fuego de amor y hechos una misma cosa con él. La tercera era la divina sabiduría, la cual parecía envestir en mi entendimiento con una gran luz y nuevas noticias acerca del mismo Dios, con que de nuevo se admiraba de su grandeza. La cuarta era de su omnipotencia, y ésta particularmente parece que envestía en la memoria, fortaleciéndole para que conservase y guardase las noticias espirituales y divinas y las especies con que se forman los conceptos que Dios comunica, asistiendo la memoria de ordinario al ejercicio de esto, sin embarazarse n ocuparse con otras especies y formas sensibles, ni de criaturas, borrando luego y vaciándose de las que pueden entrar por los sentidos interiores y exteriores, para lo cual le comunica Dios una particular fortaleza. Y sentíase toda mi alma tan poderosa con la comunicación de este atributo de la divina omnipotencia, que le parecía podía decir con San Pablo: *Omnia posum in eo qui me confortat.*

X

Otro día veía en aquella inmensidad de la Divinidad el alma de Cristo, y parecíame que tenía de mí como una queja amo-

rosísima de que en muchos días no me había acordado de ella y que para recibir la influencia y comunicación de aquellos divinos atributos con más abundancia, me importaba mucho estar hecha una misma cosa con ella y que fuésemos como un alma y un espíritu, y así participaría con gran plenitud de la inmensidad de gracias y divinas perfecciones que ella goza y tiene. Y era tan estrecha la unión y junta que mi alma sentia con la de Cristo, que no me parecía sino que de las dos se había hecho una y luego tal unión con la Divinidad, que de tres espíritus distintos, y aun distantes, se hizo como uno solo en unión y comunicación de amor.

Ofreciéronseme aquí aquellas palabras de San Juan: *Tres sunt qui testimonium dant in coelo Pater, Verbum & Spiritus Sanctus & hi tres unum sunt*, y luego: *tres sunt qui testimonium dant in terra spiritus, aqua & sanguis & hi tres unum sunt*. Y se me declararon de esta manera en sentido místico: que el espíritu significa la Divinidad; el agua, mi alma, y la sangre, la Humanidad de Cristo, y en particular, la principal parte de ella, que es el alma, y haciendo San Juan comparación y semejanza muy propia de la unión de la Divinidad con el alma de Cristo y con la mía, a la unión de las tres divinas personas, que así como son distintas, pero una sola esencia, así mi alma y la de Cristo y la Divinidad son tres espíritus distintos y aun diferentes, pero con tal unidad y tal comunicación entre sí que con ninguna semejanza corporal ni de cosa criada se puede significar, sino con la que hay en las tres divinas personas, aunque ésta es tanto mayor. Así con ésta la declaró San Juan, y aun el mismo Cristo no parece halló otra con que declararla, ni aun que compararla, sino a ésta, cuando dijo hablando con su Eterno Padre en el Sermón de la Cena: Los que creyeren

en mí sean una misma cosa con nosotros, como tú, Padre, y yo somos una misma cosa.

Pero aunque esta unión es tan semejante a la de las tres divinas personas, para que se entienda la gran distancia y diferencia que hay en los tres espíritus de esta segunda Trinidad que dan testimonio en la tierra, los compara San Juan a espíritu, agua y sangre. Del espíritu a la sangre hay grandísima diferencia y distancia, y así la hay entre la Divinidad y la naturaleza humana de Cristo. Entre el agua y la sangre, también hay muy grande diferencia, y así la hay entre el alma de Cristo y la mía. Pero el amor es tan poderoso, que puede juntar estos tres espíritus y hacerlos tan una misma cosa que parezca a la unión de las tres divinas personas, y así como la Santísima Trinidad da testimonio en el cielo de sí misma a los bienaventurados, porque allí les manifiesta su gloria, su majestad y grandeza, y se da a conocer como Él es, aunque no a comprender todo lo que es, así los justos que viven en la tierra dan en ella también testimonio de quién es Dios y de la fuerza y fineza de su infinito amor, de su omnipotencia y sabiduría, pues sabe, puede y quiere hacer tal unión, tal transformación y unidad con ellos, aun estando en carne mortal, que sea semejante a la de las divinas personas.

Otro día era grande y muy particular la unión que mi alma sentía con el Espíritu Santo y dióseme a entender cómo la naturaleza divina es la que abraza y encierra en sí estos dos modos de trinidades, que dijo San Juan, porque la Trinidad de las divinas personas, claro está que la abraza la divina esencia, pues no es más de una la de todas tres; la trinidad del espíritu, agua y sangre, también las abraza y encierra en sí esa misma naturaleza divina, pues es la que primero se nom-

bra en esta unión por nombre de espíritu y la Divinidad es lo que une consigo el alma de Cristo y la mía y las dos almas entre sí, y de esta postrera unión se sigue que de estas dos trinidades se haga también como una sola, uniéndose y juntándose de tal manera el alma de Cristo con la persona del Verbo, que no es más de una persona ambas naturalezas y juntándose y uniéndose mi alma con la persona del Espíritu Santo de manera que, aunque no puede ser una persona con Él, es a lo menos un amor, una operación y una vida, y así viene a ser ya sola una trinidad y una unión con la persona del Padre Eterno, que es el que comunica su divina naturaleza al Verbo y al Espíritu Santo, y el alma de Cristo y la mía la reciben cada una en su manera: Cristo la recibe en particular en la persona del Verbo por la unión hipostática con ella, y la mía en la persona del Espíritu Santo, por la gracia y amor que es propio de este divino Espíritu y con que se comunica a los hijos adoptivos, y los une consigo.

Todo esto parece que está encerrado en aquellas palabras que Cristo Nuestro Señor dijo en el Evangelio: Yo soy vid verdadera y mi Padre es labrador. Y luego dijo: Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que estuviere unido conmigo, llevará mucho fruto. Y es como si dijera: Mi Padre plantó la cepa de mi humanidad en el campo amenísimo y viña escogida y de infinita fecundidad de la Divinidad; el alma que, como sarmiento, estuviere unida y hecha una cosa con esta cepa y cabeza de todos los predestinados, que es mi alma, participará de la sustancia, de la influencia de la virtud y fecundidad de este divino campo y viña de la Divinidad, y de esta viña, la cepa y el sarmiento se harán como una misma cosa, porque participarán de aquella divina substancia, aunque la cepa

más inmediatamente y con más abundancia que el sarmiento, el cual participa por estar unido con la cepa.

Por eso dijo también el mismo Cristo que esta unión sería porque el Padre estaba en él y él en sus discípulos y amigos; pues así como la cepa, la unión radical y principal es con la tierra, y el sarmiento, aunque también está unido con esa misma tierra por la virtud que de ella participa, pero la más inmediata y principal unión del sarmiento es con el racimo, fruto suyo y de donde sale el vino, el cual es comparado al Espíritu Santo, así el alma de Cristo, que es la cepa, su principal y radical unión es con la persona del Verbo, significado en la viña, como he dicho, y el sarmiento, que es mi alma, aunque también participa de esa divina unión con el Verbo, pero en cierta manera parece que la más propia y más principal unión y junta es con el Espíritu Santo. Y de tal manera ama por Él, que el mismo Espíritu Santo parece que, en cierta manera, es como fruto de mi alma y de mi amor, como lo es el racimo del sarmiento.

Esto parece que quiso decir Cristo en aquellas palabras que dijo a sus discípulos, cuando les dió el vino sacramentado y transustanciado en su sangre: *Dico enim vobis, quod non bibam de generatione vitis, donec regnum Dei veniat:* Dígoos de verdad que no beberé de este género de vid y de vino hasta que venga el Reino de Dios. Como si dijera: En este vino sacramentado que os doy, bebéis mi sangre unida a mi divinidad, y por comitancia bebéis también al Espíritu Santo; y de este género de vino, que es el Espíritu Santo, no beberé yo hasta que venga el Reino de Dios, esto es, hasta que el Espíritu Santo venga al mundo y se comunique a las almas, de tal manera que, amándose ellas por Él y

dándome a beber su amor, se pueda decir que me dan a beber el Espíritu Santo. Por eso dijo la Esposa en los Cantares que cuando yo la enseñare, con la comunicación del Espíritu Santo, me daría ella una bebida de vino adobado, *ibime docebis & dabo tibi poculum?*, esto es: yo te daré mi amor adobado con el tuyo y transformado en él, y así podré decir que te doy a beber el Espíritu Santo, que es el género de vino que tú bebes, Esposo mío.

Esta unión especial de mi alma con el Espíritu Santo, a semejanza de la de Cristo con el Verbo, se me declaró también por la del Santísimo Sacramento, que así como en el pan, por la fuerza de las palabras de la Consagración, derecha y principalmente, debe estar el cuerpo de Cristo, como ese cuerpo está vivo y por ello es fuerza que tenga su sangre, y como ésta y el cuerpo está todo unido con la Divinidad del Verbo, es fuerza que esté con el cuerpo. Y como el Padre y el Espíritu Santo son una esencia y una substancia con el Verbo, es fuerza que conmitantemente estén en su compañía en el Sacramento, y así todo está junto, aunque lo que se consagra y derecha y principalmente debe estar en el pan es sólo el cuerpo de Cristo. Y de la misma manera, en el vino sólo se consagra y debe estar la sangre de Cristo; pero por las razones dichas, está todo y lo mismo que en las especies del pan.

Así aunque en esta unión personal es sola y esencialmente con el Verbo, como las dos divinas personas son una misma esencia y substancia con el Verbo, también está unida con el Padre y el Espíritu Santo, y también, en su manera, con mi alma, porque está unida con ellas y mi alma, aunque más propiamente está unida con el Espíritu Santo, por ser sola unión de gracia y amor, y ésta se nos da por el Espíritu Santo, como dijo San Pablo: *Gratia Dei diffusa est in cordibus nostris per*

Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. Y como este divino Espíritu es una misma esencia con el Padre y con el Verbo, también está unida con estas dos divinas personas y con el alma de Cristo; pero así como de la principal y propia unión con el Verbo, que es la sabiduría del Padre, el alma de Cristo tiene eminentísimamente divina sabiduría y altísimo conocimiento y visión clara de la divina esencia, aunque también tiene los demás atributos, así mi alma, por la particular unión con el Espíritu Santo, participa más propia y derechamente del amor que del conocimiento, y el amor ha de ser su continua operación y vida, aunque también participe de los demás atributos en la manera dicha.

Otro día se me ofreció una declaración del salmo *Lauda, Jerusalem, Dominum*, junto con un lugar del Apocalipsis, cuando San Juan vió a Cristo Nuestro Señor en semejanza y figura de hombre, y tenía la cabeza y cabellos blancos como lana y como nieve, y vestido de una vestidura de lino que le llegaba hasta los pies, y junto a los pechos tenía un ceñidor de oro y los ojos como de fuego; los pies como de latón en horno ardiendo y el sonido de su voz como de muchas aguas, y tenía en su mano diestra siete estrellas y de su boca salía una espada muy aguda, y su rostro resplandecía como el sol cuando extiende sus rayos en su mayor fuerza y virtud.

La declaración del salmo es de esta manera. Contemplando el santo rey David en la Jerusalén celestial poblada de tantos ángeles y espíritus bienaventurados, dice: Alaba, Jerusalén, al Señor. Sión, alaba a tu Dios por tantas dichas y felicidades como ha puesto en ti: *Quoniam confortavit seras portarum tuarum*, lo primero porque confortó y fortaleció las cerraduras de tus puertas, de tal manera que no saldrá ni caerá jamás ya

de ti ninguno de tus moradores, porque ese Señor tuyo los confirmó en gracia después de la caída de sus compañeros y les dió la visión beatífica, y así no es posible que ninguno pueda ya salir de esa ciudad, y no sólo están cerradas sus puertas con fuertes cerraduras para no poder caer ninguno de sus ciudadanos, sino que están también cerradas para que no pueda entrar allá ninguno de los justos de la tierra hasta que el príncipe de la Gloria quebrante y rompa esos cerrojos y cerraduras. *Benedixit filiis tuis in te.*

Los hijos tuyos que le fueron fieles a Dios, los ángeles que le adoraron y volvieron por su honra en la guerra y pelea con Lucifer y sus secuaces, los bendijo en ti, dándoles esa ciudad por morada perpetua, *qui posuit fines tuos pacem:* puso perpetua paz en ellos, de manera que si en los principios de su creación fué posible haber guerra en esa ciudad, y la hubo, ya será su paz hasta los últimos fines de la eternidad, que es sin fin, *et adipe frumenti satiat te*, y no contento con tales favores y mercedes añade otra mayor, que es sustentarte, satisfacerte y hartarte sin fastidio con el mismo pan floreado de su mesa, que es con la visión clara de su divina esencia, con la cual se sustenta y vive el mismo Dios, *qui emittit eloquium suum terræ.*

Pero aunque de esa ciudad favorece Dios tanto, no se olvida de los que moran en la tierra, y así, llegado el tiempo que desde ab aeterno tenía determinado, envía su palabra, su divino Verbo a la tierra para que se vista de nuestra naturaleza, y el mismo Verbo tiene tan infinito amor a los hombres y tan sumo deseo de morar y vivir con ellos, que *velociter currit sermo ejus:* corrió velocísimamente para hacer esta jornada, de tan infinita distancia como hay de la alteza de su divinidad a la bajeza de la humanidad; pero corrió este camino como gigante

y con sumo gozo: *Exsultavit ut gigas ad currendam viam*, como dijo el mismo David en otra parte. Y la Esposa, viéndole andar este camino con tal aceleración, como admirada dice: mirad y advertid cómo viene mi Esposo corriendo, que parece un cervatico atravesando con gran ligereza montes y collados, que son tales las dificultades que atraviesa y vence para haber de llegar a la tierra y unirse con la naturaleza humana, que sola su fortaleza y omnipotencia infinita lo pudiera hacer. Prosigue el santo rey David en el salmo que se iba declarando, y dice: *Qui dat nivem sicut lanam.*

Parece que mirando ya a este Señor hecho hombre, se le representa como San Juan le vió en el Apocalipsis, y que viéndole la cabeza blanca como la lana y como la nieve, y lo mismo todos sus cabellos, dijo: hale dado su Padre eternos cabellos blancos, así de nieve como de lana; estos cabellos blancos son significación de todos los predestinados, que en haciéndose Dios hombre se hizo cabeza de todos y los unió y radicó en sí, como los cabellos están en la cabeza, y de esta manera les dió vida, pues como dice San Pablo así como todos los hombres murieron en el Adan primero porque fué cabeza de todos los que habían de nacer y vivir según la carne, así todos los predestinados que habían de renacer y vivir según el espíritu, *nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto*, como dijo el mismo Cristo, recibieron vida en el segundo Adán celestial que era cabeza de todos.

Y es lo mismo que dijo Cristo en otra parte que habían de estar unidos con él como sarmientos con la cepa, y aquí se significa por la metáfora de cabellos con su cabeza, y estos cabellos que son los justos y predestinados, todos son blancos, no hay ninguno negro; pero unos son blancos como nieve, que son

los que siempre conservaron y guardaron el candor y pureza de la gracia del bautismo; nunca supieron qué cosa era impurezas y manchas de culpas graves, siempre fueron como nieve; y otros cabellos son como lana, que suele muchas veces mancharse y estar inmunda y de mal olor; pero lavándola queda blanca como la nieve. Así hay otros justos y predestinados que en algún tiempo tuvieron manchas e inmundicias de culpas y pecados; pero lavándose con la contrición y sacramentos, que es el lavatorio donde se aplica la virtud y eficacia de la sangre de Cristo, quedan tan limpios y puros, que a veces harán ventaja a la nieve, esto es, a los justos que nunca perdieron la gracia.

Y así dijo David en otro salmo: *Asperges me, Domine, hysopo & mundabor,* como si dijera: Verdad es, Señor, que soy lana inmunda, pero aspérjame con el hisopo, mojado en tu sangre, mucho más poderosa para limpiar de las manchas de las culpas que la sangre de los toros y de los becerros con que en la ley antigua mandabas asperjar a los inmundos, como dijo San Pablo: *Si enim sanguis hircorum & taurorum aspersus inquinatos sanctificat: quanto magis sanguis Christi emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis.* Y dice, pues, David, *lavabis me & super nivem dealbabor.* Es tanta la eficacia y virtud de esta sangre para sacar las manchas de las culpas, que no sólo quedaré como la nieve, sino más puro y blanco que ella, *super nivum dealbabor*, no sólo será delante de ti, como los que nunca pecaron, sino aún más puro que ellos.

Lo mismo dijo Dios por Isaías: si fueran vuestros pecados tan sanguíneos y encendidos como la grana, yo os lavaré de manera que quedéis como la nieve, y si fueran vuestras manchas tan vivas y fuertes como el carmesí, quedaréis como la lana alba y blanquísima, y así San Juan parece que quiere dar a entender

esta ventaja que algunas veces hace la blancura de esta lana mística a la de la nieve también mística, pues cuando nombra los cabellos del hijo del hombre los significa en primer lugar por la blancura de la lana y luego por la de la nieve, y el santo rey David, en las palabras dichas *qui dat nivem sicut lanam*, da a entender lo mismo, pues dice que se le dan a Cristo los cabellos de nieve tan blancos como los de la lana, porque ésta en cierta manera suele hacer ventaja en la pureza y blancura a la nieve.

XI

Antes que San Juan diga que vió la cabeza de este divino Señor blanca y con cabellos más blancos que la lana y que la nieve, porque no se pueda dudar de que era la persona de Cristo, dice cuatro cosas: lo primero, que le vió en medio de siete candeleros de oro que significan los siete dotes de gloria que le fueron dados a su sagrada humanidad; los tres en el alma y los cuatro en el cuerpo, los cuales desde el instante de su Encarnación se le debían de derecho y de justicia, no sólo al alma, sino también al cuerpo, porque desde el mismo instante vió su alma la esencia divina y fué bienaventurado, y así había de resultar aquella gloria al cuerpo como resulta en los cuerpos unidos a almas gloriosas. Pero quiso este Señor hacer este milagro de tener toda la gloria represada en la parte superior del alma y no comunicar al cuerpo la que le era debida porque pudiese padecer, aunque alguna vez usó de los dotes del cuerpo, como en el Nacimiento; el de la sutilidad y espiritualidad saliendo del vientre de su Madre, dejando cerrado

el sello de su virginidad; en la Transfiguración el dote de la claridad, y cuando andaba sobre las aguas sin hundirse, el de la ligereza; hasta que resucitando los gozó y mostró todos, y como cuando San Juan vió a este Señor ya era resucitado, así se le mostró en medio de todos siete candeleros de oro y de gloria. Lo segundo dice que tenía semejanza de Hijo de Hombre, que es el nombre de que este Señor más se preció cuando vivió en el mundo. Lo tercero, que estaba vestido de una vestidura larga de lino que llama *podere*, que es propiamente significación de su cuerpo, con el cual cubrió la gloria de la divinidad. Lo cuarto dice que estaba ceñido a los pechos con cinto de oro: este cinto significa su alma santísima, que fué el oro purísimo que pudo ceñir a Dios, abrazada inmediatamente a él más que el cinto lo puede estar con los pechos, y como los de Dios son sus infinitos atributos y éstos tienen tan infinita inclinación a derramarse y comunicarse a las criaturas, fué necesario que esta alma santísima y cinto de oro ciñese estos mares inmensos para que, estando en el mundo, no le anegasen, sino que estuviesen como pechos ceñidos, pero en alguna manera descubiertos y aparejados para que los hombres participasen y bebiesen de su divino licor.

Así clamaba este divino Señor llamándolos por Isaías a éstos divinos pechos cuando dijo: *Ad ubera portabimini* &, y en otra parte: *omnes sitientes venite ad aquas,* como si dijera: Estos mis pechos, aunque por estar ceñidos con mi humanidad parecen pequeños en vuestros ojos, mares inmensos son dentro de mí, y mares de aguas vivas de gracia, mares de vino de amor, mares de leche de suavidad y dulzura. Y así cuantos tuvieren sed pueden beber de estas aguas vivas, y no se agotarán ni aun se disminuirán. Y luego dice: Los que no tenéis plata, daos pri-

sa a venir y comprad sin ningún precio vino y leche. Ríos y mares de vino y de leche hay en mí, y el precio con que lo habéis de comprar no es otro sino la sed y diligencia y prisa con que lo viniéreis a coger y recibir. Cuanta más prisa y diligencia pusiéreis en esto, más compraréis, y nunca se acabarán ni menoscabarán estos mares, porque están siempre manando esta leche y miel, mucho mejor y con infinita más abundancia que lo manaba la tierra de promisión: *terram fluentem lac & mel.* Y el mismo Cristo, no ya sólo por sus profetas, sino por sí mismo, dice San Juan en el Evangelio que clamaba a grandes voces y decía: Si alguno tiene sed venga a mí y beba en tanta abundancia que puedan manar y correr de él ríos de agua viva que salten hasta la vida eterna. De manera que el haber ceñido estos mares infinitos de la divinidad este cinto de oro del alma de Cristo, no fué para impedir que no se comunicasen, sino para acomodarlos a nuestra pequeñez y que así pudiésemos llegar mejor y gozar más de sus divinas corrientes, y para esto nos llama de tantas maneras y con tantos clamores y ansias.

En todo lo dicho se muestra cómo el que vió San Juan en el Apocalipsis era Dios humano y hecho Hombre, y así dijo luego cómo tenía los cabellos como lana y como nieve, que significa lo que se dijo arriba: que era cabeza de todos los predestinados.

Luego dice San Juan que tenía este Señor los ojos como llamas o ascuas de fuego, y no señala que fuesen dos ojos solos, porque sin duda tenía muchos, como vió Ezequiel en aquella visión que tuvo junto al río de Chebar de aquellos cuatro animales, y junto a ellos estaba una rueda que significaba la persona de Cristo, porque la rueda no tiene principio ni fin;

dice que era su alteza grande y su estatura horrible, y que verla era como visión de mar, todo lo cual significa la divinidad de Cristo, y dice que en esta rueda había espíritu de vida, lo cual no se puede decir sino de este Señor, que es la misma vida.

Pues esta rueda dice Ezequiel que la vió toda llena de ojos, y San Juan, viendo a este Señor en figura de cordero en el Apocalipsis, le vió con siete ojos, que por el número de siete se puede entender casi infinito, de manera que Cristo está todo lleno de ojos y éstos como ascuas de fuego, porque significan también las almas de los justos, que las tiene Dios tan metidas en sí y tan guardadas como los ojos de su cara; y así dijo por Isaías: *Qui tangit vos, tangit pupillam oculi mei,* pues estas almas de los justos están como ascuas de fuego, porque están metidas en la misma esfera de él y se abrasan en amor de aquel Señor que los tiene tan metidos en sí.

El santo rey David parece que estaba también mirando en Cristo aquestos ojos que le había dado su Padre eterno, y que aunque estaban unidos con él, no podían verle claramente sino con la niebla de la fe mientras están en carne mortal; y así dijo luego en el mismo salmo: *Nebulam sicut cinerem spargit;* veo que esparce Dios una niebla de fe delante de sus ojos para que no puedan verle claramente, y esparce también ceniza o la misma niebla: es como ceniza que ciega más. Esta ceniza no sólo es el cuerpo mortal, que es ceniza, sino también el conocimiento de las miserias y flaquezas corporales y espirituales, y con las cenizas de este conocimiento que están cubriendo estos ojos, que son como ascuas, se conservan mejor las mismas ascuas y el fuego de ellas, y así parece que quiso decir David.

Dióle tanto gusto a Dios el ver a sus escogidos como ascuas encendidas en el fuego inmenso de su Hijo, que usó de la traza que usan los hombres para que no se mueran las ascuas que han mucho menester, que es esparcir y derramar ceniza sobre ellas para que así se conserven. Y de esta manera, con la ceniza de la humillación y del conocimiento propio, guarda Dios estos gustos suyos, que son sus escogidos, y cuanto más cubiertos y encubiertos más reconcentrado está el fuego para solo Dios. Y por esto el Esposo Divino, que es el Verbo, hablando con su Esposa la naturaleza humana, le dice en los Cantares que son sus ojos como de palomas, las cuales muy de ordinario miran con un ojo al cielo y con otro a la tierra juntamente. Y de las almas que miran así dice el mismo Esposo en los Cantares que le llagan y hieren el corazón con uno de sus ojos, porque con uno solo miran a él y con el otro se miran a sí, y al paso que fijan el uno en la tierra y en su miseria, a ese paso cobra el otro fuerza para fijarle en Dios y herirle, que por eso dijo luego: *Absque eo quod intrinsecus latet,* como si dijera: Ese ojo de fuego cubierto con esa ceniza es tanta la fuerza que tiene escondida y reconcentrada adentro, que me abrasa y me hiere y me rinde; no me deja volar, ni puedo apartar de ti, como lo hago de las almas que me miran con ambos ojos, sin guardar para su conocimiento el uno; éstas me hacen que haga como que me ausento de ellas, y les digo: *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt;* pero las que me miran como palomas con sólo un ojo, y ese simple, sencillo y hecho fuego, como herido me tienen, rendido y siempre junto a sí, que por esto dice luego inmediatamente San Juan que tenía este Señor los pies como de metal pesado y fuerte y en horno de fuego, de manera que no sólo tiene los

pies pesados para huir y ausentarse como si fueran de metal, sino que los tiene fijos en el corazón, que es el horno de fuego, y con el mismo fuego parece que se puede decir que se derriten estos pies, supuesto que son de metal, y así está tan de asiento como quien no tiene pies para poderse apartar ni un solo paso.

Dice también San Juan que le salía de la boca a este Señor una espada agudísima, la cual es su divina palabra, que, como dijo San Pablo, es cuchillo y espada de dos filos: *Vivus est sermo Dei* & y el efecto que hace es dividir y apartar el alma del espíritu, que es como si dijera: La palabra de Dios no sólo es espada aguda, sino espada de fuego, como dijo David: *Ignitum eloquium tuum* &, y en otra parte: *Eloquia Domini igne examinata;* es fuego que examina y prueba las almas como el oro en el crisol, y aparta lo terrestre de lo celestial, lo humano de lo divino, lo natural de lo sobrenatural, lo que es puro espíritu y oro de lo que es animal y escoria y tierra, esto es, *Pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus,* y apártalo y divídelo derritiendo el espíritu como se derrite el oro, y de esta manera derretido le puede echar en su molde, que es el mismo Dios, y hacerle tan semejante a sí y tan hecho una cosa consigo, que no se parezca casi la diferencia. Y lo que es terrestre y humano se queda en la tierra y en el cuerpo mortal y animal.

Esto fué lo que quiso decir David en el salmo que se va declarando: *Emittet verbum suum & liquefaciet ea,* envía este Señor sus palabras al alma y como son espada o llama de fuego, la derrite, y lo mismo dijo la Esposa: *Anima mea liquefacta est ut locutus est,* al punto que habló mi Amado y me envió el fuego de su palabra, luego se derritió mi alma.

Dice también San Juan que la voz de aquel Señor era como de muchas aguas porque, como se ha dicho, tenía dentro de su

pecho mares inmensos de aguas vivas de gracia, de vino de amor fuerte y de leche suavísima, que todo ello significa la comunicación del Espíritu Santo. Las aguas de la gracia, díjolo el mismo Cristo, que el que bebiese de él saldrían de su vientre ríos de agua viva, y dice el evangelista que dijo esto Cristo por el Espíritu Santo, que habían de recibir los que creyesen en El. Que el vino sea semejanza del Espíritu Santo, vióse en los apóstoles el día de Pentecostés, que habiendo recibido este divino Espíritu, los embriagó de manera que juzgaban los que los veían que su embriaguez era de vino material. Y el Esposo, en los Cantares cuando da con abundancia este divino Espíritu, dice: bebed, amigos, y embriagaos, carísimos; y lo que les ofrece es vino con leche, porque también la leche es semejanza del Espíritu Santo; porque es el que causa pureza y dulzura en las almas, y porque así como la leche es de la misma sustancia del cuerpo cuya es y muy cocida y afinada con su calor natural, así el Espíritu Santo es la misma sustancia del Padre y del Hijo y procedida con el impulso y fuego de amor recíproco de las dos divinas personas, que es el calor de la divina naturaleza.

Pues aquel divino Señor Cristo que vió San Juan con su aliento, respiración y sonido de voz, comunicaba este divino Espíritu como le comunicó a los apóstoles después de resucitado cuando dándoles su aliento y respiración les dijo: *accipite Spiritum sanctum:* recibid el Espíritu Santo. Y como este divino Espíritu estaba en su pecho como mares, no sólo de agua, sino de vino y leche como se ha dicho, cuando echaba su aliento y sonaba su voz era su sonido como de muchas aguas, por eso dijo luego David en el mismo salmo: *Flabit spiritus eius & fluent aquae*, sopla su espíritu, echa su aliento, suena su voz,

comunica a las almas el Espíritu Santo y luego corren en ellas las aguas vivas de la gracia; pero con gran suavidad, como ríos de leche, de manera que aunque vayan y corran con gran ímpetu y fuerza por estar junta con vino y fuego, no atemoriza sino que alegra la ciudad de Dios, que es el alma, como dijo David: *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.* Y no sólo la alegra, como el vino el corazón del hombre, *vinum laetificat cor hominis,* sino que como es propio del Espíritu Santo santificar, santifica este tabernáculo y morada suya y la hace nazareo suyo, que es lo mismo que santificado y escogido para sí; y para que goce de las gracias de los nazareos que en particular son cuatro y se dicen en aquellas palabras: *Candidi facti sunt nazaraei ejus, candidiores nive, nitidiores lacte, rubicundiores ebore antico, sapphiro pulchriores.*

Esto es: que sean cándidos como la nieve y cabellos de este Señor, y puros como la leche, bañados del río de leche que es el Espíritu Santo, como se ha dicho. Rubicundos como el marfil antiguo, que así son los ojos encendidos de este Señor y hermosos como zafiros, esto es, que sean también las estrellas que este mismo Señor tenía en su mano diestra, las cuales también significaban las almas de los justos que, como dice el libro de la sabiduría, están en la mano de Dios: *Iustorum animae in manu Dei sunt,* y en la mano diestra, porque es propiamente de los predestinados y justos y así en ella estarán el día del Juicio, y son significados en estrellas y zafiros, que todo es demostración de cielo, porque las estrellas están fijas en él, y los zafiros tienen color de cielo, y son piedras muy preciosas sin mezcla de cosa impura, ni escoria, como suele tener el oro, para significar que después que el divino fuego acriso-

ló, derritió y apartó de estos espíritus todo lo terrestre, como se ha dicho.

Quedaron como piedras preciosas y celestiales y como estrellas tan refulgentes que resplandecían aun en presencia del sol, y para que se advierta esto, dice luego San Juan que el rostro de aquel Señor resplandecía como el sol cuando extiende sus rayos con mayor virtud y fuerza, que es al mediodía, y con todo eso se percibían y conocían las estrellas que tenía en la mano; porque su luz era participada del mismo Sol y hecha tan una con ella, que no sólo como estrellas, sino como soles resplandecieran delante de Dios, si la oscuridad del cuerpo mortal no impidiera la refulgencia de sus rayos. Y así, cuando los espíritus estén separados de los cuerpos o los mismos cuerpos estén también glroririficados, se cumplirá lo que dice el sabio: *Fulgebunt justi sicut sol in conspectu Dei,* no dijo sólo que resplandecía como sol, sino que en presencia de Dios, delante de cuya luz inaccesible podía oscurecerse toda otra luz, la de los justos será tal, que no sólo resplandezcan como luz tímida y pequeña, sino como la del sol, que es la mayor a que se puede comparar; pero mientras los justos están en esta vida mortal, no resplandecen ni se muestran más que como estrellas y así, en semejanza de ellas, se muestran en la mano de Dios, de la cual nadie las puede sacar.

A este propósito se pueden aplicar aquellas palabras de Job: *cum sit nemo, quide manu tua possit eruere,* como si dijera: no hay nadie ni hay criatura que pueda sacar de tu mano las almas de los justos y predestinados, los cuales puso el Padre Eterno en su mano, que es el Hijo, para que los guardase, y así hablando Cristo Nuestro Señor con su Eterno Padre la noche de la cena, le dijo: Padre, los que me diste, que son to-

dos los predestinados, yo los he guardado. Como si dijera: no los he dejado ni dejaré de mi mano, y así ninguno de ellos ha perecido ni perecerá; si no es el hijo de perdición, que es Judas, y esto porque no me le diste por predestinado, ni para que le guardase como tal, pues era hijo de perdición; y el permitir fuese mi discípulo fué para que fuese el instrumento principal de mi Pasión y muerte, en la cual se habían de cumplir todas las Escrituras que de mí están profetizadas, y escritas: *Nemo ex eis periit, nisi filius perditionis, ut Scriptura impleatur*, y del cumplimiento de estas escrituras y de mi Pasión y muerte ha de resultar la eficacia y cumplimiento de la predestinación de los que me diste predestinados ab aeterno en tus secretísimos juicios y determinación eterna, y elección graciosa y no merecida de ellos, sino sólo fundada en mis merecimientos infinitos; y así, a mí toca el guiarlos y tenerlos en mi mano diestra hasta colocarlos en sus asientos perpetuos de gloria.

Esto parece que quiso decir también David en aquellas palabras: *Tenuisti manum dexteram meam & in voluntate tua deduxisti me & cum gloria suscepisti me;* esto es, el tener aquel Señor que vió San Juan siete estrellas en su mano diestra que, como se ha dicho, el número de siete es perfecto y significa gran número, como lo es el de todos los justos, que están en la mano de Dios.

El decir San Juan que resplandecía su rostro como el sol de mediodía, significa la gloria infinita de su divinidad, la cual es el rostro de Dios; y así, a la vista clara de la divina esencia, llama San Pablo verle cara a cara: *nunc autem per speculum, tunc autem facie ad faciem;* y cuando Moisés pidió a Dios que le mostrase su rostro, que es su divinidad, le respondió Su

Majestad que no le podía ver hombre viviente en carne mortal; pues este rostro de la divinidad, no sólo no perdió un punto de su hermosura y resplandor por haberse hecho hombre, como se mostraba en aquella visión, sino que antes, con haberse humanado, parece que se manifestaba y comunicaba más su resplandor y rayos infinitos de su gloria, pues lucía no sólo como sol, sino que expresa el medio día, que es cuando se muestra más fuerte y se manifiesta y comunica más al mundo; y así, por medio de la Encarnación se manifiesta Dios al mundo, como dijo el mismo Cristo: *Pater manifestavi nomem tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo;* y en esta obra, más que en la creación del mismo mundo, ni otra ninguna de cuantas Dios ha hecho, se descubrieron y lucieron con más fuerza y vigor los rayos de todas sus infinitas perfecciones y atributos.

Esto parece que quiso decir Cristo Nuestro Señor por David en aquellas palabras: *Et dixi; forsitan tenebrae conculcabunt me.* Como si dijera: Por ventura las tinieblas de la naturaleza humana que tomé, ¿puede humillar ni obscurecer un punto mi luz? De ninguna manera; antes & *nox illuminatio mea in deliciis meis;* esa noche es mi iluminación, es la que me hace resplandecer mucho más; pues siendo quien soy y no habiendo menester a nadie, es tan infinito mi amor y mi bondad, y tan infinita la inclinación a comunicarme a los hombres, que el haber tomado su naturaleza es mi deleite. Y contemplando esto el Santo Rey David, le dice luego en el verso que se sigue: *Quia tenebrae non obscurabuntur a te;* claro está, Señor, que las tinieblas no te pueden obscurecer, esa sagrada humanidad y esa naturaleza humana no te obscurecen nada la gloria y majestad de tu divinidad, sino que la humanidad es iluminada y esclarecida y hecha tan una cosa con la misma divinidad, que

ya no se puede llamar noche, sino día, pues resplandece como el mismo día eterno de la divinidad, & *nox sicut dies illuminabitur*, de manera que es ya supuesto divino de tal manera, que todo lo que hace aún, según esa humanidad, aunque sea el morir, se dice y es así, que lo hace Dios porque es verdadero Dios ese hombre; y así, lo que de suyo era noche, que es la naturaleza humana, levantándola como la levantase a la unión hipostática, luego fué iluminada, como el día de la divinidad, aunque por la parte que miraba al mundo, que es la mortalidad y pasibilidad que en ella quedó mientras vivió, en él parecía obscura y opaca, de manera que no le conocieron ni percibieron su inmensa luz, y así se obscurecieron en su Pasión y muerte; que si conocieran que era Rey de la gloria no le crucificaran, como dijo San Pablo, y para que le crucificasen era forzoso que estuviera escondida y represada su gloria, y que el cuerpo careciese de ella y fuese como tiniebla obscura. Pero a la medida que fué obscurecido este sagrado cuerpo y humillado en su Pasión y muerte, de esa misma fué glorificado, esclarecido y exaltado en su resurrección.

Esto es lo que dice luego David: *Sicut tenebrae eius, ita & lumen eius;* y San Pablo: *humiliavit semetipsum: propter quod & Deus exaltavit illum &;* que aunque la gracia del alma y la gloria esencial de ella no fué menester que la ganara como la ganan y aumentan los que son puros hombres, porque al alma de Cristo se le dió todo junto y en tan sumo grado que no pudo tener aumento; pero la gloria del cuerpo y su exaltación quiso merecerla con los trabajos y humillación, y así dijo a sus discípulos después de resucitado: *Nonne oportuit pati Christum & ita intrare in gloriam suam?*

Pues cuando el santo Rey David conoció con su espíri-

tu profético estos misterios y grandezas de Dios, prorrumpió en alabanzas divinas con gran admiración, diciendo: *Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es: mirabilia opera tua, & anima mea cognoscit nimis;* como si dijera: confiésote, Señor, y doite mil alabanzas, porque te has engrandecido terriblemente haciéndote hombre; porque son obras maravillosas y milagros estupendos los que en esta obra has hecho, que bastan a pasmar a los mismos serafines, y puedes decir lo que Habacuc, *consideravi opera tua & expavi;* y yo estoy pasmado en esta consideración que no puedo pasar adelante. *Anima mea cognoscit nimis;* demasiado es lo que ha conocido mi alma; no cabe en su capacidad más ni aun tanto, pues digo que es demasiado, y bien sabes, Señor, mi flaqueza, que *non est occultatum os meum a te quod fecisti in occulto & substantia mea* &; no es oculta a Ti la miseria y flaqueza de mi naturaleza, pues por ser tanta la formaste en oculto sin que nadie lo pudiese ver; y mi substancia y lo mejor que hay en mí es de lo más ínfimo de la tierra, y así no es mucho que se me haga demasiado lo que me has comunicado de tales grandezas tuyas, aunque ello en sí no sea más de como una gota de agua respecto de infinitos mares. Y lo mismo le sucedió a San Juan cuando vió en aquel Señor tantas grandezas, que aun no tuvo palabras para decir su admiración y pasmo como David, sino que con la obra le manifestó, cayendo luego a sus pies como muerto: *cecidi ad pedes eius tanquam mortuus*, de manera que fué menester que el mismo Señor le tocase con su mano diestra y le fortaleciese.

XII

Después de habérseme dado estas declaraciones místicas un día de comunión por la mañana, tenía mi alma grandes ansias de que, pues el Señor que yo había de recibir en la comunión era el mismo que vió San Juan con todas las cosas dichas, me comunicase alguna de estas mercedes, y pedíaselo a Su Majestad con mucha instancia, y considerando cada cosa de las dichas deseaba ser uno de aquellos cabellos blancos como nieve, y parecíame que decía Nuestro Señor—: No sólo eres uno de esos cabellos, sino aquel que, hablando yo con mi Esposa la Naturaleza humana, y viendo cubierta su cabeza de tantos cabellos como son los justos, le dije en los Cantares que con uno de ellos me había herido el corazón: *vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa, in uno crine colli tui,* eres entre todos mis cabellos el que hieres mi corazón, y esto porque no sólo lo estás radicado y unido en mi cabeza, que es la divinidad, sino que también se extiende y le veo sobre mi cuello, que es mi alma santísima, con quien también estás unida, la cual es la torre de marfil a que yo comparé el cuello de mi esposa la Naturaleza humana, cuando dije en los Cantares: *collum tuum sicut turris eburnea.* Y en otra parte de los mismos Cantares dije: *collum tuum sicut turris David, quae aedificata est cum propugnaculis, mille clipei pendent exea omnis armatura fortium,* y en otra parte, *colum tuum sicut monilia,* porque todas estas cosas son muy propia significación de mi alma, lo primero es semejante al collar de oro, porque como otro día te mostré, adornaba tu cuello y pecho como piedra preciosísima, y también porque ella está tan adornada de gracias y do-

nes que se puede llamar la misma gracia, y las joyas y adornos con que se agracian y hermosean todas las almas, lo reciben de ella, y así digo que es *sicut monilia.* Compárase a la torre de David que está edificada en torreones y que penden de ella mil escudos y todas las armas de los fuertes, porque en esta alma se defienden las de mis escogidos de sus enemigos, como en torre fortísima, y edifiqué en ella torreones donde todos pudiesen ampararse, que son mis virtudes, y en ella están pendientes escudos y armas para pelear los que son como soldados fuertes de mi milicia. Compárase a la torre de marfil purísimo y delicado y precioso, porque es torre altísima, donde las almas contemplativas están hechas atalaya, especulando y contemplando la gloria de su divinidad, como dijo San Pablo: *nos autem revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem tamquam a Domini Spiritu,* levantadas las almas contemplativas en esta torre de mi alma, están tan cerca de Dios que ya parece que casi le ven la cara descubierta, esto es, *revelata facie.* Y contemplando la gloria de aquel Señor, que es el dueño de aquella torre, se van transformando en su imagen de claridad en claridad, esto es, de la claridad y hermosura de aquesta alma a la claridad y hermosura de mi divinidad, que está en ella, pues estando tú unida y hecha una cosa con esta alma, eres en mis ojos todas estas cosas, y así no es mucho que diga que eres el cabello que me hiere, porque te veo en este cuello, y el llamar cuello a mi alma es porque, como mi cabeza es la divinidad, el alma es lo que está más inmediata y unida a ella, como lo está el cuello con la cabeza. Y porque es como cuello por donde se comunican todos los bienes y gracias al cuerpo místico de las almas de

los justos, y la que los une conmigo como el cuello une los miembros con la cabeza, y por él se comunican sus influencias a los demás miembros del cuerpo. También, hablando con mi Esposa la misma Naturaleza humana, le dije que me había herido en uno de sus ojos, *vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum,* y supuesto que todos los justos son ojos de esta Esposa mía, como te he declarado de uno que es tu espíritu, es del que en particular me quejo herido. Porque mirándome como paloma con sólo un ojo, y teniendo el otro siempre en tu propio conocimiento, siendo el ojo con que me miras todo de fuego, cubierto con la ceniza de tu propio conocimiento, tiene tan reconcentrado el calor, y tan eficaz y viva la llama, que me tienes herido con tu vista, y también rendido a morar siempre en tu corazón, como en horno de fuego, sin tener pies para poderme ausentar, como queda declarado. La otra cosa que deseas de estas, que es gozar de las corrientes de aquellos mares inmensos, no es poco lo que de ellos recibes, y efectos suyos son estas declaraciones místicas; pues si esos mares son el Espíritu Santo, y él es el que especialmente enseña a las almas, como yo dije a mis apóstoles: *Spiritus Sanctus docebit vos,* teniendo tú tanta luz y tanta enseñanza, bien se muestra que este divino Espíritu se te comunica con abundancia, lo que más debes desear y puedes pedir es que con el fuego de mi palabra te derrita y acrisole como al oro, para que quede apartada de él la escoria y tierra, y todo tu espíritu purísimo y acendradísimo se una conmigo.

Luego comencé a pedir esto con grandes ansias y lágrimas, particularmente en recibiendo el Santísimo Sacramento, considerando que este Señor era la palabra del Padre, poderosísima para hacer en mí esta separación, acrisolándome con su

infinito fuego, y pedíale que usase conmigo del poder y eficacia que para esto tiene muy a los fueros de Dios. Y luego por modo intelectual, me parecía que veía estarse derritiendo mi espíritu, y que con gran fuerza y velocidad se iba pasando y uniendo a Dios, como el metal derretido va corriendo y pasando al molde, conforme lo que se pretende hacer de ello. Y como lo que Dios pretendía era hacerme semejante a sí, el molde donde entraba mi espíritu era el mismo Dios, y parecía que la substancia de mi espíritu se hacía una cosa con la divina, en cuanto es una esencia; y las potencias se unían con Dios en cuanto es trino en personas, y que así quedaba llena y satisfecha toda divina y semejante a Dios, como queda semejante al molde lo que se echa en él; pero acá no se sacaba el espíritu de su molde Dios, sino que allí desea quedarse para siempre, de manera que apenas se conozca la distinción y diferencia que hay de mi espíritu a Dios; sino que parezcan una misma cosa, y cuanto más unido estaba mi espíritu a Dios, y más separado del cuerpo y de todo lo terreno y vicioso, más vil me parecía verme acerca de esto, porque cuando la tierra y escoria está junta con el oro, todo junto se estima, y ella no parece tan fea ni vil como cuando, después de acrisolado el oro, queda ella sola, que entonces está tan fea y tan vil y tan inútil, que todos le dan con los pies y la arrojan de sí. De esta manera me miro yo en cuanto a lo natural y exterior, que cuanto más solo y apartado está del espíritu más vil me parece, y no me miro sino como un cuerpo muerto de quien todos procuran huir, y no me parece sino ser tratado con desprecio, y veo que no soy de provecho para cosa; pues al fin no sólo queda en pie la tierra mala de mi cuerpo, sino que también queda en él la escoria de los vicios y

pasiones, que aunque está apartado del Espíritu, no queda del todo aniquilado.

Esto me causaba algún temor de si me había de hacer guerra y procurar sacar mi espíritu de aquel divino puesto donde descansaba como en su cerco y ofreciéronseme a la memoria aquellas palabras que dice Dios por Moisés: *Videte quod ego sim solus, & non sit alius Deus praeter me: ego occidam, & ego vivere faciam: percutiam, & ego sanabo, & non est qui de manu mea possit eruere,* como si dijera: Mira que yo solo soy Dios y no hay otro fuera de mí. Pues a Dios ¿quién le podra resistir si no es que fuese otro Dios? Y no habiéndole como no le hay, no es posible que nadie sea bastante a sacarte de donde yo te tengo. *Ego occidam & ego vivere faciam,* yo te he muerto cuanto a lo sensible y terreno, y te hago vivir cuanto a lo espiritual y divino. Yo te hiero con el fuego de mi amor, y con esto te sano de cualquier achaque que se te pegue de la habitación de la carne y tierra, y no hay ni habrá quien pueda sacarte de mi mano, porque te tendré con una manutenencia singularísima. Y si se levantaren tus enemigos y te quisieren hacer guerra yo aguzaré mi espada o cuchillc como rayo de fuego, *acuero ut fulgur gladium meum, & arripuerit juditium manus mea: reddam ultionem hostibus meis.* Mis manos tomarán a su cuenta el juicio y venganza de tus enemigos, que los que son tuyos los llamo míos, porque somos una misma cosa.

Y luego se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de los Cantares: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel: omnes tenentes gladios, & ad bella doctissimi: uniuscuiusque ensis super femur suum propter timores nocturnos,* y se me declararon de esta manera: que este lecho de Salomón que cercan sesenta fuertes es el que luego se dice en

los mismos Cantares por estas palabras: *ferculum fecit sibi rex Salomon de lignis Libani: columnas eius fecit argenteas, reclinatorium aureum, ascensum purpureum, media charitate constravit propter filias Jierusalem.* Este lecho pequeño es la esencia divina, lecho porque es donde el alma halla entero descanso, y fuera de este lecho no puede tenerle; pequeño, no porque él lo sea en sí, que antes es inmenso e infinito, sino porque se acomoda a la pequeñez de las almas, y lo que ellas pueden gozar y alcanzar de este Señor es poquísimo, y por esto le llama con diminución *ferculum* y dice *fecit sibi rex,* que es como si dijera no que hizo Dios este lecho, porque este Señor no pudo ser hecho ni criado, sino que se hizo para las almas tan amoroso y comunicativo que se les dió por lecho en que morasen y descansasen. Y en esto mostró grandemente su fortaleza y majestad, y por esto se llama aquí rey y rey Salomón, que por excelencia y nombre propio se llama pacífico, para significar cuán de paz, cuán amoroso y suave se muestra en esto con el alma su Esposa, pues el lecho que la da no es otro que él mismo.

Este lecho dice que le hizo de madera de Líbano para significar su pureza y alteza, y que las columnas eran de plata, que son sus divinas perfecciones, particularmente cuatro, que son: sabiduría, omnipotencia, misericordia y bondad, porque estos atributos campean y se muestran más en esta obra tan amorosa. El reclinatorio de oro significa la persona del Padre eterno, que es el principio de la divina naturaleza, no porque tenga principio, sino porque es la primera de las divinas personas y les comunica su divino ser. Y el Padre no le recibe del Hijo ni del Espíritu Santo, sino que le tiene de sí mismo, y así hablando San Juan de la persona del Verbo, dijo que estaba en el principio, *in principium erat Verbum,* esto es, en el Padre.

Y el Hijo está reclinado en su pecho como en reclinatorio de oro purísimo: & *Verbum erat apud Deum.* La subida a este divino reclinatorio es de púrpura o purpurada; esto significa la persona del Hijo que está cubierto con la púrpura de su humanidad, y purpurado con su misma sangre y es la subida para el reclinatorio porque el mismo Señor dijo: *nemo venit ad Patrem nisi per me*, ninguno puede venir al Padre si no es por mí. No es posible subir a este divino lecho y reclinatorio si no es por esta subida de púrpura, que es Cristo y su sagrada humanidad y los merecimientos de su sangre.

Luego dice que este lecho está edificado en caridad y en medio de ella o que ella está en medio de Él, que todo es uno. Y significa esta caridad la persona del Espíritu Santo, que es el que abraza y une las dos divinas personas, y por esto se puede decir que está en medio de ellas y ellas en medio de este divino fuego y caridad infinita, porque le están produciendo y Él procediendo de las dos, y todo este lecho infinito de la divina esencia no es más de uno, aunque en cuanto a lo dicho sea distinto. Y siendo tan inmenso se hace lecho *propter filias Jerusalem,* por las almas perfectas y esposas suyas, que así como en siendo una mujer esposa del rey es llevada a su mismo lecho y en él descansa y reposa como en lecho propio, así en llegando un alma a tanta felicidad, que sea esposa de Dios y esté unida con Él, luego se le da licencia que entre en su mismo lecho. Y no tiene Dios otro si no es Él mismo, en sí mismo descansa y en su manera quiere que en el mismo descanse su esposa.

Este lecho le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, los cuales significan las jerarquías de ángeles y espíritus ienaventurados que son doctísimos y diestrísimos en pelear,

y se muestran con cuchillos agudísimos en sus manos, porque desde que fueron criados, luego trataron de guerra y pelea con los ángeles malos y soberbios, y con las espadas del celo, de la honra y de la gloria de Dios los vencieron y derribaron. Esto parece que estaba contemplando el santo rey y profeta David, cuando dijo en un salmo: *Exsultabunt sancti in gloria: laetabuntur in cubilibus suis.* Entonces no había otros santos en la gloria si no eran los santos ángeles, porque aun no se habían abierto las puertas del cielo para que entrasen en él las almas de los santos de la naturaleza humana. Y así, con la naturaleza angélica, habla aquí David y dice que se alegran en sus moradas, esto es, en los asientos y grados de gloria que Dios señaló y dió a cada uno cuando los confirmó en gracia y les concedió la visión beatífica, que fué en venciendo a los ángeles malos, y así, después de esta pelea y vencimiento, quedaron resonando en sus gargantas las alabanzas y exaltaciones de Dios, ensalzándole y glorificándole con el conocimiento de sus grandezas, alabándole por ellas, y aunque el santo rey David no dice con qué palabras le alabaron, serían sin duda semejantes a las que el santo Moisés dijo en su cántico que comienza: *cantemus domino gloriose*, en que da alabanzas a Dios por las grandezas y fortaleza que mostró en anegar a los egipcios en el mar y salvar a su pueblo, figura muy semejante al suceso de esta pelea de los ángeles. Y en particular repetirían aquel verso: *Quis similis tui in fortibus, Domine? quis similis tui magnificus in sanctitate, terribilis atque laudabilis, & faciens mirabilia?*

Y no sólo los oía el santo rey David cantar las alabanzas de Dios, sino que los veía con cuchillos agudísimos en sus manos & *gladii ancipites in manibus eorum,* quedáronse con

aquel celo agudísimo de la honra y gloria de su Dios para cualquiera ocasión en que fuese menester volver por ella, como lo han hecho en muchas que cuenta la Escritura; particularmente en el ejército del rey Senacherib, que en sola una noche mató un angel 185.000 hombres enemigos de Dios y de su honra. Con estos cuchillos del cielo hicieron venganza de las naciones y pueblos, *ad faciendam vindictam in nationibus, increpaciones in populis,* que por ser tantos los ángeles que vencieron y derribaron, y de diferentes jerarquías, se pueden llamar naciones y pueblos, y a los ángeles más principales y nobles los ataron y aprisionaron más: *ad alligandos reges eorum incompedibus: & nobiles eorum in manicis ferreis.*

Habiendo el santo Rey David contemplado esto, vuélvese con los mismos ángeles santos y convídalos a que alaben y glorifiquen a Dios con todos géneros y modos de instrumentos, como nombra en el salmo que se sigue, el cual acaba diciendo: *Omnis spiritus laudet Dominum.* Para que se entienda que ha hablado con ellos, de manera que los ángeles son los fuertes que cercan el lecho del rey Salomón con cuchillos en sus manos, como se ha dicho.

Pero no sólo se dice en los Cantares que tenían cuchillos en sus manos, sino que cada uno tenia espada sobre su muslo por los temores nocturnos. Esto se declara con otra visión del santo profeta David, que va contando en el salmo *Eructavit*, donde parece que se mostró el Verbo divino humanado. Y, mirándole con atención, va contando sus gracias, y dice: *speciosus forma prae filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis: propterea benedixit te Deus in aeternum;* y luego dice: *accingere gladio tuo super femur tuum, potentissime.*

En viendo al Verbo divino hecho hombre y dicho algo de su

hermosura y gracia, lo que le roba más el corazón y la atención es ver cómo se ciñen la espada sobre su muslo; esto es, el celo grande y poderosísimo que muestra de la salvación de las almas, y de la honra, no sólo de su Padre, sino también de su Esposa la Iglesia, y de cualquiera de las almas santas de quien se hizo Esposo, en haciéndose hombre, y así luego al punto se ciñó la espada del celo. Y si el que tuvo de la casa de su Padre fué tan grande que le comió las entrañas, el que tiene de sus esposas no es menor; antes le compara en los mismos Cantares, no sólo a la espada, sino al infierno, para que se entienda cuán poderoso es. Pues como los ángeles son soldados de este divino Capitán, y criados y ministros de este Rey desposado, al punto que le vieron que ceñía la espada de su celo para guardar y defender a su Esposa, ellos también se ciñeron las mismas espadas y para el mismo fin de guardar y defender a la Esposa de su Rey de cualesquiera enemigos que la pretendan hacer guerra.

Pues como ya esta Esposa estaba muy de asiento en el lecho de su Esposo, que es el mismo Dios, están todos los espíritus angélicos cercados de Él, no sólo con los cuchillos del celo de la honra de Dios, sino también con las espadas del celo de la honra y guarda de la Esposa, que también está en el lecho. Y es tanto el gozo que los ángeles tienen de ver a las almas en tal lugar, y tal ansia de que ninguna caiga de él, por que así llenen las sillas y lugares de los que cayeron, que bien se puede comparar este celo a espadas agudísimas, y con ellas están defendiendo a la Esposa de los temores nocturnos, para dar a entender que, aunque es Esposa y como tal está en el lecho del mismo Dios, aún vive en la noche de la vida y carne mortal. Y así, no puede dejar de estar con temores y recelos

de los muchos enemigos que en esta noche andan, por coger y lastimar a las almas, más y mayores que las aves nocturnas.

Pero si el tener tantos y tales defensores como son todos los espíritus bienaventurados no le basta a la Esposa para estar con quietud y descanso en su lecho (ya que no pueda ser con entera seguridad), el mismo Esposo la aquieta y quita el temor diciéndola que Él también tiene alfanje o espada, que es más poderosa que la de todos los ángeles juntos, y que si sus enemigos quisieren o pretendieren acometerla, que Él desenvainará su espada y los matará mucho mejor que lo pensaba hacer el rey Faraón cuando iba en seguimiento del pueblo de Dios. Y decía: *Evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.* Él hizo esto sólo de palabra y hallóse burlado; pero yo pondrélo por obra, porque mi decir es obrar, y así, está sin temores que te puedan inquietar ni turbar.

Esto me daba el Señor a sentir y experimentar, hallándose mi espíritu en aquel divino lecho, que no hay palabras para declarar cómo es, ni de qué manera mi alma se mira en él, y cuánto descanso y quietud goza viéndose hecha una misma cosa con Dios, descansando en él como en lecho propio, por ser esposa especialisima de aquel divino Señor, que tan sin merecimientos la escogió para tal felicidad y la ha querido levantar a tal estado. Y no sólo esto, sino que como es tanta mi vileza y flaqueza, y por esto es forzoso estar con sumo encogimiento y temor, Su Majestad me consuela y alienta con mostrarme los muchos que están en mi defensa y guarda, como mostró a Eliseo profeta, y por oraciones suyas a su discípulo, cuanto más eran los que tenían de su parte que los ayudasen a vencer (los cuales eran ángeles en figura de carros y caballos de fuego que Dios había enviado para su defensa), que no

el número de sus enemigos. Y si el ver tantos soldados y tan fuertes en mi defensa aun no me basta para dejar de temer, el mismo Señor la toma por su cuenta, con las palabras dichas; y así, fiada en Su Majestad, está mi alma con gran quietud y sosiego, sin cuidar de otra cosa sino de amar a tal Esposo y darle mil alabanzas por tan infinitas misericordias y mercedes.

XIII

Otro día, estando mi alma en este modo de oración y mirándose en este lecho, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras que se siguen luego en los Cantares: *egredimini & videte, filiae Sion, regem Salomonem,* y parecíame que este día en que este divino Señor había hecho tan particular desposorio y unión con mi alma, era el que allí llama el día de su desposorio, y por ser para Su Majestad de tan sumo gozo y alegría el que un alma llegue a este estado, y el verla hecha una cosa consigo, por el infinito amor que le tiene a este día del desposorio, le llama también día de alegría de su corazón. Y de este mismo gozo y alegría parece que se corona su sagrada humanidad, porque como ella es el medio y la causa de que el alma pueda conseguir esta felicidad, y es el fruto de sus trabajos y de su sangre, cuando ve la eficacia de ella en aquella alma, causa tan grande gozo accidental a su sagrada humanidad, que podemos decir que de ese gozo y gloria accidental se corona, como los santos tienen particulares gozos y glorias accidentales que se llaman aureolas, que es lo mismo que coronas pequeñas, por algunas obras grandiosas y dificultosas que

hicieron cuando estaban en carne mortal, como el padecer martirio, etc. Y este gozo, gloria accidental y resplandor, es de algún particular color, que muestra y declara la obra con que se mereció.

Y además de esto tienen los santos en la gloria otros gozos accidentales, que de nuevo van recibiendo cuando ven el fruto de sus trabajos en otras almas, las cuales, por medio suyo, de su ejemplo, doctrina y trabajos suben a más altos grados de gracia y gloria. Pues a este modo, en su manera, la humanidad de Cristo Nuestro Señor parece que se corona con el gozo y alegría que recibe cuando las almas, por medio de sus trabajos, ejemplo y doctrina, llegan a tan alta felicidad que se pueda desposar con ellas y meterlas o entrarlas en su tálamo. Y esto parece que quiso decir Isaías en aquellas palabras: *in die ila erit Dominus exercituum corona glorie, & sertum exultationis residuo populi sui,* que se pueden aplicar a este propósito de esta manera: en aquel día que Dios se desposa con un alma, sale coronado de gloria como vencedor y Dios de los ejércitos. Y la guirnalda de gozo la recibe de los que de su pueblo se aprovecharon de sus misericordias y mercedes. Y este verlos aprovechados y ensalzados le da tanto gozo, que sale como la aureola o guirnalda sobre su cabeza.

Pues viendo mi alma a Cristo Nuestro Señor con este gozo por haberme unido consigo, y mirándole como coronado de nuevo, según su humanidad, convidaba a las hijas de Jerusalén, que son las almas bienaventuradas, que supiesen algún tanto de la intensión y continuación con que están mirando la divinidad de este Señor y atendiesen a mirar en cierta manera su sagrada humanidad coronada de gozo y gloria accidental, la cual corona le puso su merced la naturaleza humana,

porque en cuanto a esa naturaleza es sólo en lo que puede tener nuevo gozo. Y que la naturaleza humana se puede llamar merced de Cristo, dijolo la Esposa en aquellas palabras de los Cantares: quién te me diese, hermano mío, que te viese yo mamando a los pechos de mi madre, de manera que la que es madre mía lo sea tuya, y por el consiguiente tú seas hermano mío. En habiendo convidado y llamado mi alma a los cortesanos del cielo, que atendiesen a ver al divino Esposo coronado, luego se me ofreció a la memoria y se me representó por modo intelectual la visión que cuenta San Juan en su Apocalipsis, diciendo que vió una puerta abierta en el cielo y oyó una voz como de trompeta, que le dijo que subiese allá para mostrarle lo que convenía que se hiciese presto y lo que se había de hacer; fué que habiendo celebrado el divino Señor sus desposorios, quería luego hacer demostración de ello en público consistorio y que se juntasen los grandes de su reino tomando a metáfora de lo que suele pasar en los palacios de los reyes. Y así, lo primero que vió San Juan fué poner una silla para el divino Rey desposado y que se sentó en ella la persona de Cristo Nuestro Señor, lo cual declara en decir que el que se sentó tenía el aspecto semejante a dos modos de piedras preciosas jaspe, sardis), que significan sus dos naturalezas: la de jaspe, que tiene alguna variedad de colores, significa su divinidad, que aunque es una sola esencia simplicísima, sus infinitos atributos y perfecciones parece que a nuestro modo de vista y conocimiento hacen diferentes visos y colores; la otra piedra, que era de sardis o sardónica, significa su humanidad porque es colorada y como de tierra. Demás de esto, dice San Juan que este Señor tenía un cerco de resplandor que le coronaba, y éste era como de esmeralda, el cual significa la corona y lau-

reola que se ha dicho causada del gozo y alegría del desposorio, y era de color verde como esmeralda, para significar el deseo y ansia con que había esperado este desposorio, y que la Esposa estuviese en alguna manera dispuesta para que la pudiese juntar consigo en unión y vínculo de amor.

Luego vió San Juan que se ponían veinticuatro sillas y que se sentaron veinticuatro ancianos, que son los grandes del reino celestial, y, como tales, no sólo estaban sentados delante del rey, sino también cubiertas sus cabezas con coronas de oro. Luego se pusieron junto a la silla los cuatro animales, que son los cuatro evangelistas, secretarios y escribanos del rey, para que diesen fe y testimonio de estos desposorios. Delante del trono estaban siete lámparas, y dice el mismo San Juan que eran siete espíritus de Dios, que son siete atributos suyos, que en esta obra resplandecen más que lámparas: amor, misericordia, bondad, sabiduría, omnipotencia, benignidad y también el de su justicia. Porque aunque este desposorio es todo de gracia, con todo eso tiene también parte de justicia, porque se le mereció a la Esposa el divino Desposado, y por ella se aprovechó de esos merecimientos, procurando que no sólo fuesen suficientes, sino eficaces en cuanto esto depende algo de su voluntad y libre albedrio, con el cual puede cooperar con Dios, y sin esto no pudiera llegar a celebrar el desposorio.

Delante de la silla estaba un mar como de vidrio cristalino, que significa la inmensidad de gracias que este divino Señor tenía aparejadas para su Esposa, porque en el mar se hallan las perlas y joyas preciosas. Y viendo los cuatro secretarios y los veinticuatro grandes estas maravillas de Dios, no cesaban un punto de alabarle diciendo: Santo, Santo, Santo, señor Dios todopoderoso, y todo lo demás que allí dice San Juan. Y luego

dice que vió en la diestra de este divino Rey y Señor que estaba sentado, un libro escrito dentro y fuera y sellado con siete sellos. Este libro significaba la misma Esposa, que es mi alma. Que el rey David vió también a la reina a la diestra del rey, y aquí se representaba como libro porque está aún en carne mortal cubierta de ella, como el libro de tablas o pergaminos; estaba este libro escrito dentro y fuera, porque tenía escritas no sólo las virtudes en lo interior, sino en lo exterior; no sólo obras de vida contemplativa, sino también de la activa. Este libro también estaba sellado de manera que nadie, ni del cielo ni de la tierra, le podía abrir ni aun mirar, porque de solo Dios se deja ver y El solo, como Esposo, es el que tiene entero dominio sobre él y le puede abrir como y cuando quisiere, y otro no, aunque sea de los mismos cortesanos del cielo; por eso llamó el Esposo a la Esposa en los Cantares huerto cerrado y fuente sellada. Huerto cerrado, como estaba este libro que aun verse por de dentro no se podía; y fuente sellada, no sólo con un sello, sino con siete, porque sólo el divino Esposo le pudiese abrir. Y así decía David: *quid enim mihi est in coelo, & a te quid volui super terram* &, como si dijera: no sólo no quiero cosa fuera de ti en la tierra, pero ni aun en el cielo. No me lleva nada el corazón, ni la afición, sino sólo tú, que eres el dueño de mi corazón y mi parte para siempre.

De los siete sellos de este libro, cuatro podemos decir que estaban en el interior de él, que es el alma; y tres, en lo exterior, que es el cuerpo.

El primer sello estaba en la esencia del alma, en la cual no puede entrar otro sino Dios, y El está impreso en ella como sello. Así dijo David: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*, el rostro de Dios es su divinidad, pues la lumbre y

resplandor de ella está sellada y estampada en la esencia del alma. El segundo sello está en la voluntad, en la cual está impresa la caridad como sello que la tiene cerrada para no poder amar a otra cosa sino a su Esposo, y así dijo Santa Inés: *Posuit signum in faciem meam, ut nullum praeter eum amatorem admittam*. El tercer sello está en la memoria, en la cual está impresa la pasión y muerte del divino Esposo, la cual no le deja lugar para recibir otras especies sensibles, y así puede decir aquellas palabras de Job: *memoria memor ero, & tabescet in me anima mea,* acordándome de la muerte de mi Esposo se seca en mí la vida sensitiva y todo lo que es animal y terrestre, de manera que aun especies de ello no puedo guardar, sino que si acaso entran, luego se secan. El cuarto sello es en el entendimiento, en el cual se imprime la luz de la fe, y ésta le tiene cerrado para no recibir otras luces, noticias, discursos ni aprehensiones, sino los que por medio de esta fe Dios le comunica.

De los tres sellos del cuerpo, el primero es en el corazón, en el cual está impresa la imitación de las virtudes del divino Esposo, como él se lo pidió a la Esposa cuando dijo: *Pone me ut signaculum super cor tuum, &*. El segundo sello está en la boca, para guardarla, como pedía el santo rey David cuando decía a Dios: *pone? Domine, custodiam ori meo: & ostium circumstantiae labiis meis;* esta boca tan cerrada y sellada que le pareció al Esposo que era toda de una pieza y de una cinta de grana sin división de labios que se puedan abrir, y así le dijo en los Cantares: *sicut vitta coccinea labia tua;* y estando de esta manera sellada, muy pocas y muy medidas palabras podrán salir de ella. El tercer sello del cuerpo y el último de todos siete, es el que junta el alma con el cuerpo y

causa la estrechísima e inseparable unión, haciendo de estas dos partes una sola persona, hasta que el divino Cordero abra el sello, como vió San Juan, que luego se representó allí un cordero como muerto, el cual es el mismo Cristo, que en el trono y silla se representaba y estaba con la majestad y gloria que está en el cielo y en la semejanza de cordero, *tanquam occisum*, se significa como está en el Santísimo Sacramento, en el cual, aunque está vivo, se representa como muerto.

Y bien se vió que aunque se representaba como muerto, aquel Cordero estaba vivo, pues luego le vió San Juan que se levantaba, y que tomando el libro dicho abría sus sellos. Y el primero que abre es el que se ha dicho el último, que tiene sellada el alma con el cuerpo, y en llegando el tiempo que este divino Cordero sabe que conviene abrir este sello, le abre con la muerte, y así dijo que tenía las llaves de la muerte en sus manos; y en abriendo este sello y saliendo el alma del cuerpo, luego abre cuatro sellos que están en ella. Abre el sello de su esencia y ser, para que sin el límite, tasa y medida de la vida mortal, reciba en sí a Dios, no en imagen y semejanza sola, sino como es en sí mismo, dándole inmediatamente de lleno en lleno los rayos del Sol de Justicia, y su luz inaccesible llenando todos los senos de su capacidad, como dijo David: *satiabor cum aparuerit gloria tua*, y quedando toda hermosísima, no sólo con el candor de la gracia, sino con el de la gloria, semejante a la divina hermosura, y hecha una con ella. Abrirá también el segundo sello de la voluntad, para que no sólo ame a Dios con amor limitado, como en esta vida, sino con amor perfectísimo, intensísimo, sin intermisión, y con un gozo y fruición eterna. Abrirá el sello de la memoria, para

que no sólo tenga las especies de las cosas divinas, como tenía en esta vida, sino entera posesión de Dios y de todos los bienes. Abrirá el sello del entendimiento, para que no sólo vea y conozca a Dios en fe, sino en visión clara y manifiesta, *sicuti est*, y cuando el cuerpo resucite glorioso y se torne a juntar con el alma, le abrirá el sello del corazón para que quepa en él un sumo gozo, como dijo David: *cor meum & caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Abrirá también el sello de la boca, para que siempre esté empleada en cantar las divinas alabanzas. De esta manera abrirá el divino Cordero los sellos de este libro cuando salga de esta vida mortal. Pero no sólo entonces, sino estando aún en ella, los abre también en su manera del modo que es posible haber en esta vida semejanza con la eterna.

Y así este Cordero, representándose muerto, representa también todos los misterios que obró y en él están encerrados; y cada uno de ellos es como llave con que abre cada uno de estos sellos.

En el de su Encarnación, mostró sumamente su misericordia, y salió este atributo como en caballo blanco y con corona, como vencedor, y con arco, para vencer al mundo a fuerza de beneficios y misericordias & *ecce equus albus, & qui sedebat super illum habebat arcum, & data est ei corona, & exivit vincens, ut vinceret.* La divina misericordia y la justicia parece que estaban algo encontradas en sus dictámenes acerca de este misterio de la Encarnación, porque la justicia quería que el hombre pereciese y fuese castigado con todo rigor, y la misericordia quería que fuese perdonado y salvo. En esta contienda y porfía salió victoriosa la misericordia, y por esto se muestra con corona y arco, que son insignias de victoria. A la vista y

contemplación de esto parece que estaba David cuando dijo: *misericordia & veritas obviaverunt sibi*, como si dijera: la misericordia y la justicia, que es lo mismo que la verdad, se han encontrado, no como se encuentran los que se reciben corporalmente, que esto no es posible en estos atributos, sino en los dictámenes y pareceres a nuestro modo de decir, y después de larga contienda salió la Misericordia victoriosa y dando traza como la Justicia quedase deshecha, luego se besaron con beso de paz: *iustitia & pax osculatae sunt*. Y luego nació la verdad de la tierra, *veritas de terra orta est*, que es lo mismo que nacer Dios hombre, el mismo que era la verdad y nació de la tierra santísima de la Virgen su madre, y al punto la Justicia parece que se puso a las ventanas del cielo, *& iustitia de coelo prospexit*, para mirar a aquel Señor, y todo lo que había de padecer hasta la muerte, con lo cual había de quedar entera y sobradamente satisfecha y pagada; y hasta estarlo, no quitaba los ojos un punto de la humanidad de Cristo; y como éste no estaba entonces en el cielo, sino en la tierra, púsose desde el cielo a mirarla de esta manera.

Contemplaba David este misterio, el cual y el atributo de su misericordia abre el sello de la esencia del alma, dilatándola para que cada día pueda recibir nuevas y mayores misericordias y aumentos de gracia que esta divina misericordia comunica. Y que así como en el misterio de la Encarnación salió vencedora con Dios, haciéndole hombre y juntando la naturaleza divina con la humana, así vence también el alma para juntarla con Dios y hacerla como divina y que sea como un espíritu, como dijo San Pablo: El que se llega a Dios en espíritu, se hace con él.

El segundo misterio y llave del divino Cordero fué su naci-

miento, como en caballo rufo y bravo, mostrando su fortaleza en haber derribado a Dios en un pesebre, y puéstole en la suma flaqueza, como es la de un niño recién nacido; y este atributo salió con un cuchillo grande para quitar la paz falsa de la tierra por medio de este niño, como lo dijo después: *Non veni pacem mittere, sed gladium.* Y este atributo abre el sello de la voluntad para que con gran fortaleza se sacrifique a Dios, como dijo David: *voluntarie sacrificabo tibi*, y que en la extensión de su amor sea semejante al divino, excediendo casi infinito en el afecto a lo que puede llegar el efecto.

El tercer misterio y llave del Cordero es de su pasión y muerte, y en éste sale el atributo de su justicia, como en caballo negro y con un peso en la mano como para pesar el trigo y publicar barato en la compra de ello y de la cebada.

Pesó la divina justicia el trigo y pan del cielo, que fué la humanidad de Cristo, en la balanza de la cruz, que así le llama la Iglesia, *statera facta corporis;* y aunque halló que pesaba infinito, publicó su precio por un denario, que es el libre albedrío del hombre, el cual es forzoso que dé y ponga de su parte para que se le entregue este divino pan. Y la cebada, que es manjar de bestias y significa los bienes temporales, lo publica y ofrece aún más barato, porque, como dijo Cristo: *primum quaerite regnum Dei, & justitiam eius, & haec omnia adjicientur vobis. Bilibris tritici denario uno, & tres bilibres hordei denario uno;* este denario postrero que se pide por la cebada, es el haber buscado el reino de Dios primero que las cosas terrenas; y todos estos baratos hace la divina justicia, porque quedó suficientísimamente satisfecha con la muerte y pasión de Cristo, y así abre el sello de la memoria, dilatando su esperanza de verse llena de infinitos bienes y con entera posesión

de ellos, por medio de la sangre y muerte del divino Cordero.

El cuarto atributo y llave es la divina fortaleza con que salió victorioso y resucitado del sepulcro, el cual atributo iba como en un caballo pálido, porque halló de este color a aquel sagrado cuerpo en el sepulcro, y llamábase muerte porque la venció y salió de ella victorioso, y seguíale el infierno, que son las almas que sacó del limbo, que también se llama infierno. Y fuéle dada potestad sobre las cuatro partes de la tierra, y con la misma potestad y con su inmensa claridad y los demás dotes gloriosos de su cuerpo glorificado, abre el sello del entendimiento, para que no sólo vea a Dios con la luz ordinaria de fe, sino que, con la luz de su claridad, sea la misma fe tan ilustrada, que alcance muchos y grandes secretos de Dios y quede el entendimiento claro, sutil, espiritual, y con particular luz y resplandor, a semejanza del cuerpo de Cristo glorioso.

El quinto misterio y llave es el de su ascensión, y éste abre el sello del corazón, para que clame con ansias por seguir a este Señor, y que le lleve cautivo, como dijo David: *ascendens in altum, captivam duxit captivitatem;* vese cautivo del cuerpo y quiere serlo de Cristo, y así es semejante a las almas de los que están muertos por la palabra de Dios, que dice San Juan que clamaban con gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, no juzgarás ni vengarás nuestra sangre? Como si dijeran (estos bienaventurados muertos al mundo, *beati mortui, qui in Domino moriuntur*, dijo el mismo San Juan): ¿hasta cuándo nos has de tener cautivos en esta carne y sangre nuestra, y no nos has de juzgar para sacarnos de ella? Y fuéles respondido que se esperasen en poco de tiempo hasta que se cumpla el número de sus merecimientos y de los de sus hermanos que por medio suyo se han de aprovechar. Y entre-

tanto les dieron esto, las blancas que eran como prendas de la gloria, por la cual clamaban y suspiraban.

El sexto misterio y llave es la venida del Espíritu Santo, al cual envió este divino Cordero para que abriese el sello de la boca, y por esto le envió en forma de lenguas, porque el Espíritu Santo sea el que hable en la Esposa y sea su lengua. Y así sus palabras sean como suyas, llenas de fuego, que abrasen los corazones y llenas de alabanzas de Dios, a semejanza de los apóstoles cuando recibieron este soberano espíritu.

El séptimo misterio y llave es el del Santísimo Sacramento, y cuando este divino Señor baja del cielo para sacramentarse y representarse muerto, queda todo el cielo tan absorto y admirado, que se hace en él silencio como media hora; esto es, el tiempo que dura cada día el hacer Cristo esta obra maravillosa en el mundo, haciendo presencia real y verdadera en tantas hostias como cada día se consagran.

Y luego vió San Juan que a siete ángeles que estaban delante del trono les fueron dadas siete trompetas para que, tañéndolas, atemorizasen el mundo, despertándole del sueño tan pesado que tiene, con el cual no conoce, ni estima, ni agradece, ni se aprovecha como debe de este tan sumo beneficio. Y luego vino un ángel delante del altar de este divino Sacramento con un incensario de oro, y fuéle dado mucho incienso, que son las oraciones de los santos, para que lo pusiese sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y subió el humo del incienso de las oraciones de los santos ofrecidas por mano del ángel delante de Dios, y tomando un ángel un incensario de oro llenóle de fuego del altar y envióle a la tierra. Y luego sonaron voces, tronidos y rayos, todo lo cual significa la asistencia que los ángeles tienen delante del altar de este divino Sa-

cramento, y el cuidado y diligencia de ofrecer a Dios las oraciones de los santos cuando se hace este incruento sacrificio, para que así sean mejor recibidas de Dios. Y lo que solicitan con Su Majestad es que nos envíe de aquel fuego infinito de amor con que está ardiendo en aquel altar, para que con él podamos aparejarnos y disponernos para recibirle y agradecer obra de tan inmenso amor, que sólo con otro semejante se puede pagar y agradecer, y como este fuego se recibe en la tierra del cuerpo causa en él estremecimiento, y le hace dar voces y suspiros, sintiendo la fuerza de aquellos divinos rayos.

Con este misterio y con esta divina llave abre el divino Cordero el séptimo sello de la junta y unión del alma y cuerpo; y aunque no le abre del todo, de manera que queden divididas estas dos partes, las deja en cierta manera separadas, y el alma se mira tan apartada del cuerpo que más parece que vive en el cielo que en él.

No es ya sello lo que la tiene asida, sino una telita muy delgada. Y así le parecía al santo rey Ecequías que era su vida cuando dijo: *praecisa est velut a texente vita mea,* y no tela tramada, espesa y fuerte, sino tan sin consistencia y fuerza como es sola la urdimbre, y así dijo: *dum adhuc ordirer, succidit me.*

XIV

Estando en esta declaración llegué a comulgar, y viendo que el que venía a mí era este mismo Cordero, *tanquam occisum,* parecíame que venía a tomar este libro suyo para abrir los dichos sellos, y para hacerlo se mostraba con siete cuernos y siete ojos, como le vió San Juan. Los cuernos significan la fortaleza

y potestad que este Señor tiene para abrir este libro, lo cual no puede hacer otro sino el que es la llave de David, y lo que abre ninguno lo puede cerrar y lo que cierra ninguno lo puede abrir: *O clavis David, qui aperis, & nemo claudit: claudis, & nemo, aperit.* Y estas llaves con que cierra estos sellos y los abre, de manera que cuando los tiene cerrados a todo lo del mundo y terreno, ninguna cosa de él es bastante para abrirlos ni entrar dentro, y cuando los abre para sí ninguna cosa del cielo ni de la tierra los puede cerrar ni impedir las impresiones y comunicaciones que él gusta de hacer. Como en esto usa tanto de su fortaleza, se significan por semejanza de cuernos, los cuales aunque San Juan no dice dónde los tenía, lo declara el profeta Habacuc en su cántico, que parece se le mostró este Señor en la misma figura cuando dijo: *operuit cœlos gloria eius & laudis eius plena est terra, splendor eius ut lux erit,* como si dijera: es tan grande el resplandor que sale de los ojos de este divino Cordero, y tanta su gloria, que cubre los cielos y parecen siete soles. Que tantos eran los ojos que San Juan dice tenía el Cordero. Y declara que eran espíritus de Dios enviados a la tierra, esto es, rayos de soles refulgentísimos, que llegaban hasta la tierra. Y luego dice Habacuc que los siete cuernos los tenía en las manos: *cornua in manibus eius.* Lugar propio donde están las llaves cuando se quiere abrir con ellas; pero estas llaves eran tan fuertes, que tenían escondida en sí la fortaleza de Dios: *ibi abscondita est fortitudo eius.* Y por esto eran y se mostraban en figura de cuernos, que significan fortaleza, y con ellos empezó a abrir los sellos de mi alma, y deseando yo que no se abrieran con la limitación que se pueden abrir en esta vida, sino como se abren después de la muerte y queda dicho arriba, decía con el mismo profeta Habacuc: Deseo, Señor, que

la muerte se llegue ya a mí, y no parece sino que se aleja y que se va huyendo de tu rostro: *ante faciem eius ibit mors* (que el que huye delante va corriendo) y más adelante dice: *ingrediatur putredo in ossibus meis, & subter me scateat. Ut requiescam in die tribulationis: ut ascendam ad populum accinctum nostrum*, como si dijera: Señor, a trueco de descansar de la tribulación, que es para mí la sujeción de la atadura de esta carne y que mi espíritu suba ceñido con el cinto de la inmortalidad a nuestro pueblo y patria que es el cielo, tendré por sumo descanso y alegría el día de la mayor tribulación, que es el de la muerte. Y así deseo ya sumamente que entre la podre en mis huesos, y que los gusanos bullan debajo de mí.

Esto mismo le decía yo a Nuestro Señor, y no sólo que esto fuese después de la muerte; pero que en vida me holgaría mucho de verme así y padecerlo por Su Majestad. Y pedía a este divino Cordero con grandes ansias que abriese en mí los dichos sellos siquiera como es posible en esta vida, y aunque no se me daba a entender en particular el modo, sentía una fuerza tan grande en mi interior, que, comunicándose también al corazón, me hacía dar muchos suspiros, y luego se me daban a sentir los rayos de aquellos divinos ojos que con gran fuerza imprimía el manso y amoroso Cordero en todas las partes en que, como he dicho, estaban los sellos. Que el abrirlos era para que recibiesen la influencia de estos divinos soles y que con sus rayos fructifique esta tierra y se engendren las piedras preciosas, que se han dicho, así en las potencias como en la esencia del alma.

Luego se me representaba aquella fiesta con que celebraban los santos del cielo estas mercedes, porque como tienen la caridad tan perfecta, se gozan tanto de los bienes que las

almas reciben de Dios, así por el bien y acrecentamiento de ellas, como por el sumo gozo y gloria que el mismo Señor muestra tener en hacerlas estas misericordias. Que luego al punto como se abrió el libro, dice San Juan que los cuatro evangelistas representados en los cuatro animales y los veinticuatro ancianos cayeron y se postraron delante del Cordero, adorándole por lo que había obrado en mi alma, y que todos y cada uno se mostraban con cítaras en sus manos, y con vasos de oro llenos de olores, que los podemos llamar cazoletas olorosísimas para Dios; porque eran de oraciones de los santos y en particular las que han ofrecido por mí, así las del cielo como muchas de las tierra. Y cantaban con sus instrumentos un cantar nuevo diciendo: digno es el Señor de tomar y recibir ese libro de Teresa como Esposo suyo y abrir sus sellos, porque fué muerto (como se representa el Cordero) y nos redimiste con tu Sangre, en virtud de la cual solamente puede llegarse a tal estado. Y el que nosotros tenemos, habiéndonos este Dios y Señor Nuestro redimido y sacado y escogido de todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones, para que fuésemos grandes de su reino y sacerdotes suyos, y reinásemos sobre la tierra.

Y luego oyó San Juan voces de muchos ángeles que estaban cercados del trono y a los mismos animales y ancianos, que todos hacían un número de millares de millares y decían a grandes voces cantando la gala al Cordero y divino Desposado: *Dignus est Agnus, qui occisus est accipere virtutem, & divinitatem, & sapientiam, & fortitudinem, & honorem, & gloriam, & benedictionem.* Y los cuatro escribanos, que eran los cuatro animales dando fe y testimonio de este desposorio y fiesta, firmaban y decían a todo y a cada cosa de las dichas: Amén. Y los vein-

ticuatro ancianos se tornaban a postrar y a adorar a aquel Señor que vive en los siglos de los siglos, y que no habiendo menester a nadie para tener infinita gloria y bienaventuranza, gusta de recibirla, en cierta manera, de sus criaturas y que todas se gocen de lo que El se goza, que es de hacer las almas una cosa consigo, con estrechísima unión y desposorio, y aunque sean muchas las que lleguen a esto, a cada una estima y festeja como si fuese sola.

Acabada la fiesta y mercedes del desposorio parece que volvió el Esposo a su Esposa a que entrase en su tálamo y lecho y que estando allí muy a solas se puso a mirarla muy despacio, no sólo con dos ojos, sino con siete, y reparando en cada una de sus facciones de por sí les fué dando notables apodos, alabándola primero toda junta de muy hermosa, y así lo primero que inmediatamente se sigue en los Cantares es: *quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!* ¡Parécele tan hermosa que no se contenta con decirlo una vez, sino que se está deleitando en repetirlo y remirarla y luego dice: *oculi tui columbarum:* tus ojos, que es tu entendimiento, tienen semejanza con dos divinas palomas: la una el Espíritu Santo, que de ordinario se muestra en figura de paloma, porque su mirar y conocer la divina esencia que recibe del Padre y del Hijo es con vista purísima, sencillísima y amorosísima y a esa vista se quiere parecer la tuya, porque no procura conocer ni alcanzar con discursos ni razones lo que sabe que es sobre todos cuantos puede hacer, sino remítese con santa simplicidad y sujeción a lo que Dios conoce de sí mismo y la fe le dice; la otra paloma es el Alma santísima de Cristo, como en otra parte queda dicho, y ésta, aunque su entendimiento ve claramente a Dios, como El es. Pero con todo no le comprende, y así

también en su manera se sujeta y rinde a lo que Dios conoce de sí, y le mira con vista derecha y simple, y así también a esta paloma se parecen tus ojos. Y de todos tres conocimientos se hace como uno por la unión de tu alma con el Espíritu Santo y con el Alma de Cristo, y aunque tu conocimiento es cortísimo por la dicha unión, participa de una luz intrínseca que le descubre más secretos de los que podía alcanzar con la lumbre ordinaria de la fe.

Y esta luz es lo que se sigue luego: *absque eo quod intrinsecus latet,* luego dice el Esposo: *capilli tui, sicut greges caprarum quae ascenderunt de monte Galaad,* esto es: tus pensamientos son como greyes de cabras que subieron de Galaad, que significa humildad y desprecio propio, y así, por esos pensamientos tan humildes y despreciados que tienes de ti, no teniéndote por digna de ser comparada a las ovejas o corderos, que son con los que me comparan a mí, sino a los cabritos, a los cuales son comparados los pecadores. Y te tienes y miras como uno de ellos, y aun como la peor de todos en cuanto es de tu parte. De esta manera vas subiendo tanto que el principio de la subida es desde monte *quae ascenderunt de monte Galaad. Dentes tui sicut greges tonsarum, quae ascenderunt de lavacro, omnes gemellis foetibus, & sterilis non est inter eas,* la boca de la esposa cosa cierta es, que significa la voluntad. Y así dijo Dios por David: *dilata os tuum & implebo illud,* esto es, ensancha tu voluntad y tu deseo que yo te llenaré. Y el mismo David dijo: *os meum aperui, & attraxi spiritum,* abrí mi boca que es mi voluntad y ansia de ella, y atraje el espíritu, pues los dientes que están dentro de esta boca serán los afectos, los cuales son el instrumento con que el alma recibe su sustento espiritual, como los dientes lo son para que el cuerpo reciba el

sustento corporal. Pues dice el Esposo que los afectos y deseos de su Esposa son fuertes como dientes y son éstos semejantes a las greyes que les han quitado la lana, esto es, todo lo que es muelle, blando y fácil como la lana.

Los afectos de la Esposa están ya desnudos de todo lo que es carne y sangre y amor propio, y de todo lo que es terreno, y no sólo de esto, sino en el mismo amor divino está la Esposa desnuda de lo que es sensible y dulce solamente; no se emplean estos afectos, fuertes como dientes, en cosas blandas, suaves y líquidas de poca dificultad y trabajo, sino que apetecen y tienen ansia de cosas duras y muy dificultosas y de emplearse en amor fuerte, sólido y puramente espiritual y divino, unido con el mismo amor que Dios se ama y con el que la voluntad del alma de Cristo tiene al mismo Dios, y de estos tres amores y voluntades se haga como uno solo y como una voluntad y afecto amorosísimo y encendidísimo, y para que la voluntad de la Esposa pueda llegar a juntarse de esta manera y tener parte en tal unión, es menester que esté muy pura y muy lavada y sin mácula, que por esto no sólo dice que estaban las ovejas sin lana, sino que subían del lavadero: *quae ascenderunt de lavacro;* y no sólo esto, sino que añade que todas tenían fruto y fruto doblado y ninguna había estéril. Es necesario que los afectos y deseos lleven fruto y tengan partos de obras, y no sólo no sean estériles, sino que sean los partos doblados; obras dobladas, interiores y exteriores y de amor de Dios y del prójimo. Tales deseos y afectos son los que agradan mucho al Esposo y los une consigo.

Y luego dice: *sicut vitta coccinea labia tua,* esto es: lo que de esa voluntad y amor se muestra en lo de fuera (que es significado por los labios) me parecen como una cinta carmesí o de

grana; bien se muestra en ellos que lo interior está sano y sin opilación de culpa, que por esta metáfora la declaró David cuando dijo: *omnis iniquitas oppilavit os suum.* Que así como cuando una persona está opilada y tapadas las vías interiores del cuerpo se conoce en el color de los labios y se muestran descoloridos y blanquecinos, así cuando la opilación de la culpa tiene cerradas las vías interiores del espíritu, por donde Dios se había de comunicar al alma, luego parece que se ve en los labios y se muestra en un modo de proceder sin color, sin calor y sin amor, sino frío y tibio como labios opilados. Pues para dar a entender cuán desocupada está la Esposa de esta opilación que causa la culpa y cuán abiertas tiene las vías espirituales para recibir las divinas influencias, dice el Esposo que en el color de los labios lo muestra bien, pues los tiene tan encendidos y tiene un modo de proceder tan fervoroso y alentado que parece pega fuego. Pero este color y estos labios se muestran como cinta de una pieza para significar las pocas palabras de la esposa y así salen como destiladas y como gotas de panal de miel. Y así dice: *eloquium tuum dulce*, y un poquito más adelante lo declaró más diciendo: *favus distillans labia tua,* y esto porque debajo de la lengua tenía miel y leche: *mel & lac sub lingua tua,* que, como se ha dicho en otra parte, todo significa al Espíritu Santo. Y así se le comunicó el Esposo, en forma de lengua, como queda declarado. Y siendo el Espíritu Santo lengua de la Esposa, claro está que han de ser sus palabras dulces; pero dice que esta miel y leche, significada por el Espíritu Santo, está debajo de la lengua de la Esposa y como escondido en ella, para moverla; pero sirviéndose de ella como de instrumento, dice luego el Esposo: *Sicut fragmen mali punici, ita genae tuae absque eo quod intrinsecus latet.*

Por las mejillas de la Esposa, que es lo más descubierto y principal del rostro, se puede entender la conciencia, y esta la compara a pedazos de granada, porque esta fruta, entre todas, es coronada, y por la paz que la conciencia goza en este estado, después de haber ganado victoria de todos sus enemigos, se muestra como reina coronada y vencedora que posee su reino en paz. Y dice pedazos de granada, que es lo mismo que granada abierta y partida, para significar cuán patente y manifiesta está, no solamente a los ojos de su Esposo, pero que delante de todo el mundo puede mostrarse abierta, sin vergüenza, porque no hay en ella doblez ni engaño, sino suma llaneza y verdad. Y dice más: *absque eo quod intrinsecus latet*, esto es: sin lo que está encubierto dentro. Lo que la granada tiene encubierto es lo interior de los granos, que dentro son blancos, aunque están cubiertos del zumo encendido y colorado; así la conciencia, en lo íntimo y escondido, está purísima y blanquísima, porque siempre está lavándose en la sangre del Cordero: *laverunt stolas suas, & dealbaverunt eas in sangine Agni.* Y sobre esta pureza y candidez asienta muy bien el zumo y licor encendido del amor. Tiene también la granada muchos granos muy unidos e iguales, con unas telitas doradas que los abraza y conserva; y así la Esposa tiene a todos los prójimos unidos consigo, amándolos con gran igualdad y con la tela delgada y dorada del amor y caridad los abraza.

Dice luego el Esposo: *collum tuum sicut turris David, etc.* como si dijera: tu fortaleza, constancia y perseverancia significada por el cuello, es como torre, y no cualquiera, sino la de David, donde están escudos y armas para los fuertes.

Y dice luego: *duo ubera tua, sicut duo hinnuli capreae gemelli, qui pascuntur in liliis.* Por estos dos pechos de la esposa se

pueden entender el amor y el temor, los cuales son en ella como dos hijuelos de la cabra, tan hermanos que son de un vientre, porque el amor y el temor han de ser unos hermanos muy amados y compañeros, que no se aparte el uno del otro. Y señala que son pequeños porque deben y pueden siempre ir creciendo todo el tiempo de esta vida, y compáralos a los cabritos, porque son inclinados a andar por ásperas breñas y suben con ligereza por cosas dificultosas; y la misma inclinación tiene el amor y el temor filial, que siempre se inclinan a trabajos y dificultades, y corren por ellas con velocidad. Estos dos cabritillos dice que son de un vientre, porque el amor y temor filial nacen igual y juntamente del conocimiento que la Esposa tiene de su Amado, y a la medida que le conoce, le ama, y a la misma medida, es también la reverencia y encogimiento con que asiste delante de Él.

Dice el Esposo que estos cabritillos se apacientan en lirios o azucenas, porque un mismo pasto es el de ambos, y ese es el mismo Esposo, el cual dijo que era Azucena de los valles. La azucena tiene tres cosas: la una, tres hebras doradas en lo interior, que significan las tres divinas Personas; tiene las hojas blancas, que significan la pureza y suavísima fragancia del alma santísima de Cristo, y tiene las hojas verdes en el tronco largo, que significa el cuerpo del mismo Cristo, que está todo verde, como el mismo Señor dijo a las hijas de Jerusalén, cuando viéndole llevar la Cruz sobre sus hombros lloraban: *nolite flere super me* &, que si esto se hace en el madero o tronco verde, en el seco ¿qué se hará?; *quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet?*

El cuerpo sagrado de Cristo fué siempre verde, porque siempre estaba recibiendo la influencia divina y la virtud efi-

cacísima de la divinidad; y es el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, que no sólo daba fruto a su tiempo ni doce veces al año, como el que vió San Juan en el paraíso, sino continuamente lo está dando, y de sus hojas y divinas palabras se sustentan estos dos hermanos y cabritillos, y no sólo se apacientan de sus hojas, sino también de la misma azucena. Y cuando el amor, como atrevido, entra en lo interior de esta azucena, y se quiere apacentar de aquellos hilos dorados, esto es, de la divina esencia, no osa entrar sin su hermano y compañero el temor, del cual se acompaña para temblar delante de aquella infinita Majestad, y teme desagradarle más que mil muertes, y que si el amor se goza de los bienes infinitos de aquel Señor, el temor se entristezca de verle ofendido. Y si el amor se quiere apacentar en las inmensas gracias del alma de Cristo gozándose de que las tenga, su hermano el temor sienta las penas y aflicciones que aquella Alma santísima pasó por redimirnos de los pecados, y tema el no aprovecharse de este beneficio como debe, y si el amor quiere apacentarse y gozarse de la gloria que goza aquel sagrado cuerpo de este Señor, el temor tiemble del infinito precio que dió por comprarnos, y la cuenta que se nos ha de pedir de él. Y al fin no dé paso el amor, que no sea con su compañero y hermano, que no es este el temor que dice San Juan, que le echa fuera el amor perfecto, que como es hermano de un vientre y nacido de un mismo conocimiento no estorba el uno al otro, sino que antes se ayudan y crecen a un paso.

Estos son también el monte de mirra y el collado de incienso adonde dice luego el Esposo que gusta de ir. Parécele lindamente el monte de mirra del temor junto al collado de incienso de la oración y amor, y así juntamente dice que quiere ir a

entrambos porque lo son de igual gusto, y en particular verlos tan hermanados y hechos uno, que parece podía decir el divino Esposo lo que dijo David: *ecce quam bonum, & quam jucundum habitare fratres in unum,* mirad cuán bueno es para la Esposa que moren en ella el amor y temor en uno, como hermanos, y cuán alegre y gustosa cosa es para mí el verlos.

Y más adelante, dice en los Cantares tornando a alabar los pechos de la Esposa: *Quam pulchrae sunt mammae tuae, soror mea, sponsa! pulchriora sunt ubera tua vino, & odor unguentorum tuorum super omnia aromata.* Estos dos pechos de la Esposa, este amor y temor con que la ve, le da tanto gusto y le agrada tanto que parece no acaba de alabarlo y encarecerlo, ni con qué comparar esta hermosura de sus pechos, y así, después de haberla alabado con aquella palabra encarecida y como de admiración, diciendo: cuán hermosos son tus pechos, vuelve luego a decir: más hermosos son que el vino. Si hablara aquí el Esposo del vino material poco alababa su hermosura, que otras cosas tiene el vino de más alabanza que ser hermoso; pero como por el vino se entiende el amor, parece que quiere decir: Aunque el amor que me tienes es para mí y delante de mí hermosísimo y me arrebata el corazón, es muy mayor la hermosura que tiene estando hermanado y junto con el temor, que si él estuviera solo. Y así estando juntos, como dos pechos, me parecen más lindos que si sólo fuera uno, y ese, como vino. Y de esos dos pechos sale un licor conficionado como ungüento, que me huele mejor que todas cuantas cosas olorosas hay en el mundo: *& odor unguentorum tuorum super omnia aromata.* Y así con este ungüento ungiré yo mi cabeza mucho mejor que Aarón la suya, como dijo David: *sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam, barbam Aaron.* Y en ponien-

do este ungüento sobre mi cabeza, como soy el sumo sacerdote según el orden de Melchisedec, luego se extenderá este divino y oloroso ungüento por el rostro y por todo el cuerpo, hasta llegar a la orla de mi vestidura, como rocío que desciende del monte pequeño de Hermon, que es mi Esposa, al monte de Sión, que soy yo: *quod descendit in oram vestimenti eius: sicut ros Hermon, qui descendit in montem Siom.* Lo cual todo es para mí de tan sumo deleite que luego echo mil bendiciones a mi Esposa y le mando y prometo una vida eterna conmigo: *quoniam illic mandavit Dominus benedicionem, & vitam usque in saeculum,* y todo esto resultó de morar en ella los dos hermanos, amor y temor en uno.

Y después de haberla alabado, mirado y apodado cada cosa de por sí, como se ha dicho, no contento con esto, dice luego: *tota pulchra es, amica mea, & macula non est in te;* toda eres hermosa, amiga mía, y no hay mácula en ti. No porque dejen de pegársete algunas manchas de imperfecciones por la fragilidad de la naturaleza humana en que vives, sino porque es tanto el cuidado y diligencia con que los dos procuramos que al punto se laven con mi sangre. Y quedas luego tan blanca, pura y hermosa y tan sin señal, que parece puedo decir que no hay en ti mácula, y porque estas imperfecciones no son habituales ni voluntarias.

XV

Después de haber mi alma recibido estos favores de su Esposo en aquel divino lecho, se me ofreció a la memoria el salmo: *quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!* y paréceme que

estas moradas de Dios era él mismo, y por el consiguiente el lecho donde me tenía descansando, y empezó mi espíritu a prorrumpir en alabanzas de aquel Señor y de sus moradas y lecho, que todo es uno, diciendo con David: ¡cuán amables son tus moradas y tabernáculos, Señor de las virtudes y Esposo mío!

Los palacios de los reyes y sus moradas son edificios suntuosos y vistosos, hermosos y lucidos, pero no se llaman ni se pueden llamar amables; sólo el lecho y morada de mi Amado es amable y digna de ser amada, porque no es otra que él mismo, que es derechamente el objeto del amor. Aunque a mí no se me concede ahora entrar en lo interior e íntimo de esta morada, como a los bienaventurados, sino sólo estar en los atrios y entrada de ella, como en otro salmo dijo David: *stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem.* Mientras vivo en esta vida mortal no puedo pasar de estos divinos atrios, lo más que puedo hacer es empinarme y poner de puntillas mis pies para alcanzar a conocer algo más la grandeza de lo que está adentro, y de esta manera está mi alma codiciando con suma ansia que se le dé licencia para entrar. Y es tanto lo que deseo y lo que amo a este Señor, aun por lo poquito que alcanzo a ver desde estos atrios, que desfallezco de amor, *concupiscit, & deficit anima mea in atriis Domini*, y así puedo decir, como la Esposa: *fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.* No me contento con estar en lecho como enferma, sino que es necesario que me cerque y me sustente mi Esposo, que él mismo se llamó flor del campo: *ego flos campi.* Y que me dé a comer las divinas manzanas del Paraíso celestial, que son las tres divinas personas; y esto, de manera que quede satisfecha y harta, y hasta que

se cumpla esto siempre estaré enferma, y desfalleciéndose mi espíritu.

Luego prosigue David en el salmo y dice: *cor meum & caro mea exultaverunt in Deum vivum;* pues acaba de decir que está su alma como quien se está muriendo, y al punto se muestra tan gozoso y alentado, que dice que su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo (que es decir que fué tanto el gozo en el espíritu, que rebasó y redundó también a la carne). La causa de esto es lo que dijo la Esposa en otro lugar: *dum esset rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum;* como si dijera: estando el Rey en este su tabernáculo, llegó a Él el olor de mi nardo, que son las ansias y afectos dichos, y aunque no me concedió el ver su rostro, sino que parece que me respondió lo que a Moisés: *Posteriora mea videbis;* esto es:—Mi divinidad no es tiempo de verla ahora; pero podrás ver mis espaldas, que es mi humanidad. Y todos los misterios que en ella están encerrados, y las obras que por ella hice, y las virtudes que obré, y todo esto hecho como un hacecito de mirra, lo traerás en tu pecho y corazón. Así lo hice y dije luego: *fasciculus myrrhae, dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*. Y aunque parece que este hacecito es de mirra, es juntamente racimo del cipro de Engadí, que es semejante a los de las viñas; *botrus cypri dilectus meus mihi in vineis Engaddi.*—No se me da este racimo como se da a los bienaventurados, que es donde se da el vino puro de racimos de cubas de verdaderas viñas, sino un vino como de racimo de ciprés de Engadí, que sólo tiene semejanza con las viñas eternas y con el vino y licor que allá se bebe. Y aunque mi Amado no me dió más de como una semejanza de lo que yo pedía y deseaba, me fué de tanto gozo y me confortó tanto, que redundó aun a la carne el gozo y aliento.

Prosigue David en el salmo, y dice: *Etenim passer invenit sibi domun, & tui tur nidum, ubi ponat pullos suos.* Parece que estaba mirando a la Esposa en este divino lecho, y, pareciéndole como un pajarito muy pequeño en una casa muy grande, dice: verdaderamente el pájaro ha hallado para sí casa; dichoso pájaro que tal casa se le ha dado en que more, deleitando al señor de ella con su canto suave y amoroso; y dichosa tórtola, que no sólo ha hallado a su compañero, por quien tanto ha gemido, sino que le sirve de nido adonde ponga y críe sus pollitos, que son sus afectos.

En este nido parece que se miraba el santo rey Ecequías cuando dijo en su Cántico: *sicut pullus hirundinis, sic clamabo, meditabor ut columba;* como el pájaro y no cualquiera, sino el de la golondrina que canta, y con su canto previene a la luz de la mañana, así clamó. Como lo hacía David cuando decía: *praeveni in maturitate & clamavi.* Y el Eclesiástico también dijo: *justus cor suum tradidit ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum &*; y no sólo dice Ezequías que clamaba como la golondrina, sino que era como pollito chiquito de la misma golondrina, que no sabe ni puede salir del nido. Y que meditaba como paloma, la cual, cuando está en el nido, representa un alma contemplativa, en su quietud, silencio, soledad y fuego, sin salir del nido, aunque se abrase de calor, y los ojos de ordinario casi cerrados. Y de esta manera estaba el alma de este santo Rey en el nido dicho, y lo mismo es la tórtola que dijo David que había hallado nido en su Dios, en el cual está tan de asiento, que ninguna cosa de la tierra la puede hacer salir, aunque más fuerza le quieran hacer, y la pesadumbre y carga del cuerpo. Y así dice luego Ecequías: *Domine, vim patior, responde pro me, & recogitabo tibi omnes annos meos in amaritu-*

dine animae meae; como si dijera: verdad es, Señor, que no deja de impedirme y trabarme con fuerza el peso de esta carne y de las cosas sensibles y materiales, para no poder estar con tanta dulzura y quietud en el lecho y nido; pero yo no quiero atender a esto, aunque sea para responder y excusarme, sino que te suplico que lo hagas por mí. Porque yo no me ocupe en otra cosa ya el tiempo que tuviere de vida, sino en pensar y meditar en ti, aunque me cueste amargura el sufrir el peso de las cosas de la vida mortal, la cual vida es para mí amarguísima, por el ansia que tengo de estarme siempre en esta paz y en este nido; *ecce in pace amaritudo mea amarissima.*

Parece que en cuanto a la potencia de la memoria se compara al pollito de la golondrina en el nido, que está allí atado y sin buscar otro sustento sino el que su padre le da. Así la memoria está en este nido atada y tan sin usar de las especies materiales y sensibles, como si nunca las hubiera recibido ni guardado, y así sólo se sustenta y se ocupa en lo que el mismo Dios le da y comunica. El entendimiento compara a la paloma, que también está atada y encerrada en su nido, y con las demás semejanzas de contemplación que se han dicho y tocan al entendimiento; pero la voluntad es muy diferente, y así la compara al león; *quasi leo, sic contrivit omnia ossa mea.* Como si dijera: aunque las dos potencias de mi alma, memoria y entendimiento; que en sus actos y operación son como una cosa, los he comparado al pajarito y paloma en el nido, la voluntad no es sino como león que brama por alcanzar la presa y entregarse en ella. Es tan fuerte el amor que la enviste, que la hace también fuerte como león; y son tan grandes sus ansias y bramidos por su Dios y por hacer entera presa en El que me quebranta los huesos del cuerpo y no parece que puedo vivir.

Y así, de la mañana a la tarde me acabara: *de mane usque ad vesperam finies me.*

También David parece que estaba con estas ansias cuando en el mismo salmo dijo luego: *beati qui habitant in domo tua, Domine*, &, como si dijera: el estar como pájaro y como tórtola en el nido de mi Dios, gran cosa es; pero con todo no estoy satisfecho, antes está mi voluntad con ansia y hambre grandísima por entrar a ser morador perpetuo de su casa. Y así digo que son dichosos y bienaventurados los que la han ya alcanzado y viven en ella. Y en otro salmo declara esto mismo por la semejanza del león, que lo declaró Ecequías, y dijo: *posuisti tenebras & facta est nox* (y luego), *catuli leonum rugientes, ut rapiant, & quaerant a Deo escam sibi*, como si dijera: pusiste el alma en las tinieblas místicas y llevástela al lecho propío, lugar de la noche. Y luego, la voluntad empezó a rugir con ansias y hambre insaciable de arrebatar y hacer presa en el mismo Dios para sustentarse de él, & *quaerant a Deo escam sibi.*

Con esta fortaleza de león que cobra aquí la voluntad, vienen muy bien y muy a propósito todas las cosas que el Espíritu Santo dice de la mujer fuerte, por Salomón en los Proverbios, en estas palabras: *mulierem fortem quis inveniet*, como si dijera: este alma fuerte está tan escondida en Dios, tiénela el Esposo tan guardada en lo más secreto de su retraimiento y lecho, que no hay ni habrá criatura que la pueda hallar, aunque más la busque para sacarla de allí: *procul & de ultimis finibus pretium eius.* El valor y precio de esta alma fuerte es todo celestial y divino, y nadie la puede comprar sino el mismo Dios, que dió por ella precio infinito, como dijo San Pablo: *empti enim estis pretio magno.* Y San Pablo dijo que no habíamos sido comprados con oro ni plata, sino con la preciosa sangre del inmacu-

lado cordero Cristo. Y así su precio de esta mujer fuerte es de tan lejos cuanto lo está el cielo de la tierra y cuanto dista el último fin de la inmensidad de las riquezas de Dios de la pobreza y miseria de todas las criaturas. *Confidit in ea cor viri sui.* Confió de ella su varón los secretos de su corazón, mostróle y confióle todas las riquezas de su casa y así, *spoliis non indigebit*, no tiene necesidad de otras riquezas ni despojos, no ha menester, mendigar nada de las criaturas, que dentro de sus puertas y en la compañía, de su varón tiene, no sólo cuanto ha menester, sino que le sobra infinito, *reddet ei bonum*, & *non malum omnibus diebus vitae suae:* ámala tanto su Esposo, que jamás, en todos los días de su vida, le ha hecho mal ninguno, sino antes bienes sin tasa y medida, y si algún trabajo le envía, todo lo vuelve en mayor bien suyo y para este fin lo traza todo, y ella, deseando ser agradecida y aprovecharse de estas mercedes, ni quiere estarse mano sobre mano, ni comer el pan de balde y ociosamente, sino trabajar con sus manos en servicio de su Esposo, y así, *quaesivit lanam*, & *linum*, & *operata est consilio manum suarum:* busco lana, que significa las virtudes que Cristo Nuestro Señor ejercitó en su humanidad, que fué el mansísimo cordero que se dejó quitar la lana: *sicut agnus coram tondente.*

Y esta mujer fuerte está atentisima y diligentísima buscando las virtudes que este Señor mostró en esta ocasión y en toda su vida: aquella humildad, mansedumbre, paciencia, silencio, obediencia y todas las demás virtudes morales y que se ejercitan no sólo en lo interior, sino en lo exterior y corporal. Y de todas estas virtudes hiló una vestidura de varios colores, mostrando su fortaleza en tomar luego con sus dedos el huso: *manum suam misit ad fortia*, & *digiti eius appre*

henderunt fusum. No se contentó con sólo buscar la lana con la consideración y atenta y diligente meditación de las virtudes dichas, sino que trabajó con gran fortaleza para ponerlas por obra e imitarlas perfectísimamente, sin reparar en trabajo ni dificultad ninguna. Y de esta manera, *stragulatam vestem fecit sibi,* hizo para sí una vestidura vistosísima, como aquella con que David vió a la reina que tenía el rey a su diestra vestida y cercada de variedad: *circumamicta varietatibus.*

No se contentó esta dichosa y fuerte mujer con buscar lana, como se ha dicho, sino que también buscó lino, que significa las virtudes sobrenaturales y teologales: fe, esperanza y caridad, con las cuales se va hilando el aumento de la gracia y de la misma caridad de que tejió la vestidura de viso y púrpura, que dice luego: *byssus & purpura indumentum eius.* Por el viso es significada la gracia, y así cuando San Juan dice en el Apocalipsis que oyó que se trataba en el cielo y se publicaban las bodas del Cordero, dijo que su esposa y mujer fuerte se había preparado con vestirse una vestidura de viso candidísimo y resplandeciente, que se le había dado.

El Esposo le dió la vestidura porque él solo puede dar la gracia; pero quiere que la Esposa haya procurado hilarla, tejerla y vestírsela como hizo esta mujer fuerte, que buscando lino de que se hace la vestidura de viso, lo hiló también, procurando con grande diligencia hilarlo con continuos actos y ejercicio interior acerca de Dios, con las tres virtudes dichas, de manera que cada acto se puede considerar como un hilo de los con que se ha de tejer esta preciosa vestidura de la gracia, y porque no se dude de que el viso significa la gracia, lo declara San Juan más expresamente diciendo: *byssinum enim justificationes sunt sanctorum,* lo que justifica a

los santos, la gracia es. Y así claro está que es significada por el viso, y como al paso que se trabaja y se hila para ir aumentando la gracia, de ese mismo se aumenta y se hila la caridad. De ambas cosas juntas se vistió esta mujer fuerte: *byssus & purpura indumentum eius.*

Y aunque de la esposa y mujer del Cordero no señala ni nombra San Juan la púrpura, sino el viso, es para que se entienda que ambas cosas, la gracia y la caridad, son como una misma, y que no puede estar la una sin la otra; y así basta nombrar la gracia para que se esté dicho que también se vistió de caridad: *sindonem fecit, & vendidit, & cingulum tradidit chananaeo.* Por la sábana, que es en la que descansa y duerme el cuerpo, cesando de todo género de trabajo, se significa el descanso y el regalo del cuerpo y todas las demás comodidades y cosas que le dan gusto y deleite. De esto, poco había procurado esta mujer fuerte, pues, teniendo tres vestidos, de lo que es sábana no tenía más de una, y ésta, en llegando a más perfección y santidad, la vendió a sus prójimos; esto es, que el descanso, alivio, comodidad y regalo ya le quiere todo para sus prójimos, apiadándose y compadeciéndose de ellos en sus trabajos, necesidades y enfermedades, dándoles todo el alivio posible, aunque sea quitándolo de sí.

Y dice que vendió esta sábana por dos cosas: la una porque aunque ella no quiere ni pide precio por ella ni por ocuparse en las obras de caridad y misericordia, que todas las hace sin interés y sin acordarse de premio, ellas le tienen en sí tan grande, que a solas ellas atribuirá el Divino Juez el día del Juicio el premio que les da de la vida eterna. La otra cosa por que dice que la vendió y no que la prestó, es porque se entienda que para toda su vida se desapropia de esa sábana y de buscar ni

querer ya más descanso ni alivio para su cuerpo; antes le entrega el cíngulo de la penitencia y mortificación continua con que esté siempre ceñido y apretado, esto es, *& cingulum tradidit chananaeo,* y esto con gran *accinxit fortitudine lumbos suos.*

Quiere cumplir a la letra lo que Cristo nuestro Señor manda en el Evangelio: *sint lumbi vestri praecinti & lucernae ardentes in manibus vestris,* y así esta mujer fuerte no se contenta con estar ceñido su cuerpo con el cíngulo de la mortificación, sino que también tiene siempre en sus manos su luz y lámpara encendida, *non extinguetur in nocte lucerna eius.* En la noche de las tribulaciones no deja la lámpara de sus manos; no cesa un punto de velar, mejor que las vírgenes, aunque sean las cinco prudentes, pues éstas también durmieron: *dormitaverunt omnes, & dormierunt.* Y así se extinguieron algún tanto sus lámparas, algo se amortiguaron; pues dice luego el Evangelio que las hubieron menester avivar: *& ornaverunt lampades suas.*

De esta mujer fuerte no se dice esto, sino que siempre la tenía viva y encendida y que siempre estaba en vela, supuesto que de noche se levantaba a dar de comer a sus domésticos y esclavas, esto es, que en el tiempo de la noche de la tribulación y desamparos interiores, tentaciones y otros trabajos, ya que no pudiese ocuparse tanto en hilar como lo hacía en el día de la consolación y contemplación, a lo menos ocupábase en acudir a obras de caridad con los prójimos. No se estaba ociosa, porque de noche, aunque se quiera velar, viene fácilmente el sueño y sin sentir se duerme, como les sucedió a las vírgenes; y quien teme esto y quiere estar siempre en vela, el mejor medio es ocuparse y trabajar en algo, como lo hacía esta dichosa mujer, que de noche se levantaba a trabajar por no

tener ocasión de adormilarse y de perder un punto de tiempo. *Non timebit domui suae a frigoribus nivis: omnes enim domestici eius vestiti sunt duplicibus,* esto es, no temerá la casa de su alma el frío de las nieves, que son los pecados y culpas, porque todos sus domésticos, que son sus sentidos, por donde suele entrar esta nieve y frío, los tiene tapados y cubiertos, no sólo con una vestidura o cortina, sino con dos, esto es, con mortificación doblada interior y exterior; cerrados y cubiertos los ojos y la lengua y todos los demás, de manera que no pueda entrar por ellos ni aun un airecito frío de cosa terrena que pueda resfriar ni entibiar un punto el calor interior de la caridad y amor de Dios, con el cual está vestida de fortaleza y hermosura: *fortitudo, & decor indumentum eius, & videbit in die novissimo.*

Y esta fortaleza se mostrará hasta en el día novísimo, que es el del Juicio, cuando todas las criaturas, hasta las virtudes y estrellas del cielo, serán conmovidas y turbadas. Y es un día tan temido de los santos, que dijo Job: *quis mihi tribuat ut in inferno protegas me*, &; quién me diese, Señor, y me hiciese tan gran favor que me escondieses en el infierno mientras que pasa tu furor, cuando juzgues al mundo; que temo tanto el verte airado, aunque no sea conmigo, que menos trabajo me será estar aquel rato en el infierno, con tal que señales tiempo para acordarte de mí y sacarme de aquel lugar, y no me dejes en él para siempre. Pues con ser esto así, esta mujer fuerte tendrá tal fortaleza, ánimo y valor, que no sólo no temerá, sino que se reirá y gozará viendo tomar a Dios venganza de sus enemigos y volver por su honra: *os suum aperuit sapientiae, & lex clementiae in lingua eius*, que es lo mismo que dijo David del Justo: *os justi meditabitur sapientiam, &*

lingua eius loquetur juditium, y esto porque el Señor y varón suyo la sustenta con pan de entendimiento y pan vivo de vida, y la da a beber el agua de la sabiduría, saludable y provechosa como el Eclesiástico dijo: *cibabit illum pane vitae, & intelectus, & aqua sapientiae potavit illum.*

Viendo los hijos de esta mujer las felicidades y dichas de su madre, se levantaron para alabarla. Por los hijos se entienden sus obras maravillosas, que son tales que no se pueden llamar suyas solas, sino también de su varón, y, por consiguiente, les viene propio el nombre de hijos. E hijos varones y fuertes, como saetas en mano de poderoso vencedor, *sicut sagittae in manu potentis &*, dijo David, y prosigue: bienaventurado el varón que llena su deseo de hijos tales, como si dijera: bienaventurada tal madre tan varonil que la puedo llamar varón, pues llenó su deseo y su corazón, que es de tan grande capacidad, de obras todas fuertes y que cada una de ellas es como saeta con que hiere a Dios, y así no será confundida cuando estando en las puertas de la muerte quisieren sus enemigos ponerse a hablarle y acusarla, porque sus hijos y santas obras se levantarán y la alabarán y publicarán, no sólo por bienaventurada, sino en grado superlativo, *beatissimam praedicaverunt: vir eius & laudavit eam.* Y no sólo sus hijos, sino también su varón, la alabará con palabras encarecidas diciendo: *multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas, &*, muchas hijas y almas santas allegaron muchas riquezas el tiempo que vivieron en carne mortal; pero tú les has sobrepujado, y puedo decir lo que en los Cantares: sesenta son las reinas que han llegado a estado de matrimonio espiritual conmigo y ochenta las concubinas que sólo han llegado a estado de desposorio. Y de las almas hermosas y puras que no llega-

ron a ninguno de estos dos estados no tienen número. De las reinas que llegaron a estado de matrimonio eres tú, y así *date ei de fructu manum suarum, & laudent eam in portis opera eius.*

Mandó que se le dé luego el fruto y el premio de los trabajos de sus manos, los cuales fueron tantos, que pudo plantar de ellos una viña: *de fructu manuum suarum plantavit vineam,* cuyo fruto todo fué vino escogidísimo de amor, y para mí de sumo deleite, que cada mañana le convidaba en los Cantares a que fuésemos a la viña y mirásemos si florecía: *mane surgamus ad vinea: videamus, si floruit,* porque me agrado mucho de las almas que cada día miran si va en aumento su perfección y si cada día florece de nuevo. Y estas ansias con que cada día procura crecer y florecer será su alabanza: *laudent eam in portis opera eius,* y será también su bienaventuranza, como dijo David: *Beatus vir cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit,* &, como si dijera: dichosa el alma fuerte como varón y dichosa la esposa que recibió de su Esposo este favor de que en su compañía, y llevándola de la mano y como ayudándola a caminar, pudo disponer y trazar cómo hacer nuevas subidas y nuevos aumentos de perfección caminando de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los cielos en Sión.

Un día de comunión leí, como al acaso, aquellas palabras de los Cantares: *dilectus meus descendit ad hortum suum,* y fué grande la eficacia con que se imprimieron en mi alma, y pareciame que en aquella comunión entraba Cristo en mí como en su huerto, donde está la era de hierbas y cosas olorosas, que es el alma donde sumamente se deleitaba; pero lo que sobre todo le llevaba los ojos y la afición eran los lirios, que eran tres: dos azucenas y un lirio. Y que así como se había mostrado cordero para abrir los sellos del libro, así también venía en

el Sacramento como cordero a pacer los lirios, los cuales eran mis tres potencias.

La de la memoria y entendimiento eran como dos azucenas blanquísimas, de hojas lisas y olorosas; pero la voluntad era lirio de color morado, por el celo, de que está vestida, de la honra y gloria de este divino Señor. Yel lirio es muy diferente de la azucena, no sólo en el color, sino en que tiene tres hojas más en lo interior de él, y en que las tres de las seis de más afuera están arqueadas y como cubriendo las tres de adentro, y las otras tres están muy caídas. Todo lo cual significa nueve afectos que tiene la voluntad: los tres más interiores, y que están cubiertos, significan la afición y amor que la voluntad tiene a Dios: el gozo de que sea quien es y tenga las infinitas perfecciones que tiene, y el deseo y ansia de que sea conocido, amado y servido de todas sus criaturas. Las tres hojas que cubren algo éstas y están como encogidas, significan tres afectos de temor: el primero, de reverencia y respeto a aquella divina Majestad; el segundo, temor de ofenderle; el tercero, dolor de las ofensas que se le hacen. Las otras tres hojas, que están caídas hacia abajo, significan otros tres afectos que tiene la voluntad, que miran a los prójimos: el primero, ansia grande de su salvación y aumentos de santidad y perfección; el segundo, gozarse de los bienes que Dios les hace y ha puesto en ellos; el tercero, la compasión y tristeza en sus trabajos y necesidades, así espirituales como corporales.

Pues mirando el divino Esposo y manso Cordero estos lirios, como hojas tan graciosas en sus ojos, no se contentó con menos que pacerlos y comérselos; que *pascitur inter lilia.* Que habiéndole yo comido en el Santísimo Sacramento era para que Él me comiera a mí, y de esa manera me pasaba así y me hacía

una cosa con su alma, como el manjar se hace una cosa con el que le recibe. Particularmente las potencias, que eran los lirios que pació, las transformó en las suyas para que siempre obrasen juntas.

Ofreciéronseme a la memoria aquellas palabras que dijo el mismo Señor en el Evangelio: *Considerare lilia agri quomodo crescunt:* considerad los lirios del campo, que no trabajan ni hilan, cómo crecen y están tan hermosamente vestidos; dígoos de verdad que ni Salomón, en toda su obra y riqueza, no se cubrió ni vistió tan ricamente como uno de estos lirios.

Parece que habló aquí Cristo, Nuestro Señor, místicamente, porque si sólo fuera de los lirios materiales del campo, claro está que las vestiduras riquísimas de Salomón les harían ventaja. Y así me parecía que hablaba el Señor de estos lirios místicos y que es como si dijera hablando con los espíritus bienaventurados: Considerad con atención estos lirios místicos que yo he pacido, que son las potencias de esta alma, los cuales no quiero ya que trabajen ni hilen, como la mujer fuerte lo hizo para vestirse; porque ya están vestidas, como de viso, las dos azucenas blancas, que son la memoria y entendimiento, y está como vestido de púrpura el lirio de la voluntad, que aunque parece morado por el celo también está todo encendido en amor: así bien puedo decir que Salomón en toda su gloria no se vistió como estos lirios están vestidos, ahora transformados en mí. Ya no serán ellos los que trabajen, sino las obras y los afectos y operaciones de mis potencias, serán suyas y ellos descansarán en mí.

XVI

El día siguiente, que fué el de la fiesta de la Ascensión, sentía mi alma que Dios le quería hacer merced de levantarla al estado de matrimonio espiritual, pues hasta ahora sólo había sido desposorio, y que en el día que se celebraba en el cielo la fiesta de su entrada en él y de haber tomado la posesión de su reino, quería que celebrasen también la fiesta de estas divinas bodas, que aunque en esta vida no se pueden llamar del todo consumadas, con todo eso es grado más levantado que el de desposorio y pueden llegar a él las almas, aun estando en carne mortal.

Dábaseme a entender que así como San Juan, tratando de estas bodas del Cordero, oyó decir en su Apocalipsis que ya su mujer estaba preparada: *venerun nunptiae agni & uxor eius praeparavit se,* que así estaba mi alma preparada para estas bodas, con los adornos que cuenta la Escritura que se adornó Judith para destruir el ejército de los enemigos de Dios y volver por su honra como lo hizo. Y lo primero, después de haberse desnudado de los vestidos tristes de su viudez, dice la Escritura que lavó su cuerpo, que significa las muchas veces que mi alma se ha lavado y purificado con la sangre del Cordero y con las muchas lágrimas que he derramado. Luego *unxitse miro optimo,* ungióse con un ungüento olorosísimo, hecho de mirra muy escogido, que significa las ansias y deseos que continuamente tengo de padecer cuantas maneras de trabajos hay por la imitación de Cristo, lo cual es para Su Majestad un ungüento olorosísimo y precioso: *discriminavit crinem capitis sui,* peinóse los cabellos de su cabeza.

Ya queda dicho en otra parte cómo por los cabellos se pueden entender los afectos, y el peinarlos es igualarlos, adelgazarlos, ablandarlos y limpiarlos, y dábaseme a entender que mis afectos no sólo tenían las cosas dichas, sino que eran como los de la Esposa, que los compara el Esposo a la púrpura, atada junto a las canales, esto es, que los afectos de mi voluntad están vestidos de púrpura o son como hilos de que se tejió la púrpura de la caridad, como se ha dicho, y estos afectos están atados junto a las canales, que quiere decir junto a las corrientes de las aguas divinas y vivas de la gracia y atados tan fuertemente a estas corrientes, que parece no pueden irse ni apartarse de allí: *induit vestimentis incundifatis sue.*

Vistióse las vestiduras ricas de su mocedad, esto es, que se le renovaba a mi alma la vestidura de la pureza y gracia bautismal, *induit que sandalia pedibus suis.* Vistió sus pies con unas sandalias, las cuales significan la perfecta imitación de las virtudes de Cristo, porque los pies significan las obras exteriores, y la imitación de Cristo las ha de vestir de manera que parezcan suyas, como dijo San Pablo: *induimini Dominum Nostrum Iesum Cristum*, que por eso no dice que se calzó los pies, sino que los vistió o cubrió con estas sandalias, para ir siguiendo con ligereza las pisadas de este Divino Señor, que como dijo San Pablo padeció y trabajó para que le siguiésemos: *ut sequamini vestigia eius asmpsiut que dextraliola*, esto es, que la mano diestra, que es la que obra en lo interior acerca de Dios, la tenía muy adornada de obras y actos perfectos y llenos de gracia y riqueza. Tomó también Judith *in aures & anulos.*

Dióseme a entender que los zarcillos que el divino Esposo me había dado eran los que dijo en los Cantares: *Muvenulas*

aureas faciemus tibi vermiculatas argento. Los oídos y orejas del alma podemos decir que están en el entendimiento, porque él es el que escucha y atiende para oir las divinas palabras e inspiraciones, y es el que las oye y percibe; pues los zarcillos que el divino Esposo ha puesto en mi entendimiento, con que le tiene adornado y lucido, son de oro, y cubiertos de plata, con una labor a modo de gusanicos. El ser de oro es la luz sobrenatural que Su Majestad pone en él; pero esta luz sobrenatural está como cubierta de la luz natural del mismo entendimiento, significada por la plata, la cual, aunque participa del resplandor de oro que está dentro de ella, y es también dada de Dios, y por esto la llama plata, con todo eso, es de tanto menos valor que la sobrenatural, cuanto va del oro a la plata, y mucho más. Y esta plata está labrada como gusanicos, para significar que lo que más ve y conoce en el entendimiento es que es gusano y menos que gusano, en cuanto a lo que es de su parte, y este conocimiento está sobre todo y en lo más manifiesto de los zarcillos. Y con este conocimiento y con la plata de la operación natural se deslumbra o se le encubre algo el oro que está en lo interior de la luz sobrenatural, de manera que no puede gloriarse, ni complacerse vanamente de ella. Los anillos significan la pureza de intención con que mi alma adorna todas sus obras interiores y exteriores, con la cual le es fiel a su divino Esposo, que el anillo es señal de fidelidad, y el no poner la intención en ninguna cosa fuera de su Amado ni acordarse de premio ni de criaturas, sino sólo darle gusto y servirle a su voluntad, es propiamente serle fiel.

Púsose también Judith mitra o corona sobre su cabeza, y sobre todo el adorno y la hermosura que ella tenía le añadió

y dió Dios otra mayor de un resplandor que la hacía con extremo hermosa y agraciada.

Dióseme a entender que la mitra o corona se me daría después de celebradas las bodas, que sería después de la comunión, y que en la misma comunión se recibiría aquel nuevo resplandor y gracia, comunicándomela con abundancia el divino Sacramento, más esta vez que otras. De esta manera se me fueron declarando y apropiando los adornos y hermosuras de Judith, con que estaba mi alma tan hermosa y agraciada, que así como se admiraban grandemente los ejércitos, cuando Judith pasaba por en medio de ellos, de manera que dice la Escritura: *considtravant faciem eius & erat in oculis eorum stupor quoniam pulcritudinem eius mirabantur nimis,* así decían los ejércitos de los ángeles, admirados de la hermosura que veían en mi alma, aquellas palabras de los Cantares: *Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens pulchra ut luna electa ut sol terribilis ut castrorum acies ordinata?*

Después de habérseme dado a entender la preparación y adorno de mi alma para estas divinas bodas, se me dió a entender la fiesta que se ordenaba y hacía en el cielo para ellas, como lo cuenta San Juan en su Apocalipsis, diciendo que vió al divino Cordero, que era el desposado, y el que se había de velar en este día, y que estaba sobre un monte que se llamaba Sión: *Agnum estavat supra montem Siom & cum eo centum quadraginta quatuor millia &.*

Parece que como estas bodas eran tan puras y castas y tan propias de virgen, así quienes principal y primeramente asistían a ellas eran los vírgenes significados en aquel número de ciento y cuarenta y cuatro mil, los cuales estaban junto al Cordero inmaculado, porque como dice el mismo San Juan,

ellos estaban también inmaculados y purísimos en su presencia: *Sine macula enim sunt ante tronum Dei.* Tenían escritos en sus frentes el nombre del divino Cordero y el de su Padre Eterno: *Habentes nomem eius & nomem Patris eius scriptum in frontibus suis.* Porque todos eran propiamente salvados de este divino Capitán, y como tales le acompañaban siempre adondequiera que iba, y así tenían la divisa y el nombre de su Capitán escrito en su frente, para que de todo el reino celestial sean conocidos por soldados suyos, y que están asentados y escritos en su milicia; y no sólo tenían el nombre del Cordero, sino también el de su Eterno Padre, porque se entienda que la pureza y virginidad de estos soldados es una semejanza y participación de la pureza del Padre Eterno, que es inmensa e infinita, y no se menoscaba un punto con la generación eterna de su Hijo. Y así los vírgenes tienen un género de parentesco con este Señor por esta parte, más que los otros justos, y así a ellos toca tener también escrito su nombre en la frente.

Y dice luego San Juan que oyó una voz como de muchas aguas y voz de grandes tronidos, todo lo cual, junto, hacía un sonido de músicos de cítaras que están tañendo sus instrumentos; esto significaba el grande número de las voces y la grande alegría con que querían solemnizar estas bodas, porque la fiesta estaba a su cargo.

Luego dice San Juan que también vió allí a los veinticuatro ancianos y grandes del reino, y a los cuatro animales, que, como se ha dicho, representaban a los cuatro evangelistas secretarios y escribanos del Cordero. Y delante de ellos y de los veinticuatro ancianos cantaban los vírgenes un cantar como nuevo, que ninguno le podía cantar sino ellos solos, que en esto se da a en-

tender que contenía lo que cantaban alabanzas de su virginidad, y así serían aquellos versos de David: *elegit nobis hereditatem suam: speciem Jacob, quam dilexit;* escogiónos el divino Cordero por heredad suya, apartada de las demás y santificada especialísimamente, y somos la hermosura y la pureza de la casa y pueblo de Jacob, a quien amó. Y en otra parte lo dice David más largamente: *rex virtutum, dilecti, dilecti, & speciei domus dividire spolia,* como si dijera: los amados y muy amados y dos veces amados del Rey de las virtudes son los vírgenes, porque son la hermosura de su casa y pueden dividir y repartir despojos, porque fueron fuertes guerreros y alcanzaron grandes victorias. Y parece que hablando con ellos dice: *si dormiatis inter medios cleros,* &, como si dijera: si durmiéredes entre dos extremos o dos suertes de criaturas, que son los ángeles y los hombres no vírgenes, que éstos son un extremo de modo de vivir, según la carne y los ángeles son otro extremo de modo de vivir, todo espiritualísimo; pues los que viven vírgenes duermen entre estos dos extremos, porque ni son tan puros ni espirituales como los ángeles ni tan terrestres y corporales como los que no son vírgenes. Pues estos tales, que son tan dichosos, que están entre estos dos extremos, tendrán alas de paloma y tan puras como plata para volar hasta seguir al divino Cordero. Y en los versos que se siguen parece va prosiguiendo esta misma materia; por no alargarme no me detengo más en esto.

Después de haber visto San Juan otras muchas cosas y misterios, torna a proseguir la fiesta de las bodas, diciendo que oyó una voz en el cielo como de muchas trompetas que decían: *Alleluja: salus, & gloria, & virtus Deo nostro,* y luego dijeron otra vez *Alleluja,* lo cual, sin duda, cantaban los ciento y cuarenta y

cuatro mil vírgenes, convidando a la fiesta de estas bodas a todo el cielo. Y luego los veinticuatro ancianos y los cuatro animales se postraron y adoraron al divino Señor que estaba en un trono y decían: *Amen: alleluja.* Y convidando a todos los santos para que alabasen a Dios, una voz que salía del trono dijo: *Laudem dicite Deo nostro omnes servi eius: & qui timetis eum, pusilli & magni.* Y luego otra voz mucho mayor que las pasadas, como de trompetas grandes y como voces de muchas aguas y de grandes tronidos, que decían también *Alleluja:* &, y luego: *Gaudeamus, & exultemos, & demus gloriam ei quia venerunt nuptie Agni, & uxor ejus praeparavit se &.* Y esle dada una vestidura de viso candidísimo y resplandeciente, para que se vista de esta preparación de la Esposa y de esta vestidura de viso que se le dió, ya queda declarado.

Luego le dijeron a San Juan que escribiese esto como cosa que importaba tanto que se supiese y hubiere de ello memoria para que el divino Señor fuese glorificado de todas sus criaturas, y que eran bienaventurados los que a cena de las bodas del Cordero son llamados. Y dijéronle más: *Estas palabras de Dios verdaderas son;* que maravillas tan grandes y misericordias tan excesivas y tan sobre todo merecimiento de criatura, bien era menester que el ángel certificase qué eran verdaderas como lo son las palabras de Dios y sus promesas, y viendo y oyendo esto, San Juan, admirado, se postró y cayó junto a los pies del ángel queriendo adorarle, y díjole el ángel que no hiciese tal, que ya estaba la naturaleza humana tan levantada que eran hermanos.

Acabado esto, que era la preparación de la fiesta de las bodas, vió San Juan abierto el cielo y que caminaba y paseaba por él el divino Desposado en un caballo blanco, que significaba su sa-

grado y purísimo cuerpo, con el cual y en el cual había corrido velocísimamente su carrera cuando era pasible; y así triunfaba con él en este día que se celebraba la fiesta de su Ascensión y la de las divinas bodas: *& qui sedebat super eum, vocabatur fidelis, & verax.*

El que iba triunfando en este hermosísimo y blanquísimo caballo se llamaba fiel y verdadero y, en particular, se preciaba ahora de este nombre, porque se manifestaba bien cuán fiel es este divino Señor para con su Esposa, y cuán fino amante suyo, y cuán verdadero en cumplir las promesas que había hecho de celebrar estas bodas con mi alma, por muchos amigos suyos a quien se lo había mostıado y prometido. Y para que se vea que este Señor que ahora trata de velarse es el mismo que se había deposado delante de su corte celestial, dice San Juan que tenía los ojos como llamas de fuego, y que salía de su boca una espada agudísima, que son las dos cosas que quedan dichas y declaradas de este Señor. Dice más, que tenía en su cabeza muchas coronas: *& in capite eius diademata multa,* que significaban los innumerables gozos que tiene y recibe aquella sagrada humanidad de las innumerables almas en quien ve fructificada su Pasión con gran eficacia. Tenía escrito su nombre, que no le conocía sino sólo él, y dice luego: *vocabatur nomem eius Verbum Dei,* y siendo éste el nombre, claro está que nadie le había de poder conocer sino El mismo, porque El solo puede conocerse y comprenderse. *& Vestitus erat veste aspersa sanguine,* que es lo mismo que dijo Isaías: *quis est iste, qui venit de Edom, tınctis vestibus de Bosrra? Quare ergo rubrum est indumentum tuum, &,* que todo significa las preciosas llagas que dejó este divino Señor en su cuerpo aun después de resucitado y glorioso, para tenerlas en El para siempre.

Y en esta ocasión y fiesta más en particular quiere hacer demostración de ellas, y que se haga de esto particular mención, porque son las joyas y dote de la Esposa, y por medio de ellas ha querido el Señor levantarla a tal estado. & *Exercitus qui sunt in caelo sequebantur eum in equis albis, vestiti byssino albo & mundo:* este ejército es el de los vírgenes que, como se ha dicho, solemnizaban más esta fiesta y son los que siguen siempre a este Señor, y van en caballos blancos, que significa la pureza y virginidad de sus cuerpos, y vestidos de viso blanquísimo, que significa la pureza del alma, y aunque lo más de este ejército, o casi todos, no tienen ahora sus cuerpos glorificados, representábanse como en figura, para que la fiesta fuese más lucida: & *Habet in vestimento & femore suo scriptum: Rex regum, & Dominus dominanium:* para que fuese más manifiesto a todos la majestad y grandeza de aquel Señor, que trataba de celebrar bodas con una vilísima criatura suya, y así se conociese más su infinito amor y bondad. Y este título le tenía escrito en el vestido y muslo, que todo significa su humanidad, para que se entienda que no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto Hombre, es este Señor Rey de reyes, Señor de los señores. Luego un ángel llamó a la Cena grande de Dios. Y habiendo contado San Juan con tanta particularidad de la manera que vió al divino Desposado, no dice en esta ocasión que vió a la Esposa, y la causa era porque el Esposo la llevaba escondida dentro de sí y hecha una cosa consigo, y porque las bodas no se habían de celebrar en el cielo, sino en la tierra, porque la Esposa no puede dejar del todo ahora la carne mortal y está en ella formalmente, aunque está dentro del Esposo místicamente. Que éste se me dió a entender había sido el misterio de la unión, que el día antes había hecho

Cristo de mis potencias con las suyas, en aquella semejanza de pacerlas como lirios, y de esta manera meterlas dentro de sí y llevarme místicamente escondida en esta fiesta de las bodas. Y como éstas se habían de celebrar en la tierra, dice después San Juan que vió cómo este Señor criaba nuevo cielo en mi alma para hacer en él su morada de asiento, no cielo material, sino intelectual como dijo David: *qui fecit caelos in intelectu.* Hizo también tierra nueva, renovando la de mi cuerpo, para que fuese morada y caja de este cielo nuevo, y no hizo nuevo mar, antes dice que no le hay en esta nueva creación y renovación, porque no quiere que le haya de aguas muertas, sino de aguas vivas, como vió después que salía un río abundantísimo y puro como cristal, y que procedía de la silla de Dios y del Cordero. En habiendo Dios criado el cielo nuevo adonde se habían de celebrar las bodas, dice luego San Juan que vió bajar a la Esposa en forma de ciudad y que bajaba del cielo como esposa adornada para su varón. Vióla en figura de ciudad, como parece que la vió David cuando dijo: *Jerusalem, quae aedificatur ut civitas, cuius participatio eius in idipsum,* como si dijera: la humanidad de Cristo es una ciudad edificada para morada del gran Rey, que es el Verbo divino: *civitas Regis magni,* dijo en otra parte.

Pues las demás esposas de este Rey no son ciudad edificada con tanta perfección como ésta, pero son a su semejanza: *edificatur ut civitas.* Parécensele mucho y de ella es su participación; participan de su gracia, de su fortaleza y de sus virtudes, y así está adornada esta ciudad, como esposa para su varón; y el divino Rey celebra bodas con ellas, a semejanza de como las celebró con su sagrada Humanidad, aunque no en aquel grado de unión.

En bajando la Esposa del cielo, dice San Juan que oyó una voz grande que salió del Trono del divino Desposado y decía: *ecce tabernaculum Dei cum hominibus, & habitabit cum eis*, como si dijera: al punto que la Esposa bajó del cielo, baja luego también el Esposo, aunque disfrazado y encubierto; porque según la Divinidad, está encubierto y no puede ser visto sino con la fe, porque son estas bodas en la tierra y en ella no se puede manifestar, y según la humanidad está también cubierto con las especies sacramentales. Y así parece que era menester que para que San Juan viese y pusiese que bajaba sólo dijesen con aquella grande voz y le pusiesen atento y advertido con aquella palabra: *ecce*, y no pensase que esta bajada era de paso, sino muy de asiento, y que venía a poner su Tabernáculo y silla en el cielo nuevo que había criado en el mundo, que era su Esposa. *Dominus in caelo paravit sedem suam*. En este cielo tenía ya aparejado su Trono, y allí morará de asiento como varón con su mujer, que como ella no puede ir ahora a su casa, porque no quiere Él llevarla, viniese Él a vivir a la suya, *ipsi populus erunt*, y ella le será esposa y mujer tan agradable y amable en sus ojos, que valga por un pueblo entero y aun por una ciudad, que también por esto se mostraba en figura de ciudad. Y el divino Esposo y Dios se mostrará con ella muy como Dios suyo poderosísimo y amorosísimo: *& ipse Deus cum eis erit eorum Deus,* quitará y enjugará las lágrimas de sus ojos que tantas había derramado, deseando y pidiendo estas bodas. Y ya no habrá menester llorar más por esto, pues lo ve cumplido. Y luego dijo el divino Señor, sentado ya en su Trono y tomada la posesión en aquel nuevo cielo: *ecce nova facio omnia,* como si hablando con la Esposa le dijera: en cuanto a lo que es de mi parte, mira que

todo cuanto hay en tí lo he renovado y hecho como de nuevo; procura que también de la tuya sea de la misma manera y que puedas dicir: *nova sint omnia: corda voces, & opera*, y así puedas decir con la Esposa: *nova & vetera, dilecte mi, servabo tibi,* esto es: lo que tú me habías dado antes de ahora, las virtudes, la gracia y favores y lo que ahora has hecho de nuevo en mi todo, lo quiero y guardo para ti y para tu honra y gloria, que para mí ni la busco, ni la quiero, ni me acuerdo de ella, ni de ningún interés ni provecho mío.

Luego dice San Juan que le dijeron que escribiese estas cosas que había visto, porque son fidelísimas y verdaderas. Y luego le dijo aquel divino Señor: yo soy principio y fin; soy el principio de adonde saldrán todas las obras de mi Esposa, obrándolas yo por ella, y soy el fin adonde ella las endereza y encamina todas derechamente, sin derramarse ni repartirse por parte ninguna; sino que viene derecha a mí, como la varita de humo que sale de las especies aromáticas, las cuales, con ser muchas, como de mirra, incienso y todo género de cosas y especies aromáticas, que significan sus muchas obras, actos y virtudes, con todo eso sube la varita de humo tan derecha y recogida con la pureza de intención a su último fin, que soy yo, que parece que sale esa varita de humo de un solo pebete.

De esto se admiran tanto los ángeles cuando dicen en los Cantares: *quae est ista, quae ascendit per desertum sictu virgula fumi ex aromatibus myrrae & thuris, & universi pulveris pigmentarii,* y dicen *per desertum*, porque es más de admirar esto en un desierto, donde pueden batir tantos vientos que lo esparzan; esto es, estando la Esposa en el desierto de esta vida, donde se pueden ofrecer y se ofrecen tantas ocasiones de derramarse y desvanecerse este humo con el viento

de la vanidad y atención a criaturas, y así no llegar derecho a su fin, que soy yo.

Luego dice San Juan que le dijo el mismo Señor: *ego sitienti dabo de fonte aquae vivae gratis;* como si dijera: de esta alma que ha tenido tan grande sed de mí y de esta unión, ya yo la he satisfecho como se puede en esta vida, con la fuente de agua viva, y esto muy de gracia y no por merecimientos suyos, como dijo San Pablo: *apparuit benignitas & humanitas Salvatoriis nostri Dei: non ex operibus justitiae, quae fecimus nos, sed secundum misericordiam suam salvos nos fecit;* ha aparecido y hase mostrado y manifestado en esta obra y con esta alma mi benignidad y humanidad, afabilidad y llaneza, no por las obras de justicia que ella haya obrado, sino porque yo he querido por mi misericordia no sólo hacerla salva, sino Esposa mía, y el que venciere sus vicios y pasiones y todos los demás enemigos, alcanzará esto, siéndole yo Dios y padre, y él me será hijo.

Y luego dice San Juan que le habló un ángel y le dijo: *veni, & ostendam tibi sponsam, uxerem Agni;* y subiéronle en espíritu a un monte grande y alto, y mostráronle la Esposa en la misma semejanza de ciudad que la había visto bajar del cielo, para que entendiese que, aunque había bajado de allá, en la manera dicha, y le era forzoso vivir en la tierra, no estaba en lo bajo de ella ni donde pudiese tratar mucho con criaturas, sino en el monte alto y levantado de la contemplación y de la perfección. Grande por la perfección y levantado por la contemplación, y tanto, que fué menester levantar y llevar allá a San Juan para que le pudiese ver, con ser tan largo de vista, que tiene ojos de águila. Y dice que vió que tenía la claridad de Dios, y que su luz era como de piedras

preciosas, particularmente la de jaspe, el cual resplandor y luz daba en esta ciudad como un cristal. Luego vió que esta ciudad tenía un muro muy alto y grande, y que tenía doce puertas y doce fundamentos, en los cuales estaban escritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Y más adelante dice que vió un río que salía del trono y del Cordero, que era de aguas vivas y resplandecía como cristal. Estas tres cosas significan tres coronas con que el divino Rey velado corona a su Esposa y mujer, que es como la mitra que puso Judith sobre su cabeza, que este nombre mitra parece significar la tiara de los pontífices, que es de tres coronas, y no sin misterio no la nombra la Escritura corona ni diadema, sino mitra, para significar que eran tres coronas y símbolo de las que recibe la Esposa de mano de su Esposo, cuando en los Cantares la llama tres veces para coronarla otras tres.

Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano, veni; y luego dice *coronaberis* otras tantas veces, y con otras tantas coronas como has sido llamada por mí, quien la da estas coronas son las tres divinas personas figuradas en aquellos tres montes que dice la han de coronar, *de capite Amana, de vertice Sanir & Hermon*; que los montes signifiquen las tres divinas personas, díjolo David en aquellas palabras: *levavi oculos meos in montem unde veniet auxilium mihi;* y porque no se pensase que hablaba de montes materiales, sino de las tres divinas personas que son un solo Dios, dijo luego: *auxilium meum a Domino, qui feci caelum & terram;* como si dijera: los montes adonde levanto mis ojos esperando de ellos el auxilio que he menester. Las personas divinas son, porque de solas ellas me puede venir; pero como no son sino sólo un Dios, digo luego que este auxilio me viene y es de Dios que hizo el cielo y la tierra.

El profeta Isaías parece que declaró no sólo que por los montes se pueden entender las divinas personas, sino también de qué eran las coronas que daban a la Esposa, en aquellas palabras: *gloria Libani data es ei, decor Carmeli, & Saron;* nombra tres montes, aunque por diferentes nombres que los Cantares. Y dice que el primero es el Líbano, que significa la persona del Padre, por su infinita pureza, y éste dice que le da a la Esposa corona de gloria, una participación de su gloria y de su divinidad, como se puede recibir en esta vida; esto es: *gloria Libani data estei;* y luego: *decor Carmeli & Saron.* El monte Carmelo significa la persona del Hijo Cristo Señor nuestro, como se dice en los Cantares cuando compara la cabeza de la Esposa al Carmelo: *caput tuum ut Carmelus*, y la cabeza de la Esposa es su Esposo, y siéndolo Cristo, claro está que se compara al Carmelo, pues este divino monte la corona de la hermosura y gracia, haciéndola participante de la de su alma santísima; esto es, de la que le ganó. El tercer monte es el de Saron o Hermon, como se dice en los Cantares, que significa el Espíritu Santo, porque de él desciende el rocío del monte de Sión, como dijo David: *sicut ros Hermon, qui descendit in montem Siom.* El monte de Sión, en este sentido, es el alto y levantado monte donde San Juan vió a la Esposa como ciudad, y está descendiendo en su cabeza el divino rocío e influencia del monte Hermon, que es el Espíritu Santo, el cual rocío la corona, como coronó también la cabeza del Esposo, cuando dijo que la tenía llena de rocío.

Esta corona es de gozo y alegría, y así dijo Isaías en el mismo lugar: *Laetabitur deserta, & invia, & exultabit solitudo, & florebit, quasi lilium, germinans germinabit, & exultabit laetabunda & laudans.* No parece que sabe Isaías encarecer este gozo,

y así no cesa de repetirle de muchas maneras, y dice cómo en este divino rocío florece y crece la Esposa como lirio, la cual está desierta y sin camino, senda ni vereda por donde nadie pueda entrar en ella. Está cercada de este rocío, como lo está la cabeza con la corona. Y así dice luego que este gozo le tiene sobre su cabeza, *laetitia sempiterna super capita eorum: gumdium & exultationem obtinebunt: & fugit dolor & gemitus*, que es lo que también dijo San Juan.

Estas tres coronas dichas de gloria y hermosura y gozo, dadas a la Esposa por las tres Divinas Personas, son las tres cosas que San Juan dice que vió en aquella ciudad cuando le subieron al monte alto para verla; y lo primero dijo que tenía la claridad de Dios, y que su luz era semejante al resplandor de la piedra preciosa que se llama jaspe. Esta piedra significa la divinidad, como se ha dicho en otra parte, y en particular la persona del Padre, porque es quien comunica esa misma divinidad a las otras dos Divinas Personas, pues el estar esta ciudad con la claridad y resplandor de este jaspe, claro está que es que la cerca y la corona de los resplandores de su gloria y divinidad la persona del Padre. Y dice que era como un cristal para significar la pureza del alma, y cuán impresos están en ella estos rayos y resplandor, como los del sol en el cristal cuando hieren en él. Con esta corona de gloria, semejante al jaspe, parece que vió también David coronado este edificio dichoso, cuando dijo: *Gloria & honore coronasti eum, Domine & posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso.*

La otra cosa que vió San Juan fué que cercaba y coronaba esta ciudad un muro muy grande y levantado, el cual significa la humanidad de Cristo y toda su divina persona; y para que se entienda esto mejor, dice que este muro

tenía en sus fundamentos escritos los nombres de los apóstoles, porque desde el primer fundamento y determinación de Dios de hacerse hombre, se señalaron y escribieron luego los nombres de los que habían de ser apóstoles suyos y ministros de su evangelio. Y así, cuando fueron algunos de ellos a decir a Cristo que habían lanzado demonios y hecho otros milagros, les respondió el Señor que no se gozasen en aquello, sino de que sus nombres estaban escritos en el libro de la vida, que es el mismo Cristo y el muro fuerte de la ciudad. Y así fué coronada con la hermosura del Carmelo, que es con la gracia y hermosura que comunica este Señor a su Esposa, como autor y fuente de la gracia. Y con esta corona parece que vió David a este edificio cuando dijo: *gloriam & magnum decorem impones super eum*, como si dijera: No sólo le has coronado de gloria, sino también de gracia y hermosura, y ésta tan grande, que se muestra como un muro grande y levantado: *magnum decorem*, dijo David. Y San Juan: *murum magnum & altum*. E Isaías: *decor Carmeli*, hermosura de monte y no de cualquiera, sino del que es comparado a Cristo.

La tercera cosa que vió San Juan que cercaba y coronaba aquella ciudad, era un río de aguas vivas, resplandeciente como cristal, y que procedía de Dios Padre y del Cordero, con que declara bien que significaba el Espíritu Santo y sus divinas influencias y corrientes que alegran la ciudad de Dios, que es lo que queda dicho de Isaías; *germinans germinabit, & exultabit laetabunda, & laudans;* y después, *laetitia sempiterna super capita eorum &*; de manera que el Espíritu Santo corona a la Esposa como corona de gozo, y la hace tan fértil con sus corrientes y aguas divinas, que es como el árbol que dice luego San Juan que estaba en las corrientes de aquel río

tan fértil y fecundo, que daba doce frutos al año, y es tanto el gozo de la Esposa de verse coronada con tal río y bañada con tales aguas, y el mismo Espíritu Santo tiene también tanto gozo en comunicarse de esta manera, que ambos juntos, el Espíritu Santo y la Esposa, llamaban a que fuesen todos a beber: *& spiritus, & sponsa dicunt: veni.* Y no sólo ellos llaman, sino que los que oyen sus voces quieren que llamen a otros: *& qui audit, dicat: veni: & qui sitit, veniat: & qui vult accipiat aquam vitae gratis;* cualquiera que tiene sed y quisiere, recibe el agua viva de gracia y de balde.

XVII

En recibiendo el Santísimo Sacramento el mismo día de la Ascensión, como se me había dado a entender que Su Majestad quería en aquel día y comunión celebrar conmigo estas bodas, y se me había declarado tan en particular el adorno y aparejo que me había dado para ellas, como queda dicho, con la semejanza de los adornos de Judith, había también tenido la declaración dicha del Apocalipsis, acerca de las fiestas con que se celebraba en el cielo, y cómo habían de ser las coronas que se me habían de dar después de celebrado este espiritual y purísimo matrimonio con el divino Rey y Cordero, en la manera dicha. Deseaba sentir, en comulgando, si esto se cumplía, y conocer algo el modo de cumplirse, y no sentía cosa muy particular ni distinta, sino el gozo que aquellas declaraciones habían causado en mi alma, y amor a este Señor que tan infinitamente se comunica. Y como yo dudase de si obraban en mi alma las dichas cosas, pues no sentía ni conocía cosa particular, se me ofrecieron aquellas palabras que

dijo Nuestro Señor por Oseas profeta: *sponsabo te mihi in sempiternum: & sponsabo te mihi in justicia, & judicio, & in misericordia, & in miserationibus; & sponsabo te mihi infine & scies quia ego Dominus*, desposaréte conmigo para siempre, y este desposorio, aunque es todo de misericordia, también en alguna manera es de justicia, como en otra parte queda declarado; pero advierte que este desposorio, como es en la tierra y en carne mortal, es en fe, y así no puedes ver lo que en él pasa y se obra, si no es por algunas semejanzas, como lo vió San Juan. Y éstas son tan distantes y diferentes de lo que por ellas se significa, que mejor es que no las veas, sino que te contentes con la fe pura, la cual no consiste en noticias ni sentimientos, sino en saber y creer que yo soy el Señor y que puedo hacer mucho más de lo que tú puedes alcanzar a conocer ni sentir.

Después de pasado algún tiempo, sentí una particularísima compañía y asistencia de las tres Divinas Personas dentro de mí y dentro de aquella inmensidad y majestad de Dios. Se me daba a sentir también el Alma de Cristo Nuestro Señor, y parecíame que estábamos esta Alma santísima y la mía dando mil alabanzas a Dios, y que de ambas voces se hacía como una sola, y que estaba saliendo de la voluntad del Alma de Cristo y de la mía como dos llamas de fuego de amor; pero que luego se juntaban y no parecía sino una sola llama, como cuando dos leños están ardiendo: el uno, con grandísima llama, y otro muy pequeña y limitada, mas juntándolos es todo una llama, así me parecía que mis operaciones y actos se juntaban con los de aquella santísima Alma y se hacían uno y, por consiguiente, no se echaba de ver su pequeñez y poca capacidad y fuerza, porque como la de aquella Alma era tan grande lo su-

plía. Esto me tenía con gran recogimiento interior y estaba como suspensa, toda ocupada en amor.

Después se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de los Cantares en que, habiendo dicho el Esposo cómo las reinas y almas perfectas que estaban veladas con él eran sesenta y las concubinas que sólo estaban desposadas eran ochenta, y el número de las doncellas, que son las almas qu están en gracia y no han llegado a ninguno de los estados dichos, es tan grande que se puede decir que no tienen número, como se ha tocado en otra parte.

Dice luego: *una est columba mea, perfecta mea;* una es mi paloma y mi perfecta, que por excelencia merece este nombre; la cual es mi naturaleza humana, mi Alma santísima, que es la reina a quien todas las hijas de Sión, reinas y concubinas, alaban y predican por bienaventurada en superlativo grado. Y luego, como hablando con mi alma, parecía que decía: *una est matris suae electa genitrici suae*, como si dijera: esta una que es mi paloma y mi perfecta, es madre de esta alma Esposa mía. Escogida madre y excelentísima madrina para estas divinas bodas, la cual la ha adornado y acompañado en ellas, y será como madre suya amantísima. Sentía que esta Alma de Cristo me amaba ternísimamente y que me unía de nuevo consigo; parecíame que se podían aplicar aquí aquellas palabras que el Espíritu Santo dice por el Sabio en los Proverbios: *arripe illam, & exaltabit te: glorificaberis ab ea, cum eam fueris amplexatus, Dabit capiti tuo augmenta gratiarum, & corona inclyta proteget te*, como si dijera el Espíritu Santo: toma esa Alma santísima por madre y ella te ensalzará y levantará; serás glorificada de ella cuando estuvieres con ella abrazada y dará a tu cabeza aumentos de gracias. Y como estas dos almas, la de Cristo y

la mía, son espíritus y no se representa en ninguna figura ni semejanza de cosa corporal o material, sino por especies intelectuales, no se puede declarar bien con palabras el modo con que esta unión se experimenta. Algo queda declarado de esta unión en otra parte, con aquellas palabras de la epístola de San Juan, que así como son tres los que dan testimonio en el cielo, que son el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estas tres divinas personas están de tal manera unidas, que son un solo Dios, así otros tres dan testimonio en la tierra, que es el espíritu, el agua y la sangre, y también están tan unidos que son como una misma cosa. Estas tres cosas significan: la divinidad que es el espíritu, el agua que es mi alma y la sangre que es la humanidad de Cristo, y principalmente su alma, como está declarado más largamente. Ahora sólo he dicho esto, para reparar en que nombra primero el agua que la sangre y la pone como medio entre el espíritu y la sangre, esto es, entre la divinidad del Verbo y su alma: *spiritus, aqua, & sanguis*. Con esto me parece que podré dar a entender algo del modo con que mi alma siente esta unión, porque se mira y se halla como entremedias de la Divinidad y del Alma de Cristo, estando atada a las corrientes inmensas de la Divinidad, que se comunican a aquella Alma santísima, que esto es lo que queda dicho de los Cantares: *Capiti tui sicut purpura regis vincta canalibus.*

Por los cabellos se toma la voluntad y sus afectos, y como esta es la fuerza principal del alma, se puede tomar el todo por la parte. Y así me parece me está diciendo el divino Señor: tu alma está atada junto a las canales y corrientes de las gracias infinitas, que comunicó a mi alma, y está toda abrasada con amor, que esto quiere decir como púrpura, y la atadura no

es menos fuerte que el vínculo de matrimonio, y así todas esas gracias pasan en cierta manera por ti y participas de ellas; eres entre mi Divinidad y mi Alma como un airecito delgado y puro, el cual tiene tres propiedades: la primera es que recibe en sí los rayos del sol de manera que queda con ellos claro, ilustrado y clarificado, y por él se comunica el mismo sol, así tu espíritu que, como he dicho, es como aire delgado y puro, recibe los rayos de mi Divinidad con que queda clarificado ya que no glorificado por ahora. Y por él parece que en alguna manera pasan estos rayos a mi Alma, porque tú estás como entremedias. No es mi intento, así en esta primera propiedad del aire como en las dos que se siguen, decir que mi alma deja de recibir de la de Cristo todos los bienes de gracia, pues su sagrada humanidad es el medio por donde todo se nos comunica; ésto sólo es un modo de comunicación espiritual y un modo de explicar la íntima unión de mi alma con la Divinidad sin medio de ninguna criatura.

El aire tiene otra propiedad, que es hacer subir los olores y exhalaciones de cosas aromáticas, y así este airecito de tu espíritu los recibe, y por él suben y llegan a mí las fragancias de las olorosísimas virtudes de mi Alma, porque no sólo eres el paso o estás en el paso y camino por donde yo me comunico con mi Alma, sino también por el consiguiente de la comunicación de mi Alma conmigo, enviándome estas exhalaciones aromáticas. Esto quiere decir en los Cantares por aquellas palabras: *emisiones tuae paradisus malorum punicorum cum po morum fructibus. Cypri cum. Nardo nardus & cocrus, fistula & cinamomum myrrha & aloe cum omnibus primis unguentis.* Todas las cuales cosas preciosas y odoríferas y frutas hermosas, son y significan la diversidad y fragancia y hermosura de las vir-

tudes del Alma de Cristo, que es la Esposa con quien el Verbo divino habla en este lugar, y luego dice la Esposa: *veni, auster perfla hortum meum, y fluant aromata illius*, las cuales palabras parece que dice el Verbo divino a mi espíritu, que es este viento suave y blando como el aire ábrego, y le pide que sople por este hermosísimo huerto y que le lleve los olores fragantísimos que salen de él, y son de sumo deleite para el divino Esposo estas emisiones y enviados o exhalaciones que el Alma de Cristo, Esposa suya, le hace por este y con este airecito ábrego.

Tiene también el aire otra tercera propiedad, que es ser el elemento con que se respira y vive, y este airecito de mi espíritu quiere el divino Esposo que sea como la respiración que hay entre la Divinidad y su Alma, esto es, que sea el amor con que se ama aquel divino Esposo y Esposa; que sea el gozo y complacencia con que se gozan; que sea como la vida con que viven (si así se sufre decir); que sea una semejanza del Espíritu Santo en la divinísima Trinidad, que, como esta divina persona es el amor del Padre y del Hijo, la complacencia y gozo que resulta de su conocimiento infinito, de su infinito ser, y la aspiración con que viven vida divina, pues la producen por modo de aspiración, así, en su manera, mi espíritu haga estos oficios y tenga algo de estas propiedades en esta segunda Trinidad, que dijo San Juan. Estas tres propiedades del aire y este modo de recibirlas mi espíritu son las tres coronas que le da el Esposo por el divino matrimonio. La primera, que es de gloria y la da el Padre, es el recibir este aire los rayos del sol de la Divinidad; la segunda, que es de gracia y hermosura, la da esta Alma santísima de Cristo, comunicándole su gracia y virtudes que le hermosean, con aprovecharse de este aire para

las emisiones de sus divinos aromas, que es la corona que dijo el Sabio en aquellas palabras dichas: *Dabit capiti tuo augmenta gratiarum, & corona inclyta proteget te,* lo cual hace por medio de las emisiones dichas; la tercera corona, que es de gozo y la da el Espíritu Santo, recibe mi alma con esta semejanza que tiene con este divino Espíritu en las cosas dichas, la cual le causa tan sumo gozo, que no hay palabras con que poderlo significar, ni tampoco para declarar más cómo mi espíritu ejercita estas cosas y las experimenta. Unos ratos está con suma quietud y serenidad recibiendo los divinos rayos, y otros está obrando en amor, amando con gran fuerza e intensión muy íntima.

Después de esto se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras de Isaías: *urbs fortitudinis nostrae Siom Salvator, ponetur in ea murus & antemurale,* y parecíame que se le presentaba y mostraba a este santo mi alma en figura de ciudad, como a San Juan en su Apocalipsis, y que, mirándola con atención, decía: esta ciudad de Sión, fortísima es. Gran fortaleza ha puesto Dios en ella y en su edificio; pero para que esté más segura es menester, no sólo que tenga muro, sino también antemuro, y esto todo se lo dé y ponga el Salvador y aun Él mismo sea el que se ponga por muro y antemuro. En diciendo esto el Profeta, parece que entró en consejo acerca de esto la Santísima Trinidad y que dijeron lo que en los Cantares: *soror nostra parva, & ubera non habet,* nuestra hermana, aunque es ciudad, y ciudad fuerte, pero con todo es pequeña y lo será mientras esté en carne mortal. No tiene pechos de fortaleza, que ésta es significada por los pechos, porque hasta que la mujer está fuerte, grande y provecta no tiene pechos. Y dando traza la Santísima Trinidad cómo fortalecer más esta ciudad poniéndole más defensa

de torreones y puertas, dijo luego el Alma santísima de Cristo: *ego murus, & ubera mea sicut turris,* como si dijera: yo soy el muro que tengo de guardar esa ciudad, muro alto y grande, como queda dicho, que vió San Juan en su Apocalipsis, y se declaró ya cómo significaba esta Alma santísima. Y mis pechos, que son mi carne sacramentada, pechos por donde yo comunico a las almas la dulcísima leche de la gracia con abundancia, son para esta alma como torre que también la fortalezca y defienda de manera que cada vez que reciba estos pechos de mi carne sacramentada quede con nueva fortaleza y defensa, y así estará guardada y cercada con el muro fuerte, que soy yo, y también con la torre de mis pechos que es el antemuro que Isaías quería que tuviese esta ciudad, y este ser yo muro, torre o antemuro para esta alma es más en particular desde que hice que hallase cumplida paz delante de ti por medio del divino matrimonio, en el cual yo fuí la madrina y casamentera: *ex quo facta sum coram te, quasi pacem repetens,* que de esta manera se puede explicar ste lugar místicamente.

Pero no sólo se significa y muestra con semejanza de ciudad mi alma en este estado, sino con semejanza de viña, y así dice luego el Alma de Cristo en los mismos Cantares: como ella es viña para este Señor pacífico y *vinea fuit pacifico in ea qui habet populos.* Como si dijera: yo soy la viña principal de este divino Esposo, viña tan grande, que tiene dentro de sí pueblos que son los predestinados. Y soy viña, no sólo en cuanto al alma, sino en cuanto al cuerpo, y éste le entregó el Señor de esta viña a guardas que le trataron muy mal, y no sólo no le guardaron, sino que todo el vino y licor que había en esta viña, que era su sangre, lo exprimieron en el lagar de la cruz.

Lo derramaron en el Calvario sin que hubiese apenas quien se aprovechase de él, como si fuera de poco valor.

Pero, Señor, esta alma de Teresa que es hija mía y viña plantada de la viña grande, que soy yo, no la entregaré ni encomendaré ni la fiaré de nadie, sino que, como hija muy amada, la tengo y tendré siempre delante de mí: *vinea mea coram me est.* No la perderé un punto de vista.

Parece que estaba mirando el profeta David con su espíritu profético esta viña plantada en tal lugar, y aplicándole aquellos versos de un salmo en que, hablando de la viña del pueblo de Dios, decía: *vineam de Egipto transtulisti: ejecisti gentes & plantasti eam.* Como si dijera: esta viña la quitaste de Egipto, que es el mundo, para traspasarla y trasplantarla en ese dicho lugar; echaste fuera de ella todo lo que es criaturas y plantaste solamente para ti *operuit montes umbra eius, & arbusta ejus cedros Dei.* Estas palabras tienen grande misterio, y para declararle es menester advertir que la sombra es como accidente que representa muy al vivo la persona de quien es y de quien procede la misma sombra, de manera que cuanto hace la persona tanto parece que hace la sombra y parece ella misma, y no es sino accidente causado de ella.

La persona del Padre Eterno, viendo y conociendo su hermosura y la grandeza de su divina esencia, y como es suma bondad, tuvo luego infinita inclinación a comunicarse y comunicóse a su Hijo, el Verbo Divino, y no se comunicó en sombra ni así de tal mente como las criaturas; sino sustancialmente comunicándole su misma sustancia y naturaleza. Y así lo que en las criaturas y cuerpos humanos es sombra de persona y no persona, porque es sólo accidente y no sustancia, esta comunicación del Padre al Hijo, como es sustancia y no

accidente ni sombra, es fuerza que sea persona distinta aunque la Naturaleza sea y es una misma. El Hijo también, conociendo su divina naturaleza en sí y en el Padre, tuvo también infinita inclinación a comunicarse, y las dos divinas Personas se comunican infinitamente al Espíritu Santo, dándole también su misma naturaleza y sustancia. Y como es sustancia y no accidente ni sombra, es fuerza que también sea persona distinta, aunque la sustancia y naturaleza sea la misma que la del Padre y del Hijo. El Espíritu Santo también tenía infinita inclinación a comunicarse, pero como por modo de sustancia y persona distinta no era posible, porque no pueden ser más de tres las Personas divinas, comunícase por sombra y accidente a los espíritus criados, que son los que están más inmediatos al Espíritu Santo. Esta sombra y accidente con que el Espíritu Santo se comunica a los espíritus criados es la gracia; y como en el tiempo que pasó desde la creación del mundo hasta que Dios se hizo Hombre se daba esta gracia con tanta tasa y límite, y la inclinación de comunicarse el Espíritu Santo era tan infinita como la de las otras dos divinas Personas, y no sólo no se podía comunicar infinitamente como el Padre y el Hijo lo habían hecho y lo hacen y harán sin fin, sino que aun de ese modo limitado de comunicarse, que era por sombra y accidente, que es la gracia, era escasamente, porque no hallaba vasos, ni disposición para hacerlo, estaba represada esta inclinación infinita, y, hablando a nuestro modo de entender, parece que le fatigaba y cansaba el no poder cumplir aquella ansia. Y así dió traza cómo Dios se hiciese Hombre y que la Naturaleza divina se comunicase, no sólo por sombra y accidente, sino personalmente a la naturaleza humana. Y aunque el Espíritu Santo no la supositó en sí,

sino en la Persona del Verbo, porque convino más así, fué el que hizo esta unión y la obró. Pues esta obra admirable de la Encarnación toda se atribuye al Espíritu Santo, y con esto descansó, como dijo Isaías: *egredietur virga de radice Iese, & flos de radice eius ascendet, & requiescet super eum Spiritus Domini,* como si dijera: hasta que de la vara de la raíz de Iese salió la flor, que es el divino Nazareno y florido Cristo. No descansó el Espíritu Santo, porque se comunicaba limitadamente en este Señor, sí que descansó porque se comunicó de todas las maneras que es posible comunicarse, y con inmensa plenitud, no sólo de gracias de que este Señor estuvo lleno, como dijo San Juan: *plenum gratiae, & veritatis,* que esta gracia, aunque tan inmensa, es al fin accidente, sino que se comunicó haciendo una obra tan maravillosa, como fué que la persona del Verbo habitase corporal y personalmente en la naturaleza humana de Cristo, como dijo San Pablo a los demás espíritus criados. Sólo se comunica el Espíritu Santo en sombra; pero es menester advertir que, como el cuerpo opaco y obscuro causa sombra obscura, el cuerpo luminoso y resplandeciente causa sombra luminosa y resplandeciente, como los rayos del sol cuando pasan por un cristal la sombra que hace es de resplandor. Y así como el Espíritu Santo es luz inaccesible, la sombra que hace en las almas puras como cristal es el resplandor y accidente de la gracia, y cuanto más puro es el cristal y más capacidad tiene, más y con más eficacia recibe la sombra luminosa del sol. Y de la misma manera, cuanto mayor pureza y capacidad espiritual y mejor disposición tiene un alma, tanto más eficazmente es penetrada y clarificada de la gracia, que es la sombra y accidente con que la luz inaccesible del divino Espíritu se le comunica. ¿Y como el cris-

tal y el agua cristalina es semejanza del alma que le recibe.

Desde el punto que se crió el mundo mostró este divino Espíritu gran inclinación a las aguas, y así en diciendo la divina Escritura: *in principio creavit Deus coelum & terram,* dijo luego *& Spiritus Domini ferebatur super aquas,* y en otros muchos lugares de la Escritura se muestra esto mismo. También, no sin misterio, dijo San Juan en el Apocalipsis, que aquella claridad de Dios que alumbraba y esclarecía aquella dichosa ciudad, Esposa del Cordero, resplandecía como cristal, para significar cómo la divina sombra luminosa del Espíritu Santo se imprime en el alma y la hace sejante a sí, y tanto más semejante cuanto es mayor la sombra de la gracia que recibe. Esto parece que quiso decir el ángel San Gabriel a la Virgen Santísima, cuando preguntando el modo como se había de hacer Dios hombre en ella la respondió: *Spiritus Sanctus superveniet in te, & virtus Altissimi obumbrabit tibi,* como si dijera: Demás de la gracia que ahora tienes de que estás llena, sobrevendrá otra avenida de gracia, tan abundante, que te hará el Espíritu Santo semejante a sí, sobreviniendo en ti y haciéndole sombra suya. No puede el Espíritu Santo dar al Padre ni al Hijo la Naturaleza divina, porque las dos divinas Personas se la tienen y el Espíritu Santo la recibe de ellas, y ellas no la raciben del Espíritu Santo, aunque es una misma la naturaleza. Y en el Espíritu Santo está el Padre y el Hijo, así como en el Hijo y en el Padre está el Espíritu Santo. Pues este divino Espíritu, ya que no le da a la persona del Hijo la naturaleza divina en el modo dicho, quiere darle la naturaleza humana, que ha de ser una persona como la divina. Y esta naturaleza humana quedará tan ennoblecida y levantada, que para que tú seas digna morada suya y purísima materia de que se for-

me aquella sagrada humanidad, será necesario que el Espíritu Santo tenga sombra suya, esto es, que sea tan superabundante la gracia que te comunique que parezca tu espíritu una viva semejanza del mismo Espíritu Santo; de manera que, cuanto la sombra de la gracia es mayor, más semejante queda el alma a aquella Divina Persona de quien procede esa sombra que, como se ha dicho, es el Espíritu Santo. Pues mirando David esta viña de que se iba tratando, con tanta gracia como admirado dice: *operuit montes umbra ejus, & arbusta eius cedros Dei,* como si dijera: no sólo la esencia de esa alma que es el lugar de donde salen los cedros altísimos y hermosísimos de sus potencias, está lleno de sombra; sino que cubre también los montones, que son esos mismos cedros y potencias; y todo lo veo bañado y cubierto de esa sombra luminosa, y tan resplandecientes y hermosos están estos montes que se quieren parecer y tener semejanza con las Divinas Personas, que son los montes a quien yo levanto mis ojos esperando recibir de ellos auxilio: *Levavi oculos meos in montem, unde veniet auxilium mihi.* Pues si al paso y a la medida que se participe de la sombra luminosa del Espíritu Santo es la semejanza que se participa de él, y participando semejanza del Espíritu Santo, consiguientemente se ha de participar de las otros dos Divinas Personas, porque todas son un Dios, siendo tanta y tan grande la sombra luminosa de esta alma, no sólo en su esencia, sino en sus potencias, claro está que es muy semejante a Dios, y que así no se ha de contentar con menos esta viña que con echar sus sarmientos y pámpanos hasta el mar y hasta el río: *Extendit palmites suos usque ad mare, & usque ad flumen propagines eius.*

Como si dijera: veo esta viña por una parte cercada del

mar inmenso de la Divinidad; por otra, del río caudalosísimo del alma de Cristo, y que sus sarmientos, que son sus potencias, se extienden hasta entrarse y anegarse en aquel divino mar. Y sus pámpanos, que son sus actos y operaciones, tocan también y se emplean en aquel hermoso río. Y de esta manera ya no es solamente este Espíritu semejante al aire material en las tres cosas dichas de recibir los rayos del sol y esparcir y llevar los olores y causar vida y aliento con la respiración, como se ha dicho, haciendo estos oficios y teniendo estas propiedades acerca del alma de Cristo, sino que también es semejante este Espíritu al mismo aire divino con que respira Dios (hablando a nuestro modo de entender), que es el Espíritu Santo, el cual se comunica en semejanza de aire, como cuando crió Dios a Adán, que dice la Escritura: *Inspiravit in faciem eius spiraculum vitae*, sopló en su rostro un soplo de vida, que es este divino Espíritu. Y Cristo, después de resucitado, sopló en sus discípulos, diciendo: recibid el Espíritu Santo. Y el día que este divino Espíritu se comunicó y fué enviado a la tierra con abundancia: *spiritus Domini replevit orbem terrarum*, vino en forma de viento vehemente, *tanquam advenientis spiritus vehementis*. Pues de este divino aire quiere Dios que se parezca mi espíritu y que no sólo reciba sus rayos, sombra y semejanza, como se ha dicho, sino que también esparza y lleve los olores de los aromas de sus divinas perfecciones, las cuales se comunican y gozan por este divino aire, y sea el amor, gozo y afición con que las Divinas Personas se aman. Y siendo de esta manera tan parecido mi espíritu al divino, dirá el alma de Cristo lo que dice en el libro del Eclesiástico: *Ego quasi vitis, & ego mater pulchrae delectionis.* Como si dijera: Este espíritu de Teresa es mi hijo, y gózome de ser madre de un espíritu

al que puedo llamar amor hermoso, si no infinito ni poderoso, como lo es el Espíritu Santo, a lo menos amor hermosísimo, que juntamente tiene temor, pero con magnanimidad y santa esperanza, *timoris, & magnitudinis, & sanctae spei.* Y más adelante dice: *Spiritus meus super mel dulcis, & hereditas mea super mel & favum: memoria mea in generationes saeculorum.*

Parece que esta madre amorosísima, requebrándose con este espíritu, hijo suyo, no acaba de decir cuán bien le parece y cuán dulcemente le sabe por la semejanza que tiene con el Espíritu Santo, el cual se compara también a la miel. Y dice: Este espíritu de Teresa que es mío, porque es mi hijo, es más dulce que la miel, y ésta, mi heredad y viña es tanta la dulzura de su amor, que excede a la de la miel y el panal, y así tendré de él la memoria para siempre. Esta heredad y viña la está todavía contemplando David en su salmo, y prosigue: *Ut quid destruxisti maceriam ejus &.* Señor, veo esta viña tan cercada, no sólo con cerca ordinaria, sino con muro y torre, que no podré darte la queja que te dí de la otra viña de tu pueblo; que por qué habías destruído su cerca, con lo cual estaba a peligro de ser destruída de los que pasaban por el camino y de ser pacida y maltratada de las bestias y animales inmundos. Muy diferente has hecho con esta viña, en la cual veo todo lo que Isaías dice que vió que había hecho Dios en ella: *sepivit eam, & plantavit eam electam, & aedificavit turrim in medio ejus & torcular extruxit in ea,* las cuales cosas expresó también y declaró Cristo, Nuestro Señor, en su Evangelio en la parábola de la viña, diciendo cómo la había cercado y edificado torre y lagar, y cómo le fué tan mal con arrendarla a labradores que no le dieron los frutos, sino antes fueron tan descomedidos como el mismo Evangelio dice. Estotra viña de mi alma no

quiso arrendarla a nadie, sino encargársela solamente a su Esposa, la cual dice: *Posuerunt me custodem in vineis: vineam meam non custodivi,* como si dijera el alma de Cristo: Las tres Divinas Personas me pusieron por muro y guarda de esta viña, y yo he procurado y deseado tanto no sólo su guarda sino su aumento, que las virtudes, cepas y sarmiento de mi viña, los he plantado en ella y no los he reservado ni guardado para mí sola.

Va prosiguiendo el santo Rey David en su salmo, pidiendo a Dios que visite esta viña muy a menudo y que la mire y la perfeccione y lleve en aumento. Y luego dice: *Incensa igne & sufosa,* como si dijera: mientras más miro esta viña, más cosas maravillosas veo en ella. Ahora la veo, no sólo con madura y sazonada fruta, porque siempre le están dando los rayos del Sol de Justicia, sino que ese mismo sol, como es tan fuerte y hiere siempre en ella, la ha encendido toda y se está abrasando, porque tiene también muro de fuego, como dijo Dios por el profeta Zacarías: *Ego ero ei, ait Dominus, murus: ignis in circuitu, & in gloria ero in medio eius.* Como si dijera: Su Majestad no me contentó con envestir mis rayos como Sol de Gloria y de Justicia en esta viña, sino que la cercase también con otro muro de fuego para que esté ardiendo, que es el amor de los prójimos y de la caridad perfecta con ellos. Junto con ver David que esta viña se abrasaba, dice que vió en ella cavas y hoyo profundo, *& suffosa;* por el cual se significa el lagar de esta viña, el cual está cavado en lo profundo de ella, porque el temor y el conocimiento profundo de las miserias y propia flaqueza y la confusión de ver lo que Dios ha hecho con ella y su mala correspondencia, y cuán sin merecimientos suyos lo ha hecho todo este amorosísimo Señor, dueño suyo, y

cuán estrecha cuenta la ha de pedir de tan inmensos beneficios, es el lagar y espejo con que se está como exprimiendo en él, echando en aquella cava y hoyo de su propio y profundo conocimiento todos los racimos negros de esta viña, que le parecen al alma son de mucho desprecio suyo e indignos de que Dios los vea; esto es: sus obras cubiertas del hollejo negro de imperfecciones y faltas, y por este reconocimiento y sentimiento, confusión y desprecio, hace que el Divino Esposo y dueño de esta viña saque, de esos racimos negros y a su parecer feos, un licor y vino hermosísimo; y le estima en tanto que sólo Él quiere exprimirle y sacarle de ese lagar profundo. Y así dijo por Isaías: *Torcular calcavi solus, & de gentibus non est vir mecum*, como si dijera: Yo sólo tengo de sacar el licor de este lagar y ninguna criatura quiero que entre en él, porque no se me malogre algo. Y como el vino era de racimos negros y, por el consiguiente, vino tinto, mancháronsele las vestiduras como con sangre; pero todo lo da por bien empleado a trueque de tener por suyo vino tan gustoso y deleitoso para Él; y así se precia de haberse manchado el vestido por esta causa, y le muestra a los cortesanos del cielo, los cuales le preguntan: *Quare ergo rubrum est indumentum tuum, & vestimenta tua, sicut calcantium in torculari?*, y respóndeles lo que queda dicho: Porque quise pisar yo solo el lagar de mi viña.

Viendo la Esposa, el alma de Cristo, que tanto gustaba de este vino y que se había puesto su sagrado cuerpo, que es el vestido tan manchado, como estuvo en su Pasión por pisar este lagar, le dice en los Cantares: *dabo tibi poculum ex vino condito, & mustum malorum granatorum meorum*, como si dijera: yo te daré, Esposo mío, ese vino tinto que tanto estimas y precias de lo que se exprime en el lagar de la viña de Tere-

sa con el peso del temor, confusión y conocimiento propio, y esto sin que ya te cueste nada de trabajo. Y yo juntaré este vino con el mosto de mis granadas, que es otro género de vino preciosísimo y sin heces de imperfecciones, porque en mí no las puede haber, sino mosto rojo y purísimo de amor. Y todo junto será un vino adobado preciosísimo y de sumo deleite para ti.

XVIII

Otro día se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras que Dios Nuestro Señor dice por el Eclesiástico: *quasi palma, exsaltata sum in Cades*, y se me declararon de esta manera: ya queda dicho en otra parte que Cades es significación de la cumbre de la santidad, y así, quien está levantado sobre esta cumbre de santidad, y lo es por esencia, es Dios Nuestro Señor, el cual es significado por la palma, por su infinita alteza y pureza. Y estaba este divino Señor tan levantado y altísimo, y de la misma manera, por consiguiente, lo estaba también su fruto, que es el Verbo divino, que no había criatura que le pudiese alcanzar, y bien propiamente se llama el Verbo divino fruto de esta altísima palma, pues lo mismo es hijo que fruto. Y siendo hijo es también fruto suyo, pues deseando este divino Señor que le alcanzasen los hombres y comunicarse a ellos, crió una criatura de altísima estatura, que fué el alma de Cristo, para que le pudiese alcanzar. Y así esta alma santísima, desde el punto que fué criada fué altísima. No fué creciendo como las demás palmas, sino que en un instante tuvo toda la alteza que había de tener de gracia, la cual fué tan grande que

excedió sin ninguna comparación a la de todas las demás criaturas juntas, pues viéndola el divino Esposo, que es Dios, le dice en los Cantares: *statura tua assimilata est palmae, & ubera tua botris,* como si le dijera: yo soy la palma altísima que estoy suma e infinitamente levantada en la misma santidad y estatura y grandeza. En esa misma santidad y gracia es tan alta y levantada, que puedo decir que es semejante a la mía y que eres otra palma altísima y tanto que podrás alcanzar mi fruto, y así dijo luego esta alma y altísima Esposa y palma: *ascendam in palmam, & apprehendam fructus eius.* Y al punto fué levantada hasta el mismo ser de Dios, y cogióla el fruto de la palma, que es el Verbo divino, y juntóla a sí tan fuertemente que parecía fruto suyo y como producido de su palma, porque no hacía distinción de persona, sino que la palma y el fruto parecía tan uno como si de ella hubiera nacido: pero no nació de ella, sino sólo de la Palma del Padre Eterno; *& ex Patre natum ante omnia saecula.* Pero fué tan estrecha la junta y unión que este divino fruto hizo con la palma de la naturaleza humana de Cristo, que no fueron más de solo un supuesto y persona ambas naturalezas.

Este divino fruto de esta palma, dice la Esposa que es como racimo de uvas y que es como pechos de la palma: *erunt ubera tua, sicut botri vineae.* En habiendo cogido este fruto, mirándole con atención le parecen pechos, y pechos como racimos de uvas, significación muy propia del Verbo divino, el cual, aunque es fruto de palma, es racimo de uvas, porque tiene en sí y procede de él y del Padre aquel vino purísimo y fortísimo, que es el Espíritu Santo, y este racimo y este vino que procede de El son pechos de la persona del Padre y ambos los comunicó al mundo: el del Verbo divino, por

la encarnación y unión dicha con la naturaleza humana, y el del Espíritu Santo derramándole sobre toda la tierra y sobre toda carne, como había prometido por el profeta Joel: *effumdam Spiritum meum super omnem carnem.* Y así por estos dos pechos del Padre eterno, que son el Verbo y el Espíritu Santo, recibió el mundo todo cuanto pudo recibir de Dios, y Dios le comunicó todo cuanto pudo comunicarle de sí y esto todo por medio de haber alcanzado la naturaleza humana de Cristo el fruto altísimo de la palma y haberle asido y unido a sí tan fuertemente como significa en aquella palabra: *apprehendam fructus ejus.* Y como el fruto de la palma divina que es la persona del Padre Eterno, y el que esta palma de la naturaleza humana de Cristo tiene es todo uno, mirándose el Padre Eterno en ella también le compara a pechos y esos como racimos, como se dijo al principio: *statura tua assimilata est palmae & ubera tua botris,* no sólo es tu estatura semejante a la mía, sino que el racimo que tienes es el mismo que tengo yo, que aunque en cierta manera parece que salió de mí para ser tuyo conmigo se quedó también.

No solamente el alma de Cristo es palma, sino también lo son las almas de los justos, aunque con mucha diferencia, lo cual significa David en un salmo por estas palabras: *justus ut palma florebit; sicut cedrus Libani multiplicabitur: plantatus in domo Domini, in atriis domus Dei nostri florebunt,* como si dijera: el justo también es palma, pero es palma plantada de su principio y poco a poco va creciendo y floreciendo. No es como el alma de Cristo, que desde que fué criada fué altísima y luego, al punto, tuvo fruto en la manera que se ha dicho.

El justo no sólo crece poco a poco como las palmas mate-

riales, sino que también tiene primero flor que tenga fruto, pero, con todo, llegan almas a estado y a tanta grandeza en perfección y santidad, que también se les comunica este divino racimo. También se muestran con pechos y con este divino fruto, que esto parece que quiso decir en aquellas palabras que se siguen: *adhuc multiplicabuntur in senecta uberi.* Como si dijera: después de haber florecido esta palma del justo, fué multiplicando tanto su santidad y perfección, fué siendo en ella tan antigua y anciana, digámoslo así, que ya tiene pechos, ya tiene fruto de racimos como pechos, o tiene pechos como racimos, a semejanza de la palma divina, que es Dios, y del alma de Cristo, que también los tiene, como se ha declarado. Pero al alma del justo de ninguna manera fuera posible alcanzar este fruto y racimo, si el alma de Cristo no le hubiera alcanzado primero por este camino y en alguna manera se bajase y se humanase para que el alma del justo le pudiese alcanzar. Y esto parece que era lo que pedía la Esposa en los Cantares: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae ut inveniam te foris & deosculer te & jam me nemo despiciat!* ¡Quién te me diere, Verbo divino, que te viese yo como racimo, no encumbrado en lo altísimo de la palma de tu Padre Eterno, sino colgado en los pechos de la naturaleza humana y de tu alma santísima, que es mi madre! Y hallándote allí solo, como si no tuvieras padre, porque tienes escondida Su Majestad, yo pudiera llegar a besarte, que es lo mismo que juntarme contigo y hacer una estrechísima unión y divino matrimonio. Y de esta manera ennoblecida, ya nadie me despreciara, porque me mirara como a Esposa y mujer de tan sumo Rey, aunque está tan apocado y tan pequeño al parecer de los hombres, como dijo San Pablo: *Se suetipsum exinanivit, formam servi acci-*

piens. Con todo eso no se puede dejar de conocer algo de lo que tienes encubierto, para que yo pueda cogerte y unirte conmigo, de manera que también mi palma se muestre con ese racimo, a semejanza de como te tiene mi madre traspuesto en su pecho, como el unicornio en el pecho de la doncella hermosa que le rinde con su afición. Así te muestras manso, y así puedo decir con David en el mismo salmo: *Exsaltabitur, sicut unicornis, cornu meum & senectus mea in misericordia uberi*; como si dijera: mi fortaleza, que es mi cuerno, será tan levantada y atrevida, que no sólo sea como la del unicornio, sino que coja y me apodere del mismo unicornio divino, hallándole puesto en los pechos de mi madre; y de esta manera le tendré yo también en los míos y seré palma con fruto y con pechos, en la manera dicha.

Y luego prosigue en los Cantares: *Apprehendam te, & ducam in domum matris meae.* Dióseme a entender que lo que se ha dicho hasta aquí, ya mi alma lo había alcanzado, ya había dado el divino ósculo a este divino racimo; que mi madre, el alma de Cristo, me le tenía a sus pechos, para que me uniese y desposase con Él, y aun celebrase bodas, como me había mostrado, que ahora podía decir: *Apprehendam eum &*; que son las mismas palabras que el alma de Cristo dijo en los Cantares, cuando subió a la palma a coger el fruto y unirle consigo, con tan estrecha unión y matrimonio. Y que aunque el que hacía con mi alma no podía llegar a aquel grado, era, por lo menos, tan semejante a Él, que le podía yo significar con las palabras que ella lo significó: *Aprehemdam eum.* Y reparé en que nombra dos madres en las palabras dichas de los Cantares, diciendo primero que le quiere ver y hallar a los pechos de su madre, y luego que le cogerá y atará muy fuertemente consigo y le llevará a la casa

de su madre. Pues si estaba en los pechos de su madre, ¿cómo le ha de llevar a la casa de su madre? Dióseme a entender que dos madres tiene mi alma: la una, el alma de Cristo, a cuyos pechos está el Verbo divino ligado; la otra madre es la esencia divina, la divinidad del Padre, que por declarar más el amor tan tierno que nos tiene, no se compara tanto en la Escritura al Padre como a la Madre, y así dice por Isaías: *In utero meo portavi vos;* y si la madre se olvidara del hijo que salió de sus entrañas, yo no me podré olvidar de ti, de manera que quiere este divino Señor llamarse madre y hacer con mi alma los oficios de tal, y las muestras de su ternísimo amor, para dar a entender cuán por suyo tiene mi alma este divino racimo del Verbo divino, que es con quien está ligada y unida con vínculo de matrimonio, el cual, en lo corporal, le llama San Pablo grande Sacramento, porque es símbolo y significación del que Cristo hace con las almas. Y si por razón del dicho matrimonio tiene potestad, en cierta manera, la mujer en el cuerpo de su varón, como dice el mismo San Pablo, también en este otro matrimonio espiritual viene a tener el alma cierta manera de poder en su divino Esposo, y le tiene tan por propio y suyo, que dice que le llevará a la casa de su madre; esto es, a la persona del Padre Eterno, y se le ofrecerá como si fuera cosa suya, recibiendo sumo gozo de poder hacerle tal presente a su madre y ofrecerle tal racimo, aunque esté dentro del mismo Padre Eterno esta unión que el Verbo divino hizo con la naturaleza humana y la que hace con las almas escogidas pa este divino espiritual matrimonio, según parece que decla David en un salmo, diciendo: *Semel locutus est Deus: duo h audivi, quia potestas Dei est, & tibi Dominé, misericordia;* co si dijera: el Padre Eterno desde su eternidad tuvo dentro de

un concepto divino, que es su Hijo. Este concepto no le había manifestado a los hombres, hasta que llegando el día que estaba determinado para esto, que fué el de su Encarnación, habló el Padre Eterno sólo una palabra, manifestando y como sacando en alguna manera de sí aquel divino concepto. Que el concepto del entendimiento con la palabra se manifiesta y se comunica a los hombres, y quedándose el concepto en el mismo entendimiento, sale en alguna manera de él y le reciben los que oyen la palabra con que el concepto se declaró: así aunque la persona del Hijo como concepto del Padre Eterno, no puede salir de él de manera que falte de allí, sale a lo menos de manera que se manifiesta y comunica a los hombres, y le reciben como a ellos es posible.

Y así, dijo Cristo: *Exivi a Patre, & veni in mundum.* Esta palabra sola que habló el Padre una sola vez, *semet locutus est Deus*, la oyó David de dos maneras, y le pareció que de dos modos se comunicaba y recibía, *duo haec audivi.* La primera manera fué como la oyó y la recibió la humanidad de Cristo, con tal unión y con tal conocimiento, que en aquel modo ni en aquel grado no es posible ni oirla ni recibirla otra pura criatura. La segunda manera es como la reciben y se les comunica a las almas, particularmente a las que Su Majestad tiene escogidas para unirlas consigo con unión muy semejante a la que hizo con su sagrada humanidad, a las cuales las saca de sí mismas y de lo que es humano y terreno, y las lleva a la soledad de la contemplación, y allí les habla esta palabra al corazón, como dijo el mismo Señor por el profeta Oseas: *Ducam eam in solitudinem, & loquar ad cor eius;* esta divina palabra no le percibe ni comprende el entendimiento. Y así, dice que le habla al corazón, y lo mismo dijo David: *Audiam, quid loqua-*

tur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, & super sanctos suos, & in eos, qui convertuntur ad cor; al corazón toca derechamente el recibir esta divina palabra, el sentirla, amarla y unirse con ella.

En la primera unión, que fué con la naturaleza humana de Cristo, mostró Dios grandemente su omnipotencia; y así, dice David en tratando de ella: *Quia potestas Dei est, & tibi, Domine misericordia;* en estas últimas palabras habla de la segunda unión, que es con el alma, Esposa suya, en la cual muestra grandemente su misericordia, y por esto dijo: *& tibi, Domine, misericordia*. No se puede decir con palabras de la manera que mi alma siente esta posesión y propiedad que tiene de Dios como de Esposo suyo, y de la manera que se le comunica este divino Verbo y palabra del Padre, y cómo le siente tan unido consigo como lo está el racimo con la palma, y cómo este racimo es de uvas y tiene en sí el divino licor y vino, que es el Espíritu Santo, y estas dos divinas personas le son como pechos que la están comunicando y derramando en ella aumentos de gracias y mercedes.

Este comunicar del Padre Eterno su divina palabra y concepto a los espíritus criados, declaró David más en otro salmo diciendo: *Coeli enarrant gloriam Dei, & opera manuum ejus annuntiat firmamentum;* como si dijera: Este cielo nuevo y este firmamento intelectual y espiritual del alma unida con Dios, está predicando y manifestando su gloria y las maravillas que ha obrado en una criatura; la cual, por la participación que tiene del mismo Señor y de su luz inaccesible, que como tal la está iluminando, según dijo San Juan en el Apocalipsis, está siempre como día clarísimo. Para la esencia de esta alma, no hay noche, sino una semejanza del día eterno, porque mora en ella

la luz eterna que emana de la esencia divina, la cual se puede llamar día clarísimo y refulgentísimo de luz inaccesible. Pues morando y estando en cierta manera unido este día infinito de la esencia divina y, en particular, mirándola en cuanto la persona del Padre Eterno con la esencia del alma, que también en su manera es día, como se ha dicho, dice David: *dies diei eructat Verbum;* como si dijera: el día infinito de la persona del Padre habla una palabra al día de la esencia del alma, que también está como día clarísimo por la iluminación de la gracia que ilustra y alumbra más que el sol de medio día, y la palabra que habla este día increado al día criado, es su mismo concepto, que es el Verbo, comunicándosele para que sea también concepto de su entendimiento.

De dos maneras comunica una persona a otra el concepto que tiene en su entendimiento: la una, mostrándole alguna semejanza de la cosa que quiere dar a entender, y la otra, diciéndole alguna palabra con que le declare el concepto que le quiera manifestar. De estas dos maneras comunica el Padre Eterno su divino concepto, que es su Hijo, a las criaturas intelectuales. De la primera manera, que es por medio de alguna semejanza o especie del mismo concepto, se comunica a los espíritus bienaventurados, los cuales están viendo este concepto dentro del mismo Padre, por medio de la lumbre de gloria que se les da al entendimiento, la cual es como una especie divina que une al entendimiento con Dios, de tal manera que, sin medio de palabras, entienden y ven este divino concepto como él es, y no por semejanza. Pero puédese llamar semejanza o especie, porque así como para ver nuestros ojos corporales las cosas materiales como ellas son es por medio de una semejanza que de ellas se forma y de las especies que la luz comunica a

la potencia visiva, y de esta manera ven todas las cosas como ellas son, así, para que el entendimiento criado pueda ver a Dios, es menester que por medio de la lumbre de gloria se una con su entendimiento al mismo Dios, y de esta manera le vea como Él es, quedando impreso en su entendimiento el mismo concepto que la persona del Padre tiene en el suyo, que es la divina sabiduría. La segunda manera de recibir el entendimiento el concepto, que es oyendo alguna palabra con que se comunique, es más propio de esta vida, porque en ella no conoce el entendimiento a Dios, viéndole como es en sí mismo, porque le falta la especie divina de lumbre de gloria sin la cual no puede ser visto, sino recíbele por medio de la fe, la cual es la que habla al oído interior del mismo entendimiento y por ella le comunica el Padre Eterno este divino concepto y palabra suya. El entendimiento hace en el alma oficio de ojos y oídos, porque es el que ve las cosas inteligibles, por medio de las especies visivas, y el que escucha y oye con atención las cosas que se le comunican por especies que tocan al oído. Y así, oye y percibe aquesta divina palabra que el Padre le comunica, por medio de la fe, la cual es especie divina con que el oído interior oye a Dios y percibe y recibe este divino Verbo y palabra. Así lo dijo San Pablo en aquellas palabras, declarando otras de Isaías: *Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.* La fe toca al oído y entra por él, no sólo por el oído corporal, sino por el espiritual e intelectual, con el cual oye y recibe la palabra divina y Verbo eterno, el cual, aunque siempre está en su Eterno Padre, ese mismo Padre, morando en el alma, le comunica al entendimiento y le imprime en él por la fe, de lo cual consiste su buenaventuranza, en esta vida como en la eterna, el tener le impreso

por lumbre de gloria. Y así, dijo Cristo: Bienaventurados los que oyen esta divina palabra y la guardan impresa en su consentimiento.

Dice luego David: *& nox nocti indicat scientiam: non sunt loquelae, neque sermones, quorum non audiantur voces eorum*. Como si dijera: la noche enseña ciencia a la noche, y este divino concepto y palabra, aunque se oye y percibe, no enseña con muchas palabras ni con voces que se puedan oir, sino con sumo silencio, estando el entendimiento dormido y en oscuridad de todo lo natural y sensible, de manera que se pueda llamar noche mística la noche de la fe, que también se puede llamar noche; porque no muestra las cosas divinas con luz clara, ni distinta, sino con oscuridad; aunque certísimamente, comunica, muestra y enseña la divina ciencia e inmensa profundidad de esta palabra, con la cual une al mismo entendimiento por medio de aquellas tinieblas místicas, y lo deja vestido de la divina sabiduría, con una posesión e impresión de aquel divino concepto, que, siendo sola una palabra, conoce en ella infinitas grandezas y secretos de profunda sabiduría. Parece que miraba David en otro salmo al entendimiento vestido de este divino concepto, y que, admirado, dijo: *Abyssus sicut vestimentum, amictus eius super montes stabunt aque;* como si dijera: del abismo infinito y profundo de las aguas de la divina sabiduría está vestido como de vestidura, y la abundancia de estas aguas divinas y de las noticias místicas que de ellas se comunican al entendimiento, es tanta, que sube sobre lo más encumbrado de los montes y de todas las cosas materiales y sensibles, y de todo lo que el entendimiento puede alcanzar con luz natural. De esta comunicación y divina impresión en el entendimiento quo se ha dicho, se sigue luego que el Espíritu

Santo ponga su asiento y morada en la voluntad. Y así, dijo luego David: *In soie posuit tabernaculum suum, & ipse tanquam sponsus, procedens de thalamo suo.* En estas palabras parece que habla el santo profeta con el Espíritu Santo, porque de sola esta persona se puede decir que procede, y es propio suyo el proceder del Padre y del Hijo, y dice que procede como Esposo, porque esta unión del alma con Dios, como es toda de amor y de gracia, pertenece muy propia y principalmente al Espíritu Santo, aunque sea con todas tres divinas personas. Y así, el Espíritu Santo se nombra y se muestra como Esposo que saliendo y procediendo del Padre y del Hijo se comunica a las almas. Y las dos divinas personas se le envían para que ponga en ellas su tálamo y haga morada y tabernáculo muy de asiento en la voluntad, la cual está tan ilustrada e iluminada con la sombra luminosa de este divino espíritu (con la caridad y la gracia, como se ha dicho), que se puede llamar sol.

Porque aunque el entendimiento está como en tinieblas por causa de que la luz inaccesible del Divino Verbo le deslumbra por la flaqueza de su vista y así queda a oscuras y como ciego, la voluntad es diferente, que como ella de suyo es potencia ciega no le causa la comunicación del Espíritu Santo tinieblas, sino rayos ardientes, de tal manera, que aunque son en sombra es tan luminosa que parece un sol, y en ese sol de la gracia y caridad de que esa voluntad está ilustrada, se imprime y pone su asiento el Espíritu Santo: *in sole posuit tabernaculum suum*, y la abraza y diviniza de manera con la participación e impresión de su fuego, que no hay cosa en toda el alma que se pueda esconder de él: *nec est qui se abscondat a calore eius*, todo lo abraza su calor y así todo queda semejante a ese mismo fuego y hecha una cosa con él.

XIX

El día de Pascua, de Espíritu Santo, fué más en particular cuando mi alma sentía este modo de comunicación; pero era con una noticia sencilla y delgada, y sin los conceptos espirituales e ininteligibles que otras veces suelo tener, con que percibo mejor el modo como se obra en mí la merced que recibo y la puedo declarar y escribir. Esta no es posible, ni yo hallo palabras como declararla ni el modo con que después de esto he quedado, que es con una compañía y asistencia de las tres Divinas Personas, tan íntima y espiritual y tan diferente de como otras veces la he tenido, que no sé cómo decirlo, ni la unión que mi alma y las potencias sienten con Dios, obrando con un modo sumamente quieto y pacífico, en unión del mismo Dios. Siempre querría el alma estarse en esto, y siente notable repugnancia y cansancio con las cosas exteriores, de cualquiera manera que sean, porque quisiera vivir tan fuera de ellas y aun de sí misma como si estuviera apartada del cuerpo y se viese morar sin interpolación en aquella región espiritual que dentro de sí se le descubre, donde participa de la luz inaccesible, a vista de la cual todo le parece tinieblas y sombra de muerte. Algunas veces siento grandísimas ansias de padecer todos cuantos modos de trabajos se pueden padecer en esta vida, y le digo a Nuestro Señor, con lágrimas: ¡Quién puede desear tanto la honra como yo deseo el ser deshonrada y menospreciada de todo el mundo por ti! ¡Quién puede desear tanto la vida como yo deseo la muerte por verme sin peligro de ofenderte, y por ver claramente a quien tanto amo! ¡Quién

puede desear tanto el ser amado de las criaturas como yo deseo el ser aborrecida de todas, por ser más amada de ti! ¡Quién puede desear tanto la comunicación de las mismas criaturas como yo deseo la abstracción de ellas por estar más a solas contigo, y que nada me pudiese llevar un punto, no sólo de amor pero ni aun de atención y cuidado! ¡Quién puede desear tanto el regalo y descanso como yo deseo el poder hacer penitencia y atormentar mi cuerpo como a mi mayor enemigo!

Con el cual siento algunas veces tanto aborrecimiento que el verme forzada y obligada a acudirle con piedad y regalo, por mis achaques y mandarlo así la obediencia, me hace derramar hartas lágrimas; y el ver estos deseos con tan poco fruto y que no los puedo poner por obra, me es de tan suma humillación y confusión que, como viga de lagar, parece que me está exprimiendo y deshaciendo, conociendo claramente las grandes ventajas que todas me hacen en servir a Dios con obras, no haciéndolo yo sino con solos deseos, y que teniendo yo tantas y tan particulares obligaciones a este divino y amoroso Señor, no quiere Su Majestad servirse de mí como yo quisiera servirle. La voluntad que tengo de hacerlo es tan grande, que quisiera poder hacer yo sola todas cuantas buenas obras han hecho todas cuantas criaturas ha habido en el mundo, desde su principio de él, y las que habrá hasta que se acabe, así de conversión de almas como de obras de caridad corporales con los prójimos y de penitencias, y padecer todos cuantos géneros de trabajos todos han padecido, así de persecuciones com de enfermedades y martirios, y amar a este Señor, no só como lo han hecho todos los justos y santos que ha habido y h brá en la tierra, sino como todos los espíritus y jerarquías a gélicas, y aun si fuera posible con amor infinito, como el mis

Señor se ama. Estos deseos le ofrezco muchísimas veces, con tan grandes veras y ansias de mi alma, que aún todo me pareciera poco según es la voluntad que tengo de servir a este Señor y hacer mucho por él, viendo que merece infinito y que de esta manera mi alma le sería más agradable, que de otro interés no me acuerdo jamás.

XX

Otro día se me declaró un lugar del profeta Ezequiel de esta manera. Dice el profeta que vió un águila grande y de muchas plumas, la cual fué al monte Líbano y tomó la medula de un cedro y transportóla a la tierra de Canaán, y en la ciudad de los negociantes la puso y tomó o quitó la semilla de la tierra y puso aquella medula como por semilla, afirmando su raíz sobre muchas aguas. Y como fructificase creció en modo de viña de mucha latitud, pero de humilde estatura, y que sus ramos o sarmientos estaban mirándola. Esto es, en suma, lo que vió Ezequiel. El monte Líbano significa la divina esencia por su alteza y pureza, como se ha tocado en otra parte. El cedro significa la persona del Padre Eterno; la medula de este cedro la persona del Hijo, y el águila grande el Espíritu Santo.

Vió, pues, Ezequiel, que esta águila grande, que es el Espíritu Santo, a quien en particular se atribuye la obra de la Encarnación, tomó la medula del divino cedro, que, como se ha dicho, es el Verbo Divino y trajo a la tierra de Canaán, que es la naturaleza humana, y púsola en particular en la ciudad de los negociantes, pues la humanidad que el Verbo supositó en sí (la cual es ciudad grande y populosa, donde todos los pre-

destinados y justos negocian el negocio que sólo hay de importancia, que es el de su salvación, y por medio de esta ciudad y de sus inmensas riquezas, la alcanzan con efecto) e impidiendo la subsistencia y personalidad que resulta de la naturaleza humana, en su lugar introdujo la personalidad del Verbo Divino, de manera que, aunque estuviese unido a la naturaleza humana, en unión de persona, esa persona no fuese humana, sino divina y supuesto divino y tuviese vida divina. Y puso esta divina naturaleza y medula divina, engendrada de la esencia del Padre sobre las muchas aguas de inmensas gracias, con que aquella naturaleza humana y aquella Alma Santísima de Cristo fué adornada y bañada superabundantísimamente, como se requiere para recibir en sí, tan de raíz y tan de asiento y con tan estrecho lazo, vínculo y unión tal semilla, tal medula y tal vida, y ser como la de la persona del Verbo Divino. Y en recibiéndole luego, al punto fructificó en ella y por ella, de manera que fué como una grande viña cuyos sarmientos y ramos son los predestinados y justos, que para serlo es forzoso que estén unidos con esta vid, como dijo después el mismo Cristo: *ego sum vitis, vos palmites*: *qui manet in me, & Ego in eo, hic fer fructum multum,* & y el que no estuviere unido con esta vid será cortado y echado en el fuego.

Estos sarmientos y ramos de esta viña, dice el profeta que la estaban mirando y que sus raíces las tenían dentro de la misma viña, para dar a entender que los justos siempre han de tener puestos sus ojos y su atención y consideración en esta viña de la humanidad de Cristo para imitarla y para aprovecharse de su divina virtud y participar de ella, y sus raíces han de estar muy radicadas, no sólo en la superficie, sino en

lo interior de esa viña, que es la divinidad, por medio de la caridad, que es la que nos arraiga y afirma en Dios. Y señala el profeta, que aunque esta viña era muy grande en la latitud, era humilde en la estatura, porque, como dice San Pablo, la caridad, aunque es dilatadísima, no hincha ni ensoberbece, antes humilla, y tanto más humilde es una persona cuanto más tiene de caridad. De manera que dándose el reino de los cielos y los grados de gloria a medida de la caridad, dijo Cristo Nuestro Señor que ese reino y esa gloria era propia y se debía de derecho a los pobres de espíritu, que son los humildes; porque siempre la humildad es a medida de la caridad, y así lo mismo es decir que es suyo el reino de los cielos que serlo de la caridad, y para significar Cristo cuánto se precia y gusta de que su viña, aunque sea muy grande, sea humilde, y cómo parece que mira a esta humanidad para dar el reino de los cielos, dijo en otro lugar de su Evangelio, hablando con sus escogidos, comparándolos al ganado y grey: *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum.* Manadita y grey pequeña llama a sus escogidos y predestinados, aunque son tantos en número, que San Juan, en su Apocalipsis, después de haber contado doce mil señalados de cada tribu, de los doce de Israel dice que vió una multitud de Santos que era tan grande, que ninguno la podía contar. Pero Cristo la llama manada y grey pequeña, porque lo que en ella le agrada más y le arrebata más los ojos y la afición es la pequeñez de su humildad, por la cual determinó y se agradó el Padre Celestial de darles el reino de los cielos.

De esta manera se me declaró esta visión de Ezequiel acerca del Misterio de la Encarnación del Verbo Divino; pero en este Misterio no sólo pretendió el Espíritu Santo que Dios

se hiciese Hombre, sino también por ese medio hacer a los hombres dioses: *ut homines Deos faceret, factus homo*, y que uniéndose la naturaleza divina a la humana, por el consiguiente las almas de esa misma naturaleza humana se pudiesen unir a la divina, y así como Dios quedó humanado por aquella unión, así, en su manera, las almas pudiesen quedar divinizadas por esta otra unión. Y así me parecía que queriendo esta águila divina que, como se ha dicho, es el Espíritu Santo, hacer esta unión de mi alma con la divina esencia y divinizarla de la manera dicha, venía al cedro de mi cuerpo y sacando de él la medula de mi espíritu, que es la parte superior de él, la llevaba a la ciudad de los negociantes, que es la esencia divina donde están las ideas de todas las criaturas. Y siendo un simplicísimo y purísimo ser, con el cual no se puede mezclar cosa ninguna, es el que con suma suavidad, sabiduría y fortaleza, las dispone y abraza todas. Aquí, pues, plantó el Espíritu Santo mi espíritu a las corrientes abundantísimas e inmensas de aquellas aguas divinas, que manan de la silla de Dios y del Cordero, como vió San Juan.

Y en lugar de la vida sensitiva y animal que el espíritu vive cuando sólo atiende a lo sensible, corporal y terreno, le dió una vida divina participada de la de Dios, con la cual cobró virtud para fructificar, echando las raíces de sus afectos en lo profundo de aquellas divinas aguas, anegándose siempre en ellas. Y de esta manera, creció como viña abundantísima, cuyo fruto todo es vino de amor purísimo y muy fuerte.

Los sarmientos de esta viña, que son las potencias, está siempre mirando a las divinas cepas de las tres Divinas Perso nas; y no sólo mirándolas, sino tan unidas con ellas, que pa ticipan de sus divinos actos, con que se conoce y ama el mi

mo Dios; como es sarmiento, participa de la virtud de la cepa y concurre con ella para producir el fruto. No es posible decirse con palabras, aunque por tantos términos y modos se procure declarar de qué manera es esta unión que las potencias tienen con las Divinas Personas y la unión de sus actos, particularmente el del amor, porque el de la voluntad del alma y el de Dios, que es el Espíritu Santo, parece todo uno, y siempre le mira y le ofrece como propio, cooperando con aquel afecto, afición y complacencia que es posible para que sea una con la que Dios se tiene.

XXI

Otro día, después de haber comulgado, se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del Génesis, *immisit, ergo, Dominus soporem in Adam*, y se me declararon de esta manera. El Adán primero y terreno, fué figura del Adán segundo y celestial, Cristo, y Eva fué figura de la Iglesia, la cual salió del costado de Cristo, estando El dormido y aun muerto en la cruz, así como estando Adán dormido le sacó Dios una de sus costillas y de ella formó a Eva, y se la dió por esposa y mujer.

Pero no sólo representa Eva la Iglesia, sino cualquiera de las almas que llegan a estado tan dichoso y feliz de ser Esposas del Cordero divino, y cada una de las que se unen a este divino Señor con vínculo tan estrecho que se pueda llamar mujer suya, y aunque mi alma parece ha recibido ya esta merced, como se ha dado a entender por muchas maneras, gusta Su Majestad tanto de esta unión, que cada día parece que quiere hacerla como de nuevo, y declararla y darla a sentir a mi alma

por diferentes modos y lugares de la Escritura. Y así, me parecía que con gran propiedad le cuadraban a Cristo Nuestro Señor Sacramentado, como yo le tenía entonces en mi pecho, las palabras dichas del Génesis, que entonces se me ofrecieron a este propósito.

Porque Cristo Nuestro Señor, en el Santísimo Sacramento, está como dormido; un hombre dormido, verdaderamente, está vivo para todos sus sentidos; pero representa muerto y no usa de los sentidos todo el tiempo que duerme; de manera que, aunque tiene ojos no ve, y aunque tiene oídos no oye, y aunque tiene boca y lengua no habla. Y de la misma manera está Cristo Nuestro Señor Sacramentado, que aunque verdaderamente está vivo se representa muerto, y aunque tiene ojos corporales, no ve con ellos corporalmente; y aunque tiene oídos, no oye con ellos; y aunque tiene boca y lengua, no habla corporalmente, ni se aprovecha, ni usa de los sentidos corporales, más que un hombre cuando está en profundo sueño; y así, podemos decir *que immisit, ergo, Deus soporem in Adam.* No sólo al primero para formar entonces a Eva, sino al segundo Adán, Cristo Sacramentado, le tiene la Divinidad y el divino Amor como dormido, para por este medio unir con él las almas estrechísimamente, como de nuevo parece lo hacía con la mía en aquella comunión. Y el formar Dios a Eva de la costilla de Adán, significa que del mismo cuerpo místico de Cristo escoge Dios mi espíritu para hacerle semejante, así como hizo a Eva semejante a Adán. Y lo que se escoge y toma del cuerpo de Adán, no fué carne, sino hueso fuerte, por el cual es significado el espíritu fuerte, el cual sólo es apto y a propósito para ser unido a Cristo. Y no sin misterio, cuando la Escritura dice que tomó Dios a Adán esta costilla, no dice que formó, ni que

crió de ella a Eva, sino que la edificó: *Et aedificavit Deus costam, quam tulerat de Adam in mulierem, & adduxit eam ad Adam;* la cual palabra edificar es propia de edificios de casa o ciudad, en lo cual quiso dar a entender que la edificación de Eva era semejanza muy propia de la edificación de la Esposa del Cordero, la cual es comparada a ciudad, como la vió San Juan en su Apocalipsis. Y así, dice que es edificada para criada; y así como Eva fué edificada a semejanza de Adán, así el alma que ha de ser Esposa verdadera de Cristo, ha de ser edificada a semejanza suya. Y como la humanidad de este Señor en cuanto al alma, por su grande capacidad es comparada a ciudad, como en otras partes se ha tocado, y en cuanto al cuerpo es comparado a la casa, con la cual parece que hablaba David cuando dijo: *domum tuam decet santitudo domine in longitudine dierum,* sólo a la humanidad de Cristo se puede decir que le pertenece y tiene de derecho natural la santidad, y así, El es la casa santa, a cuya semejanza es también edificada la Esposa; de manera que si el cuerpo de Cristo Sacramentado tiene suspenso todo el uso corporal de los sentidos, y teniendo ojos no ve, y así de los demás, la casa, que es el cuerpo de la Esposa, también tenga suspenso el uso de los suyos con la continua mortificación, en cuanto sea posible, de manera que aunque tiene ojos no vea sino lo muy forzoso y de gusto de Dios, y aunque tiene oídos, no oiga, y aunque tiene lengua no hable sino lo muy forzoso y de gusto de Dios, mirándose como dormida y como quien se representa muerta a todo lo terreno y sensible. Y de esta manera quedará la casa de su cuerpo edificada a semejanza de la del divino y celestial Adán, y la ciudad del alma también ha de ser edificada a semejanza de la de

Cristo, estando siempre en vela, centinela y guarda, como lo han menester las ciudades, y la parte superior del espíritu, toda empleada y unida a Dios, que es el que principalmente le ha de guardar y el que no duerme ni dormita por guardar a Israel: *Ecce non dormitabit, neque dormiet qui custodit Israel.* Y así, podrá decir lo que la Esposa: *Ego dormio & cor meum vigilat;* esto es, en mis sentidos interiores y exteriores, en mis pasiones y apetitos duermo, y no uso más de todo esto que una persona dormida; pero en lo superior del espíritu estoy muy en vela, atendiendo y amando a mi Esposo. Y El, que es mi corazón, también vela en mi guarda; que si El no me guardase como el esposo guarda y defiende a la esposa, y como se guarda la ciudad, que soy yo, de ningún provecho sería otra guarda. Lo mismo dijo David en un salmo por estas palabras: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui aedificant eam.* Parece que estaba a la mira y contemplación de este misterio y de este edificar Dios a la Esposa como casa. Y así, dice: si el Señor no edificare esta casa, en vano trabajarán cuantos la quisieren edificar.

El hacer de un cuerpo inmundo de lodo y concebido en pecado una casa santa y habitación del Espíritu Santo y que tenga alguna semejanza con la carne de Cristo, no es obra que ninguna criatura pueda hacer; a este trabajo no alcanzan fuerzas humanas, sólo Dios es quien puede hacer este edificio por su bondad y misericordia. *Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine? nonne tu, qui solus es?*, dijo el Santo Job. ¿Quién puede de una cosa tan inmunda como es el hombre, desde su concepción, hacerle puro y limpio y que sea casa de Dios, sino sólo El mismo, que es todopoderoso?

Mira luego el Santo Rey David al alma de la Esposa del segundo Adán, edificada como ciudad, y dice: *nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat, qui custodit eam;* si el Señor no guarda esta hermosa ciudad como dueño y Esposo suyo, si él no estuviera en vela juntamente con ella para defenderla de sus enemigos, en balde trabajará ninguna criatura por guardarla. Y luego, viendo la dicha felicísima de esta Esposa, y que el estado y alteza en que su Esposo la tiene es todo dado de gracia, porque aquel divino Señor se dignó de escogerla para ello sin mirar a merecimientos suyos, dice luego: *Vanum est vobis ante lucem surgere, surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris.* Como si dijera: En vano es querer ninguno levantarse por sí mismo a este estado, ni a esta felicidad, hasta que Dios, que es la luz inaccesible, le quiera levantar y transformar en sí, que entonces le dirá *surgite,* levántate, a ser unido conmigo, después de haber estado sentado en la soledad y comido pan de dolor, de lágrimas, penitencia, mortificación y ansias y clamores por mí, que los tales vienen a levantarse sobre sí, o por mejor decir, se da el divino Señor por obligado a levantarlos, mirando su infinita bondad y misericordia. Y así dijo Jeremías: *sedebit solitarius, & tacebit, quia levavit super se,* después de haber estado sentado en soledad, como si dijera: comiendo pan de dolor y en sumo silencio y privación del uso de los sentidos, es levantado sobre sí, al divino Matrimonio y unión con Dios, aunque también se puede decir que después de haber sido evantado sobre sí y porque llegó a ese estado, se sentó y lló, que esto parece sentido más propio de las palabras de remías. Sentóse el solitario y calló porque fué levantado sobre sí.

En llegando un alma a este estado, ya en cierta manera se sienta, descansa, calla y reposa; porque, aunque en el afecto, amor y caridad camina, corre y vuela con mucha más velocidad que antes, es con tanta suavidad, con modo tan pasivo y tranquilo, que parece que no hace nada, porque es Dios quien lo hace por ella, y el entendimiento y discurso está muy de ordinario como dormido y descansando.

Y así dijo luego David en el mismo Salmo: *Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hereditas Domini, filii; merces, fructus ventris.* Como si dijera: Al punto que Dios levantó a su Esposa a la dicha unión con aquellas palabras *surgite,* luego dió a su amada sueño; luego la reclinó en su pecho para que descansase y durmiese. Y, de la misma suerte, la Esposa, al punto que acabó de dar el ósculo de unión al Esposo hallándole a los pechos de su madre, como queda dicho, dijo luego: *Laeva eius sub capite meo, & dextera illius amplexabitur me.* Púsole su mano izquierda, que es su sagrada humanidad, debajo de la cabeza, y con la inmensa dulzura y suavidad de su divinidad la está abrazando y uniendo consigo con lazo estrechísimo y durable. Y gusta tanto de verla descansar en sólo él y dormida a todo lo demás, que conjura luego a las hijas de Jerusalén que no la despierten, hasta que ella quiera, para dar a entender que siempre tiene libre su voluntad y libre albedrío.

Viendo, pues, David a la Esposa amada, en este místico sueño, parécele que en él concibe los hijos espirituales y que ya no sólo es para su Esposo casa y ciudad, sino heredad que produce frutos copiosísimos, y que salen de ella pimpollos e hijos de afectos amorosísimos y de obras puras y santas. Y así dice con admiración: *ecce hereditas Domini, filii; merces, fructus ventris,* como si dijera: mirad con atención a la Esposa y

amada que está dormida, que parece heredad y viña del Señor, y que en retorno de la madre que la ha hecho, le está dando frutos como hijos de su vientre, y unos hijos muy puros y limpios de polvo y de tierra, y fuertes como saetas en manos de poderoso, y tantos que llena de ellos sus deseos con ser tan grandes que apetecen casi infinito, porque quisiera y desea hacer por Dios y Esposo suyo obras infinitas si pudiera. Y en otro Salmo declaró aún más el mismo David cómo es esta heredad e hijos. Y estando contemplando lo mismo que se ha dicho, dice, hablando con Dios, que es el divino Cordero desposado y velado: *Uxor tua, sicut vitis abundans in lateribus domus tuae.* Señor, estoy mirando la mujer y Esposa y véola como una viña abundosa y muy fructífera; y viña que no está en el campo ni apartada de ti sino dentro de tu misma casa y, por mejor decir, dentro de ti mismo la tienes enlazada contigo, como lo están los sarmientos que están arrimados a los postes de una casa, que van subiendo por ellos y enlazándose en ellos; así esta viña dichosa está arrimada y enlazada en ti y en los lazos tuyos, que son tus dos naturalezas, divina y humana.

La viña también consta de dos partes distintas y diferentes, que son como cuerpo y alma. Y así, en cuanto a la parte del cuerpo, está unida y enlazada con su naturaleza humana por estrecha unión, semejanza e imitación; y en cuanto a la parte del alma, está enlazada, unida y levantada en tu lado altísimo de tu divinidad. Y de esta manera está tan fecunda, que siempre está verde como la oliva, y sus hijos son como pimpollos de oliva: *filii tui sunt novellae olivarum.* El divino Esposo se llama por el Eclesiástico oliva hermosa en el campo: *quasi oliva speciosa in campis,* pues para dar a entender que la Esposa, aunque es como

viña, está hecha una cosa con Dios, que es como oliva, y que los hijos de este divino matrimonio y unión son como engendrados y producidos de la divina oliva, Cristo, dice David, *filii tui sicut novellae olivarum*, los afectos e hijos tuyos engendrados en tu Esposa, son como pimpollos de oliva que se están renovando cada día y están llenos de aceite de caridad, y como tal se está derramando y entrañando en ti, como lo hace el aceite adonde está, que de suyo es difusivo, penetrativo y blando y fomenta el fuego.

Estas mismas propiedades tienen los afectos e hijos de la Esposa, y todo lo emplean en su amoroso Padre, sin apartarse ni salir a otra cosa, y así dijo luego David: *in circuitu mense tue*, estos afectos e hijos nunca miran ni se allegan a cosa criada, siempre están cercados de la mesa divina de tu divinidad con que satisfaces a todos los espíritus bienaventurados, y aunque estos hijos y afectos no pueden ahora satisfacerse del todo ni comer del divino manjar con entera satisfacción, están, a lo menos, cercados siempre de esta divina mesa.

Al punto que Dios dió a Adán a Eva por esposa y mujer, dice la Escritura que dijo: *Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea: haec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est. Quamobrem relinquet homo patrem suum, et matrem, et adhaerebit uxori suae, et erunt duo in carne una.* Estas mismas palabras me parecía a mí que decía el segundo y celestial Adán, Cristo, en recibiendo mi alma por esposa y mujer, y que hablando con los santos y espíritus bienaventurados, les decía: Ahora ya puedo decir que esta alma es hueso de mis huesos, por los cuales se entiende el espíritu fuerte y así es espíritu de mi espíritu, es una participación de mi divinidad; y en cuanto al cuerpo, es carne de mi carne porque participa de la

condiciones y propiedades de mi cuerpo sacramentado y tiene con él particular unión y semejanza por la imitación. Así la puedo llamar no sólo varona, como Adán llamó a Eva por la semejanza que tiene con mi divina naturaleza, no sólo la que recibió en la creación cuando sacándola de mi divina esencia y sabiduría, en que desde *ab aeterno* estaba en idea, la dí ser, criado distinto y diferente del mío, aunque a mi imagen y semejanza, sino por la que ahora de nuevo ha recibido por especial y particularísima gracia, con la cual es levantada a ser recibida de mí por esposa, y de esta manera se vuelve a su origen, centro y principio de donde salió, que es mi divinidad, adonde está, no sólo en idea como antes de ser criada, sino con el ser y naturaleza que de mí recibió. Pero tan transformado en el mío, que puedo decir que son dos espíritus en uno mejor, que Adán dijo que eran dos en una carne, porque así como los ríos salen de la mar y vuelven a entrar en ella y cuando están dentro de ella no parecen ríos, sino la misma mar, así esta alma salió de mí por la creación, y después de haber corrido, como río por la tierra, se ha vuelto a entrar en mi divinidad por unión. Y estando este río dentro de esta inmensa mar, ya no parece río; ya no parece criatura, sino el mismo mar. Y el mismo criador todo parece una cosa, porque se ha hecho de dos espíritus uno, aunque quedando distinta la naturaleza de ambos, en cuanto al ser y sustancia.

Y es tanto el gozo y gloria que de ésta yo recibo, por el infinito amor con que la amo, que también puedo decir lo que Adán dijo, que por la esposa y mujer se dejaría al padre y la madre, y así, en cuanto al modo con que yo me quedé en el Sacramento, se puede decir que dejé a mi Padre y a mi Madre por morar en la tierra con mi esposa la Iglesia; porque allí, en

el Sacramento, en cierta manera parece que está privada mi vista corporal de la gloria de mi Padre y de la presencia corporal de mi Madre. Y cuando no hiciera esto por toda la Iglesia, como lo hice, lo hiciera por esta alma sola para hacerle compañía en la tierra, no sólo según mi divinidad, sino según mi humanidad, y si todo cuanto padecí en mi pasión por todos los hombres lo padeciera por cada uno y por sólo uno que hubiera, de la misma manera también me quedara en el Sacramento del altar por el amor que tengo a sola esta Esposa, aunque no hubiera otra sino ella.

Parece que estaba el santo rey David oyendo en espíritu aquestas finezas de amor del divino Desposado para con su Esposa y mujer, y que viendo cuán contento estaba con Ella, prosigue en el mismo salmo diciendo con admiración y como echando bendiciones a los desposados, y lo primero hablando del Esposo, dice: *ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominumt,* como si dijera a todos los justos y espíritus bienaventurados: advertid y mirad el gozo y gloria de este Señor en este su matrimonio y la afición que tiene a su Esposa, la cual es el premio y la bendición que su Padre Eterno le ha dado por haberse hecho hombre. Por esa humanidad que tomó ha ganado el ser Esposo y el tener Esposa tan a su gusto y que tanto ama.

Este Señor, aunque es Dios, es el que propiamente se puede llamar hombre, por su gran obediencia al Padre, que los demás hombres, por haberle desobedecido, no son hombres, sino comparados a los jumentos, y hechos semejantes a ellos: *homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis;* este Hombre divino fué levantado a suma honra; pero entendióle y guardóle sin perderle jamás, ni poderle perder, porque demás de la manute-

nencia poderosísima y continua de la persona del Verbo divino, con quien está unida esa naturaleza de hombre, que no era posible que le dejase caer, le fué también dado el espíritu de temor del Señor con tanta abundancia, que fué lleno de él. *Replevit eum spiritus timoris Domini*, dijo Isaías. Y acá dijo David en su salmo: *Qui timet Dominum*. Este Hombre divino, que al paso que subió a tan infinita honra, como fué la unión hipostática con el Verbo, y al paso que le conoció y amó a este paso le temió, respetó y reverenció, alcanzó juntamente el ser Esposo de la Iglesia y de cada una de las almas que en particular levanta a este estado, como ha hecho a ésta. Y hablando luego con ella dice: *benedicat tibi Dominus ex Siom*, como si dijera: al Divino Esposo, su Padre Eterno le bendice y le ha bendecido en cuanto a hombre, haciéndole Esposo; pero a ti, tu mismo Esposo te bendiga, que es Señor de Sión; esto es, que es Señor y Dueño tuyo especialísimo; que eres la ciudad de Sión, donde Él mora y descansa: *habitatis ejus in Siom*. Y sea una bendición toda celestial para que todo el tiempo que vivieres en vida mortal participes y veas los bienes de la celestial Jerusalén, *et videas bona Jerusalem omnibus diebus vitae tuae*. Allá sea tu conversación, allá esté siempre tu corazón y seas en todo semejante a los que viven en ella; y no sólo veas hijos como pimpollos de oliva, sino también veas nietos; esto es, que no sólo tengas fervorosos afectos y santas obras, que son los hijos, como se ha dicho, sino que de tu ejemplo, y por medio de tus oraciones, se críen también otros hijos y prójimos que sean tan agradables a tu Esposo que les pueda llamar paz de Israel: *& videas filios filiorum tuorum, pacem super Israel;* esto es, que sean los pacíficos, que por excelencia son llamados hijos de Dios: *beati pacifici quoniam filii Dei voca-*

buntur, y sean los que pongan paz entre Dios y los hombres, y que aun estando en la tierra se puedan llamar israelitas, que es lo mismo que los que ven a Dios, ya que no con lumbre de gloria, con fe ilustradísima.

XXII

Otro día se me ofreció a la memoria otra visión de Ezequiel, y una declaración mística de ella. Dice, pues, el profeta en su primer capítulo, que vió junto al río de Chebar una nube grande envuelta en fuego y en resplandor, y en medio de ella cuatro animales misteriosos, los cuales tenían rostros de águilas, de hombres, de leones y de bueyes; cada uno tenía todos estos cuatro rostros, y tenían cuatro alas, y los pies los tenían todos como de buey. Debajo de las alas tenían manos de hombres, y con las dos alas cubrían su cuerpo, y con las otras dos se unían y enlazaban unos con otros, y adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, allí caminaban cada uno delante de su rostro, sin volver atrás. Y estos animales estaban tan hechos fuego, que parecían carbones y lámparas de fuego, e iban y volvían, a semejanza de rayos resplandecientes.

Estos animales significaban las almas de los justos que aún están en cuerpo mortal y animal, y por esto los llama animales. Mostrábanse dentro de nube grande y replandeciente y llena de fuego, que es la fe, informada, ilustrada y encendida con la caridad.

Tenían rostros y manos de hombres para significar que l- eran, y no sólo en la apariencia significada por el rostro, sir en la verdad y en las obras, significadas por las manos. Tení

rostros de águila y alas, para significar la alteza de su contemplación y conocimiento. Tenían rostros de buey y pies de lo mismo, para significar cuán prontos están para el trabajo y para cargarse del yugo suave de Cristo. Y cómo los que están uncidos con él con el vínculo de caridad, no sienten carga ni dificultad en el arado de la tierra de su cuerpo y la mortificación de sus pasiones y sentidos, porque, como el mismo Cristo dijo, si alguna vez se siente carga y cansancio, este Señor le alivia y hace que con su compañía y amor se vuelva y se sienta su yugo suave y su carga liviana, tenían también estos animales rostros de leones, para significar su fortaleza, su constancia y perseverancia, y aunque tenían pies de buey, no caminaban a su paso en el camino de la virtud y santidad, sino que corrían con aliento y fuerza de león, y volaban como águilas.

Las manos que tenían debajo de las alas significaba que no sólo volaban con los deseos y afectos, sino con obras también. Las dos alas con que se cubrían, eran significación de la caridad, porque ésta, como dice San Pablo, cubre la multitud de los pecados, los cuales se llaman aquí cuerpo, porque en él está la perversa raíz del *fomes pecati*, de donde salen las ramas de los pecados. Las otras dos alas, con que se juntaban y enlazaban los animales unos con otros, eran significación de la caridad y amor de los prójimos, la cual nos une y enlaza con ellos con vínculo de perfección. Como dijo San Pablo, estos animales caminaban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, para que se entienda que estos tales justos son verdaderos hijos de Dios y, como tales, movidos de su divino Espíritu, como dijo el mismo San Pablo: *Quicumque enim spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei.* No obran ni se mueven a cosa

por su propia voluntad ni gusto, sino por la de Dios, dejándose gobernar de Él y de los que están en su lugar. Y siempre caminaban delante de su rostro, siempre iban adelante en la perfección, sin volver un punto atrás y aun sin pararse.

Estaban tan abrasados en el amor de Dios, que parecían lámparas, rayos y carbones o brasas de fuego; es decir, que parecían serafines, que es lo mismo que abrasados, y dice luego: *& animalia ibant, & revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis*, y había dicho primero que *ibant, & non revertebantur*, y ahora dice *ibant, & revertebantur*, y la razón de parecer que se contradice en esto, es que cuando dice que iban caminando sin volver atrás, habla de que no dejaban de caminar en la virtud, no volvían atrás en ella; pero cuando dice que iban y volvían como rayos resplandecientes, habla de la vida activa y contemplativa en que junta y diestrísimamente caminan, porque de la alteza de la contemplación salen a la acción y obras exteriores; de éstas se vuelven al punto ligereza de rayos a la misma contemplación, no parando en cosa fuera de ella, sino pasando por todo lo sensible con velocidad de rayo.

Dice luego Ezequiel que vió junto a estos animales una rueda, que tenía cuatro rostros y todas estaban en una y cada una en todas: *quasi sit rota in medio rotae*. El decir primero el profeta que era una rueda, significa que era la divina Esencia representada en aquella rueda, porque así como no tiene principio ni fin, tampoco le hay en Dios. Esta rueda tenía cuatro rostros, que en el capítulo décimo dice que eran de águila, león, hombre y querubín, por los cuales se significa cuatro atributos de Dios: por el de águila, el de su infinita caridad, bondad y amor, que en particular se apropia el Espíritu Santo; por el

de querubín, que quiere decir ciencia, se representa el atributo de su divina Sabiduría, que en particular se apropia a la Persona del Hijo; por el rostro de león, se representa el atributo de la omnipotencia y fortaleza, que en particular se apropia a la Persona del Padre; por el rostro de hombre, se significa el atributo de la misericordia y benignidad, que es el que principalmente mira al hombre y a las almas de la naturaleza humana. Los tres rostros y atributos primeros mostraban la Trinidad de las Divinas Personas, porque siendo una sola la rueda de la Esencia divina, por la distinción de estos divinos rostros parecieron tres ruedas, todas unidas y enlazadas en una.

Pero no sólo dice Ezequiel que vió tres ruedas y tres rostros, sino cuatro, y que además de los tres rostros divinos había también rostro de hombre, y parecía también rueda como las demás; esta cuarta rueda significa el alma que Dios ha unido y transformado en sí, la esposa y mujer del divino Cordero, que por la unión y dignidad del divino Matrimonio, la tienen las tres Divinas Personas tan hecha una cosa consigo y tan semejante a sí, que no parece se conoce sino sólo en el rostro, el cual es de hombre, y así se muestra claro que es espíritu de naturaleza humana, aunque está con todas las propiedades y calidades de la divina y se ve dentro de las otras tres ruedas. *Quasi sit rota in medio rotae*, muéstrase como rueda sin principio ni fin a semejanza de Dios, porque aunque tuvo principio en el ser criado desde ab aeterno, la tenía Dios predestinada y escogida para Esposa suya, y lo será sin fin, pues el alma no le ha de tener tampoco. También se muestra como rueda porque con sólo una punta o una parte muy pequeña está asida y estribando en la tierra, que es por la parte que está unida al cuerpo; pero todo lo demás está levantadísi-

mo a semejanza de la rueda de la divina Esencia, que dice Ezequiel que se mostraba de estatura tan altísima, que causaba horror y temor. Mostrábase también como mar porque, como se ha dicho, siendo río se entró en la mar inmensa, y así como la rueda de la divina Esencia era mirada como quien mira un mar, *quasi visio maris*, dijo Ezequiel, así esta rueda de la Esposa parece también mar, como se ha dicho.

Si las ruedas de la Divina Esencia y Divinas Personas estaban llenas de ojos y tenían cuerpo y cuello y manos y alas, y todo estaba lleno de ojos en circuito de las cuatro ruedas, como dice Ezequiel en el capítulo décimo: *& omne corpus earum, & colla, & manus, & pennae plena erant oculis in circuitu quatuor rotarum,* lo mismo tenía la cuarta rueda, pues de todas cuatro dice una misma cosa. El decir que tenían cuerpo, es lo mismo que decir que tenían ser y sustancia, y que no eran aparentes ni fantásticas, y así también la cuarta rueda, que es la Esposa, tiene ser y sustancia también, aunque infinitamente dista de Dios. El decir que tenía cuello, significa en Dios su alteza y fortaleza, y también la Esposa participa más de lo que se puede decir de la alteza y fortaleza. El decir que tenía manos, es dar a entender las infinitas obras de Dios, así de naturaleza como de gracia, y la Esposa quisiera también tener obras infinitas, y si no las tiene en el efecto ténelas en el afecto. El decir que tenían alas estas ruedas, significa el infinito amor con que las distintas Personas se aman entre sí y a la cuarta rueda, que es la Esposa, y ella también tiene alas de amor, que unidas con las de Dios, le ama con su mismo amor, como a ella es posible, y le hay recíproco entre todas estas cuatro ruedas. Los ojos de que estaban llenas, así en el cuerpo como en el cuello, manos y alas y en el circuito de las mismas rue-

das, significa el divino e infinito conocimiento de Dios con que comprende y ve todas las cosas de fin a fin, sin que ninguna se le pueda esconder, y la rueda de la Esposa también está llena de ojos a semejanza de las tres ruedas divinas.

Y si éstas tienen ojos en el cuerpo, que significan la Divina Esencia, con los cuales se conoce a sí mismo y se comprende la rueda de la Esposa también tiene ojos de conocimiento de ese mismo Ser divino, aunque ahora tiene estos ojos cubiertos con la nube de la fe, de manera que sólo ve el resplandor de la Divina Majestad a modo de los ojos corporales cuando tienen nube, que sólo ven el resplandor del sol, y también tiene ojos para conocerse a sí misma, penetrando algo de la profundidad de su bajeza. Y si la rueda que es Dios tiene ojos en el cuello, que significa el conocimiento de todas las criaturas y cuán infinitamente es levantado sobre todas ellas, la rueda de la Esposa tiene también en su manera ese conocimiento, porque mira y ve todas las cosas en Dios como en un espejo cristalino o en un mar inmenso, y ve también la grandeza a que el divino Señor la ha levantado más que a otra infinidad de criaturas. Y si la rueda que es Dios tiene ojos en las manos, que significa que no sólo mira a sus criaturas en sí mismo, porque su infinito ser las abraza, sino que las mira para hacer en ellas obras maravillosas y gobernarlas con particular providencia, la rueda de la Esposa tiene ojos para mirar las necesidades de sus prójimos, así espirituales como corporales, y con esta vista se inclina a procurar remediarlas cuanto le es posible; y así, tiene manos con ojos, y ojos con manos, y no se contenta con sólo mirarlas y sentirlas, sino que también con la obra procura remediarlas. Y si la rueda que es Dios tiene ojos en las alas, esto es, que conoce muy bien lo que ama y da a cada

cosa lo que merece de su amor, así la rueda de la Esposa tiene ojos para mirar lo que ama y que sea su amor bien ordenado, que ninguna cosa ha menester más el concierto y orden que el amor.

Y así, dijo la Esposa que cuando el Esposo la metió en la bodega de sus vinos de amor, ordenó en ella la caridad de manera que supiese emplearla como es justo, y que los objetos que han de ser amados esté cada uno en el lugar que le toca; esto es estar ordenada la caridad, y para ordenarla es menester ojos y que mire la Esposa que su Esposo Dios ha de ser amado en primer lugar y que merece amor infinito. Y así, el orden de la caridad pide que le procure amar infinitamente uniendo su amor con el divino, y supliendo con el afecto lo que falta en el efecto, porque su capacidad no alcanza a que sea infinito.

Ha de mirar también la Esposa con estos ojos que tiene en las alas del amor, que, en segundo lugar, pone la caridad bien ordenada el objeto de su misma alma, amándola para Dios y procurando con sumo cuidado ordenar la de Él, y serle Esposa fidelísima y compañera inseparable, mediante la misma caridad. Y ha de mirar también que, en tercero lugar, viene derechamente el amor de los prójimos amándolos, para el mismo Dios, y por lo cual los ama; y así, como a hijos de su Esposo los debe mirar, y desear su bien, y socorrerlos en sus necesidades. Todos estos ojos han menester las alas del amor.

También el círculo de la rueda divina tenía ojos, que significa la infinita sabiduría con que tiene presente y está mirando con vista sencillísima y simplicísima todo lo pasado, presente y futuro, comprendiéndolo todo de fin a fin, como se ha dicho. Y también la rueda de la Esposa tiene estos ojos en el círculo,

mirando las cosas eternas, como lo hacía David cuando dijo: *Cogitavi dies antiquos, & annos aeternos in mente habui.* Como si dijera: Con los ojos de la consideración y conocimiento miro los años antiguos, las cosas pasadas, así las que Dios ha hecho por mí, como lo poco que yo he hecho por Él, lo que este Señor me ha amado desde su eternidad ab aeterno, y las obras con que lo ha mostrado, y lo que yo le he ofendido en lugar de servirle y darle el retorno de amor y agradecimiento. Y no sólo tengo delante de mis ojos los años antiguos, sino la eternidad futura y que espero gozar, la tengo ahora dentro de mí, *in mente habui,* tengo en mi mente y en lo interior de mi alma un principio de la posesión de la eternidad; tengo unos cielos intelectuales; tengo el reino de Dios dentro de mí: *regnum Dei intra vos est.* Veo en este cielo y en este reino por fe, lo mismo que espero ver por vista clara y lumbre de gloria. Estoy siempre a la vista de la eternidad, y vivo a semejanza de como se vive en ella.

Prosigue luego el profeta Ezequiel en el capítulo primero, y dice que aquellos cuatro animales llevaban aquellas cuatro ruedas, de manera que cuando ellos se movían, se movían ellas, y cuando ellos se levantaban, se levantaban ellas. Esto significa que estos animales servían como de llevar aquella divina carroza de las cuatro ruedas; y así, dondequiera que ellos iban, iba la divina carroza, que eran las ruedas, y aunque en este capítulo primero llama Ezequiel animales a estos espíritus que llevaban esta carroza, en el capítulo décimo dice que eran querubines y que eran los mismos que había llamado animales en el capítulo primero, y llámalos ahora querubines para que se entienda más claro que las ruedas y carroza que llevaban y tenían como sobre sí era el mismo Dios, el cual

tiene su asiento sobre los querubines, como dijo David: *Qui sedes super cherubin,* y en ellos hace asiento la divina sabiduría. Y cómo estos querubines representaban justos, de los que aún viven en carne mortal, que por esto los llamó también animales, como se ha dicho, dice luego Ezequiel que al movimiento de los animales o querubines se movían también las ruedas, en lo cual da a entender la libertad del libre albedrío que Dios dejó a los hombres, y cómo de ordinario anda Su Majestad y se acomoda con ellos al paso que ellos quieren andar y se procuran disponer.

Pero luego dice cómo el espíritu de vida estaba en las ruedas, en la cual da a entender que era Dios, el cual sólo es espíritu de vida esencialmente, y el que la da a todas las criaturas vivientes, y de esta divina rueda recibían la vida y el movimiento los dichos animales o querubines, aunque en la operación se acomodaba la rueda con los animales, como se ha dicho, andando cuando andaban, y parando cuando paraban, y levantándose cuando se levantaban, a semejanza de la dependencia que tiene la carroza y ruedas de los animales que la llevan.

Vió luego el profeta sobre las cabezas de estos animales o querubines uno como cielo que estaba extendido sobre ellos, y que era como un cristal espantoso, lo cual representaba la gracia, que es lo que se puede llamar cielo en esta vida, como en la otra lo es la gloria. De esta gracia estaban llenos estos animales como de mares o ríos de muchas aguas, como se ve en lo que dice luego, que en meneando las alas sonaban como muchas aguas, y para que se entienda que son aguas divinas y de gracia, dice luego que sonaban como sonido sublime de Dios. *Quasi sonum sublimis Dei.* Y cuando andaban, sonaba

estas aguas como sonido de ejércitos; esto es, cuando caminaban y volaban más en el conocimiento de aquel divino Señor, prorrumpían en tantos y tan fuertes afectos de amor, que parecían ejércitos fortísimos, y otras veces el mismo conocimiento les causaba tal admiración que no podían caminar ni volar, sino que bajaban las alas con sumo encogimiento y reverencia. Y esto hacían, en particular, cuando oían que sonaba una voz sobre el firmamento que tenían sobre sus cabezas.

Para declaración de esto es a propósito lo que dice la Escritura, en el libro del Génesis, que cuando Dios creó el mundo dividió unas aguas de otras, y puso unas sobre el firmamento y dejó otras en la tierra, las cuales juntó en un lugar que llamó mar. Lo mismo hizo en las aguas de la gracia: dividiólas entre ángeles y hombres, y las aguas de gracia que dió a los ángeles estaban sobre el firmamento, pues siempre estuvieron los ángeles sobre él, y las aguas de gracia que dió a los hombres congrególas en los merecimientos de Cristo y en los Sacramentos, lo cual se puede llamar mar inmenso.

Las aguas de la gracia que están sobre el firmamento, son ya mares de gloria, y en ellas suena la voz de Dios. Qué voz sea esta de Dios, díjolo David en un salmo por estas palabras: *Vox Domini super aquas, Deus majestatis intonuit: Dominus super aquas multas. Vox Domini in virtute: vox Domini in magnificentia. Vox Domini confringentis cedros.* La voz del Señor, y en particular de la persona del Padre, es la que habla sobre las aguas divinas y copiosas de la gracia, y esta voz es en gran fortaleza y virtud y en magnificencia; es, como si dijéramos, para mostrar su magnificencia levantando con su fortaleza y virtud a una criatura baja y miserable a ser

Esposa suya y que more en el mismo Dios y esté dentro de aquella divina carroza de la divinidad y sea como una de sus ruedas. Esto causa tal pasmo y tal asombro a los querubines y animales santos, que, con ser fuertes y levantados como cedros, los quebranta y atemoriza y los hace encoger y bajar las alas. *Vox Domini confringentis cedros*, dice David. Y cuando habla de esto Ezequiel, dice: *Stabant & submitebant alas suas*. Todo ello significa temor y reverencia y admiración.

En otro salmo lo declara aún más el profeta David, diciendo: *viderunt te aquae, Deus, viderunt te aquae, & timuerunt*, como si dijera: las aguas que están sobre el firmamento, que son los espíritus bienaventurados, te vieron hacer tales favores a tu Esposa y levantarla tanto, que temieron y se encogieron reverenciando tus juicios y las obras grandiosas de tu misericordia y amor: *& turbate sunt abisi*. Y las aguas que están en la tierra, que son las aguas del abismo y significan los justos, son turbados y no parece que aciertan a hablar cosa que se pueda entender, sino sólo sonar como nubes que están llenas de muchas aguas: *multitudo sonitus aquarum, vocem dederunt nubes*. Los cuales sonidos, cuando son vehementes, causan turbación, admiración y espanto, y dice que son voces como nubes, porque los justos en esta vida mortal son como agua cristalina pero metida en nube, así como la de la fe en la de la carne mortal.

Va prosiguiendo el profeta Ezequiel su visión y dice que vió sobre el firmamento que estaba sobre la cabeza de los animales, como un aspecto de piedra de zafiro en semejanza de trono. Las mismas Personas Divinas que se le habían mostrado en figura de ruedas se le mostraron después en esta visión en diferentes figuras. La Persona del Padre se le mostró

en figura de piedra de zafiro, a semejanza de trono. Ya queda en otra parte dicho cómo el profeta Isaías llamó a la Persona del Padre Eterno piedra, y aquí Ezequiel dice piedra preciosa, como lo es el zafiro, aunque todas las cosas de la tierra quedan infinitamente cortas cuando se hace comparación de ellas a Dios.

Dice que tenía aspecto, que es nombre propio de rostro de persona, para declarar más que significaba la personalidad del Padre Eterno, y dice que era a semejanza de trono porque esta Divina Persona es como trono donde descansa y donde mora la personalidad del Verbo Divino como Hijo natural suyo, aun en cuanto hombre. Y así dice luego que sobre aquella semejanza de trono vió como un aspecto de hombre, lo cual declara bien que era la Persona de Cristo Nuestro Señor.

Y luego dice que vió como un aspecto de fuego, como un hermoso electro que lo interior de él estaba también en el circuito y que desde los lomos arriba y desde los lomos abajo le vió como un hermoso fuego resplandeciente en circuito, todo lo cual es muy propia significación del Espíritu Santo, porque esta Divina Persona es el mismo fuego de amor con que se aman todas tres Personas Divinas, y es fuego intrínseco en el mismo Dios, y en circuito porque no tiene principio ni fin. El especificar que vió este fuego no sólo en circuito infinito, desde los lomos arriba, por lo cual se puede entender el amor con que Dios se ama a sí mismo, amor intrínseco y *ad intra,* sino que también tenía el mismo fuego desde los lomos abajo, es dar a entender que ese mismo fuego con que Dios se ama no le tiene encerrado en sí ni para sí solo, sino que también ama con él a sus criaturas, y esto también en circuito, que es sin principio ni fin, y con amor infinito.

Luego dice el profeta que vió un aspecto como arco, como los que suelen verse en las nubes cuando llueve, y que era un aspecto de resplandor alrededor. En este arco se significaba la Esposa que estaba vestida de variedad de colores, como lo es el arco que se ve en las nubes. Así la vió David, cuando dijo: *circumamicta varietate.* Y así como el arco de las nubes es señal de paz con Dios, y por esto le puso después del diluvio en señal que no castigaría el mundo ni le asolaría por agua, así pone a su Esposa como arco, aunque en la nube del cuerpo, para que mirándola siempre consigo en esa señal se halle como obligado a no castigar tanto a los pecadores y a pacificarse con ellos por los ruegos de su Esposa, como lo hacía por los de Moisés cuando estaba enojado con su pueblo; pero este arco era de resplandor, como de rueda, no arco abierto, sino todo en circuito. Y expresa esto para que se entienda más claro que significaba a la Esposa, la cual se había mostrado como rueda, cuando vió en esta misma semejanza a las tres Divinas Personas.

Y viendo a la Esposa tan levantada, tan semejante a Dios y tan hecha una cosa con él, de lo cual Su Majestad se gloría y goza tanto, dice luego el profeta que esta visión era una semejanza de la gloria de Dios, y como viese esto le causó tanta admiración y espanto que cayó sobre su rostro y fué menester que una voz le hablase y le mandase levantar.

XXIII

A vista de este mismo misterio y de esta misma visión, parece que estaba el Santo Rey David, cuando va prosiguiendo

su Salmo, en que después de haber dicho que las aguas se habían conturbado y temido a la vista de estas grandezas y misericordias de Dios, viendo a las tres Divinas Personas y a la Esposa en semejanza de rueda, como el profeta Ezequiel, le parece que querían tirar saetas a la Esposa para enamorarla más de sí y pasarle con ellas el corazón, y estando a la mira de esto dice: *etenim sagittae tuae transierunt.* Como si dijera: veo, Señor, que estás tirando saetas y que verdaderamente pasan el corazón de tu Esposa.

Tres modos de saetas suelen llagar de amor un corazón: la una, de palabras amorosas y dulces, que así como las palabras ásperas y nocivas las llama el mismo David saetas, diciendo: *quid detur tibi, aut quid apponiatur tibi, ad linguam dolosam? sagittae potentis acutae, cum carbonibus desolatoriis*, de manera que llama saetas agudas a las palabras de la mala lengua, y suelen ser como ascuas que abrasan en ira y en indignación, por el contrario, las palabras amorosas, dulces y suaves, son saetas que abrasan y hieren el corazón en amor, y dijo la Esposa que, en oyendo hablar a su Esposo, luego se derretía en amor. La segunda manera de saetas es de resplandores y rayos abrasados, que, como lanzas, pasan el corazón, y más si descubren la hermosura del amado, que es una de las cosas que más enamora y aficiona. La tercera manera de saetas son las dádivas y dones con que un corazón agradecido queda como cautivo de su bienhechor. Estas tres maneras de saetas veía el profeta Rey que tiraban a su Esposa las tres Divinas Personas.

La primera, que es de palabras amorosas y dulces, le tiraba la persona del Padre Eterno, y así prosigue luego: *vox tonitrui itu in rota,* la voz de tu tronido es saeta que da en la rueda, que es

tu Esposa. El decir que es voz de trueno, es lo mismo que del Padre Eterno, y así Cristo Nuestro Señor llamó a dos de sus dicípulos, San Juan y Santiago, hijos de trueno, que era lo mismo que hijos de su Padre celestial. Y de las palabras amorosas que este divino Padre decía a la Esposa, dijo el mismo David en otra parte, hablando en su nombre por estas palabras: *Ego dixi: dii estis, & filii excelsi omnes.* Yo (dice el Padre Eterno) dije: vosotros sois dioses y semejantes a mí, porque sois mis hijos. ¿A quién le pueden cuadrar mejor estas palabras que a la Esposa de su Hijo, el divino Cordero, pues la tiene hecha toda semejante a sí? Y no sólo por el título de adopción es Hija suya, sino también por ser Esposa de su Hijo, y son de tanta estima, de tanta honra y ponderación estas palabras, que apenas habrá otras en la Escritura que Cristo Nuestro Señor tanto ponderase y afirmase la verdad de ellas en su Evangelio como éstas.

Cuando los judíos le dijeron que blasfemaba porque decia que era Hijo de Dios, respondió Su Majestad: ¿No está escrito en la Escritura que dijo Dios: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo? Y la Escritura no puede faltar. Como si dijera: no pueden dejar de ser verdaderas estas palabras; pues si a los justos llama mi Padre Eterno dioses, ¿de qué os maravilláis y os escandalizáis de que yo diga que lo soy, como si dijera, siéndolo, no por adopción, sino por naturaleza?

Parece que estaba este divino y celestial Padre mirando atentamente mi alma, y viéndola tan semejante al Esposo, que es su Hijo, la llama Hija por excelencia y por dos títulos. Y aun no sólo la llama Hija, sino Dios, por participación, complaciéndose y deleitándose en ella, a semejanza de como se deleita en su Hijo natural y verdadero, Dios esencialmente,

como lo dijo Su Majestad con aquella voz que sonó en el Bautismo y en la Transfiguración, diciendo: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* Este favor de honrar a la Esposa con las palabras que a su mismo Hijo, sólo con las que son escogidas para este estado y que están hechas un espíritu con Dios parece que habla aquí, pues dice luego hablando con los demás hombres predestinados en grado ordinario: *vos autem sicut homines moriemini.* Como si dijera: vosotros moriréis, no como bestias, en pecado mortal, sino como hombres de razón, que es teniendo a Dios y en gracia suya. Y aunque sois príncipes porque sois predestinados para ser colocados con los príncipes de mi pueblo, sois como uno de los príncipes que caen algunas veces en culpas, aunque se vuelven a levantar: *sicut unus de principibus cadetis.* No sois como mi Esposa, que siempre está en pie, y tan semejante a mí y tan unida conmigo, que la llamo Dios y lo parece.

Compara el Esposo a la Esposa en los Cantares a la caballería del carro y carroza de Faraón: *equitatui currus Faraonis assimilavi te, amica mea.* Esta caballería, yeguas o animales, son los que Ezequiel vió que llevaban la carroza o ruedas de Dios, y que después los llama querubines. Y así el comparar a los animales o yeguas del carro de Faraón, es decir que era semejante a aquellos querubines. Pero ya no parece que se contenta este divino Señor con compararla a ellos, sino a sí mismo; no se contenta con menos que llamarla Dios e Hija suya, y que sea, no de los animales que llevan las ruedas divinas, sino que sea también rueda muy semejante a las tres divinas, como se ha dicho.

¿Qué saeta más poderosa puede haber para llagar un corazón, en amor de este Señor, que oir de su boca palabras tan

amorosas y grandiosas? ¿cuál estará el de la Esposa que tales favores recibe de tan gran Dios?

Prosigue luego David y dice de la segunda manera de saetas que la persona del Hijo tira a la Esposa, y dice: *Illuxerunt coruscationes tuae orbi terrae,* como si dijera: Señor, estoy mirando los rayos de luz y saetas de fuego que, como sol ardiente y radiante, estás enviando a tu Esposa, y son tantos y tan poderosos que han ilustrado toda la tierra y orbe abreviado de esta alma.

Parece que mira en esta ocasión a Cristo Señor Nuestro como sol de Justicia y a la Esposa como luna, y que el divino sol está comunicándole su hermosura y con ella hiriéndole como con saetas de rayos de luz, no sólo para iluminarla, sino también para abrasarla en su amor.

Este misterio parece que estaba encerrado en aquel milagro tan portentoso y admirable que sucedió cuando Cristo estuvo en la Cruz, donde hizo y consumó los desposorios con la Iglesia, la cual es como luna, y por estos divinos desposorios se juntaba con el Sol de Justicia, aunque, según su naturaleza, estaba mucho más distante, infinitamente más inferior al Sol Cristo que la luna material lo está del sol, así en la grandeza como en la claridad y el lugar que cada uno de estos planetas tiene. Pues para significar y declarar que aquel Señor era autor de la naturaleza y de la gracia, cuando hacía una obra tan maravillosa como era levantar a su Esposa la Iglesia y traerla de tal manera a sí que se pudiese unir con El con tan estrech vínculo, mostró también cómo era autor de la Naturaleza que, como tal, podía juntar la luna con el sol, cuando, segú el orden de la misma Naturaleza, estaba tan distante, y qu este milagro y maravilla fuese como figura y comprobaci

del otro que era de gracia. Y así como la luna cuando corrió para ponerse del sol impedía, o por mejor decir, ocultaba sus rayos a la tierra, pero ella los recibía más de cerca y con mayor fortaleza herían en ella y la iluminaban y encendían y penetraban, así, aunque los rayos del Sol de Justicia parecía que estaban ocultos a la tierra, por tener tan encubierta su grandeza y fortaleza, la Esposa mucho participaba de ellos y de su resplandor, fuerza y hermosura.

A la vista del milagro de la naturaleza y de la velocidad con que corrió la luna para juntarse con el sol, estaba aquel gran filósofo San Dionisio Areopagita, y con grande admiración dijo: O el Dios de la Naturaleza padece o toda la máquina del mundo perece. Y era así, que el Dios de la Naturaleza padecía; pero no sólo se puede entender por esta palabra padecer el sufrir trabajos y dolores, sino también el recibir alguna cosa, aunque sea de sumo consuelo y deleite, no por modo activo, sino pasivo. Y así dijo el mismo San Dionisio, hablando de su discípulo Hieroteo, que no sólo conocía las cosas divinas, sino que las padecía, esto es, que las recibía y experimentaba.

Y así también en este sentido se pudo decir de Cristo que padecía porque le daba su Padre eterno una Esposa con que recibía sumo deleite y El la recibía como pasivamente, pues aunque obró tanto y trabajó tanto para ganarla y alcanzarla y tener en ella muchos hijos, como dijo Isaías: *generationem ejus quis enarrabit? quia abscisus est de terra viventium: si posuerit pro pecato animam suam, videbit semen longaevum*, de manera que no le costó menos que hasta dar su alma, todo se le hizo no sólo poco, sino nada, según era su amor, que como el mismo Esposo dijo en los Cantares: *si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, tanquam nihil despiciet eam,*

y no sólo dió la sustancia de su casa, que son riquezas y bienes, sino su misma sangre y vida. Y con todo eso le parece que no ha hecho nada, y así cuando los dos discípulos que iban a Emaus, después de su resurrección, y viéndole como peregrino, le preguntaron si sabía los trabajos de Jesús Nazareno, dió a entender que no. Preguntando que porque le parecía que todos habían sido nada, y que sin trabajo suyo y como pasivamente habia recibido el gozo y gloria de ser despojado y de tener Esposa tan a su gusto. Y si Jacob, por el amor que tenía a Raquel, le parecieron poco catorce años de trabajos y de ser pastor, siendo el amor de este Señor infinitamente mayor que el de Jacob para con su esposa, claro está que no sólo había de parecer poco, sino nada.

Si el gran filósofo Dionisio Areopagita estuvo a la mira de aquel milagro, que Dios obró en la naturaleza al tiempo de estos desposorios divinos, el cual fué como figura de milagro que obraba la gracia que el mismo Cristo ganó para su Esposa la Iglesia, por medio de la cual se unía consigo, el profeta Habacuc estuvo con su espíritu profético a la mira de este milagro segundo, y no menos admirado de verle que Dionisio de ver el de naturaleza, dijo: *Sol & luna steterunt in habitaculo suo.* Como si dijera: Grandioso y portentoso milagro es este que veo, pues veo al Sol de Justicia, Cristo, y a la Luna, que es su Esposa, la Iglesia, y cualquier alma que alcanza esta felicidad de ser su Esposa, que están en un mismo lugar, en una misma morada, y siendo tan distante y tan diferente la que tiene el Sol a la que había de tener la Luna se han juntado de manera que están en un mismo lugar, y la Luna mora en el Tabernáculo del mismo Sol, no tiene cada uno su habitación y tabernáculo de por sí, de manera que sean dos, sino uno solo

es para entrambos, *in tabernaculo suo,* y como está a Luna tan pegada y unida con el Sol, su luz y sus rayos le son como saetas que la hacen caminar, *in luce sagittarum tuarum ibunt;* pero no camina ella sola, sino juntamente con el divino Sol que le acompaña siempre.

Porque aunque parecía que estaban parados, cuando dijo *steterunt*, estaban en pie, a punto y aparejados para caminar, porque mientras la Esposa es viadora, siempre ha de estar caminando, y aunque parece que pára en el ocio de la contemplación, entonces es cuando más camina, porque la lleva el divino Sol por la posta, que el curso del Sol es mucho más veloz y ligero que el de la Luna, y como ella está unida a él y es fuerza andar a su paso, camina mucho más y sin sentir que si con mucho trabajo suyo caminara más a solas y sin la inmediata compañía del Sol.

Dice luego el profeta cómo y adónde caminaban, en aquellas palabras que se siguen: *In splendore fulgurantis hastae tuae,* con el resplandor y rayos refulgentes de la lanza del divino Esposo, que es su Cruz; esa es la que los guía como guiaba el resplandor de la columna de fuego a los hijos de Israel, cuando caminaban por el desierto. Así, mientras la Esposa camina por el desierto de la vida mortal, ha de caminar con el resplandor que sale de la Cruz de Cristo, a la cual llama la Iglesia *Arbol decora & fulgida,* hermosa y refulgente. En ella ve la Esposa la hermosura de su divino Esposo, que le roba y hiere el corazón, como saeta de amor, y con su resplandor camina segurísima, porque va por el camino que fué el Esposo mientras caminó por el desierto de la vida mortal, como ella camina ahora, y así la da su misma lanza, su misma guía resplandeciente, para que acierte a camínar siguiendo su senda estre-

cha y angosta. Y el mismo Esposo también la acompaña, como se ha dicho, y así no quiere ya otra gloria sino la de la Cruz, como decía San Pablo: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi.* Mientras más resplandece la Cruz, más gloria y consuelo tiene la Esposa, y más seguridad de que camina bien y por buen camino, y así se determina a no dejar un punto de la mano esta divina lanza, obrando siempre todo lo que fuere más penoso y de más cruz, y abrazando lo que su Esposo le da con sumo gusto. De manera que aunque fueran trabajos inmensos, como los que Cristo padeció en ella y por ella, le han de parecer nada, como a El le pareció cuanto padeció, pagándose de esta manera el amor y siendo fidelísima Esposa de tal Esposo.

Prosigue luego David en el Salmo que se iba diciendo el tercer modo de saetas, que es de hacer beneficios y dar dones y riquezas, lo cual hiere y cautiva un corazón para amar a su bienhechor. Este modo de saetas es propio del Espíritu Santo, porque es el dador de dones y es el mismo Don infinito: *dator munerum* y *donum Dei altissimi,* le llama la Iglesia, y para dar estos dones y riquezas le parece al santo Rey David que camina por el mar de las aguas de gracia, y así dice: *In mari via tua, & semitae tuae in aquis multis, & vestigia tua non cognoscentur.* Parécele este divino Espíritu y compárale al mercader que viene de Indias por la mar y viene con grande suma de riquezas, y como viene por mar y por tantas aguas no se conocen sus sendas ni caminos que, como dijo Cristo en su Evangelio, el Espíritu Santo donde quiere aspira y no se puede saber de adónde viene ni adónde va. Y la causa es porqu camina por agua, en la cual no queda senda ni se siente e caminar. Pero la nave que trae este divino Mercader, llena d

riquezas y dones, aunque no sepa por dónde camina, ni vea la senda, segura va con tal Piloto y rica y llena de bienes está sin echarlo de ver.

Esto parece que quiso decir el Espíritu Santo cuando hablando de la Mujer fuerte, que es la Esposa, y de sus dichas y felicidades, dice: *Facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum.* Como si dijera: El divino Mercader, que es el Espíritu Santo, la ha hecho nave suya, en que trae de lejos y de las Indias divinas, inmensas riquezas y dulzuras de pan suavísimo y dulcísimo. Y esto lo trae de lejos porque se entienda que no es de la tierra ni del mundo, sino del cielo y del mismo Dios. Esta nave es como el arca del Testamento, donde estaba guardado el maná y las Tablas de la Ley y la vara de Aarón. Porque en esta nave está muchas veces guardado el maná del cielo, que es el Santísimo Sacramento, que tantas ventajas hace al maná de los hijos de Israel, y tiene esculpida la ley de gracia y amor, no ley de temor como era la antigua, y no escrita en tablas, sino en el mismo corazón. Está también la vara del Sumo Sacerdote, Cristo, la cual vara es la lanza que se ha dicho de su Cruz, florecida como Arbol frondoso, como la llama la Iglesia. Y está llena esta nave de otras riquezas celestiales. Pero no sólo es nave, sino arco, como queda dicho que vió Ezequiel, adonde pone el divino Amor sus saetas, y por su medio las arroja a otras almas, ya por palabras, ya por su ejemplo y oraciones, y al mismo arco le quebrantan y traspasan tanto las dichas saetas que parece le deshacen, como dijo David en otro Salmo, por estas palabras: *Venite & videte opera Domini, quae posuit prodigia super terram auferens bella usque ad finem terre.*

Está este gran contemplativo tan admirado de las obras que Dios hace con su Esposa y de las muchas maneras que muestra el amor que la tiene y lo que desea ser amado de ella, que llama a todas las criaturas a que vean estas obras, que son como prodigios obrados por el mismo Dios en la tierra de su Esposa, que, al fin, aunque más divinizada, es naturaleza humana y se puede llamar tierra.

Y los prodigios que este divino Señor hace en esta tierra es quebrantar el arco de su espíritu a fuerza de saetas de amor; las demás armas no las quiere ni usa de ellas, antes las deshace y rompe o quiebra: *arcum conteret, & confringet arma.* Ya no son menester armas para conquistar esta ciudad, que toda es enterísima y totalísimamente del divino Señor. No se trata ya de otra guerra que la del amor, cuyas armas propias son las saetas, y para que éstas lleguen a lo íntimo del alma y corazón, dice luego David: *& scuta comburet igni,* que quemó con su divino fuego los escudos, esto es, lo que podían tener de impedimento y defensa para no penetrar a lo íntimo, de manera que quemado esto quedase toda descubierta y patente sin ningún impedimento, para recibir las divinas impresiones y heridas de amor. Y esta obra es para Dios de tanto gusto y se precia tanto de ella que manda a sus criaturas que, desocupadas de todas las cosas terrenas, miren cuanto muestra en esto ser Dios, y cuando se ensalza con esto, así en las gentes como en la tierra: *vacate, & videte, quoniam Ego sum Deus: exsaltabor in gentibus, & exsaltabor in terra.* De estas saetas se sentía herido y llagado el mismo rey David cuando decía: *quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad Te Deus,* como si dijera: ciervo herido me veo y me siento, y como las heridas son de amor, me causan tan insa-

ciable sed de las aguas vivas, que es Dios, que aunque la comparo a la del ciervo, es porque no hallo otra mayor a que compararla; pero la mía muy mayor es. Y así me hace correr con velocidad de ciervo hasta subir a lo alto y levantado, que es Dios, *qui ponet pedes meos, tamquam cervorum, & super excelsa statuens me.* En viéndose allí luego pretendió herir él también a Dios y vencerle, de lo cual gusta tanto el mismo Dios, que Él le enseña cómo lo ha de hacer: *qui docet manus meas ad praelium, &posuisti ut arcum aereum brachia mea,* como si dijera: la guerra de amor es ciencia mística y que sólo Dios la puede enseñar, y así lo hizo conmigo y no sólo me enseñó cómo le había de amar y herir con mi amor sino que me puso mis brazos como arco para que le flechase, y no arco flaco y fácil como era cuando Él quería vencerme a mí, que con gran facilidad me deshizo y quebrantó porque me estaba a mí muy bien quedar deshecho con la fuerza de sus saetas, pero cuando quiso recibirlas de mí y me puso como arco para este fin no fué arco flaco sino de hierro fuerte, y así confiada y animosamente tiré saetas de amor al mismo Dios.

XXIV

A este propósito se puede también declarar lo que dice en otro salmo: *In Domino confido; quomodo dicitis animae meae: transmigra in montem, sicut paser.* Como si dijera: los que saben poco o nada de las propiedades del amor divino, hacen como burla de mí diciéndome que vuele al monte como pájaro. Pues confiado en el Señor y en su ayuda subiré a ese monte altísimo de la Divinidad, y si no fuere volando como pájaro será

corriendo como ciervo, según queda dicho: *quoniam ipsi peccatores &.* Y aunque soy pecador, es tal la confianza y el atrevimiento que me da el amor, que tengo de extender mi arco y aparejar mis saetas en mi aljaba, que es mi voluntad, y en seguridad de mi entendimiento tirar las saetas y herir de amor a los rectos de corazón, que son las tres Divinas Personas en las cuales está la suma rectitud, porque el Señor Dios es dulce y recto: *dulcis & rectus Dominus,* y su espíritu es espíritu recto y es el que hace rectos a los hombres justos, siendo participantes de la rectitud de Dios.

El mismo intento de herir a Dios con su amor tenía la Esposa cuando se mostraba junto a las tres Divinas Personas en figura de arco, y las saetas con que hiere a Dios no sólo es el amor, sino también otras virtudes, particularmente aquellas ocho que tanto alabó Cristo Nuestro Señor en el sermón del Monte, y se mostró tan herido de ellas y que le tenían tan cautivo el corazón y le llevaban tanto la afición, que no se contentó con prometer el reino de los cielos por premio de todas ellas, sino que a cada una de por sí se le promete, aunque por diferentes modos de hablar. La primera virtud es la humildad y pobreza de espíritu. Es tanto lo que enamora a Dios que a ella sola atribuye San Pablo la exaltación de la humanidad del mismo Cristo, y la Virgen Santísima parece que atribuye también a sola esta virtud de la humanidad todas sus grandezas y felicidades por las cuales la llaman bienaventurada todas las generaciones: *quia respexit humilitatem ancillae suae &.* Gusta Dios mucho de que la Esposa mire siempre su pobreza y que no se apropie nada de lo que Él le ha dado, ni tenga asimiento ni propiedad en ninguna de sus riquezas, sino sólo en Él mismo, que esto es ser pobre de espíritu. Hásel

de volver todo a Dios sin votar nada para sí y quedarse en su vacío para que de nuevo le vuelva Dios a llenar como los ríos que se vuelven a la mar de donde salieron: *ut iterum fluant*, para tornar a correr de nuevo y con más abundancia. Y esto es para Dios una saeta que le llaga y aficiona el corazón.

La segunda es de mansedumbre: *beati mites, quoniam ipsi possi debunt terram.* Esta virtud parece que corre parejas en los ojos y estimación de Dios con la humildad, porque ambas a dos virtudes nos mandó juntamente que aprendiésemos de Su Majestad: *discite a me, quia mitis sum, & humilis corde,* y el Espíritu Santo dice, por el profeta Joel: ¿sobre quién descansará mi espíritu sino sobre los humildes y mansos?

La tercera saeta con que la Esposa hiere a Dios, son las lágrimas, las cuales son poderosísimas con Él para alcanzar cuanto con ellas se pide, como se dice en muchos lugares de la Escritura. En viendo el divino Esposo lágrimas en los ojos de su Esposa, luego se enternece y la consuela, cumpliendo lo que prometió, de que los que llorasen serían consolados, y San Juan le vió en su Apocalipsis que Él mismo por su mano estaba quitando y enjugando las lágrimas de su Esposa.

La cuarta saeta es el hambre y sed de la justicia y santidad, y es tanto lo que gusta el divino Señor de verla con esta sed, que parece se gloría de ello por el Eclesiástico, diciendo: *Qui edunt me, adhuc esurient, & qui bibunt me, adhuc sitient;* mientras más me gusta y más recibe de mí mi Esposa, mayor hambre le queda, y por el gusto que me da de verla con mayor hambre, le doy más a comer y a gustar de mí. Y mientras más bebe de las aguas vivas, más sed tiene de tornarlas a beber, y para que se le aumente la sed le doy estas aguas con abundancia, porque me roba la eficacia cuando la veo hambrienta y

sedienta sin apetecer ni gustar de otra cosa sino de mí.

La quinta virtud es la misericordia, la cual arrebata también tanto la afición a Dios, que quiere que imitemos en ella, no sólo a su sagrada Humanidad, como en la humildad y mansedumbre, sino a su Padre celestial: *estote ergo misericordes, sicut & Pater vester misericors est*, y róbale tanto el corazón esta misericordia que, por ser la oliva símbolo de ella, llama David a los hijos de este divino Señor pimpollos de oliva, viendo que es el nombre de que más gusta. Y supuesto que todos los bienes que una criatura recibe de Dios, espirituales y corporales, son misericordias suyas y efectos de su misericordia infinita, todos esos bienes promete Cristo Nuestro Señor a los misericordiosos, cuando dice que conseguirán misericordia.

La sexta virtud y saeta es la limpieza de corazón, la cual roba tanto la afición a Dios, que en viendo un corazón y un alma con esta limpieza, no parece que le sufre el corazón dejar de manifestársele aun desde esta vida en el modo que en ella puede ser visto, y a esta pureza atribuye Cristo Nuestro Señor la visión beatífica cuando dijo que los limpios de corazón verían a Dios. Y es esto de manera que si fuera posible (que no lo es) que entrara en el cielo algún alma impura y con manchas, no pudiera ver a Dios aunque estuviera en aquel lugar, porque sólo de los puros y limpios de culpas puede ser visto y a ellos solos está prometido por el sumo gusto que Dios recibe de ver en ellos aquesta pureza.

La séptima virtud y saeta es la de la paciencia, la cual roba tanto la afición a Dios, que en cualquiera que la ve le reconoce por hijo suyo y le ama como a tal por la semejanza que tiene con Su Majestad, de quien dice David en muchas partes de sus Salmos que es sumamente paciente sufriendo a sus

criaturas tanto como nos sufre, y no sólo es paciente sino pacífico, sin que jamás pueda caber en Dios turbación, aunque más ejecute los castigos de su justicia con quien lo merece según sus secretísimos juicios. Siempre está este divino Señor en suma tranquilidad y pacificación, y róbale tanto esta paz y dale tan sumo gusto que no sólo reconoce, ama y trata como a hijos a los que la tienen sino que son el lugar de su descanso, como dijo David: *Factus est in pace locus ejus*, &.

La octava saeta y virtud es el padecer trabajos y persecuciones por la justicia, lo cual, como es tan propia imitación de Cristo, y no sólo en deseos sino en obras, que es lo más perfecto y de mayor estima. Enamora grandemente a Dios el alma que va por este camino de cruz y de trabajos, y que a trueco de volver por su honra y por la verdad y justicia no teme ningunos, sino antes tiene a mucha dicha el padecerlos. A estos tales de derecho parece que se les debe el cielo, y así se les promete Cristo y dice que es suyo y le tengan por suyo.

Con estas ocho virtudes procura la Esposa herir a su Esposo, como con saetas, sabiendo que son las que le hieren el corazón y se le llagan en amor del alma en quien las ve. Y para que pueda herir con más fuerza y con más ánimo, pone el mismo Señor su mano sobre la de la Esposa cuando la tiene puesta en el arco; esto es, cuando con veras trata de poner en obras estos ejercicios y afectos, como cuando Eliseo puso su mano sobre la del rey, cuando la tenía en el arco, para que ambos juntos tirasen la saeta; que si el mismo Dios no concurriera y diera fuerza y valor a las obras de la Esposa, no valieran nada, pero obrando juntos y poniendo Dios su mano sobre la suya, son obras poderosas y fuertes, como de Dios, a quien él mismo se rinde y vence del amor divino junto con

el de su Esposa. Esto parece que quiso decir Isaías en aquellas palabras: *in pharetra sua abscondit me: in umbra manus suae protexit me, & posuit me, quasi sagittam electam;* como si dijera: en la aljaba de su amor infinito me escondió, y queriendo que mi amor, junto con el suyo, fuese poderoso para vencerle y herirle, puso su mano sobre la mía de manera que me hacía sombra, y de esta manera obrábamos juntos. Y así me puso y me hizo como saeta, y no como quiera sino escogida y aguda y tan eficaz que la robé la afición y el amor, de manera que luego, al punto, mostrándose vencido de mí, dijo: *servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor;* y yo dije (dice luego el profeta): en vano trabajara yo solo; ahora sí que son mis obras fuertes, que son juntas con mi Dios: *& opus meum cum Deo meo, & glorificatus sum in oculis Domini, & Deus meus factus est fortitudo mea.*

XXV

Por otro modo declaró y dijo la Esposa en los Cantares, esto de estar debajo de la sombra de la mano de Dios, la cual es la persona de Cristo, diciendo: *Sub umbra illius, quem desideraveran sedi, & fructus ejus dulcis guturi meo.* Este divino Señor no se le mostraba entonces como mano cuya sombra le ayudase a tirar saetas, como dijo Isaías, sino como árbol con dulcísimo fruto, y la Esposa se sentó muy de asiento en su sombra gozaba y se sustentaba de su fruto. La sombra de Cristo Nue tro Señor son las especies sacramentales, porque en el San simo Sacramento está Su Majestad como árbol lleno de fru el cual es la gracia que nos ganó con sus trabajos y mere

mientos, y esta gracia es fruto propio de los Sacramentos, pero muy en particular de este de la Eucaristía, porque está en él el mismo árbol divino, Cristo Jesús, que con grandísima abundancia está produciendo este fruto, y con suma largueza lo comunica y reparte. Este divino árbol está cubierto de la sombra de las especies sacramentales, y la Esposa hace su asiento y morada, no sólo en la sombra, estando mirándola, sino debajo y dentro de ella, penetrando con los ojos de la fe este divino árbol y cogiendo su fruto, el cual es sabrosísimo para su garganta, porque, como se ha dicho, da la gracia, que es suavísima y dulcísima.

Después de haber la Esposa trabajado en la guerra de amor y luchado con el mismo Dios, y arrojádole tantas saetas como se ha dicho, viene muy bien que se siente a descansar, y no en otra parte sino junto al que tanto había deseado, y al que tanto procuró alcanzar, vencer y poseer. Por eso dice que se sentó debajo de la sombra del que había deseado, dando a entender que ya no tenía que desearle de aquella manera, porque ya le había vencido y le tenía por suyo, y así se podía sentar despacio, junto y aun dentro de él, y comer a su sabor de su fruto dulcísimo. Y no dice que se sentó debajo del árbol a la sombra que el mismo árbol hacía, sino que se sentó debajo de la sombra, y para ser esto así había de cubrir la sombra al árbol. Y eso quiere la Esposa dar a entender con aquel modo de hablar, y que se entienda que la sombra que cubre ese árbol son los accidentes sacramentales, los cuales con gran propiedad compara a la sombra, porque ella también no es más de accidente y porque como sombra obscura encubre la grandeza y fruto del árbol. Y para conocerlo es menester entrar debajo de la sombra y en medio de ella, como entró Moisés en la niebla

que cubría el monte para hablar con Dios, y como entró la Esposa para comer el fruto, el cual no dice que era hermoso ni oloroso, ni de otra cualidad de las que entran y se perciben con los sentidos exteriores, ni aun con la lumbre natural del entendimiento y razón, sino sólo dice que era dulce, y eso no lo sintió en la boca corporal ni sensible, sino en la garganta, en lo más interior del alma y en la esencia de ella, adonde se sujeta la gracia, que es el fruto dulce, como se ha dicho.

Luego, al punto, como comió la Esposa, dice que la metió en la bodega de sus divinos y dulces vinos y que ordenó en ella la caridad: *Introduxit me in cellam vinariam: ordinavit in me charitatem.* Claro está que habiendo comido la Esposa, forzosamente había de beber luego y que había de ser vino siendo fruta lo que había comido; esto es, que habiendo recibido y gustado la gracia que da este divino Sacramento, era forzoso que, a medida de ella, recibiese y gustase también el aumento de la caridad, porque esa comida y bebida andan tan juntas, que no es posible estar la una sin la otra; y no sólo están juntas, sino que han de estar a una misma medida y en un mismo grado. Por eso dice: *Ordinavit in me charitatem;* como si dijera: a la medida y en el grado que me dió la comida de la gracia, a esa misma ordenó que se me diese la bebida de la caridad, y que la gracia y la caridad estuviesen en mí tan ordenadas que no salga la una ni un grado más que la otra.

Antes había entrado el Esposo a la Esposa en su bodega; pero entonces era muy al principio, y se habían tratado tan poco que no se atrevió a llamarle Esposo, sino Rey, y entonces no dice que le dió de beber sino sólo que se alegraron de ver la inmensidad y fortaleza de aquellos divinos vinos de amor; pero ya que no sólo se tratan con llaneza de Esposo y Esposa,

sino que le tiene tan rendido con la fuerza de su amor, que aun no le llama Esposo, sino suyo, y como cosa en que tiene ya posesión, dale la comida dulce y la bebida fuerte de sus celestiales vinos hasta embriagarle.

De esta comida y bebida sentía mi alma que la convidaba el divino Señor, y que no sólo me daría gracia y caridad cuando le recibiese y comiese sacramentado corporalmente, sino también espiritualmente, y el tiempo que está descubierto en esta octava en particular, que me asentase muy despacio y morase muy de asiento en aquella y debajo de aquella sombra de los accidentes de pan, particularmente en estos días que los tenía tan presentes y tan a la vista, y que estuviese con grande hambre y sed, que El me satisfaría dándome con tanta abundancia su fruto de la gracia y su vino del divino amor, que fuese cinco veces más que las demás almas que asistían delante de Su Majestad.

A este propósito me trajo a la memoria la historia de Joseph, el hijo de Jacob. Y era como si me dijera: «Yo soy el verdadero Joseph, que el otro fué figura de mí, y así como él por buscar a sus hermanos y darles noticia de sus sueños y revelaciones, fué por ellos vendido y padeció tantos trabajos, hasta que, después de sacado de la cárcel en Egipto, le hizo Faraón su gobernador y como señor de toda aquella tierra, así, por buscar yo a mis hermanos los hombres y por darles noticia de mi Divinidad y de la de mi Padre, fuí por ellos vendido y atormentado, mucho más que Joseph. Morí, con tan inmensos dolores y desprecios, y después de esto y de haber salido de la cárcel del cuerpo mortal y pasible resucitando a vida gloriosa, me dió mi Padre el gobierno de todas las gentes. *Postula a me, & dabo tibi gentes, hereditatem tuam, & possesio-*

nem tuam, terminos terrae Reges eos in virga ferrea. Y yo dije por David: *Ego autem constitutus sum rex abeo.* Y aunque tengo poder sobre toda la tierra, a quien en particular gobierno y sustento es a mis hermanos los justos y predestinados, que son hijos adoptivos de mi Padre celestial. Para ellos tengo guardado el pan y trigo de la gracia, de la cual está el mundo tan estéril que no se hallará sino en mi casa y en las trojes de mis Sacramentos, que para guardarla y depositarla en ellos los fundé e instituí, y, en particular, en esta dilatada trox del Sacramento de la Eucaristía, donde yo mismo asistí a repartir y medir el pan de gracia que se ha de dar a cada uno, conforme a la medida y disposición que trae.

Pero entre todos mis hermanos tu espíritu es el más pequeño y, por el consiguiente, es el que yo amo con amor ternísimo, como Joseph a Benjamín, porque no sólo es tu espíritu hijo adoptivo de mi Padre celestial, como los demás hermanos míos, sino hijo también de mi Naturaleza humana y en particular de mi Alma, que hace contigo oficio de madre. Como otro día te dí a entender, eres hijo de la hermosísima Raquel, que, aunque es esposa mía, es también mi madre, y así eres hermano de padre y madre, como Benjamín lo era de Joseph, y por esto sumamente amado de mí y con tan gran ternura que en viéndote en mi presencia se conmueven mis entrañas amorosísimas mucho más que se conmovieron las de Joseph cuando vió a su hermano Benjamín y le obligó a prorrumpir en abundancia de lágrimas y a esconderse de los demás hermanos porque no lo echasen de ver.

No puedo yo derramar lágrimas, porque no se compadece con los dotes de gloria y vida impasible de mi Humanidad; pero derramo las aguas de mis misericordias sobre ti con

tan infinito y tierno amor, que no lo manifiesto ahora a mis hermanos, antes lo encubro hasta que la caridad sea tan perfecta que el verlo les sea de sumo gozo, como lo tienen los bienaventurados por la gloria de cada uno como si fuera propia. Y así como luego mandó Joseph que diesen de comer a sus hermanos, y lo que mandó que se pusiese en la mesa no nombró más que pan, y luego dice la Escritura que bebieron hasta embriagarse y que mandó que a Benjamín le diesen de todo cinco veces más que a los demás hermanos, así el convite que yo hago a los míos es de este divino Pan del cielo y el vino de mi Sangre, y la sustancia y sustento que sacan de este pan es, como he dicho, la gracia que causa en el alma; y el vino y sangre mía les causa también aumentos de caridad y amor, de manera que pueden quedar embriagados si no queda por su indisposición y negligencia.

Pero a tu espíritu, que es mi Benjamín, quiero darle cinco veces más de esta gracia y caridad que a los demás.que asisten a mi mesa, y esto no sólo cuando me recibas como manjar, sino cuando me mirares y asistieres delante de mí en este Sacramento; que estando con hambre y sed y dilatada la boca de los afectos y peticiones, yo la llenaré con abundancia y no contentándome con sustentarte tan abundantemente estos días en que se celebra mi octava. Después de ella te daré la misma copa en que yo bebo, como lo hizo Joseph con Benjamín y con fin y traza de que con esto se quedase en su compañía, sin entenderle él ni alcanzar aquel misterio, quedando admirado de ver la copa de su hermano Joseph en su costal de trigo.

La copa con que yo bebo el vino del Amor infinito es el mismo Espíritu Santo. Él es el vino y es la copa, porque vino

infinito no puede caber sino en copa infinita, y en esta divina Persona está el infinito amor con que el Padre y yo nos amamos. Esta copa con que yo bebo mi mismo amor pondré en el costal de tu trigo, esto es, en tu espíritu, donde está recogida la gracia, de manera que ya no sea trigo solo ni gracia sola, sino que habite por ella y en ella el mismo Espíritu Santo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum,* dijo San Pablo. Pero de tal manera estará en ti este divino vaso, que no lo sabrás tú con cierta ciencia ni muchas veces lo sentirás; pero todo lo trazo yo para que no te apartes un punto de mí, por lo mucho que te amo.»

Mírase mi espíritu debajo y dentro de la sombra de aquellos accidentes sacramentales que no parece se puede apartar de allí aunque sea el tiempo que no asisto allí corporalmente, y está con gran ansia y sed pidiendo los aumentos copiosísimos de la gracia y caridad que allí me tiene guardada, y pídole que no sólo me la dé a mí, sino a todos sus hermanos y míos con la misma abundancia que yo le deseo y pido y Su Majestad parece ofrece de dármela, como queda dicho, por la semejanza de Benjamín, pues que todos los demás hermanos lo merecen tanto mejor que yo, y que de lo que diere a los demás me gozaré yo tanto como si me lo diera a mí.

XXVI

Estando en estas peticiones se me ofrecieron a la memoria unas palabras de San Pablo, que son estas: *Scio, cui credidi, et certus sum, quia potens est depositum meum servare in illum diem.* Y en otra parte: *Reposita est mihi corona justitiae, quam*

reddet mihi Dominus in illa die. Como si dijera: No sólo estoy cierto de lo que creí, sino que lo sé también por experiencia, y es que la herencia que mi padre y hermano mayor, Cristo Jesús, me ganó con tantos trabajos, que fué la gracia, y me la dejó para mí y para que fuese mía, como lo es de los hijos la herencia que sus padres les dejaron y ganaron, como es herencia tan rica y preciosa no quiere dármela toda junta ni de una vez, sino como Señor todopoderoso que, aunque murió, resucitó y está vivo, quiere que la tenga depositada en Él porque esté más guardada y segura; pero de tal manera, que en cualquiera día y hora que fuera a pedirle que me dé parte de lo que me tiene guardado, me lo dará sin falta ninguna como si no me lo diera de gracia sino que me lo debiera de justicia, como lo debé el que tiene la hacienda de otro guardada en depósito, que en cualquiera día y hora que se la fuere pidiendo está obligado a dársela. Y así pido mucho y con gran confianza: además de la gracia que me tiene este Señor depositada para írmela dando mientras estoy en esta vida mortal, me tiene, no depositada sino guardada la corona de la justicia, que es la gloria. Ésta no la puedo yo pedir, ni mi Señor me la dará hasta que llegue aquel día en que haga conmigo oficio de justísimo Juez, si tengo derecho a ella de justicia, que será si la he granjeado con la gracia que acá me fué dando y con mis obras. Daráme de asiento y por entero de una vez la corona de la gloria, que ésta no es depósito que le va pagando y dando poco a poco, como la gracia, sino corona guardada para darla toda junta, la cual estoy cierto me dará, si la mereciere, porque *gratia Dei in me vacua non fuit, sed semper in me manet,* y lo mismo será con cualquiera que guardare esa gracia y trabajare con ella, no quedando en él vacía.

A este propósito parece que dijo el Santo Profeta David aquellas palabras de un salmo: *Dominus pars hereditatis meae, & calicis mei, tu es, qui restitues hereditatem meam mihi,* como si dijera: el Señor es mi heredad y mi herencia, porque lo es la gracia que me ganó, y esa gracia es una participación de Dios, y por medio de ella poseo al mismo Dios, que es el divino y celestial Pan en que tengo mi herencia y heredad, y también es la parte de mi cáliz, esto es, no sólo tengo en mi Dios guardada y depositada la heredad del pan de la gracia, sino también la del vino de la caridad y amor, y lo uno y lo otro me lo restituye y me lo vuelve cuando se lo pido y cuando llevo medida y disposición en que recibirlo, como vuelve el depósito y le restituye el que le tiene guardado cuando su dueño se le pide y le ha menester. Pero además de esta herencia que mi Padre me ganó, tengo también otra que es los trabajos y penas con que me ganó esa misma gracia, lo cual también quiero yo heredar para ganar y granjear con ellos la corona de justicia de la gloria, que ésta, aunque también me la ganó mi Padre celestial y me la mereció, fué con condición que yo también padeciese y trabajase y cooperase con Él y le siguiese, y para esto me echó cordeles: *funes ceciderunt mihi in praeclaris;* pero cordeles hermosísimos y preciosísimos para mí, y que los tengo por dichosa suerte, que son los trabajos.

Como el Señor había prometido, por el profeta Oseas, diciendo: *in funiculis Adam traham eos,* los cordeles de Adán son los trabajos y penas; que si a Adán y a sus descendientes se le dieron estos cordeles por pena de su culpa, abrazándolos el segundo Adán, Cristo, y siendo atado con ellos, los esclareció tanto y los hizo tan preciosos, que ya no los miro ni los tengo por penas de culpas, sino por suerte escogida. Y cordeles de

oro y de resplandor de gloria, son también cordeles y ataduras de caridad, como lo dijo Dios por el mismo profeta Oseas: *in vinculis charitatis;* son las cadenas y las ataduras con que Dios me junta a sí y la prueba del amor fuerte y constante con que nos amamos, de manera que, aunque la carne parece que va algo forzada, el espíritu corre y vuela tras Dios atraído de Su Majestad con esos cordeles, como dijo Cristo Nuestro Señor en su Evangelio: ninguno puede venir a mí si mi Padre no le trajere con estos cordeles de amor. Y es de notar el modo de decir *nisi Pater meus traxerit illum,* que parece es con alguna fuerza y violencia; pero esto es según la carne, que siempre repugna los trabajos y ser apretada de estos cordeles, pero el espíritu, como gusta del amor y dulzura con que Dios le envía y como por medio de ellos le une y ata consigo y le hace ganar la corona de justicia que es la gloria, tiene esos trabajos por heredad hermosísima, escogidísima y preclara.

Y así, en diciendo David que cayeron sobre él estos cordeles, dijo luego: *etenim hereditas mea praeclara est mihi,* estas herencias y heredades dichosas y de tan suma riqueza pide mi espíritu al divino Señor sacramentado con grandes ansias, pues tiene allí en sí mismo todos estos tesoros depositados, para darlos a quien con veras se los pidiere y deseare, y que no sólo me dé su capa como Joseph a Benjamín, que significa, como queda dicho, al Espíritu Santo y el vino dulcísimo de su Amor, sino la copa y cáliz amargo dè su Pasión y de sus dolores y desprecios, que no me parece puedo creer que estas muestras de su amor y los favores que me hace son de Su Majestad, si no me lo muestra en hacerme participante de este cáliz y en hacerme merced que le pueda yo servir con obras y que no sean solos deseos. Que es para mí de gran confusión y sentimiento

recibir tantas mercedes y beneficios de su mano y no poder servir a Su Majestad en cosas muy grandes como quisiera hacerlo.

XXVII

Estando un día pensando que no debía de ser Dios quien me comunicaba estas declaraciones, pues para ninguna cosa parecía necesario que yo gastase tiempo en esto, ni que a mí se me diesen a entender estas cosas, y sintiendo con extremo que la obediencia me obligase a escribirlas, temiendo si en algún tiempo las había de poder ver alguna persona, que es la cosa de mayor sentimiento y pena que me parece podía tener, parece que me respondían interiormente que por ser yo sujeto tan inútil y tan corto, de todas maneras no era posible que Dios se me comunicase.

Por este camino me engañaba mucho, porque antes es condición y gusto de Su Majestad el comunicarse y manifestar sus secretos a los pequeñitos, y encubrirlos a los que se precian con vanidad de sabios y prudentes, como dijo Cristo Nuestro Señor en su Evangelio, cuando dió gracias a su Padre Eterno porque escondía sus secretos a los sabios y prudentes y los revelaba y manifestaba a los niños pequeñitos, humildes e ignorantes.

El santo rey David dice en un salmo: *testimonium Domini fidele, sapientiam praestans parvulis,* en las cuales palabras no sólo quiso decir que la guarda de los Mandamientos de Dios causa luz y sabiduría en los pequeños y humildes, como en otro salmo, *super senes intelexi: quia mandata tua quaesivi,* sino

también quiso decir que el testimonio fidelísimo del Espíritu de Dios es el de dar sabiduría a los niños muy pequeños, de todas maneras, así en la capacidad como la humildad, reconociendo su pequeñez y poco caudal.

Según esto no es causa para dudar ni temer que no sea de Dios esta comunicación y declaraciones, porque aunque la pequeñez de mi caudal y sujeto y mi ignorancia no las pudiesen alcanzar, antes eso mismo manifiesta y da testimonio de que es obra de la gracia y no de la naturaleza, y lo que Dios pretende en esto es perfeccionar su alabanza como dijo el mismo David en otro salmo por estas palabras: *ex ore infantium & lactentium perfecisti laudem,* como si dijera: Señor, muchos hay que con su sabiduría y con sus letras y doctrinas te alaban y son medio para que otros te alaben; pero lo perfecto, lo acendrado y maravilloso de tus alabanzas sale de la boca de los sencillos ignorantes, sin letras ni sabiduría y sin capacidad ni habilidad para tenerla, que son como los niños que están colgados de los pechos de sus madres, que no tienen capacidad para saber más que chupar la leche de ellos.

Estos pequeñitos y humildes son los que dan el último complemento y perfección a tus alabanzas, porque manifiestan con evidencia que es todo tuyo, y que siendo ellos tan incapaces de entender ni de hablar en esos misterios y secretos, eres tan poderoso que les puedes dar inteligencia y palabras de manera que sean instrumento y motivo de que seas alabado perfectamente, dándote la gloria de todo lo que en las tales criaturas pequeñitas se ve y oye, sin que a ellas se las puedas atribuir parte ninguna por pequeña que sea, sino que toda la gloria y alabanza sea para ti solo.

Y supuesto que el fin que Dios tiene en mandarme por obe-

diencia escribir estas cosas es este, bien puedo dar por bien empleado este pequeño trabajo a trueco de que algún alma alabe a Su Majestad con la perfección que se ha dicho. Aunque otras personas podrá ser que hagan burla de que una mujer, y tan flaca y ruin como yo, me ocupe en escribir estas cosas tan impropias de mi bajo sujeto. Pero de ambas cosas y de que sigan estos dos efectos me puedo alegrar, así de los que glorificaren a Dios por este medio, como de que otros burlen de mí y me desprecien, que de cualquiera de estas dos maneras que se reciba y mire esto me está a mí muy bien.

XXVIII

Otro día antes de comulgar se me ofrecieron a la memoria aquellas palabras del santo Rey David, que dijo en un salmo: *inclinavit coelos suos, & descendit, & caligo sub pedibus ejus*, y parecíame que hablaba muy propiamente de la venida que Cristo Nuestro Señor hace al Santísimo Sacramento, en la cual parece que inclina los cielos y los baja a la tierra, pues el Rey de ellos viene a hacer presencia real y verdadera y personalmente en la tierra. Pero este divino Señor hace esta bajada y descendida suya cubriéndose de niebla que le encubre todo hasta los mismos pies; eso es, *caligo sub pedibus ejus*, y esta niebla son los accidentes sacramentales, de los cuales está Cristo Nuestro Señor cercado y rodeado, como dijo el mismo David en otro salmo: *nubes & caligo in circuitu ejus.*

Y entrando este Señor en mi alma, así cubierto y sacramentado, se me daba a entender que quería hacer en mí lo que dijo

luego David en el mismo salmo: *Ascendit super cherubim, & volavit*. Estas palabras no viniera bien en esta ocasión decirlas del mismo Cristo, pues acabando de decir que descendía de los cielos, no había de decir que subía sobre los querubines, que es el coro más inmediato al supremo de todos los cielos, que es el de los serafines. Y así lo que quiso decir aquí es que el haber bajado y descendido Dios a la tierra y entrado en el alma sacramentado era para hacerla subir sobre los querubines, y no sólo eso, sino que de ellos volase aún más alto y pasase a las alas de los vientos: *et ascendit super cherubim, & volavit. Volavii super pennas ventorum.*

Llama alas de los vientos a los serafines, porque son los que siempre tienen extendidas las alas del amor y suben a lo altísimo de su esfera y fuego divino, y así siempre que los serafines se muestran en alguna visión, como a Isaías y otras semejantes, se mostraron con seis alas y que estaban siempre volando. Cuando la Escritura habla de otros ángeles, de otras jerarquías, y que los enviaba Dios a la tierra a cosas tocantes a su servicio y bien de los hombres, como la bajada y enviada del arcángel San Gabriel a anunciar el nacimiento del Bautista y después el de Cristo Señor Nuestro, y la venida del ángel San Rafael al santo Tobías, y otras muchas apariciones de ángeles que cuenta la Escritura, no hace mención de sus alas sino solamente cuando habla de serafines. De ellos son propias las alas del amor, que son espíritus abrasados, y así David, para que se entendiese que del coro de los querubines subían y volaban las almas al de los serafines, le pareció que lo declaraba con propiedad llamándolas alas de viento, y que diciendo que sobre esas alas había volado era decir que había volado, no sólo hasta los serafines, sino sobre

ellos. Y así dice luego: ***et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus.***

Parece que estaba este santo contemplativo mirando con su espíritu profético lo que este divino Señor sacramentado hace en las almas, y particularmente lo que aquel día hacía en la mía, y cómo por medio de la gracia de este Santísimo Sacramento hace volar tanto a las almas y que la mía volase aquel día del coro y grado de querubín en que había estado el tiempo que había recibido de Su Majestad estas noticias y declaraciones místicas, con tanta ilustración en el entendimiento, lo cual es propio de los querubines, a los cuales se les comunica Dios, como sabiduría infinita, dándoles particularísima luz y conocimiento de la Divina Sabiduría. Y así el tiempo que Dios se me comunicaba en ese modo era como tenerme en el grado y coro de querubín; pero que ya quería volase y subiese al de serafín y que todo fuese ocuparme en su divino amor como lo hacen los serafines, y de esa manera entrase en la divinidad escondiéndome en las divinas tinieblas de que la misma divinidad está cercada para la flaca vista de nuestro entendimiento, y dando Dios a sentir a mi alma este modo de esconderse con estas tinieblas luminosas y divinas.

Parece, pues, que estando el santo Rey David a la mira y contemplación de esto, decía las palabras dichas con particular admiración, como si dijera: Señor, es posible que no bastara la merced que habíais hecho a esta alma en inclinar los cielos y descender a ella y haberos cubierto de esa niebla y nube para que os pudiese recibir, sino que la levantaste tanto que volase ella sobre los querubines y no sólo eso, sino que volase también sobre los serafines. Y después de todo esto veo que no pára hasta esconderse y hacer su mora-

da escondida en las tinieblas altísimas y divinísimas de tu Divinidad: *posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus*, y esa misma Divinidad tuya, que le das por morada y escondrijo, la tiene toda cercada para que ya no vuelva más a salir, como dijo Jeremías: *circumaedificavit adversum me, ut non egrediar.*

Pues si este cerco y edificio en circuito es la misma Divinidad, ¿cómo dice *adversum me?*, ¿esle Dios por ventura contrario? A las almas que no han alcanzado del todo la suma pureza y semejanza de Dios, aunque sean santos y estén muy cerca de Su Majestad, como lo estaba el Santo Profeta Jeremías y el Santo Job, aquello poquito de tierra o de impureza que les falta por acabar de acrisolar y purificar, es en su manera contrario a Dios y a su perfecta semejanza, y así parece que se da el mismo Dios a sentir algo contrario cuando con su divina luz y luminosa tiniebla cerca al alma, hasta que de todo punto esté purísima, sutilísima y espiritualísima, sin peso ninguno de tierra. Que aquello poquito que ha quedado y no está del todo consumido, hace como un peso y un modo de oposición y obstáculo a la divina luz de la Divinidad, y así cuando ésta cercaba al Profeta Jeremías, le parecía que le era algo contraria hasta que acabase de gastar y purificar lo que no es semejante a Dios, y el Santo Job, de la misma manera, se quejaba de que Dios le hacía alguna contradicción y le había puesto como contrario al mismo Dios, aunque a fin de quitar y purificar lo que tenía contrario a El y a su infinita pureza, que, como se ha dicho, es alguna cosa de tierra que aún ha quedado, la cual le hacía pesado a sí mismo. Así no sólo dijo: *quare posuisti me contrarium tibi?*, sino también *& factus sum mihimetipsi gravis?*, y apenas lo había acabado de preguntar

cuando al punto conoció que la causa era el haber quedado en él alguna reliquia y rastro de culpa, que no estaba del todo desarraigada y purificada en él la raíz del pecado, y así dijo luego: *cur non tollis peccatum meum, & quare non aufers iniquitatem meam?* ¿Por qué, Señor, no acabas ya de quitar esto que ha quedado en mí, que no me deja gozar de esa divina luz, sino que cuando embiste en mí me parece tiniebla y me causa alguna pena por mi flaqueza e impureza?

Esto mismo quiso decir David, cuando al punto que había acabado de decir que el alma había entrado en estas tinieblas místicas y luminosas y que le tenían cercado, dijo: *Tenebrosa aqua in nubibus aeris*. Parecíale que estaba el alma allí como el agua está en la nube, que la nube y el agua que está en ella es todo como una misma cosa, y el agua está tan escondida en la nube, que no puede ser vista si no es que se derrame y caiga sobre la tierra; así el alma está tan escondida en Dios que no la podrán ver ni conocer las criaturas, si no es que por su culpa salga de aquel divino escondrijo y se derrame en cosas de la tierra. Pero como la nube es tan purísima y tan sumamente luminosa de suyo y el alma es, por el contrario, de suyo obscura, impura y miserable, a la vista y con la junta de la nube divina parece el alma agua tenebrosa, cenagosa e inmunda, lo cual causa tan grande sentimiento, confusión y humillación y un dolor tan vivo e íntimo a lo profundo de mi alma que me hace muchas veces prorrumpir en abundancia de lágrimas.

Por otro ejemplo y comparación declara el Profeta Joel esta obscuridad que el alma siente en sí acerca de Dios, y cómo el mismo Dios es para él la tiniebla, y hablando en nombre de Dios dice estas palabras: *Sed & super servos meos, & ancillas in diebus illis effundam spiritum meum: sol convertetur in tene-*

bras, & luna in sanguinem. Había dicho primero que derramaría su Espíritu sobre toda carne, y luego especificó: que en sus siervos muy escogidos y en sus esclavas, que son las almas muy suyas y que escoge para sus Esposas, no sólo derramará en ellas su Espíritu en el modo ordinario que a los demás justos y predestinados, sino que hará que el sol se convierta en tinieblas y la luna en sangre, las cuales cosas serán para muy grande bien y purificación de las dichas almas.

Parece que este convertirse el sol en tinieblas y la luna en sangre, es propio modo de hablar para significar el eclipse natural de la luna, el cual se causa estando el sol ausente de este hemisferio y, por el consiguiente, en tinieblas, y habiendo de recibir la luna los rayos del sol, como planeta levantado sobre la tierra, así cuando la tierra está en tinieblas por faltarle la luz del sol, la luna está luminosa porque los recibe por la parte superior. Pero sucede alguna vez interponerse alguna tierra en medio del sol y la luna, e impide que los rayos del sol se la comuniquen y la penetren con la claridad; que cuando no hay ese obstáculo entonces se muestra la luna obscura y de color de sangre, hasta que con la velocidad posible a su curso natural va apartándose de la tierra que la impide el recibir los rayos del sol y quitado ese impedimento los recibe con gran fuerza y claridad.

Aplicando esto al propósito de lo que se iba diciendo, parece que el decir Dios por el Profeta Joel que el sol se convertirá en tinieblas, es decir que el divino de Justicia, que es el mismo Dios, aunque en sí mismo no es posible convertirse en tinieblas, que es luz eterna e inmutable, pero esa luz, como es en sí misma, no se comunica ni extiende sus rayos a este hemisferio, donde se vive en carne mortal, y así mien-

tras dura esta vida, todo es noche, y en el hemisferio de la vida eterna todo es día, sin haber noche, porque siempre se comunica el Sol divino allá y no acá, y si se comunica acá es mostrándose como tiniebla, convirtiéndose (digámoslo así) y acomodándose de esta manera a la flaca vista del entendimiento, que como murciélago o lechuza no ve sino de noche y estando el sol escondido.

Por eso dijo David que era como lechuza en la divina morada donde estaba: *factus sum sicut nicticorax in domicilio,* y el esconder Dios sus rayos como son en sí mismos y comunicarse como tiniebla acomodándose a nuestra vista, es una de las grandes mercedes que hace a las almas, y lo que ofreció y prometió por Joel, diciendo: *sol convertetur in tenebras.* Pero como su luz es infinita, aunque más cubierta esté de tinieblas y de fe obscura, no deja de resplandecer algo por medio de esa misma fe, a la cual llamó San Pablo luz que luce en lugar obscuro y tenebroso: *quasi lucernae lucenti in caliginoso loco, donec dies illucescat, & lucifer oriatur in cordibus vestris.* Que es como si dijera: mientras vivimos en esta vida mortal estamos como de noche y en lugar obscuro y caliginoso; pero al fin, ya que no vemos el Sol de Justicia, hanos dado una luz limitada como la que luce de noche, luz de luna, que al fin se acierta a andar con ella y se ven las cosas eternas y espirituales y divinas; pero no de manera que se ha dicho, hasta que llegue el tiempo que, *dies illucescat,* resplandezcan ya los rayos del Divino Sol de Justicia y amanezca el día eterno y el lucero de la lumbre de gloria nazca y esté en nuestro entendimiento.

También la Esposa llamó noche y sombra a esta vida mortal y día a la eterna, cuando dijo: *dilectus meus mihi, & ego illi:*

donec aspiret dies, & inclinentur umbrae, como si dijera: mi Amado será para mí luz de sol aunque cubierto de tiniebla, hasta que la noche de esta vida se incline y acabe y comience el día eterno, y en esta noche seré yo para mi Amado luna, que estando levantada sobre todo lo que es tierra y teniendo mi asiento en el firmamento celestial, participaré de sus rayos y luciré en esta noche; que la luz de la luna, aunque participada del sol, es tan limitada, que bien se compadece con la noche y con las tinieblas.

Pero mientras la Esposa está en esta noche de la vida mortal, aunque sea luna está sujeta a eclipses y a que algunas veces se le interponga alguna tierra entre ella y el sol, que le impidan la luz de sus rayos y quede algo oscurecida y de color de sangre, esto es, de unos accidentes impuros, que por la sangre se entiende en la Escritura los pecados, y aunque aquella tierra que se interpuso para eclipsar la luna no llegó a ser pecado, no llegó a ser sangre, fué, a lo menos, una color y una apariencia de ella. Todavía causó impureza y alguna oscuridad respecto de la divina luz, y para volverla a recibir, y participar de los rayos divinos con la claridad de que ella es capaz, ha menester correr con velocidad para apartarse de aquella tierra que se lo impide, y como su curso natural y ordinario no es suficiente para hacer esto con la presteza y eficacia que es menester y quiere el divino Sol, él también le ayuda a purificarla hasta que quede limpia de la impureza y desemejanza que la tierra la causó, y para esto embiste este divino Sol el rayo de su palabra purísima, limpísima y castísima, como dijo el santo rey David en otro salmo por estas palabras: *eloquia Domini, eloquia casta: argentum igne examinatum, probatum terrae purgatum septuplum.* Como si dijera: la palabra de Dios

es castísima y purísima, y envíala Dios al alma para que la purifique y deje también castísima y purísima, como el fuego acrisola y limpia la plata, purgándola y aniquilando en ella todo lo que tenía de tierra, dejándola tan blanquísima y purísima como acrisolada y purgada, no sólo una vez ni cinco veces, que es lo sumamente purificado.

A las cosas muy finas, muy puras y muy acendradas y cinco veces destiladas, se llama quintaesencia, y si lo sumo que en las cosas terrenas se purifica es hasta cinco veces, no se contenta con eso este divino Fuego y Sol, sino que siete veces acrisola y purifica a su plata y a su luna, que es su Esposa: *purgatum septuplum*.

Estas siete purificaciones y crisoles son los que se siguen: El primero, el conocimiento propio, la humillación, confusión y dolor que de ese mismo conocimiento se sigue, con que el alma grande y eficazmente se purifica y acrisola, no sólo de las imperfecciones e impurezas leves, pero aunque fueran graves, que siendo grande y verdadero el dolor y contrición, con sumo y profundo conocimiento de su vileza y displicencia de sí misma, bastará a dejarla purificada y limpia. El segundo crisol son las lágrimas, efecto propio del dolor dicho, y que tienen grande fuerza para purificar, lavar y acrisolar el alma. El tercero es el Sacramento de la penitencia, crisol poderosísimo, por estar en él la eficacia de la sangre de Cristo, que es la que sumamente purifica las almas. Y mucho más el cuarto crisol, que es el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el cual, sol las purificaciones dichas, hace gran efecto y purifica sob manera, y da nuevos resplandores y lustre a esta plata. quinto crisol es el dolor y sentimiento de la pasión de Cri Nuestro Señor, que va representada en este divino Sacramen

y que fué instituído para memoria suya. El sexto crisol es el que causa la misma luz divina y tiniebla luminosa, que, como se ha dicho, si halla alguna impureza, lo primero que hace es purgarla y purificarla, manifestando a la misma alma esta luz la impureza que tiene de suyo, para que con el sentimiento de ella y de la fuerza del amor, con que desea verse sumamente pura y semejante a la divina luz, se purifique de nuevo. El séptimo crisol es el fuego ardentísimo del amor extático e inmediata asistencia y comunicación del Espíritu Santo, el cual hace al alma sumamente semejante a Dios y la deja purísima y acendradísima y hecha como carbones y brasas de fuego divino, sin que se vea rastro de la materia impura y tenebrosa, que era antes que estuviese penetrada de ese fuego y le tuviese concentrado en sí, como lo es el carbón antes de estar todo encendido y penetrado del fuego.

Así dijo luego David en el salmo de que se iba hablando al principio: *et intonuit de coelo Dominus, & Altissimus dedit vocem suam: grando & carbones ignis*, como si dijera: viendo Dios al alma, su Esposa, que estaba como agua tenebrosa, metida en él como en nube, sonó su voz poderosísima, y dió su palabra que, como queda dicho, es castísima y que acrisola, limpia y purifica. Y así luego aquella agua que parecía tenebrosa se volvió tan pura y tan blanca como el granizo, que es la blancura que le da la nieve, y la mayor que se halla en la tierra a que comparar las cosas blancas y puras, y no la compara a la nieve, sino al granizo, porque es blancura más consistente y que no se deshace ni se junta tan presto con la tierra como la nieve. Y no sólo la hizo la palabra de Dios pura y blanca como el granizo, sino hízola fuego y como brasas y carbones encendidos, y junta esto por-

que se entienda que del granizo no toma la semejanza de su frialdad, sino sólo de su pureza y blancura, y que con ella viene muy bien el fuego del amor divino y estar semejante a las brasas y carbones encendidos en el calor, como era semejante al granizo en el candor. Con este divino fuego de la palabra divina y comunicación del Espíritu Santo, purifica el divino Esposo a su Esposa de cualquier impureza de tierra, y la deja como plata pura acrisolada y como luna resplandeciente, sin el color de sangre y eclipse que por su negligencia de la Esposa cobró, como dijo el Profeta Joel, que esto significa el convertirse la luna en sangre, en este sentido místico.

XXIX

No se puede decir el sentimiento de mi alma mirándose y considerándose como agua tenebrosa, cenagosa y asquerosa delante de Dios, y las lágrimas qne me hacía derramar este sentimiento, y las ansias con que pedía a Nuestro Señor que me purificase, enviándome su divina voz, palabra y Verbo humanado y sacramentado, para que, entrando dentro de mí, me causase los efectos dichos de purificación, pureza y fuego de amor, y así se cumpliese también en mí lo que dice luego el santo Profeta rey: *& apparuerunt fontes aquarum;* ¡quién podrá decir cuántas y cuán inmensas son las fuentes que así se manifiestan y descubren al alma, porque en cada una de las Divinas Personas ve fuentes y de todas desea beber!

La primera fuente es de suma dulzura, porque en ella se da a gustar y a beber algunas gotas de la Divinidad, que es la fuente perenne que mana de la Persona del Padre Eterno.

De esta bebida dulcísima parece que gustaba el santo Rey David cuando dijo: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti trimentibus te: perfecisti eis, qui sperant in te.* No halla con qué comparar la dulzura que Dios tiene escondida para los que le temen y en particular para los que esperan en Él, y así sólo dice aquella palabra de ponderación *quam magna est*, y para que se entienda que el gustar de esta dulzura y beber de esta fuente es después de haber entrado en las divinas tinieblas y escondrijo que había dicho en otro salmo, como queda declarado, dijo aquí que esta dulzura estaba escondida. Y no sólo eso, sino que prosigue luego: *abscondes eos in abscondito faciei tuae a conturbatione hominum, proteges eos in tabernaculo tuo,* como si dijera: para darles a beber y a gustar esta dulzura de la fuente divina de tu Divinidad, los escondes en lo escondido de esa misma Divinidad que es tu rostro, y lo escondido de Él son las tinieblas místicas dichas con que le encubres para que no puedan verle y con que los encubres a ellos y los ocultas y libras de las conturbaciones terrenas que son propias de los hombres, y en ese divino tabernáculo umbroso y oscuro los tienes amparados y defendidos.

Llegando a tratar más en particular de esta divina fuente que estando en esta sombra se bebe, dice en otro salmo un poco más adelante: *filii autem hominum in tegmine alarum tuarum sperabunt*, como si dijera: los espíritus humanos y que aun están y viven en carne mortal, en entrando por la contemplación en las tinieblas místicas, que son la sombra de tus alas, luego esperan que se les ha de descubrir algo de la divina fuente y no les salen en vano sus esperanzas, que al punto son embriagados de lo sustancial y abundoso de tu casa, que es tu divino amor: *Inebriabuntur abubertate domus*

tuae, & torrente voluptatis tuae potabis eos, y del arroyo de tus deleites les das a beber, aunque con tasa y medida, según su corta capacidad, como dijo en otra parte: *& potum dabis nobis in lacrimis in mensura.* Es tan poquito lo que en esta vida le cabe de esa bebida al alma, que la medida es como unas gotas de lágrimas, y aun con ese poquito se embriaga; porque conoce que en ti hay una fuente de vida, que le descubre la fe y el ansia de beber de ella con más abundancia la saca de sí: *quoniam apud te est fons vite.* Y prosigue: *&, in lumine tuo videbimus lumen*, como si dijera: esta divina fuente, como ella es en su manantial, no hay luz en esta vida para poderla ver. Pero diste, Señor, esta fuente, que es tu Divinidad y tu misma Naturaleza, a tu Hijo y divino Verbo, como Jacob dió su fuente a su hijo Joseph que fué figura de tu Hijo.

No sin misterio hizo particular mención de esto el evangelista San Juan cuando cuenta en su evangelio cómo Cristo Nuestro Señor fué a una ciudad de Samaria llamada Sichar, junto al campo o heredamiento que Jacob dió a su hijo Joseph, en el cual estaba la fuente del mismo Jacob, y sobre esta fuente se recostó o sentó Cristo y allí trató con la mujer samaritana cómo él era fuente de agua viva. Como si dijera el evangelista: Cristo era figura de Joseph y Jacob de su Padre Eterno, del cual heredó Cristo en cuanto Dios la fuente de agua viva que es la misma divinidad del Padre; y como esta fuente de Jacob parece que significaba esto, quiso sentarse en ella y allí manifestar este misterio, que en ella estaba significado, probando y declarando cómo Él era la fuente de agua viva, la cual en Cristo es luz de luz, *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*, canta la Iglesia en el Credo. La luz en sí misma y como es en la persona del Padre, no puede ser vista, pero esa misma luz, e

la persona de Cristo, que es luz de esa luz, está cubierta con la humanidad, y ahí se deja ver y puede ser vista. Y es lo mismo que ver al Padre, como dijo Cristo: *qui videt me, videt & Patrem meum*, y así dijo muy bien David al punto que acabó de decir que Dios era fuente: *& in lumine tuo videbimus lumen;* en esta luz de la persona de Cristo ven los hombres tu luz, que si no fuera en Cristo y por él, no pudieran verla. Así dijo Su Majestad: *Ego sum lux mundi*, y con esta luz se le manifiestan al alma muchas y copiosísimas fuentes que manan de este divino Señor, no sólo la de la divinidad que heredó de su Padre, como se ha dicho, sino las que por la junta y unión con la naturaleza humana manaron y corrieron con abundancia para los hombres.

Porque este Señor, por razón de la unión, es fuente de gracia que está siempre corriendo por las almas que con sed se la piden. Como dijo Cristo a la Samaritana: si tú supieses el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú por ventura se lo pedirías y él te daría agua viva, de manera que en el pedirlo puso la duda y el *forsitan*, pero en darlo Su Majestad pidiéndoselo no la puso, sino que absolutamente dijo que se la daría. Demás de la fuente de la gracia que está en Cristo, están también las cinco de sus llagas y de los infinitos merecimientos que con las corrientes de su sangre nos ganó, no sólo para lavarnos de las culpas sino para satisfacer las penas que por ellas merecíamos. Todas las cuales fuentes están siempre corriendo con tánta abundancia para las almas y en tanto provecho y felicidad suya, que dice el Santo Profeta Isaías: *haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*, como si dijera: son tan copiosas y manantiales las fuentes del Salvador, que por muchas aguas que saquéis de ellas no se agotarán ni menoscabarán jamás, y son estas aguas de tan suma felicidad

para el alma que las saca, que el hacerlo le causa sumo gozo, y le obliga a prorrumpir en alabanzas divinas y convidar a ellas a las demás criaturas: *& dicetis in illa die: confitemini Domino & invocate nomen ejus: mementote quoniam excelsum est nomen ejus &.*

Pero demás de estas fuentes, que manan del Salvador y que son propias de este divino Señor, quiso beber las aguas de los trabajos cuando vivió en carne pasible. Y de estas aguas tuvo tan inmensa sed, que no parece la podía encubrir ni disimular, encubriendo otras cosas grandiosísimas que tenía dentro de sí. Pero la sed de los trabajos quiso manifestarla cuando dijo: con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh, cómo me aflige y me congoja la sed de estas aguas, y de verlas ya en mí, no sólo como bebida limitada, sino como agua en que pueda ser bañado y bautizado!

Parece que el santo Rey David estaba mirando a Cristo Nuestro Señor con esta insaciable sed y contemplando la congoja y aflicción que le causaba la dilación de su Pasión, donde con tanta abundancia había de beber estas aguas de los trabajos, dolores, persecuciones y desprecios, que tanto deseaba y contemplaba el santo Rey, que esta ansia, sed y tristeza le tenían como oprimido y caída la cabeza, como suele suceder en los demás hombres cuando los oprime alguna tristeza.

Y estando mirando esto, vió con su espíritu profético cómo ya llegado el tiempo de la Pasión, la bebió de tan buena gana y con tanta ansia y abundancia de estas aguas, que se echó en el mismo arroyo de ellas, para beberlas sin limitación alguna. Y en habiéndolo hecho y satisfecho la sed y el hambre, viéndose ya harto de oprobios, como dice Jeremías: *Saturabi-*

tur opprobriis, no porque se le hicieron muchos ni quedara harto de ellos, sino porque fueron tantos que, a menor sed y hambre que la suya, pudieran causar hartura, pues viendo esto el santo Rey David, dice: *De torrente in via bibet, propterea exsaltabit caput*, como si dijera: al que veía triste y caída la cabeza, oprimido de la grande sed, ya le veo beber abundantemente del arroyo de los trabajos, que es el agua propia del camino y de los que son viadores. Y porque bebió y cumplió su deseo y ansia de padecer, luego alzó cabeza, luego se mostró con suma alegría y gloria. Estando Su Majestad en la Cruz, viendo que se le acababa ya la vida y, por consiguiente, sus trabajos, quéjase con gran clamor a su Padre Eterno porque desampara a su Naturaleza humana y la deja perder las fuerzas para padecer más. Y viendo que en cuanto al deseo de que se dilate la vida mortal no es oído y que se iba ya acabando, era tan insaciable su sed que le obligó también a manifestarla, diciendo: *Sitio*. Y aunque le dieron de beber y bebida amarga, hízosele tan poco que al punto se le cayó la cabeza diciendo: *Consummatum est*. Como si dijera: habiéndose ya acabado mis trabajos y no dándome más agua, no es posible ya vivir ni alzar cabeza en vida mortal y pasible. Tanta como ésta era la estima y la sed que este Señor tenía de este género de aguas, teniendo tantas fuentes de gloria y de gracia dentro de sí mismo, y juntándose estas aguas de los trabajos que bebió, con las fuentes que tenía en sí y manaban de El, quedaron las aguas amargas de los trabajos tan dulcísimas y tan apetecibles que les parece a las almas que tienen sabor de gloria y que sólo por beber de ellas parece que beben juntamente gracia y principios de gloria.

Estas son las fuentes que se aparecen y manifiestan a mi

alma en la persona de Cristo Nuestro Señor, y es tan grande la sed y ansia que tiene de beber de ellas con abundancia que parece la hacen algunas veces salir de sí. Y dígole a Su Majestad que supuesto que me ha hecho merced de mirarme y llamarme su hermano Benjamín, que a quién le viene más de derecho el participar y beber de sus fuentes, particularmente la de los trabajos y desprecios, que a mí, que amándome con amor tan tierno e íntimo, como lo muestra la comparación del que tenía Joseph a Benjamín, justo es que me dé lo que Su Majestad tanto estimó y deseó, y que, como quien sabe por experiencia lo que aflige la sed de estas aguas de los trabajos, se compadezca de la mía y me la satisfaga conforme fuere su voluntad.

Parece que estaba el santo rey David mirando a mi espíritu como Benjamín de este Señor y que le estaba pidiendo las cosas dichas, y que a la mira y vista de estas fuentes y con la fuerza de la sed y ansias estaba mi entendimiento como fuera de sí en exceso o éxtasis. Y dando gracias a Dios por esta merced que me hacía, convidaba también a los santos del cielo y de la tierra para que hicieran lo mismo y para que me ayudasen a pedir el cumplimiento de mis deseos, y dijo estas palabras: *in Eclesiis benedicite Deo Domino, de fontibus Israel*, como si dijera: todos los que estáis en las dos iglesias del Señor Dios, que es la Iglesia triunfante y militante; todos los santos del cielo y todos los justos de la tierra, bendecid al Señor. Y el motivo particular de estas alabanzas sean las fuentes de Israel, esto es, las fuentes de Cristo que se han dicho, porque Israel es lo mismo que Jacob, que ambos nombres tiene. Y la fuente de Jacob es la que está en Cristo, que figura Joseph, como se ha dicho, y así las fuentes de Israel es lo

mismo que decir las fuentes del Salvador, que dijo Isaías.

Y prosigue luego David: *ibi Benjamin, adolescentulus in mentis excessu,* como si dijera, hablando con los mismos santos: mirad que junto a estas fuentes está este espíritu, que es el Benjamín y hermano querido de ese divino Señor, y que las ansias y sed de beber de ellas le tiene como fuera de sí: *in mentis excessu.* Y pues sois príncipes poderosos con ese Señor más que los principales de Judá, Jabulón y Neptali, y sois como caudillos de este Benjamín que quiere seguir vuestros pasos, alcanzad de ese divino Señor que le conceda sus deseos y peticiones. Y luego los Santos, llenos de caridad, dijeron: *manda Deus viriuti tuae, confirma hoc Deus, quod operatus est in nobis,* como si dijeran: muestra Nuestro Señor Dios tu infinita virtud y manda conforme a ella, y lo que te pedimos que mandes es que se confirme en este espíritu lo que obraste en nosotros; no nos contentamos con que le des deseos de seguirnos y de imitarnos, sino que se confirmen esos deseos con obras, como los confirmaste en nosotros. Y luego parece que hablando el santo rey David con mi espíritu le decía todo aquel salmo que comienza: *exaudiat te Dominus in die tribulationis &,* en particular algunos versos de él, como *tribuat tibi secumdum cor tuum, & omne consilium tuum confirmet: impleat Dominus omnes petitiones tuas &.*

Pero no sólo se le muestran al alma las fuentes dichas de la Persona del Padre eterno y de la de Cristo Señor Nuestro, sino también las del Espíritu Santo, el cual es también fuente divina, y así le llama la Iglesia: *fons vibus,* fuente de agua viva. Esta divina Persona tiene también muchas fuentes que comunica a las almas; fuentes suyas son aquellos doce frutos del Espíritu Santo que refiere San Pablo y los siete dones con que enrique-

ce tanto a las almas, y así bien dice David que en estando purificadas, acrisoladas y abrasadas, luego se les manifiestan las fuentes de aguas divinas e infinitas que hay en Dios: *apparuerunt fontes aquarum,* y no sólo eso, sino que dice luego: *& revelata sunt fundamenta orbis terrarum;* también se les manifiestan y revelan y descubren los fundamentos de la tierra, esto es, que se le da al alma un profundísimo conocimiento de sus fundamentos, los cuales son dos: uno, en cuanto a la naturaleza, y otro en cuanto a la gracia. En cuanto a la naturaleza, conoce que su fundamento fué la nada, como dijo el Santo Job: *Appendisti terram super nihilum,* fundaste y cargaste el peso de la naturaleza humana sobre nada. Esa nada fué el fundamento y la materia de que fué criada, o, por mejor decir, supuesto que la materia fué la nada, no tuvo materia en que fundarse, sino sólo la que le dió la Omnipotencia divina en su creación, de manera que allí se le manifiesta bien claro al alma su poquedad y flaqueza, pues de suyo no tiene otro fundamento ni firmeza sino la nada. El fundamento que Dios le dió en cuanto a la gracia es sobre mares y ríos caudalosísimos. Así lo dijo David mirando a las almas de los justos que están en gracia, y que aunque de suyo son nada y fundados sobre la nada, los ha fundado Dios sobre las aguas divinas; dice: *Domini est terra, & plenitudo ejus orbis terrarum, & universi, qui habitant in ea,* como si dijera: del Señor es la tierra de la naturaleza humana, y en particular de esta alma que Él ha tomado tan por suya, que todo cuanto hay en ella en lo superior y en lo inferior, en lo interior y en lo exterior, todo es suyo. Porque Él la ha fundado sobre la mar inmensa de las aguas divinas de la gracia. Y sobre los ríos que se causan de las corrientes de las fuentes dichas le preparó lugar y asiento: *quia ipse*

super maria fundavit eum, & super flumina praeparavit eum. Muéstrale Dios al alma este fundamento tan firme y precioso que le da de gracia para que no desmaye y se descaezca, cuando ve el vil y sumamente flaco que tiene en cuanto la naturaleza y para que sea agradecida al divino y amoroso Señor por haberse dignado de fundarle en sí mismo, no habiendo que mirar en ella otro fundamento más que la nada que tiene de suyo y las miserias de culpas que ella sobrepuso a esa nada, con que quedó aún más vil y miserable. Algunas veces me descubre Dios estos fundamentos profundísimos con tanta claridad y sentimiento, que no hay palabras con que declararlo ni significarlo; sólo quisiera que todas las criaturas pudieran verlo como yo lo veo y me despreciaran y aborrecieran como yo me desprecio y aborrezco, y mucho más.

XXX

Poco después de esto me parecía que me decían aquellas palabras que dijo Cristo Nuestro Señor en su Evangelio a sus discípulos: *messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*, dándome a entender que lo que Dios había sembrado en mí, y la mies y lo que de ello se podía coger era mucho, y muchos y muy grandes y continuos sus auxilios, suficientes y bastantes para fructificar en todo género de virtud y santidad y coger muy grande cosecha de gracia y caridad y de todas las demás virtudes, dones y gracias espirituales y sobrenaturales, si yo por mi culpa y negligencia no lo dejase perder. Y para que esto no me sucediese tenía gran necesidad de rogar al Dueño y

Señor de esta mies, que es el divino labrador el Padre Eterno, de quien dijo Cristo: *Pater meus agricola est,* que me enviase los auxilios eficaces, muchos y muy grandes, a los cuales propiamente llama Cristo Nuestro Señor obreros, porque son con los que se ponen en ejecución y en práctica los deseos, las divinas inspiraciones y los buenos propósitos, de tal manera, que en llegando a ponerse por obra es señal cierta y evidente de que hubo auxilio eficaz y que envió el Señor de la mies estos obreros divinos, que cogiesen fruto de obras de la mies de los deseos y conocimientos. Los cuales obreros quiere el Señor que los deseemos y pidamos con ansias, y yo las sentía tan grandes, que cada vez que me acordaba de estas palabras, que era muy de ordinario, me hacía luego prorrumpir en abundancia de lágrimas el ansia con que los pedía.

Ofrecíanseme también a la memoria aquellas palabras de San Pablo a su discípulo Timoteo, en que le exhorta al ejercicio, no sólo de deseos y de palabras santas, sino todo obras, y en particular le encargó cinco cosas, diciendo: *tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple, sobrius esto.* Lo primero le pide que vele cosa de tanta importancia para coger el fruto de esta mies, que Cristo Nuestro Señor en su Evangelio lo encarga, no una vez sola, sino muchas y en muchas ocasiones. Y el Santo rey David, conociendo que importa esto tanto, y que aunque haya sembrado muy buena semilla en su campo no se puede echar a dormir, como lo hizo aquel hombre que cuenta el Evangelio, porque no le suceda lo que a él, que venga el enemigo y siembre cizaña entre el trigo, dice en un salmo: *vigilavi, & factus sum, sicut passer solitarius in tecto*, como si dijera: no porque he recibido tantas mercedes de Dios, ni porque ha sembrado en mí tanta

y tan buena semilla, dándome tanta luz y conocimiento de la doctrina y del verdadero camino y santos deseos de caminar por él, me dejo dormir y descuidar con esto, antes estoy siempre en vela, porque no llegue al campo de mi alma y de mi conciencia ninguno de mis enemigos, ni cosa de criatura que pueda sembrar ni mezclar en mí cosa que no sea Dios. Y así, como el velar es para este fin, estoy hecho como el pájaro solitario sobre el tejado; estoy levantado sobre todo lo que es tierra y mundo, puesto en atalaya, y al punto que de lejos veo venir alguna criatura, algún apetito o pasión hacia mí, hago lo que el pájaro solitario que no quiere compañía ni que nada esté junto a él, y en sintiendo que se le acercan, huye y vuela a más soledad. Así, yo no puedo sufrir ni puedo ver en mi compañía si no es a Dios y lo que me puede llegar más a El; de lo demás huyo volando, y para hacerlo con presteza y antes que se pase la ocasión, estoy siempre en vela y en atalaya.

La Esposa también, conociendo lo mucho que importaba el estar siempre velando, no quiso que se pensase que dormía del todo, aun cuanto estaba en el sueño dulce de la contemplación y guardándole su Esposo el sueño, y así dijo: *Ego dormio & cor meum vigilat*, como si dijera: aunque parece que duermo, y es verdad que duermo a todo lo corporal y sensible, pero la parte principal, que es el corazón, muy en vela está, y por el mismo caso que estoy en la noche de la contemplación y que gozo de la compañía y unión de mi Esposo, he menester velar más, porque es muy celoso y en la noche hay más peligros de enemigos, y el velar y el desvelarse propiamente es para la noche y para los que están en ella.

La segunda cosa que San Pablo dice a su discípulo es: *in omnibus labora*, trabaja en todas las cosas, como si dijera: pro-

cura cuanto te sea posible que esa gracia y esos auxilios suficientes que has recibido sean también eficaces, y para esto lo primero trabaja en pedírselos a Dios con gran clamor, como lo hacía el santo profeta Rey cuando decía: *laboravi clamans, raucae factae sunt fauces meae*, trabajé clamando y pidiendo estos auxilios y no me contentaba con clamar así como quiera, sino con tales voces y clamores, que si fueran corporales bastaran a enronquecer mi garganta. Este es el primer modo de trabajar para San Pablo, mas no se contenta con que se trabaje en una cosa sola, sino en todas. Y así se ha de trabajar en disponerse para recibir estos auxilios eficaces más que trabajar en pedir. Y esta disposición consiste en aprovecharse de los auxilios suficientes y cooperar con ellos con el libre albedrío y voluntad que Dios le dió para esto. Y de esta manera alcanzará que los auxilios no sólo sean suficientes, sino eficaces; porque viendo Dios que pone de su parte lo poquito que puede, que es procurar a cooperar con la luz y con el auxilio suficiente, se halla obligado según su misericordia y bondad de darle el eficaz, para que llegue a tener efecto y a ser fruto de obras, cogido por estos divinos obreros de Dios para gloria suya, no sólo en lo interior y en la contemplación sino en lo exterior y en las acciones y obras de vida activa, que en todo quiere San Pablo que se trabaje, de manera que de todo se saque fruto.

Lo tercero dice: *opus fac evangeliste*, como si dijera: todo cuanto te pido son obras y obras evangélicas, de manera que lo que los Evangelistas dijeron de palabra y por escrito, tú lo pongas en ejecución y seas evangelista, no sólo por tus palabras sino por tus obras. Véase en ti y por ti, no sólo escrito el Evangelio sino obrado; sea tu vida un vivo retrato de la de Cristo, una perfectísima imitación suya, que como este Señor

dijo en su Evangelio, no vino a desatar ni a dejar de guardar la ley, *non veni solvere, sed adimplere*, sino a cumplirla puntualísima y perfectísimamente, y para esto, *natum ex muliere, factum sub lege*, con ser el Sumo y Supremo Legislador y haber de dar fin a aquella ley de temor y darle nueva de gracia, con todo eso, el tiempo que vivió en carne mortal y duró esa ley antigua y de temor, la guardó sin dejar ni traspasar de ella una jota ni un ápice. De lo cual se preció tanto este Señor, que dijo a sus discípulos: *donec transeat coelum & terra, iota unum, aut unus apex non praeteribit a lege, donec omnia fiant*, como si dijera: no dejaré de cumplir ni una tilde ni un rasgo de lo que está escrito en la ley, y esto hasta el último punto de mi vida, que entonces será cuando el cielo y la tierra pasarán su modo de obrar natural y se verán milagros fuera del orden de la naturaleza: en el cielo con el eclipse y tinieblas, y la tierra con los temblores y las demás cosas que sucedieron cuando Cristo Nuestro Señor murió. De manera que hasta la muerte fué este Señor observantísimo de la ley, hasta que quedó toda cumplida y acabada, para darnos ejemplo de cómo hemos de guardar la ley de gracia que Su Majestad nos dió, con suma perfección y puntualidad y con perseverancia hasta la muerte, no sólo en las cosas esenciales de la perfección evangélica, sino en las que parece que no son más que un modo de adorno y gracia, como las ceremonias del divino culto y la puntualidad en que no pase un punto del tiempo en que aquello se debe ejercitar, que esto significa el rasgo y tilde que Cristo Nuestro Señor expresa en el Evangelio, que no parece de tanta importancia en la Escritura pero es de adorno y gracia en ella y sirve para que se pueda leer y entender mejor.

No se contenta San Pablo con que con toda esta puntuali-

dad se obre el Evangelio y los preceptos y aun los consejos que Cristo nos dejó en él, sino que añade en lo que encarga a su discípulo Timoteo: *mi misterium tuum imple,* como si dijera: no sólo has de obrar conforme a la perfección evangélica, que es ley que obliga a todos, sino que te has de adelantar aún más para llenar tu ministerio, que a ti en particular se te ha dado y encomendado. Mira lo que pide tu estado y el oficio en que Dios te ha puesto, y que cuanto es mayor que el que tienen otros es menester más obras y más perfección para llenarle y que las mismas obras estén llenas de caridad y de gracia. Porque si son vacías no podrá llenar tan gran capacidad como la de tu estado y ministerio, y podráse decir de ti lo que dijo el Señor al obispo de Sardis por San Juan en el Apocalipsis: *non enim invenio opera tua plena coram Deo meo.* Por esto te ruego que trabajes para llenar tu ministerio de obras llenas y perfectas.

A cada uno de nosotros, dice San Pablo en otra parte, es dada la gracia según la medida de la donación de Cristo, esto es, según el estado y oficio que Cristo reparte y da a cada uno, siendo como es la cabeza de la Iglesia, y así le toca de derecho el dar a cada uno el lugar y oficio que conviene y es su voluntad. A unos escogió para Apóstoles, a otros hizo sus Profetas, a otros dió oficios de Evangelistas, a otros los puso por pastores y doctores, y a cada uno dió la gracia necesaria para que cumpliese con su oficio y ministerio, y que granjeando con ella fuesen tanto mayores las ganancias cuanto era mayor el caudal. Esto quiso dar a entender Cristo Nuestro Señor en aquella par bola de los talentos que graciosamente repartió a sus sierv aquel hombre que quería ausentarse de ellos y dióles mucl más a unos que a otros, pues a uno dió cinco talentos, a otr dos y a otro uno; pero según lo que cada uno recibió, quiso



granjease y volviese multiplicado. Y si se contentó con que el siervo que había recibido dos talentos se los volviese y otros tantos, no se contentara con que el que había recibido cinco se los volviera con sólo dos de ganancia, sino que había de ser igual con lo que había recibido.

Esta gracia que Cristo Nuestro Señor da, dice San Pablo que es *ad consummationem sanctorum in opus ministerii in edificationem corporis Christi,* como si dijera: para que sean santos consumados y llenen el ministerio para que Dios los escogió y el lugar en que los puso en la edificación de su cuerpo místico, que es la Iglesia, de manera que cuando venga a tomar cuenta de la dicha gracia y talentos, le salgan a recibir con medida doblada, no sólo como la recibieron al principio cuando les fué dada la gracia *secundum mensuram donationis,* sino *inmensuram etatis plenitudinis Christi.* Que a este propósito parece que se pueden declarar y entender estas palabras, y es como si dijera: fuimos granjeando con la gracia que nos fué dada, hasta que saliendo a recibir al divino Señor y Juez seamos como varones perfectos y consumados, *donec ocurramus in virum perfectum in mensuram &,* a semejanza de Cristo en su edad perfecta y plenitud, no sólo en la estatura y edad corporal, sino en la medida y aumento de la gracia, de la cual está lleno aquel divino Señor como dijo San Juan: *plenum gratie et veritatis.* Y nosotros también estaremos llenos de esa gracia, según la capacidad y medida de cada uno, porque llenó cada uno esa medida de gracia que le fué dada, con obras perfectas que cada día le fueron aumentando, hasta llenar e incluir el lugar y ministerio para que estaba predestinado, no sólo en la edificación de la iglesia militante, sino de la triunfante.

Todas estas cosas y cada una de por sí parecía que me de-

cían a mí, dándome a entender la necesidad que tengo de estar siempre en vela para guardar lo que ha sembrado Dios en mí, y la obligación que tengo de trabajar procurando que lleve fruto copioso de obras, pidiendo a Dios los obreros, que son los auxilios eficaces, disponiéndome para recibirlos, procurando aprovecharme de los muchos suficientes que he recibido, pues no se contenta Dios de mí con menos que con las obras evangélicas y perfectísimas que San Pablo quería de su discípulo Timoteo. Y que sea puntualísima en la observancia de sus leyes, no sólo las ordinarias con que obliga Su Majestad a sus fieles, sino la particulares de mi profesión y estado, no faltando ni en la más mínima ceremonia de él. Y que mire que es menester mucho y muchas obras para llenar el estado y ministerio en que Dios me ha puesto, que es de los más altos y perfectos de su gloria, y demás de esto el estado y dignidad de especialísima Esposa suya, y de estar unida por amor tan estrechamente con Su Majestad, que a mí me ha concedido por su infinita bondad y misericordia, todo lo cual son tantos talentos y tan preciosos, que me obliga a granjear mucho con ellos y a no contentarme con cumplir los votos de mi profesión por modo ordinario, sino en grado superlativo y sumamente perfecto.

Que por el voto de la obediencia, atienda con particular cuidado a dejarme gobernar de Cristo en todas las acciones y palabras, de manera que sea Él quien viva en mí, y sea yo en todo tan semejante a este Señor que parezca Él y que me he transformado en su imagen, y estar siempre obedeciendo y guardando la ley de amor, haciéndose mi alma por Él una cosa con Dios, por una total entrega y transformación. El voto de la pobreza sea una renunciación de todo y resignación en la voluntad de

Dios, sin buscar ni apetecer cosa ninguna corporal ni espiritual, ni para esta vida ni para la otra, no cuidando de mí en cosa ninguna, sino estar totalmente aniquilada, mirando mi nada, mi pobreza y miseria, y morar en esta profundidad y desnudez, sin apegarme ni asirme ni aun a los mismos dones de Dios. El voto de la castidad sea gran pureza de conciencia y limpieza de corazón, excusando la más mínima imperfección y desemejanza de Cristo, no admitiendo imágenes, ni pensamientos de ninguna cosa corpórea y material que no sea forzosa.

De esta manera seré sobria, pura y templada, que es lo quinto que encargó San Pablo a su discípulo Timoteo, cuando dijo: *Sobrius esto;* que ya es tiempo que, como abeja que ha andado por las flores de los huertos y campos de la Sagrada Escritura y sacado las dulzuras de las noticias y declaraciones místicas que quedan dichas, me entre ya en la colmena a labrar la miel virgen, purísima y blanquísima, digna de ser puesta en la mesa de Dios. Y pueda decir lo que en los Cantares: *Comedi favum meum cum melle meo;* que es de lo que Su Majestad gusta sumamente, y que en labrar esta miel, poniendo por obra las cosas dichas, sea muy cuidadosa y diligente, de manera que se pueda decir de mí lo que canta la Iglesia de Santa Cecilia en su Oficio: *Caecilia famula tua, Domine, quasi apis tibi argumentosa deservit.* Y luego convida y llama al Señor que coja su fruto de lo que en ella había sembrado, diciendo: *Seminator casti consilii, suscipe seminum fructus, quos in Caecilia seminasti.* Fruto dulce, fruto de miel, fruto de amor, de gracia y de caridad, de que desea Dios ver llena esta colmena, pues ha sido tanta la flor que la abeja ha recibido; y habiendo de ser el fruto y la miel a medida de la flor y del conocimiento y luz, como se ha dicho, mucho es menester trabajar y no ser

abeja holgazana, sino argumentosa, artificiosa, solícita y cuidadosa y diligente en hacer y dar fruto, para que el Señor comunique muchos auxilios eficaces, que son los principales obreros de esta labor y trabajo.

XXXI

Después de escrito esto, pasaron algunos meses, y luego me tornaron a elegir por priora, y aunque yo lo renuncié muchas veces e hice todas las diligencias posibles, para excusarme de este oficio que tanto aborrezco, no fué posible alcanzarlo, sino que la obediencia me obligó a que le hiciese, y en estos tres años padecí hartos trabajos; así de poca salud (estando lo más de este tiempo con calentura continua y suma flaqueza y algunas enfermedades muy largas y apretadas), como de grandes aflicciones y temores interiores muy continuos, y otros trabajos de otras maneras exteriores que Nuestro Señor trazó, de grandísimo trabajo para mí, que no son para escritos, aunque creo fueron sin culpa de nadie.

También tuve algunas mortificaciones de los prelados, particularmente unas cartas del que lo era entonces, que fueron de gran humillación para mí y de muy grandes pesadumbres y reprensiones, por causa harto leve y no culpable. Con estos y otros trabajos pasé los tres años del oficio de priora, menos dos meses, que con muchos ruegos y diligencias alcancé de nuestro Padre general me absolviese de ellos, admitiéndome la renuncia que hice. Y así, se hizo elección, después de la cual he tenido mucho alivio en algunas cosas; pero no me han faltado cruz y ocasiones de harta humillación y pena.

Lo que me la causa, sobre todo, es el verme con tanta fla-

queza e impedimento para cualquier ejercicio, con este zaratán y calentura continua que tengo; porque me parece que es muy poco el trabajo que me causa y mucho lo que me impide el hacer algo por Dios y cumplir con mis obligaciones. Y al fin traza Nuestro Señor de tal manera esta cruz y los demás trabajos que me envía, que yo no los juzgo por agradables a Su Majestad, y por enviados con su infinito amor que nos tiene, sino por castigos merecidos por mis pecados y por lo mal que me aprovecho de lo que debo y he recibido de Su Majestad, y que son efectos del disgusto que tiene conmigo por esto. Tales sentimientos y pensamientos me afligen y humillan algunas veces notablemente, y me causan algunos temores de mi camino, y hacen que las cosas de trabajo y pena que se ofrecen sean muy más pesadas y penosas, y que carezca del gusto y consuelo que tuviera si me pudiera persuadir a que es gusto de Dios lo que en esto padezco. Que con las ansias que tengo de padecer por Nuestro Señor, si entendiera que en este modo de padecer le daba gusto y se agradaba de mí, fuera para mí de tan sumo consuelo, que ninguna cosa me parece me pudiera ser de trabajo.

Pasados algunos meses después de haber dejado el oficio, entré a hacer los ejercicios con grandísimas ansias de alcanzar de Nuestro Señor perdón de todas mis culpas, y particularmente de las que hubiese tenido en el cumplimiento de las obligaciones del oficio, que temía habrían sido muchas (aunque no con voluntad ni advertencia). Y así, desde el primer día empecé a clamar a Nuestro Señor y pedirle muy de lo íntimo de mi corazón y con mucha abundancia de lágrimas, que me las perdonase.

Deseaba grandemente rematar cuentas con Su Majestad de

todo y alcanzar tal perdón que quedasen de todo punto borradas, lavadas, abrasadas y aniquiladas con la eficacia de su preciosa sangre y merecimientos, y con el fuego infinito de su amor, y quedase mi alma tan pura como el día del bautismo. Ofrecíale a Nuestro Señor mi cuerpo para que tomase en él la venganza que quisiese y pidiese su divina Justicia, aunque fuese ponerme como al santo Job, y que no sólo en el cuerpo, sino que cuantas maneras de trabajos y desprecios se pueden padecer en esta vida, a todos me ofrecía de muy buena gana y me tendría por muy dichosa de padecerlos, a trueco de alcanzar la gracia que deseaba.

Todo aquel día gasté en esto con mucha abundancia de lágrimas, gran contrición y sentimiento de lo íntimo de mi corazón, y en esto deseaba yo gastar los demás días. Pero este primero, ya tarde, me mandó la prelada que no llorase más, que bien podía estar cierta que Su Majestad me había perdonado. Yo tomé estas palabras con grande fe, como si me las dijera el mismo Cristo, e hicieron en mí tal efecto, que desde aquel punto cesaron mis lágrimas y no sentía las ansias dichas; y desde entonces me parecía que, como si hubiera rematado cuentas con Dios, de la manera que se hace al punto de la muerte y como si hubiera ya pasado por ella y mi alma hubiera salido del cuerpo, se miraba toda dentro de Dios, sin ser posible entrar dentro de mí con la consideración, aunque fuese para mirar a Su Majestad, como hasta entonces lo hacía, sino que se veía el alma como en otra región que ni es cielo ni tierra.

Allí mira a aquella Divina Majestad en una gran inmensidad, y a aquel divino Ser que no necesita de cielos ni de tierra ni de otro lugar donde estar (aunque lo llena todo por su infinita grandeza e inmensidad), mírale mi alma en sí mismo sin

atender a otra criatura, y vese anegada en unas tinieblas místicas, divinas, aniquilándose allí toda para hacerse una cosa con Dios. Allí está Su Majestad comunicándola una particularísima hermosura que es participación de la suya divina, y al paso que mi alma siente que la está Dios haciendo esta merced, está deseando que sea mayor y más y más cada día aquella gracia y hermosura, no por lo que ella interesa en ella, sino por el gusto que Dios tiene de verla tan hermosa y comunicarle esta gracia.

Ve también allí el Alma santísima de Cristo, que está pidiendo los aumentos de esta gracia, y que para esto alega los trabajos con que me la mereció, y veo claramente que solos ellos son causa de que la Majestad de Dios me haga esta merced, que yo jamás he hecho ni una sola obra con que haya merecido nada.

Viéndose mi alma tan apartada del cuerpo como he dicho, y como desatada de las cadenas de él para emplearse toda en las alabanzas divinas, como dijo David: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis*, ya que no se le da licencia para entrar en el cielo, donde se muestra Dios claramente, parece que le ha dado Su Majestad tres cielos en que more y se dilate, y viendo a Dios en fe ilustrada goce de muchas de sus grandezas, de las mercedes y favores que de Su Majestad he recibido en toda mi vida y están escritas en este libro.

El primer cielo es (como más superior y levantado) el de la Esencia divina e inmensidad de Dios, donde goza mi alma de todos los modos que quedan dichos, en que se comunicaba Dios según su divinidad, como son: el descansar en Dios como en lecho propio; el ser una de aquellas cuatro ruedas que vió Ezequiel (en el sentido que queda declarado); el estar cada

día entrañándose y derritiéndose más en aquel divino fuego y el ser más penetrada de él; el estar recibiendo la participación de sus divinos atributos y, al fin, todo lo demás de unión con las divinas Personas y con cada una de ellas en particular. Aquí parece que está el alma en el tercer cielo, que dijo San Pablo, y goza en particular de siete atributos y perfecciones divinas, que son: amor, bondad, hermosura, sabiduría, misericordia, justicia y omnipotencia. Con lo cual el alma se admira más cada día de las grandezas de este Señor y se deshace más y se abrasa en amor suyo.

El segundo cielo, inferior a este que ha dado Dios a mi alma, en que more, se dilate y se deleite a su voluntad, es el Alma santísima de Cristo Nuestro Señor, la cual siento unida a mi cuerpo y que vive en mí por amor (como queda dicho que Su Majestad me prometió de hacerme esta merced hasta el último punto de mi vida). En esta santísima Alma se entra muchas veces la mía mirándose unida y hecha una cosa con ella; allí se goza y se deleita de siete grandezas que en ella ve, que son como siete signos prodigiosos de este cielo. El primero es la unión altísima y milagrosísima de aquella Naturaleza humana y Alma santísima con la divinidad del Verbo, en unión de persona. El segundo, la gracia superabundantísima que a esta Alma le fué dada, con la cual está también unida con las tres divinas Personas por gracia supereminente y sumamente aventajada y levantada a todos los demás santos. El tercero es el tesoro de la gracia que ganó para todos los demás justos y predestinados con sus obras de infinito valor y merecimiento. El cuarto, la caridad intensísima con que la voluntad del Alma santísima de Cristo ama a Dios y la inmensa fruición de que goza. El quinto, la visión beatífica que le fué dada desde

el instante que fué criada con tan inmenso y profundo conocimiento de la divina Esencia, que, aunque no es infinito, es sumamente mayor que el que tienen ni pueden tener todas las demás criaturas juntas. El sexto, la sabiduría inmensa y como infinita que le fué dada por la unión con el Verbo, que es la divina sabiduría del Padre. El séptimo, la omnipotencia y potestad que le dió su eterno Padre en el cielo y en la tierra, como el mismo Señor dijo: *Datá est mihi omnis potestas in coelo & in terra.* En este segundo cielo goza mi alma, no sólo de las grandezas dichas de este Señor, sino también de las muchas mercedes que en el discurso de la relación quedan dichas que he recibido de esta Alma santísima, haciendo con aquella oficio de madre de tantas maneras y uniéndola consigo con tan tierno y excesivo amor, y al fin todo lo demás que fué dicho acerca de esto.

El tercer cielo y algo más inferior a los dos anteriores es el Cuerpo glorioso de Cristo, en el cual se me da a sentir junto a mí con gran gloria y majestad. Pero no veo ninguna figura corporal, que sólo es por presencia intelectual. En este cielo mira mi alma las grandezas y gloria de que goza esta sagrada Humanidad y se goza de ellas grandemente. Mira también como en espejo clarísimo y cristalino las virtudes que ejercitó el Señor cuando estaba pasible, que son como estrellas refulgentísimas de este hermoso cielo: la primera, ardentísima caridad con los prójimos; la segunda, profundísima humildad; la tercera, heroica mansedumbre; la cuarta, suma modestia; la quinta, excelentísima y prontísima obediencia; la sexta, admirable paciencia; la séptima, pefectísimo y prudentísimo silencio. Estas siete virtudes están como estrellas influyendo sus rayos en mí como los de las estrellas materiales en la tierra, para que fructifiquen

estas mismas virtudes y sean muy semejantes a las de este Señor. En este cielo goza mi alma de todas las mercedes que Su Majestad me ha hecho hasta aquí de su sagrado cuerpo y divina compañía y están declaradas y escritas en este libro.

Por cada uno de estos cielos se dilata mi alma y se entra en ellos con gran facilidad y ligereza, y mirándose unida con el Alma santísima de Cristo se halla juntamente con ella en todos tres; porque el cuerpo de Cristo mira su alma también unida al Verbo divino y la mía no sólo unida al Verbo divino también sino a esta misma alma y hecho todo un mismo espíritu y un mismo amor. En mi cuerpo miro el alma de Cristo, como queda dicho, y la mía unida a ella y en particular unión al Espíritu Santo, como queda declarado, y todo un mismo espíritu y un amor. En la divinidad y majestad inmensa de la persona del Padre, y como en su pecho, miro al divino Verbo, y su alma y la mía, hecho todo un espíritu y un amor que es el Espíritu Santo. Y de esta manera en cada uno de estos tres cielos y de estas tres uniones desea el alma amar infinitamente y que pudiera ser tres veces infinito su amor, hecho una cosa con cada una de las tres divinas Personas. Y mirando a Cristo junto a mí y su alma dentro de mí y el Espíritu Santo con mi alma y la de Cristo, como he dicho, atiende muy de ordinario a que estamos haciendo el oficio de aquellos dos serafines que están delante y junto de la majestad de Dios, que dice Isaías cuando le vió en aquel trono alto y levantado y queda declarado más largamente al principio, y por morar en mí el Alma de Cristo y el Espíritu Santo, puedo de alguna manera hacer compañía a este Señor en este ejercicio y ocupación de amor.

Estando yo deseando declarar más esto y pensando cómo me podría dar mejor a entender, no fué posible hallar modo ni

razones para decirlo ni pasar más adelante, y entendí que no quería Nuestro Señor que esto se declarase, mas que ya sabía que cuando acabé de escribir lo demás que estaba escrito en esta relación, me dijo Su Majestad que fuese como la abeja, que después de haber cogido tanta flor me entrase en la colmena a labrar la miel, y que así como cuando la abeja la labra no la puede ver ninguna persona, ni saber ni entender cómo lo hace, que de la misma manera lo que en estos tiempos mi alma recibe y Su Majestad obra en ella no conviene que se entienda ni sepa (y aun a mi misma alma está mucho más oculto que las mercedes pasadas). Que bastante noticia se podía tener de mi camino y de lo que Su Majestad ha hecho en mí por lo que está escrito y no es necesario escribir ni declarar más. Así sólo digo que los tres cielos dichos son también como colmenas en que continuamente está mi alma como abejita labrando miel y panal dulcísimo de amor divino, unas veces en un modo y otras en otro, como Su Majestad es servido de comunicárseme.

Acabóse de escribir esto
a 24 de noviembre del año
de 1636.

III

EXPLICACION A LO MISTICO DE LOS TRENOS DE JEREMIAS



EXPLICACIÓN A LO MÍSTICO DE LOS TRENOS DE JEREMÍAS

El cual habla algunas veces con la Humanidad de Cristo Nuestro Señor, por quien es entendida la hija de Sión, de quien se lamenta.

Habla también algunas veces en nombre de la misma Humanidad, que siendo ciudad fortísima, edificada sobre el Monte Sión, que fué la Virgen Santísima, fué tan desamparada y destruída en su Pasión hasta lo sumo que pudo, que fué hasta acabar su vida mortal.

Otras veces habla el Profeta con toda la naturaleza humana, que es significada por la ciudad de Jerusalén, y llora la asolación y destrucción que en ella hizo el pecado original y la que hacen en cualquiera de las almas las culpas actuales y mortales que comete.



I



ARA dar principio a esta explicación, es muy a propósito el salmo 86 de David, que comienza: *fundamenta ejus in montibus sanctis.* Parece que se le mostró a este santo Profeta en espíritu aquel prodigio de santidad y aquella alteza de perfección y grandeza, de gracia y pureza, con que había de ser concebida la que había de ser Madre de Dios humanado. Y como en sus principios y primer instante que fuese criada había de tener tanta gracia que excediese a la que todos los santos juntos, por muy levantados que fuesen, tendrían en sus fines y colmo de sus merecimientos, así, admirado de esto, prorrumpió David en aquellas palabras diciendo sus fundamentos sobre los montes de los Santos, porque éste es el Monte Sión, que se levanta sobre todos los demás montes con suma distancia: *diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.*

Veía el santo Profeta rey cómo criado ya este monte, la Majestad del Divino Verbo venía a morar y habitar en él, como dijo en otro salmo llamando a este santísimo y felicísimo monte *mons Dei, mons pinguis, mons coagulatus, mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo: etenim Dominus habitabit in finem;* monte pingüe por el que está corriendo abundantísimamente el aceite y grosura de la caridad y de la gracia; monte cuajado de innumerables privilegios y gracias, *gratis datas*, y heroicas virtudes; monte que agradó tanto a la Majestad de Dios y le pareció tan bien que determinó de bajar a morar en él, en su cuerpo, nueve meses, y en su alma para siempre y sin fin.

Las puertas por donde Dios entró a este monte son dos: la una, su profundísima humildad, a la cual atribuye la misma Virgen en su cántico todas sus grandezas y las maravillas que Dios obró en ella: *quia respexit humilitatem ancillae suae ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* La otra puerta, fué su excelentísima pureza y virginidad, la cual estimó la misma Virgen, en tanto que no quería perderla, aun por ser madre de Dios, si para serlo la hubiera de perder. Y gustó tanto Dios de ver esta puerta de este santo Monte de Sión tan cerrada y tan sellada, que sin abrirla quiso entrar y salir de él corporalmente; y fué esto para este Señor de tan sumo deleite que llamó a este monte huerto cerrado y fuente sellada donde El tiene sus deleites. Y así, estas dos puertas las ama Su Majestad sobre todos los tabernáculos y moradas de Jacob: *diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Iacob,* esto es: preferidas sobre todas las moradas y tabernáculos que este Señor tiene en las almas de todos los justos, en los cuales habita por gracia y amor.

En este santo Monte de Sión edificó la Santísima Trinidad una ciudad hermosísima, capacísima, altísima y riquísima, que es la humanidad donde había de morar la Majestad del Rey Eterno, la Persona del Verbo Divino, y unidos a Él (como sarmiento a su vid y como miembros a su cabeza) todos los predestinados.

Por esta unión con la naturaleza humana se mostró Dios y dió a conocer al mundo. *Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit justitiam suam*, dijo David. Y Cristo dijo después en su Evangelio: *Non potest civitas abscondi supra montem posita.* Esta es la ciudad puesta sobre el dicho monte, la cual no puede estar escondida, aunque más procuraron sus enemigos asaltarla y derribarla, y más trazas dieron para destruirla hasta los mismos fundamentos. Y así decían: *venite, mittamus lignum in panem ejus, & eradamus eum de terra viventium & nomen ejus non memoretur amplius;* esta es la ciudad de Dios, por donde corren ríos y aun mares de aguas vivas de gracia: *fluminis impetus laetificat civitatem Dei.*

Esta ciudad se edificó cuando el Monte de Sión habló aquellas palabras tan esperadas y deseadas de todas las gentes: *ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* Que fué lo mismo que decir que el Verbo se hiciese hombre en ella, y que daba su consentimiento para que se edificase esta ciudad y ofrecía de su parte lo necesario para su edificación. Esto parece que quiso decir David en aquellas palabras del mismo salmo que se dijo al principio: *nunquid Sion dicet, homo & homo natus est in ea, & ipse fundavit eam Altissimus.* Como si dijera: ¿por ventura este Monte de Sión no habla y fué necesario que hablase? Y lo que dice es esta palabra (hombre) que es lo mismo que hágase Dios hombre en mí. Y luego al punto

veo que nace ese Hombre divino en ella para nacer a los nueve meses en el mundo. Y esta humanidad y ciudad la edificó milagrosísimamente en un instante el Altísimo Dios, que es Todopoderoso. Y en viendo el Profeta rey edificada esta ciudad, fué tan grande su gozo, viendo cumplidos sus deseos y los de los demás Santos, Patriarcas y Profetas, que prorrumpió en alabanzas de esta ciudad, acordándose de cuán grandiosas y gloriosas cosas estaban profetizadas de ella en las Sagradas Escrituras. Y así dijo: *gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.*

El mismo Dios, al punto que se vió también hombre y que venía a librar a toda la naturaleza humana del cautiverio del pecado y del demonio, dijo luego en el mismo Salmo: *memor ero Rahab & Babylonis;* esto es, tendré siempre memoria de la naturaleza humana significada en Raab, y de todos los justos y predestinados que de ella han de salir, los cuales estarán en mi memoria eterna, *in memoria aeterna erunt iusti,* para estarles siempre haciendo misericordias y mercedes. Acordaréme también de Babilonia; esto es, del mundo y de los pecadores, para redimirlos a todos en cuanto a lo que es de mi parte, y a la suficiencia de mis merecimientos y copiosa redención, que será bastante para redimir millares de mundos. Pero en particular me acordaré de los pecadores, que, siendo predestinados, serán con eficacia redimidos y salvos, los cuales tendrán conocimiento de mí: *scientium me*, y entenderán mi silbo, como las ovejas el de su pastor; porque yo conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí: *cognosco oves meas, & cognoscunt me meae.* Y morarán dentro de mí y dentro de esta ciudad populosisima, donde viven infinitos justos que yo santifiqué y escogí y señalé con mi sangre, como vió San Juan en el Apocalipsis, cuando dijo: que de cada tribu estaban señalados doce mil, y demás de éstos

había una tan grande multitud que ninguno la podía contar: *ex omni tribu, & lingua, & populo, & natione*, de todo género de gentes, naciones, pueblos y lenguas.

Esto mismo parece que veía con su espíritu profético David, cuando prosiguiendo en su Salmo dijo: *ecce alienigenae*, & *Tyrus*, & *populus Ethiopum*: *hi fuerunt illic*. Grande admiración y gozo le causó al santo Profeta rey ver tantos y tan nobles ciudadanos en esta ciudad santa; y así convida a todos a que los miren con aquella palabra *ecce*, y que reparen cómo son, no sólo de los hijos de Israel y los escogidos por Dios por pueblo suyo, sino también de los pueblos extraños y gentiles, y de los que estaban negros con pecados e idolatrías, como negros de Etiopía. La eficacia de la sangre de Cristo los blanqueó e hizo dignos de ser moradores de esta ciudad: *hi fuerunt illic*. Gran maravilla es ésta y gran misericordia de este Señor, la cual obró por nacer hombre en Sión y por haberle edificado como ciudad para este fin, el altísimo Dios, como se ha dicho. Que así lo había prometido Su Majestad con los Profetas santos, y lo había dicho y hablado por sus Escrituras: *Dominus narravit in scripturis populorum, & principum horum, qui fuerunt in ea:* por estos príncipes y pueblos que moran y están en esta ciudad, son entendidos los santos Patriarcas, Reyes y Profetas de la ley escrita, por los cuales habló el Espíritu Santo y prometió que tomaría Dios la naturaleza humana para salvarla y redimirla. Los cuales santos del Testamento viejo desearon sumamente el cumplimiento de esta promesa, y le pedían sin cesar con grandes clamores y ansias. Y así, en cumpliéndose y haciéndose Dios hombre, consideró el Santo Rey David el gozo de todos, que era tan grande, que en él parecía estaban todos los gozos juntos, y que ya no había más que desear

sino sólo ser moradores de aquella ciudad. Y así dijo: *sicut laetantium omnium habitatio est in te.*

II

En otro Salmo contempla el mismo Profeta el nacimiento en el mundo de este mismo Señor, y cómo no sólo es ciudad donde moran los justos, sino Rey pacífico y poderosísimo que los gobierna, y para hacerlo mejor y ser algo conocido, sale en cuerpo al mundo para ser visto de todos: *in terra visus est, & cum hominibus conversatus est;* aunque encubierta su majestad y gloria. Y convida a toda la tierra a que le mire y se alegre y regocije de tener tal Rey, diciendo: *Dominus regnavit, exultet terra: laetentur insulae multae. Nubes & caligo in circuitu ejus.* Cubierto y vestido sale este Rey de la nube opaca, oscura y densa del cuerpo humano; cercado está de niebla y de oscuridad, en la cual está escondida su inaccesible luz. Para que pueda ser visto de los hombres, bien pueden todos llegarse a Él sin temor, aunque con suma reverencia: *justitia & judicium correctio sedis ejus.* Como si dijera: aunque este Señor es de infinita majestad y gloria y de suma grandeza, y así se le debía un trono y silla de suma honra y alteza, los juicios secretísimos de su Eterno Padre y su divina Justicia, corrigieron, modificaron, limitaron y estrecharon tanto su silla y trono, que quiso y ordenó fuese un pesebre en un pobre portal: *igni ante ipsum praecedet.*

Ordenó también que delante de Él y con Él viniese el fueg del divino amor, para que con Él pudiese sufrir el rigor d hielo, con tanto desabrigo, y para que con Él pusiese fuego

la tierra para que toda se ardiese, que a esto dijo que había venido a ella, y a fuerza de este amor y de los beneficios inefables que con él hizo después a los hombres, echó brasas sobre las cabezas de sus enemigos para volverlos amigos: *inflammavit in circuitu inimicos ejus, illuxerunt fulgura ejus orbi terrae.* Y como venía a ser luz del mundo, *Ego sum lux mundi,* y luz puesta en candelero para dar luz a todos los hombres: *erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum,* echaba de sí rayos de luz y fuego que alumbraban y encendían la tierra, y le manifestaron aun hasta los pueblos más remotos dónde estaban los Magos y Santos Reyes que vinieron a adorarle y reconocerle por Dios y Rey Divino, aunque hombre mortal y tan pequeñito. *Vidit & commota est terra.* Vió esta venida de los Magos la ciudad de Jerusalén, que está en medio de la tierra, y conmovióse toda, particularmente la corte del rey Herodes. Llegaron, pues, los Magos al portal y pesebre, y siendo altos como montes encumbrados en dignidad de reyes, en poder, sabiduría y riquezas, se humillaron y se derritieron como cera delante del acatamiento de aquel sumo Señor: *montes sicut cera fluxerunt a facie Domini, a facie Domini omnis terra.*

Y como estos reyes eran de la gentilidad de donde había de salir toda la Iglesia, y venían como primicias de ella, en ellos se le rindió y se derritió en el fuego de su amor toda la tierra, esto es, toda la Iglesia que se había de congregar y juntar de todo el orbe. *Annuntiaverunt cœli justitiam ejus, & viderunt omnes populi gloriam ejus:* los cielos, con grandes y milagrosos prodigios, declararon y manifestaron la santidad y grandeza de este Señor, y muchos pueblos tuvieron alguna noticia de su gloria, *adorate eum omnes angeli ejus.*

Estando el Profeta Rey como a la mira de todo esto, y habiéndolo referido brevemente, pónese a considerar a los ángeles y cantores de la capilla del Rey Eterno que le están dando música y cantándole la gloria de sus grandezas, y convídalos a que no sólo le canten, sino que también le adoren y que le llamen pastores que hagan lo mismo, que como a humildes y pequeños quiere este Divino Niño manifestarles lo que está encubierto a los sabios y prudentes del mundo.

Llamaron los ángeles a los pastores, y viniendo ellos a adorar y reconocer por Dios al tierno Infante, puesto en tanta pobreza y desnudez, fué esto de tan sumo gozo y alegría para su Madre santísima, que contemplándolo David dijo luego: *audivit &, lœtata est Sion.* Oyendo aquellas cosas la Virgen, que, como se ha dicho, es Sión, fué llena de gozo, y guardaba y confería en su corazón todas las palabras que decían: *Maria, autem, conservabat omnia verba hœc, conferens in corde suo.*

De esta manera contempló y dijo David la entrada en el mundo de este Divino Rey. Y no menos lo contemplaba el Santo Profeta Isaías, cuando llamó a todos a que juntamente con él lo fuesen a contemplar, con estas palabras: *venite, & ascendamus ad monten Domini, & ad domum Dei Jacob: & docebit nos vias suas, & ambulabimus in semitis ejus, quia de Sion exivit lex, & verbum Domini de Jerusalem.* Venid, dice, y subamos al monte Sión, levantemos nuestro entendimiento y conocimiento a que contemple y pondere la alteza y pureza, la santidad y gracia de María, que es monte altísimo, y de sólo el Señor que la crió en tal alteza, para que fuese casa del Dios de Jacob, esto es, del verdadero Dios, y que había prometido de hacerse Hombre y descendiente de Jacob, el cual,

encerrado en aquella casa y dentro de su dichoso vientre, nos enseñará sus caminos.

Los de su divinidad e infinitas perfecciones mostrará más en sola la obra de su Encarnación, que en todas cuantas obras ha hecho en la creación y conservación y gobierno de todas las criaturas. Porque en hacerse Hombre mostró y nos enseñó altísimamente los caminos de su Misericordia y divina Justicia: la Misericordia, compadeciéndose de la suma miseria en que estaba la naturaleza humana, y la Justicia no perdiendo nada del derecho que tenía a pedir y sacar satisfacción infinita, por las ofensas hechas a la infinita Majestad. La Omnipotencia divina mostró sus caminos en hacer tan grandes y altísimos milagros, como hizo en la unión de la naturaleza humana con la divina; y la Sabiduría, no menos mostró los suyos en dar tal traza y hallar tal medio para la redención del género humano; y el divino Amor, sobre todo, se mostró y manifestó en hacer a Dios Niño y sujetarle a la flaqueza y penalidades de carne mortal, y de esta manera nos enseñó a que le amásemos y padeciésemos por él.

Enseñarános también este Niño, en naciendo, sus sendas, para que caminemos por ellas, que son las excelentes virtudes de que dará ejemplo vivo, como son: profundísima humildad; prontísima obediencia; suma pobreza y desnudez; heroica paciencia y mortificación, sufriendo tantas desconocidas penalidades; encendidísima caridad; sumo silencio, siendo la palabra del Padre, para de esta manera ser verdadero Legislador, que no sólo venía a dar la ley de gracia y amor y de todas las virtudes, sino a practicarla y obrarla primero. Y así, dice Isaías que Él es la misma ley que saldría de Sión, *quia de Sion exibit lex, & Verbum Domini de Jerusalem,* la palabra del Padre y el

Divino Verbo, dice que saldrá de Jerusalén, por la cual es entendida la naturaleza humana.

Dos ciudades de Jerusalén edificó Dios en el principio de la creación, que fueron: el cielo y la tierra: *in principio creavit Deus coelum & terram*. La primera Jerusalén es celestial, poblada de innumerables ciudadanos y espíritus puros, de la cual habla el Santo Profeta Rey en el Salmo: *laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi,* y en el de *lauda, Jerusalem, Dominum,* como en otra parte queda declarado. La segunda Jerusalén es terrena, y aunque no luego fueron criados todos sus ciudadanos juntos, como en la Jerusalén celestial, estaban todos como en cabeza en el primero, que fué Adán. Y así todos pecamos en él y quedó toda esta ciudad de Jerusalén (la naturaleza humana) destruída, en lo moral y de gracia, asolada toda por el pecado original, cautiva del demonio y tan inmunda y miserable como dice Dios por el Profeta Ezequiel, revuelta en la sangre de sus pecados y que causaba horror mirarla.

Compadecióse Dios de ella y determinó salir de ella humanizado, hecho hombre y vestido de la misma naturaleza, para levantarla y libertarla; esto quiso decir Isaías en aquella palabra que el Verbo saldría de Jerusalén, y esto para juzgar y destruir a sus enemigos, que eran los demonios y los pecados, a los cuales, como dice luego, quitaría los cuchillos y espadas con que degollaban y mataban a todos sus hijos, y los fundiría para hacer de ellos rejas con que arasen y cultivasen su tierra, para que pudiese dar copioso fruto. Y las lanzas de los enemigos con que vencían y derribaban a todos, las volvería en hoces con que segasen y cogiesen el fruto que sembrasen y tuviesen copiosas mieses.

De esta manera los trabajos, las penalidades y dificultades

que eran efectos del pecado, los volvió este Señor hecho Hombre en beneficios de los hombres y en instrumentos de grande bien y provecho suyo, y en este sentido se pueden tomar aquellas palabras que dice luego Isaías: *et conflabunt gladios suos in vomeres, & lanceas suas in falces.* El hacer este trueco le costó el tomar en sí todos los trabajos, penalidades y dificultades y sumas aflicciones y desconsuelos, desde que nació hasta que murió; y en la muerte crecieron grandemente las aguas de las tribulaciones, de manera que no sólo le atormentaron cruelmente el cuerpo, sino mucho más el alma. Y así dijo por David: *salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam,* a la cual afligió sumamente el dolor y sentimiento intensísimo de las ofensas que la naturaleza humana había cometido contra su Eterno Padre, y la compasión que le causaba ver la miseria en que había quedado. Y no menos el conocer que aun después de redimida tan a su costa habían de perderse tantas almas, y algunas después de haberlas levantado mucho por gracia y hécholes grandes beneficios, por su culpa lo perderían todo. Esto tenía a Nuestro Señor sumamente afligido y lastimado.

III

El santo profeta Jeremías, con su espíritu profético, estaba a la mira de todo lo dicho, y contemplando profundísimamente la destrucción de ésta Jerusalén y la de cualquier alma que cae en pecado, unas veces, se lamenta de ella; otras, mirando la Humanidad de Cristo, tan afligida y desamparada por remediarla, le causa gran ternura y sentimiento, y lo llora

amargamente en metáfora de Hija de Sión (por lo que se ha dicho) y ciudad de Sión, edificada en este monte; otras veces habla en nombre de la misma Humanidad de Cristo, dando quejas amorosas de sus trabajos.

Y comienza sus llantos así: *Quomodo sedet sola civitas plena populo.* ¡Como está sentada sola la ciudad llena de pueblo, la Humanidad de mi Señor Jesucristo, que es Ciudad fortísima, edificada por toda la Santísima Trinidad, para morada, no sólo de divinidad del Verbo Divino, sino también de todos los justos y predestinados, y así la puedo llamar Ciudad llena de pueblo!

La cual estuvo en su pasión tan sola y desamparada que de este desamparo se quejó a su Eterno Padre, con gran sentimiento y clamor, diciendo: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? ¿cómo me has dejado sola, quitándome el consuelo y gozo que se me debía de derecho por la compañía e inseparable unión con el Verbo Divino? Que aunque esta unión no falta, ni puede faltar, estoy tan desconsolada y afligida como si estuviera sola, y no sólo estoy sola en cuanto a este consuelo, sino que también mis escogidos y amigos, que moraban en esta ciudad de mi Humanidad, por el amor que me tenían y por la fe con que me seguían, me han dejado sola y desamparada.

Prosigue luego el profeta diciendo: *Facta est quasi vidua Domina gentium;* es hecha como viuda, la Señora de las gentes, porque su Esposo, el Verbo Divino, aunque no muere, ni puede morir, la ha dejado padecer tan a solas como si fuera viuda y no le tuviera por Esposo. Y siendo la principal y la mayor de todas las provincias de la naturaleza humana, está hecha como tributaria: *Princeps provintiarum facta est sub tri-*

buto, y paga los pechos y tributos que habían de pagar los pecadores, teniendo semejanza de pecador y de carne de pecado: *In similitudinem carnis peccati,* como dice San Pablo. *Plorans ploravit in nocte* llorando, lloró en la noche de sus tribulaciones, sus lágrimas corrían por sus mejillas: *Lacrymæ ejus in maxillis ejus non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus,* y no hubo quien le consolase de todos sus amigos. Y El mismo dijo por David: busqué quien se entristeciese conmigo y no le hubo, y quien me consolase y no le hallé: *Sustinui, qui simul contristaretur, & non fuit, & qui consoletur, & non inveni.* Y en otro Salmo: *Considerabam ad dexteram, & videbam &, non erat qui cognosceret me.*

Prosigue luego Jeremías, y dice: *Omnes amici ejus spreverunt eam, & facti sunt ei inimici,* sus amigos le despreciaron y se volvieron sus enemigos crueles: uno, vendiéndole; otro, negándole, y otros, huyendo: *Longe fecisti notos meos a me,* dijo por David: Mis amigos y conocidos estuvieron lejos de Mí, porque así lo ordenó mi Padre Eterno, para que fuese mayor mi soledad y desconsuelo.

Prosigue el profeta: el León fuerte de Judá, que con un bramido podía destruir el mundo, pasó por aflicciones y servidumbres: *Migravit Judas propter afflictionem & multitudinem servitutis;* como si fuera esclavo y sujeto a las miserias y penas del pecado. *Habitavit inter gentes, nec invenit requiem;* habitando entre las gentes no halló descanso, y viniendo entre los suyos no le recibieron, sino que le atormentaron hasta quitarle la vida. *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias;* todos sus perseguidores apretaron y oprimieron esta Sagrada Humanidad entre innumerables angustias.

Viae Sion lugent, eo quod non sint qui veniant ad sollemni-

tatem. Mas los caminos de esta santa ciudad de Sión, que es Cristo, los de la Cruz y continua mortificación, trabajos y padecer suma pobreza y desnudez de espíritu, profunda humildad y, al fin, todos los demás ejercicios de virtudes perfectísimas de que este Señor dió ejemplo, enseñó cómo eran caminos ciertos y derechos para llegar al término y fin deseado de la bienaventuranza, que es la solemnidad y fiesta eterna.

Y también son caminos por donde un alma llega al fin feliz y dichoso que en esta vida puede alcanzar, que es el estado de unión y transformación en Dios por gracia y amor, la cual también es fiesta solemnísima y de suma felicidad para el alma, y allí se sacrifica toda en holocausto, dejándose abrasar y consumir del fuego ardentísimo del divino Amor; pero como son tan pocos los que llegan a esto y andan estos caminos, y es cosa tan para llorada y sentida (y con todo aún apenas hay quien lo llore y lo sienta), justo es que los mismos caminos lo lloren y se lastimen de que, siendo hechos y puestos por Cristo, para que las almas caminasen a tanta alteza, no se quieran aprovechar ni servir de ellos, y también el mismo Cristo quiso hacerse camino para que por El fuesen a su Eterno Padre: *Ego sum via: nemo venit ad Patrem, nisi per me*.

Así también llora y siente que haya tan poquitos que caminen por El, y se aprovechen de esta merced y misericordia tan grande, como fué hacerse camino y medio para ir al Padre, que de otra manera fuera imposible, por la distancia infinita que había de Dios a la criatura, y de la Naturaleza divina a la humana; hasta que el Verbo Divino le unió a sí hipostáticamente y de esta manera nos comunicó su Divinidad, y fué camino para que los hombres se pudiesen juntar y unir co

Dios, por amor, con lo cual quedó la naturaleza humana sumamente ennoblecida.

Pero supo tan poco aprovecharse de ello, que no sólo no camina por este camino divino, sino que después de haber recibido de Dios un alma e innumerables beneficios, gracias, dones y haberle engrandecido y levantado de muchas maneras, y juntándole a sí por medio del amor, sucede volver muy atrás y caer miserablemente, y caminar por los caminos de la maldad, y venir a tantas miserias y desdichas por sus culpas, que el mismo Cristo se lastima de ellas. Y con gran sentimiento las refiere diciendo: *omnes portae ejus destructae*, todas las puertas de esta alma, que era como ciudad de Jerusalén, están destruídas, esto es, las tres Virtudes teologales, que son las puertas por donde al alma le entra la gracia y por donde ella entra a ser hija de mi Iglesia y a gozar de la herencia de mi casa, están destruídas, porque la caridad está muerta y la fe y esperanza amortiguadas y oscurecidas y aun casi muertas; pues la fe, sin obras, muerta es: *sacerdotes ejus gementes.*

Aquellos afectos fervorosísimos que siempre estaba ofreciendo a la majestad de Dios, sacrificios suavísimos de todo cuanto tenía, e incienso olorosísimo de continua y fervorosa oración, ya pueden ocuparse en gemir y llorar la desventura del estado del alma por la culpa, mas por mucho que lloren no será nada respecto de lo que esto pide de llanto y sentimiento. *Virgines ejus squalidae:* aquellos pensamientos purísimos, empleados en la suma pureza, que es Dios; aquella vida angélica y pureza de conciencia con que procurara excusar la más mínima imperfección, ya están llenas estas cosas y estas vírgenes de manchas, impurezas e inmundicias. Y así está toda el alma oprimida, atormentada y llena de amargura, & *ipsa*

oppressa amaritudine, en lugar de la dilatación de la dulzura, suavidad, paz y alegría de que gozaba antes de caer en la miseria y abismo profundo del pecado.

Esto mismo y aun con más propiedad sucedió a Adán y Eva cuando cayeron del estado de la inocencia y perdieron la gracia y la felicidad de que en aquel estado gozaban; y quedó la naturaleza humana tan vil, abatida y destruída y tal, que la misericordia infinita de Dios se compadeció de ella; y viendo que por sí era imposible levantarse y que sus enemigos la cautivaban sin poderse librar de ellos, determinó que el mismo Dios, el divino Verbo, se hiciese hombre, y desposándose con ella fuese cabeza suya, como lo es el esposo de la esposa, y que los enemigos que la cercaban y cautivaban diesen en su cabeza, que era Cristo: *facti sunt hostes ejus in capite.* Y que este Señor la redimiese a ella y a sus hijos de la cautividad del pecado y del demonio y la librase de todos sus enemigos y tomase por suyas todas sus miserias y culpas, para satisfacer por ellas a la Divina Justicia todas las penas que merecía. Y así, al punto que el Verbo encarnó y se hizo hombre luego, *Dominus locutus est super eam, propter multitudinem iniquitatum ejus*, y habló el Padre Eterno a esta humana naturaleza de Cristo, a esta ciudad de Sión, lo que habló fué echar y cargar sobre ella toda la multitud de pecados y maldades de la ciudad de Jerusalén, que es toda la humana naturaleza, y que las tomase por suyas para pagarlas y satisfacerlas.

Parvuli ejus ducti sunt in captivitatem ante faciem tribulantis. En naciendo niño, los primeros que redimió y sacó de la cautividad del pecado y del demonio fueron niños. Así al niño Juan, que santificó en el vientre de su madre, como a la multitud de niños inocentes que por la muerte y martirio fueron

santos y libres del dicho cautiverio, pero esclavos y cautivos del Divino Rey Cristo que los libró, el cual los presentó y llevó a su Padre Eterno, que es el que le mandó que fuese atribulado y aun atormentado por hacer la dicha redención, y que no sólo diese su sangre a los ocho días de su nacimiento, sino que después, siendo ya de edad perfecta, estuviese tan llagado que pareciese leproso, como dice Isaías, y tan desfigurado que no le quedase hermosura: *vidimus eum non habentem speciem, neque decorem.*

Más acá dice Jeremías: *et egressus est a filia Sion omnis decor ejus.* No dice que perdió su hermosura, sino que la hermosura salió de aquella sagrada humanidad por entonces, para volver después mucho más aventajada en su resurrección, y salió también para comunicarla a la hija de Jerusalén, la naturaleza humana, por la cual padecía y moría, que tan fea había quedado por el pecado. Y no sólo quedó aquel divino Señor feo y sin hermosura corporal por los muchos tormentos que padeció, sino también estuvo sumamente solo y desamparado, como se dijo al principio: *facti sunt principes ejus velut arietes non invenientes pascua.* Sus Apóstoles, a los cuales había constituído príncipes sobre toda la tierra, *constituit eos principes super omnem terram,* fueron hechos como ganado de corderos o carneros sin pastor, descarriados y esparcidos, huyendo de la persecución y pasión de su Maestro, dejándole solo, y ellos careciendo de sus pingües y divinos pastos: *& abierunt absque fortitudine ante faciem subsequentis;* fuéronse sin fortaleza, dejándose llevar de la flaqueza humana, e iban delante de la faz de quien los seguía, que era el temor pusilánime.

A éste siguieron y por éste se gobernaron, y no por el amor y fidelidad que debían a su divino Maestro, lo cual fué para él

de sumo sentimiento y trabajo. *Recordata est Jerusalem dierum aflictionis suæ:* Hase acordado Jerusalén, esto es, la naturaleza humana, de los días de su aflicción; ha recordado el sueño de la culpa; ha repensado y recogitado en su corazón los días de su aflicción y miseria, que está asolada la tierra por falta de esta recordación, ponderación y recogitación: *desolatione desolata est terra, quia non est qui recogitet corde,* admirando y llorando su caída de la alteza en que Dios la había puesto y de los deseos antiguos que tuvo en sus principios y días pasados, cuando cayó todo el pueblo y mundo abreviado en manos de sus enemigos, y no tenía quien le ayudase y favoreciese, ni sacase de ellas. Y así viéndola los enemigos, mofaban de sus fiestas, de sus alegrías, de sus sacrificios espirituales y de sus grandezas: *viderunt eam hosles, & deriserunt sabbatha ejus.*

Pecó gravemente y con grande pecado Jerusalén y por eso fué hecha inconstante e inestable; luego cayó en lo profundo y todos los que antes la glorificaban, ensalzaban y alababan, luego la despreciaron, viendo su ignominia, y ella gimiendo y llorando, volviendo su vista atrás, a todas las cosas dichas, viendo sus pies inmundos por haberse olvidado de su fin y muerte y no haber considerado sus postrimerías, cayendo sobre sí con la fuerza de este vehemente sentimiento, sin tener consolador, pide a Dios misericordia y que se compadezca de su aflicción y miseria.

Sus enemigos echaban la mano para llevarle y quitarle lo más precioso y deseable que tenía, porque vieron que habían entrado gentes y criaturas en el santuario interior del corazón, a los cuales había Su Majestad mandado que no entrasen en su iglesia, esto es, en el templo vivo de su alma, donde este Señor

mora y habita con la que está en gracia. Y en saliendo Su Majestad de ella por el pecado, luego quedan las puertas abiertas para ser pisada y hollada de las criaturas y de los enemigos, que se apoderan de ella, como dijo Cristo en el Evangelio; pues el espíritu malo busca otros siete espíritus peores que él y vienen a morar al alma que no está en gracia, con lo cual padece la pobre alma y sus potencias y fuerzas espirituales.

Entendidas por su pueblo tanta desventura, pobreza, flaqueza, miseria y tanta hambre como la padecía el hijo pródigo, cuando estuvo en la región apartada de la casa de su padre, que es el pecado, deseaba tener siquiera el mantenimiento de los animales inmundos, y aun no se le concedía. Echaba sumamente menos el pan de casa de su padre, esto es, la gracia y la caridad de que se sustentaba, cuando Dios moraba en él; porque sola esta gracia y caridad es la que puede satisfacer y sustentar al alma, y aunque satisface y sustenta como el pan al cuerpo, siempre tiene hambre de más; porque no puede causar fastidio, como no le causa el pan, aunque se come cada día.

De este pan de la gracia y caridad, está hambrienta el alma que está en la región miserable y estéril del pecado; y así todo su pueblo, gimiendo y con lágrimas, busca este pan cuando Dios le da a sentir la falta que le hace, y le abre los ojos para que lo conozca, y de buena gana diera cuanto precioso y de gusto pudiera tener por alcanzar este sustento espiritual y satisfacer su hambre con este pan de casa de su Padre y refocilar y fortalecer con él su alma, y todo cuanto diera le pareciera poco, como se dice en los Cantares. Si diese el hombre todo cuanto tiene por el amor y caridad, todo le parecerá nada y que lo compra de balde. Y para obligar a su Padre que se lo dé, le dice que mire su vileza: *vide, Domine, & considera,*

quia facta sum vilis. Porque con ninguna cosa se negocia y alcanza mejor que con conocerle un alma, y humillarse de veras delante de Su Majestad, como lo hizo el hijo pródigo, que con esto fué recibido de su padre y en su casa y vuelto a su primer estado.

IV

El ver Cristo a la naturaleza humana y a cualquiera de las almas tan llena de miserias como se ha dicho, le causó tal dolor y sentimiento, por el infinito amor que tiene a las almas y mucho más por ver ofendido a su Padre Eterno, que luego dice por el mismo profeta Jeremías las palabras que se siguen: *O vos omnes, qui transitis per viam*, &. ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis y camináis por mis caminos, todos los que me seguís por el camino de la cruz y mortificación, todos los que amáis; atended, considerad despacio y con atención, penetrad con la vista de fe y amorosa, entrad con ella en mi interior, y ved y y mirad si el dolor y sentimiento que el alma tiene y puede tener por sus culpas, por grande que sea y ha significado, en lo que queda dicho, es como mi dolor; si hay alguno que le pueda igualar ni aun tener semejanza con él, pues la más mínima parte de mi dolor y sentimiento, por ver ofendido a mi Eterno Padre de sus criaturas y por ver la perdición de ellas, no pudiera caber en todas las criaturas juntas, cuantas ha habido desde el principio del mundo y habrá hasta la fin de él! A todas quitara la vida en un instante la más mínima parte de mi dolor, el cual padezco y siento desde que encarné y me uní con

la naturaleza humana y me hice pasible, hasta que morí en la cruz. Y aunque mis dolores corporales fueron en ella tan intensos y excesivos, lo fué mucho mayor éste y más dilatado, pues duró toda la vida, y así no hay dolor semejante a este: *quoniam vindemiavit me, ut locutus est Dominus in die irae furoris sui.*

El día que Adán pecó fué el día de la ira y del furor de la divina Justicia. Y en aquél habló el Señor, que es mi Padre Eterno, aunque no le llamó con este nombre, porque lo que habló fueron palabras de Señor, rigurosísimo y justísimo juez y no de padre amoroso para mí; porque lo que me dijo fué que me hiciese hombre, y que me hiciese vid en el mundo para dar virtud y vida a los sarmientos secos de los pecadores. Y que él sería el labrador que vendimiaría esta viña y vid, y me pondría en el lagar de vida pasible y mortal y cargaría sobre mí el peso inmenso de la gravedad de todos los pecados y de las penas que ellos merecían, y así con el peso del dolor dicho interior y de los exteriores y corporales y otras innumerables aflicciones y pasiones exprimiría este racimo hasta que no le quedase gota de licor ni de sangre y quedase seco y consumido, como lo queda el racimo después de exprimido.

Y como el Señor lo dijo, así lo cumplió en mí. Envió el fuego de la tribulación, no sólo en mi carne, sino también en mis huesos, los cuales estuvieron desencajados y sumamente atormentados y estremecidos, y así me enseñó la ciencia experimental de padecer trabajos y dolores. Que aunque a David le pareció que no podían llegar a Dios, ni el azote se podía acercar a mí, ni podía experimentar trabajos, ni saber qué cosa era padecerlos, esto era estando en el tabernáculo y morada del pecho de mi Padre Eterno, pero por eso me mandó bajar a la

tierra y que me hiciese hombre y así pudiese aprender este modo de ciencia experimental: *didicit obedientiam.*

Expandit rete pedibus meis: Tendió red, para coger mis pies, esto es, tendió y extendió un temor grande y una tristeza suma, que como red cogió mis pies, que son todas mis fuerzas cognitivas y afectivas de la parte inferior de mi alma; y de tal manera me afligió y cercó esta red, que me hizo sudar sangre de congoja en el huerto de Getsemaní. *Convertit me retrorsum*, hízome volver atrás, esto es, humillóme, de manera que no sólo estuviere encubierta mi divinidad de modo que parecía sólo hombre a los ojos de los hombres sin fe, sino también fuese de tal manera deshecho que fuese tratado como esclavo y tenido por gusano y no hombre, oprobio de los hombres y lo despreciado y abatido del pueblo: *Ego autem sum vermis, & non homo* &, como dije por David. Y así fuí pisado y hollado como gusano. Debajo de los pies me tenían mis enemigos, volvió atrás mi honra y reputación, siendo tenido de todos por malhechor y merecedor de muerte.

Puso mi Padre Eterno esta humanidad asolada y acabada hasto lo sumo que puede ser, que es la muerte: *posuit me desolatam, tota die moerore confectam,* y todo el día de mi vida, y en particular al fin de ella, se enflaqueció y consumió con dolor, sentimiento y lágrimas. *Vigilavit jugum iniquitatum mearum,* esto es, el yugo, la atadura y cordeles de los pecados que yo tomé por míos para satisfacerlos, estaban siempre en pie, despiertos y en vela, delante de la Majestad Divina; estábalos mirando y no los dejaba de sus manos, ni quitaba de ellos los ojos, dábalos vueltas y hacía de ellos como una cadena, hasta verse satisfecho y pagado de ellos y cumplido el rigor que pedía su divina Justicia. Y en haciéndome yo hombre, luego me

echó esta cadena al cuello, como a esclavo, para que siempre la tuviese también delante de los ojos, hasta que la deshiciese y acabase con mis trabajos y muerte. Y fué tan grande el peso de esta cadena, que me quitó las fuerzas y virtud y me la puso enferma y flaca, como lo mostré en la agonía del huerto: *in manu ejus convolutae sunt, & impositae collo meo: infirmata est virtus mea: dedit me Dominus in manu, de qua non potero surgere*, y al fin el Señor me dió y me entregó a manos de quien no pude escapar ni librarme, que fué la muerte, la cual me embistió y derribó, venciéndome. Y yo me dí por vencido, porque mi Padre lo había ordenado y querido así: *Sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio.*

Para que el mundo conociese que como su Padre se lo mandó, asi lo hacía: levantaos y vamos de aquí, dijo a sus apóstoles, cuando comenzó su Pasión. Por esto estuvo tan obediente hasta la muerte, y no quiso bajar de ella cuando sus enemigos le ofrecían creer en Él si lo hacía, y quiso que pareciese que no podía bajar ni librarse, y así decían: a otros ha hecho salvos y librado, y a sí no se puede salvar ni librar.

Va prosiguiendo Jeremías, en nombre de Cristo, y dice: *Abstulit omnes magnificos meos Dominus de medio mei*, como si dijera: este Señor que me trata como juez a reo, ha quitado de en medio de mí y de mi cuerpo los grandes y magnificos dotes de gloria, que de derecho se me debían, de claridad e impasibilidad, para que pueda padecer y ser desconocido, porque si me conocieran no me crucificaran, y llamó contra mí al tiempo: *vocavit adversum me tempus, ut contereret electos meos* Mandó que llegase ya el tiempo de mi pasión y muerte, en que habían de ser quebrantados mis escogidos y discípulos, y de manera que padeciera detrimento su fe.

Así el mismo Cristo les dijo la noche de la cena: Satanás ha pedido licencia para acribaros y quebrantaros como trigo, y todos seréis escandalizados en mí esta noche. Yo he rogado y pedido que la fe de Pedro no falte y él, después de convertido, será necesario que confirme en ella a los demás discípulos, sus hermanos: *Torcular calcavit Dominus virgini filiae Juda:* El Señor ha pisado este lagar de la hija de Judá, que es esta mi humanidad, y ha sacado de ella todo su licor, sin quedar gota de sangre. Por tanto, yo lloro, y mis ojos dan corrientes de agua, que las derramé en la Cruz: *cum clamore valido, & lacrimis,* porque sentía grande desamparo de mi Padre Eterno, que era sólo el que me podía consolar y parecía que estaba lejos de mí: *longe factus est a me consolator.* Y con todo convertía a El mi Alma y la encomendé en sus manos.

Lo que siento también sumamente es que *facti sunt filii mei perditi,* que mis hijos muy queridos son hechos como perdidos: uno se perdió del todo, que fué el que me vendió; otro, por algún tiempo, que fué Pedro, que me negó; otros están descarriados y faltos de fe, porque el enemigo los ha sobrepujado y prevalecido: *quoniam invaluit inimicus.*

V

Luego, dice Jeremías mirando a Cristo en la Cruz: *expandit Sion manus suas: non est qui consoletur eam,* extendió este divino Señor sus manos para que fuesen enclavadas y no hay quien le consuele; mandó el Señor que sus enemigos estuviesen alrededor de El y contra El, y le cercasen como perros rabiosos y como becerros y toros: *circumdederunt me canes mul-*

tis circundederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me. Y Jerusalén, que es la naturaleza humana, estaba en ellos asquerosa e inmunda.

Viéndola tal y tan miserable Cristo, dijo a su Eterno Padre: *Justus es Dominus qua os ejus ad iracumdiam provocavi.* Justo eres, Señor, en hacer tal castigo en mí, pues la boca de esta Jerusalén, por la cual yo padezco, te ha provocado a tanta ira lo cual es para mí tan gran dolor y oir las blasfemias que dicen contra ti, que pido a todos los pueblos que oigan y vean mi dolor: *audite, obsecro, universi populi, & videte dolorem meum.* El cual es sumamente grande, porque no sólo siento las ofensas hechas a mi Padre, sino también los tormentos y trabajos que han de dar a mis vírgenes y a mis mancebos y soldados valentísimos y esforzadísimos, a los cuales tendrán en prisiones y atormentarán, porque creerán en mí y me confesarán. Mis sacerdotes, mis ancianos también serán en la ciudad y pueblo consumidos, atormentados y muertos, porque no buscarán las cosas, gustos ni regalos de esta vida, sino el manjar sólido y verdadero de la gracia, para engrosar, refocilar y satisfacer sus almas.

Estos trabajos de mis escogidos y amigos, siento más que los míos, y así: *vide, Domine, quoniam tribulor, conturbatus est venter meus;* mira, Señor, que estoy de muchas maneras atribulado, y que mi vientre, que es el gremio de los hijos adoptivos que engendro en esta Cruz, está conturbado y, por esto, mi corazón lleno de amargura. Dentro de mí se derrite como cera: *factum est cor meum, tanquam cera liquescens in medio ventris mei.* Miro este mi vientre de mis hijos muy amados, como montón de trigo cercado de lirios, como se dice en los Cantares; porque todos mis hijos son granos de trigo, sin paja

neguilla, ni cizaña, y serán sembrados y muertos para dar copioso fruto, como yo; y así los veo cercados de lirios, de aflicciones y trabajos, olorosos para mí más que el lirio; pero amargos y de color cárdeno y triste para ellos. Y así como los amo con tan infinito amor, me compadezco de sus trabajos, de manera que mi corazón se derrite como cera en medio de ellos.

Foris interficit gladius, & domi mors similis est. La espada, el cuchillo y otros instrumentos los matarán en lo de fuera, en lo corporal y exterior, y parecerán muertos a los ojos de los que saben poco de lo espiritual y eterno, como dijo el Sabio: *Justorum animae in manu Dei sunt, & non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace.* Si los cuerpos quedan muertos, a las almas no puede tocar la muerte, porque las de los justos están en las manos de Dios y gozan de suma paz y descanso, y reciben tan gran gozo y consuelo con los trabajos, tormentos y muerte que padecen sus cuerpos que *domi mors similis est,* que esa misma muerte y tormentos es semejante a la casa de recreación, de gusto y descanso.

Prosigue Cristo sus trabajos y dice: *Audierunt quia ingemisco ego, & non est qui consoletur me.* Estos mis amigos, que después padecerán tanto por mí y con tanto gusto y amor, ahora están tan flacos en él, que con oir y saber las aflicciones y tormentos que padezco en esta cruz, no hay quien se atreva a acompañarme ni consolarme, aunque están tristes y afligido y llenos de temor; pero mis enemigos no sólo no me consue lan ni se compadecen de mí, sino que *audierunt malum meu laetati sunt, quoniam tu fecisti;* oyeron y vieron mis males, n tormentos y aflicciones, y se gozaban de ello y hacían burl

fiesta de verme así, porque tú, Padre eterno, ordenaste y quisiste que yo tuviese esta aflicción y tormento sobre los muchos que padezco. Pero pasará este diluvio de penas y llegará el día de mi consolación y resurrección; y mis amigos se alegrarán y gozarán conmigo, y serán semejantes a mí; *adduxisti diem consolationis, & fient similes mei.* Así en las penas como en las glorias, pasarán los trabajos y tormentos que yo paso; serán crucificados y muertos a semejanza mía; entrarán delante de ti y en presencia tuya estos males y trabajos que padecerán por mí; vendimiaráslos y exprimiráslos en el lagar y fuera del suplicio, como a mí me vendimiaste y exprimiste por los pecados que tomé por míos: *Ingrediatur omne malum eorum coram te: & vindemia eos, sicut vindemiasti me propter omnes iniquitates meas;* y aunque de esto se les ha de seguir suma gloria y ser semejantes a mí, en ella no puedo dejar de compadecerme de sus trabajos y llorarlos y sentirlos con suma tristeza de mi corazón, por lo mucho que los amo: *Multi enim gemitus mei, & cor meum moerens.*

Hablando Jeremías con la sagrada humanidad de Cristo, dice: *Quomodo obtexit caligine in furore suo Dominus filiam Sion,* como si dijera: a esta hija de Sión y Humanidad santísima se le debía de derecho el dote refulgentísimo de claridad y luz incomparablemente mayor del sol, y veo que el Señor y su Padre la ha obscurecido y deslustrado de manera que no parece ni es conocido por Hijo suyo ni tenido por Rey de la gloria, la cual es suya de derecho, y así su morada había de ser lesde que fué criada en el cielo, o siquiera gozar la gloria de ·l. Y su Padre la arrojó en la tierra sujeta a mil penalidades, iendo la reina ínclita Israel, esto es, siendo la parte superior e su alma tan feliz y tan levantada que ve claramente la di-

vina esencia, *projecit de coelo in terram inclytam Israel*, y parece que se ha olvidado y que no se acuerda de la promesa que le había hecho por David, de que pondría a sus enemigos debajo de sus pies y que le estuviesen tan sujetos que le sirviesen de escabel: *Non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui;* en este día de su furor, en que ejecuta todo el rigor de su justicia castigando en esta humanidad todos los pecados de la humana naturaleza, no pone sus enemigos debajo de sus pies, sino a ella debajo de los pies de ellos para que la pisen, de lo cual se queja por David diciendo: *Miserere mei, Domine, quoniam conculcavit me homo, tota die impugnans, tribulavit me.*

Prosigue luego Jeremías diciendo: *Praecipitavit Dominus nec pepercit omnia speciosa Jacob,* como si dijera: no usa Dios con esta sagrada humanidad lo que con las demás criaturas, que para castigarlas espera un día y otro día; envíales mil avisos primero, para que le procuren librar de su ira; considera muy despacio cómo moderar y aminorar el castigo, y aun, si pudiese, excusarle del todo, y si esto no es posible, por lo mucho que sus culpas irritan la Divina Justicia, castiga en alguna cosa y espera a ver si basta aquello para que se conviertan a él; pero con esta humanidad de su Hijo parece que se ha precipitado, que no ha templado nada el rigor de su Justicia, que no ha considerado cómo aminorar su fuerza. No envía el castigo poco a poco, sino que no ha perdonado cosa ninguna de lo mucho que había hermosísimo y preciosísimo en ella: *destruxit in furore suo munitiones virginis Juda;* destruyó con furor las fuerzas y defensas grandes que tenía, y arrojóla en la tierra para castigarla y herirla con más fortaleza: *& dejecit in terram*, y así le vió también Isaías cuando dijo:

Percussum a Deo, & humiliatum: & Dominus posuit in eo iniquitates omnium nostrum, que es lo que dice luego Jeremías: *Polluit regnum, & principes ejus,* como si dijera: manchó y permitió que pareciese inmunda, porque cargó sobre ella las maldades e inmundicias de todo el reino y sus príncipes, esto es, de todo el mundo.

No acaba el santo profeta de admirarse de ver aquella sagrada humanidad tan enflaquecida y tan sin fortaleza como se mostró en su Pasión y Muerte. Y así repite muchas veces cómo la Majestad de Dios le quitó lo fuerte y hermoso que tenía, y vuelve a decir: *Confregit in ira furoris sui omne cornu Israel.* Por el cuerno es entendida la fortaleza, la cual le quitó para que sus enemigos le venciesen; y le dejó tan a solas en sus manos, que su mano diestra, que es con la que ampara y defiende a sus amigos, la volvió atrás de sus enemigos, dejándole desamparado en medio de ellos: *Avertit retrorsum dexteram suam a facie inimici: & succendit in Jacob quasi ignem flammae devorantis in gyro.* Y no sólo no le favoreció ni libró, sino que encendió como llamas de fuego tragadoras y asoladoras, que son llamas de fuego de tribulaciones, alrededor de él, para que no pudiese librarse; y no contento con esto, mostrándosele como enemigo, extendió el arco de su divina justicia contra él y afirmó en él su mano diestra para tirarle saetas como lo pudiera hacer el mayor contrario: *tetendit arcum suum quasi inimicus, firmavit dexteram suam quasi hostis: & occidit omne quod pulchrum erat visu in tabernaculo filiae Sion,* con las cuales saetas mató y destruyó todo lo que había hermoso a la vista en aquel admirable tabernáculo de la hija de Sión, que era aquel sagrado Cuerpo, tan lleno de hermosura y tan adornado de gracias como le vió el santo pro-

a rey cuando dijo: *Speciosus forma prae filiis hominum: diffusa est gratia in labiis tuis &c*; y poco más adelante dice: *Sagitae tuae acutae, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis.*

Parece que habiendo estado contemplando y refiriendo la hermosura y gracias de este Señor, y cómo con ellas se hace tan amable, dice que enamora y hiere con su amor como con saetas agudísimas, de tal manera que los pueblos caen rendidos con su fuerza a sus pies y debajo de El, y traspasan los corazones, aun de los enemigos del Rey Eterno y Padre suyo, y los viene a hacer amigos con la fuerza de estas saetas amorosas. Y con ser esto así y que de tal manera era este Señor amable que hasta los enemigos lo conocían, su Padre Eterno quiso hacerle oficio de enemigo tan cruel que le quitó toda esa hermosura y derramó como fuego su indignación sobre el *effudit, quasi igem, indignationem suam*, y en las palabras siguientes va refiriendo y repitiendo lo mismo, que como le causa tan grande admiración y espanto, por mucho que lo repite de tantas maneras y con tantas palabras, no le parece que acaba de decirlo, ni significar su sentimiento. Y, así, añade luego: *repulit Dominus altare suum*, como si dijera: el madero de la Cruz era la cosa más desechada y afrentosa que el Señor tenía en su pueblo y en su ley; era la horca y el suplicio más infame que en ella había, y con ser esto así quiso que fuese el altar donde su Hijo le ofreciese, no cualquier sacrificio, sino que a sí mismo se sacrificase en él: *maledixit sanctificationi suae*, como si dijera: habiendo determinado desde ab aeterno que este madero había de ser el instrumento de la santificación que su Hijo había de hacer en todo el género humano, quiso que en aquel pueblo suyo donde la hizo fuese, según su ley, tenido

por maldito el que moría en el madero y cruz, para que de esta manera fuese sumamente afrentosa su muerte y fuese tenido por maldito, como dijo San Pablo: *Christus nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum: quia scriptum est: maledictus omnis qui pendet in ligno.*

Prosigue el profeta diciendo: *tradidit in manu inimici muros turrium ejus,* entregó en manos de sus enemigos aquella fuerte y hermosa torre de la humanidad de Cristo, que así le llama el Divino Esposo en los Cantares, diciendo: *sicut turris David collum suum: quae aedificata est cum propugnaculis, mille clipei pendent ex ea omnis armatura fortium;* tu cuello, dice (el cual significa tu fortaleza), es como la torre de David que está edificada con muchas almenas y torrecillas para defensa de las guerras y para pelear en ellas. Mil escudos están allí pendientes y todo género de armas de las que usan los fuertes capitanes; todo esto que había en esta sagrada Humanidad para defenderse de sus enemigos, no quiso su Padre Eterno que le valiese, sino que lo entregó a los mismos enemigos (en su manera) para que le venciesen, y cuando se vieron vencedores y con la presa que tanto habían deseado en sus manos, *vocem dederum in Domo Domini, sicut in die sollemni,* dieron grandes voces con grande regocijo y fiesta, como se suele hacer un día muy solemne y de grande alegría, las cuales voces parece que oyó el profeta y conoció que ya era llegado el tiempo de la pasión y muerte de Cristo.

Y así dice luego un poco más adelante: *cogitavit Dominus dissipare murum filiae Sion.* Por este muro se puede entender el cuerpo santísimo de Cristo, el cual era como defensa y guarda de su Ánima santísima, que, como se ha dicho, era como ciudad populosísima, y estaba cercada de aquel sagrado Cuer-

po. Llegó el tiempo en que la majestad de Dios tenía determinado de disiparle y destruirle con tan inmensos tormentos como padeció, y para esto *tetendit funiculum suum*, extendió el cordel de su divina permisión a todo cuanto le pudo extender, dando licencia a sus enemigos para que combatiesen este muro hasta derribarle; la cual licencia fué sin limitación alguna y sin reservarle y guardarle la vida, como mandó Su Majestad al demonio cuando le pidió licencia para perseguir y afligir al santo Job, la cual le dió diciendo: *verum tamen anima illius serva;* pero la licencia y permisión para disipar y destruir el cuerpo de Cristo fué dilatada y extendida hasta lo sumo que pudo ser, que es la muerte y muerte tan cruel. Y no apartó su mano con que extendió este cordel, hasta que fuese derribado el muro: *& non avertit manum suam a perditione: luxit que antemurale, & murus pariter dissipatus est.*

El antemuro que guardaba este muro era la determinación y ordenación divina de que Cristo Nuestro Señor no muriese hasta cumplidos los treinta y tres años. Y así, ninguna traza ni diligencia de sus enemigos fué bastante para quitarle la vida. Unas veces le quisieron prender, otras apedrear; pero, como dice el Evangelio, ninguno le echó mano, porque no era llegada la hora. No había caído ni faltado el antemuro hasta que Su Majestad dijo a sus enemigos en el huerto de Getsemaní: *hec est ora vestra & potestas tenebrarum*. Ya ha llegado la hora en que ha caído el antemuro con que mi Padre Eterno me guardaba y defendía; ya tiene extendido el cordel y dad licencia al poder de las tinieblas contra mí. Y así dice lueg Jeremías: *murus pariter dissipatus est,* al punto pudo ser derri bado y disipado este muro fortísimo.

Defixae sunt in terra portae ejus. Llegó la muerte con gr

brío y denuedo y derribó en tierra sus puertas, esto es, todos los sentidos corporales; quitó la vista a los ojos; el oir a los oídos; el hablar a la lengua, y así de los demás, *perdidit & contrivit vectes ejus.* Destruyó y quebrantó aquellos cerrojos fortísimos con que estaba encerrada aquella alma santísima dentro de aquel sagrado cuerpo, y con que los dos estaban unidos con sumo amor. Y apartándolos obligó al alma que saliese y dejase por entonces su amable habitación, y como Rey de la gloria y Príncipe de las eternidades, bajó luego al limbo de los Santos Padres, donde tantas gentes le esperaban, para que les diese libertad y les mostrase su gloria, haciéndoles participantes de ella por medio de su muerte: *non est lex, & pro phetae ejus non invenerunt visionem a Domino.*

Dice Jeremías que al punto que el Señor expiró, expiró también la ley dada por Moisés. Ya cesó y se acabó esa ley escrita, y comenzó la de gracia. Ya los profetas del Señor no es necesario que vean más visiones ni figuras, porque todas quedaron ya cumplidas y consumadas, y llenas todas las Escrituras que de tantas maneras habían profetizado la Pasión y Muerte de este Señor, el cual no dejó cosa ninguna por cumplir. Y así, dijo antes de expirar: *consummatum est.*

VI

Por las palabras que dice luego el santo profeta Jeremías, *sederunt in terra, conticuerunt senes filiae Sion &*, se puede entender el sentimiento y admiración que causaron los grandes y prodigiosos milagros que sucedieron en la muerte de Cristo,

en los circunstantes que estaban presentes a ella; pues, como dice San Lucas, el Centurión se convirtió y conoció que era Hijo de Dios, y por tal le confesó: *Et omnis turba eorum, qui simul aderant ad spectaculum istud, & videbant quae fiebant, percutientes pectora sua, revertebantur;* todos los cuales tendrían mucho sentimiento de la Pasión y Muerte de Cristo, aunque no hiciesen aquellas demostraciones exteriores de echar ceniza sobre sus cabezas y vestirse de cilicios.

Pero quien sintió y lloró esta muerte más que todas las criaturas juntas, fué la Virgen Santísima; y así, se le pueden aplicar aquellas palabras que dice luego Jeremías hablando como en nombre de esta Señora: *Defecerunt prae lacrymis oculi mei: conturbata sunt viscera mea;* como si dijera: es tan grande la abundancia de lágrimas que derraman mis ojos, que parece se han consumido y que han desfallecido. Hanse conturbado mis entrañas viendo muerto al Hijo que engendré en ellas, tan sumamente amado y estimado de mí, de tantas maneras y por tantas razones.

Effusum est in terra jecur meum super contritione filiae populi mei. Y no sólo es grande mi aflicción y dolor por la muerte de mi Hijo, sino que también es grandísimo mi sentimiento y contrición sobre la hija de mi pueblo, esto es, la Sinagoga, la cual ha sido tan amada y escogida de Dios por heredad y pueblo suyo y tan beneficiada y cultivada por mi Hijo para que llevase fruto, y ha sido tan desagradecida y desconocida, que no ha dado otro que abrojos y espinas para coronarle; y así, merece que el Señor cumpla en ella todos los castigos y tribulaciones con que la tiene amenazada, que son grandísimos, todo lo cual lastima mi compasivo y amoroso corazón, el cual, derretido en el fuego de la tribulación y com-

pasión, está como derramándose en la tierra; que en este sentido se puede declarar aquella palabra, *effusum est in terra jecur meum;* veo que este pueblo judaico, tratado y regalado de Dios como hijo pequeño, como dijo por el profeta Jeremías: *puer meus, Ephraim, puer delicatus*, desfallece y muere; *cum deficeret parvulus, & lacteus in plateis oppidi*, y que el que fué llamado para que mamase de los pechos de Dios leche dulcísima de misericordias, *ad ubera portabimini, & super genua mea blandietur vobis: dicit Dominus,* está como arrojado y desechado en las playas.

Matribus suis dixerunt: ubi est triticum & vinum? El mismo Dios que hacía oficio de madre amorosísima con este pueblo y niño tierno, *in utero meo portavi vos,* según dijo por Isaías, puede preguntarle para su confusión: *ubi est triticum & vinum?* ¿Adónde has puesto y guardado el trigo purísimo y blanquísimo, el pan del cielo que yo te dí y envié, para que le recibieses con agradecimiento, y el vino de mi purísima y preciosísima Sangre, para que te lavases y santificases con ella? Pusiste aquel trigo precioso en la balanza de la cruz para que los demás le comprasen y se aprovechasen de él, y tú te quedaste afuera tan hambrienta que ni tienes sustento de gracia para ti, ni para tus hijos; derramaste aquel precioso vino por las calles y plazas de la ciudad, y en el monte Calvario, para que otros le cogiesen y bebiesen, y tú no hiciste sino hollarlo y quedarte pereciendo de sed, de manera que tú y tus hijos desdichados, llenos de heridas de las serpientes por no haber querido mirar con fe viva al Señor sapientísimo, más que las serpientes puesto y levantado en el madero de la cruz, desfallecerán y morirán en las plazas de la ciudad, y darán sus almas en el seno de tan desventurada y miserable merced. *Cum*

deficerent quasi vulnerati in plateis civitatis: cum exhalarent animas suas in sinu matrum suarum.

Todo esto aumentaba el dolor y sentimiento de la Virgen Nuestra Señora; y fueron tan grandes sus aflicciones, que mirándola Jeremías, con su espíritu profético, dice luego: *Cui comparabo te? vel cui assimilabo te, filia Jerusalem?* ¿a quién te compararé?; o ¿quién habrá habido ni podrá haber que pueda tener contigo alguna semejanza?; *cui exaequabo te, & consolabor te, virgo filia Sion?* ¿con quién podré igualarte en tus penas? ¿con qué podré consolarte, sino con tu mismo Hijo? El dijo: *Non est dolor similis sicut dolor meus;* y lo mismo podéis decir vos, Señora, que si no es el dolor de vuestro Hijo, no hay otro que pueda ser semejante al vuestro; porque *magna est enim velut mare contritio tua quis medebitur tui;* grande es, verdaderamente, como el mar, tu contrición, tu quebranto, tu aflicción y tu dolor. Lleno está de alas de amargura tu corazón, como la mar lo está de aguas amargas, ¿quién podrá consolarte y sanarte, sino sólo tu Hijo cuando le veas resucitado y glorioso, que será al tercero día?

Vuelve luego el santo Profeta los ojos, y mirando a la desventurada Sinagoga, le dice: *Prophetae tui viderunt tibi falsa, & stulta;* tus profetas te vieron y te conocieron por falsa y necia. Y aunque continuamente te estaban dando voces y mostrándote tu maldad y necedad, fué como si no lo hicieran; porque tú no los quisiste creer, ni aun oir, y así, por tu culpa y por tu obstinación no fueron bastante a provocarte a penitencia, *nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad poenitentiam provocarent;* que si la hicieras de veras, el Señor te perdonará, como hizo a los de Nínive. Pero estuviste tan lejos de esto, que lo que vieron en ti fueron unas levantadas y asunciones

falsas, de donde diste grandes caídas y bajadas a mil miserias. *Viderunt autem tibi assumptiones falsas, & ejectiones.* Y has quedado de manera que: *Plauserunt super te manibus omnes transeuntes per viam,* daban palmadas en mofa y escarnio; todos los que pasaban por el camino silbaron y movían su cabeza, haciendo burla de ti y diciendo: ¿por ventura, es esta la ciudad, es el pueblo hermosísimo que sólo conocía y honraba al verdadero Dios, entre todas las naciones del mundo, y que por esto era y debía ser el gozo y alegría de toda la tierra? Has venido a parar en tanta ignominia, que todos tus enemigos abrieron sobre ti su boca, silbaron y bramaron con sus dientes, diciendo: traguémosla. Este es el día que esperábamos, hallamos y vimos nuestra enemiga.

Prosigue luego el profeta, diciendo: *Fecit Dominus quae cogitavit, complevit sermonem suum &*; hizo el Señor todo lo que había pensado contra esta desventurada Sinagoga; cumplió todos los castigos con que la había amenazado por sus profetas; destruyóla y no la perdonó. Sus enemigos se alegraron sobre ella y levantaron su fortaleza para destruirla.

VII

En lo que falta de este capítulo va prosiguiendo el santo profeta esto mismo, que por no alargarme no refiero cada palabra de por sí. Y en el capítulo tercero vuelve a hablar en nombre de Cristo Nuestro Señor, el cual parece que cuenta sus trabajos después de resucitado a su Esposa la Iglesia, para que tenga siempre memoria de ellos, como los refirió a los dos discípulos que iban a Emaús el día de su resurrección;

y a los demás discípulos juntos, cuando aquel mismo día se les apareció en el Cenáculo, teniendo cerradas las puertas, como cuenta San Lucas en el capítulo 24, y como les declaró las Escrituras que hablaban de su Pasión y Muerte. Y les abrió el sentido y entendimiento para que las entendiesen, y así tuviesen siempre memoria de ella.

Y como en los apóstoles y discípulos de Cristo estaba entonces la Iglesia, podemos decir que a ella se lo contaba, y que estando escuchando con su espíritu profético Jeremías, comienza su capítulo así: *Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis ejus;* yo que por excelencia puedo ser llamado varón en cuanto hombre, varón fuerte y varón de dolores, como me llamó Isaías cuando mi Padre Eterno inclinó y echó sobre mí la vara de su justicia e indignación, vi y conocí la pobreza y flaqueza que mi Humanidad tenía de suyo, como lo mostró al principio y entrada de la batalla de mi Pasión en el Huerto de Getsemaní. Amenazóme allí la divina Justicia con tal rigor, que todo me llenó de temor, el cual me llevó y entró en grandes y densas tinieblas, sin ninguna luz y consuelo.

Tanto volvió y revolvió en mi imaginación este temor, que todo el día que duró mi Pasión no me dejó, sino que me tuvo oprimido con su mano. Y así dije a mis discípulos: *tristis est anima mea usque ad mortem,* envejeció mi piel y mi carne estando en lo florido de mi edad y de mi juventud, y púsome la divina Justicia seco y consumido, mucho más que lo hace ni puede hacer la vejez: *vetustam fecit pellem meam, & carnem meam, contrivit ossa mea.* Y no contenta con atormentar mi carne, me quebrantó, oprimió y atormentó también mis huesos.

Aedificavit in gyro meo. Edificó alrededor de mí y en circuito,

no para defenderme de mis enemigos, sino para que no pudiese recibir ni llegase a mí ningún consuelo ni alivio, sino que estuviese con suma soledad y desamparo, no sólo de mis amigos, sino mucho más de mi propio Padre: *& circumdedit me felle, & labore.* Y con lo que me cercó fué con hiel, amargura y trabajos. Así lo dije también por David: *pauper sum ego, & in laboribus a juventute mea,* y en otro salmo: *dederunt in escam meam fel,* y no contenta con esto: *in tenebrosis collocavit me, quasi mortuos sempiternos,* colocóme y dió conmigo en el lugar obscuro y tenebroso del sepulcro, como si yo fuera uno de los muertos que no resucitarán hasta el día del juicio final. Y aunque yo había de resucitar al tercero dia ordenó que fuese sepultado como los demás muertos y que pasase también por esta humillación. Así lo dije por David: *collocavit me in obscuris, sicut mortuos saeculi.*

Y no sólo edificó alrededor de mí para que no pudiese llegarme consuelo, como he dicho, sino que edificó contra mí, cercándome de enemigos, de manera que no pudiese escaparme de ellos ni salir de su presa: *circumaedificavit adversum me ut non egrediar:* y para esto *aggravavit compedem meum,* agravó más mi prisión, apretó más el cepo y cadena con que me aprisionó para castigarme y quitarme la vida; y esto con tan grande y determinada resolución, que aunque yo más clamase y rogase por mi defensa y porque se me concediese el vivir, estaba la divina Justicia determinada a no oir mi oración y ruegos en cuanto a esto: *sed et cum clamavero, & rogavero, exclusit orationem meam.* Así lo hizo con la que hice en el huerto de Getsemaní, que aunque según la flaqueza y voluntad de mi carne deseaba no morir, y lo pedí con gran conformidad con la voluntad divina, no lo alcancé, sino antes desde aquel

punto fué agravando mis penas, y para que fuesen mayores y las sintiese más, *conclusit vias meas lapidibus quadris, semitas meas subvertit,* cerró los caminos por donde podía pasar algún consuelo de mi divinidad a la parte inferior de mi alma, y cerrólos con piedras cuadradas, las cuales encajan de manera y ajustan que ni un resquicio ni agujerico por pequeño que sea puede quedar, y así tampoco me le dejó a mí para poder gozar ni participar nada de la gloria de la parte superior de mi alma.

Ursus insidians factus es mihi: leo in absconditis: usó la Divina Justicia conmigo lo que el oso y el león, que están acechando escondidos para salir a tragar y despedazar; y así, para hacerlo conmigo, se aprovechó de unos enemigos tan feroces y crueles como osos y leones, los cuales me despedazaron con rabia e inmensos tormentos hasta entregarme a la muerte, que me tragase como lo hizo. *Semitas meas subvertit, & confregit me: posuit me desolatam.* Estas palabras ya quedan declaradas y también las que se siguen: *tetendit arcum suum, & posuit me quasi signum ad sagittam.* Extendió la Divina Justicia su arco y púsome como señal y blanco de sus saetas: *misit in renibus meis filias pharetrae suae;* con las hijas de su aljaba, saetas agudísimas y penetrantes, traspasó mis entrañas y sienes. *Factus sum in derisum omni populo meo, canticum eorum tota die:* fuí hecho escarnio y mofa de todo mi pueblo, y todo el día cantaban coplillas y dichos burlándose de mí, particularmente los que bebían vino y se embriagaban, como dijo David: *in me psalebant, qui bibebant vinum.*

Llenóme de todo género de amarguras: *inebriavit me absinthio;* dióme a beber y comer ajenjos tan amargos y con tanta abundancia, que puedo decir que me embriagó con ellos,

para declarar más la fortaleza de esta bebida amarguísima y cáliz de mi pasión, digo que *fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere,* partió con ella todos mis dientes. Y dióme luego a comer ceniza, esto es, hartóme y sustentóme en oprobios, humillaciones y afrentas. *Et repulsa est a pace anima mea:* arrojó y quitó mi vida de la paz y descanso con que pudiera vivir; y metióme en cruel guerra y batalla, de tal manera que *oblitus sum bonorum,* están tan lejos de mí bienes y gustos de esta vida que puedo estar olvidado de ellos y lo estoy. *Et dixi: Periit finis meus, & spes mea a Domino:* pereció y acabóse ya el fin de mis días y de mi vida mortal, y la esperanza que pudiera tener de aquel Señor me la alargara mucho más.

En acabando Cristo Nuestro Señor de referir y contar sus trabajos y muerte a su Esposa la Iglesia, luego la pide y encarga que se acuerde siempre de Él y no le olvide jamás, y que llore y sienta la pobreza y amarguras con que pasó la vida y con que murió por ella: *recordare paupertatis, & transgressionis meae, absinthii, & fellis.* A las cuales palabras le responde su Esposa la Iglesia con gran sentimiento y dolor: *memoria memor ero, & tabescet in me anima mea.* Mi memoria se ocupará siempre en acordarse de ti y de cosas tan dignas de estar continuamente en la memoria como las de tu pasión y muerte, la cual causará en mí tan gran sentimiento y tanta aflicción en mi alma, que parecerá se seca y consume dentro de mí viendo y considerando que soy yo la causa de todo lo que padeciste, pero revolviendo esta consideración en mi corazón me será motivo de esperar más vivamente en mi Dios y divino Esposo, pues tanto me ama y tanto hizo por mí: *haec recolens in corde meo, ideo sperabo.* Porque grandemente ha mostrado el Señor sus misericordias conmigo al paso que ha usado de su justicia

con su Hijo, y por esto no somos ni seremos consumidos ni acabados yo y mis hijos, como lo merecíamos: *misericordiae Domini quia non sumus consumpti: quia non defecerunt miserationes ejus.* Porque han sido tantas las misericordias y perdones que nos ha merecido y alcanzado, que por muchas que sean nuestras culpas y por innumerables que sean las veces que nos perdona, no se pueden acabar ni tener fin.

Es para Cristo Nuestro Señor de tan grande gusto ver a su Esposa con tan grande fe y confianza en Él, que le dice luego: *novi diluculo, multa est fides tua;* como si dijera: al punto que resucité muy de mañana vi y conocí en ti esta fe y cuán grande era, fué para mí de tanta gloria, que la puedo juntar y contarla con las demás glorias de mi resurrección. A esto responde la Esposa: *pars mea Dominus dixit anima mea propter eà expectabo eum;* como si dijera: tú, Señor, has querido ser todo mío, y así yo te tengo por mi heredad, mi parte y mi herencia, y así siempre esperaré en ti, y todos los que hicieren lo mismo experimentarán que es bueno el Señor para los que esperan en Él, y para las almas que le buscan con amor: *Bonus est Dominus sperantibus in eum: animae querenti illum.*

A las cuales hará innumerables mercedes y favores, y particularmente a aquellas que pidieren con silencio la salud de Dios, *bonum est praestolari cum silentio salutare Dei,* las cuales verán cuán bueno es estar continuamente en presencia de la Divina Majestad, contemplando y amando con admiración y silencio del entendimiento; pero que la voluntad desee y pida aquella salud y vida eterna que mana y procede de Dios. *Bonum est viro, cum portaverit jugum ab adolescentia sua:* bueno es al varón el llevar el yugo de la ley divina, desde su mocedad y juventud, en compañía y verdadera imitación y segui-

miento de Cristo, el cual alivia a los cansados y trabajados y les hace la carga ligera y el yugo suave, como prometió en su Evangelio.

Este tal varón, fuerte y espiritual, que sólo se acompaña de Cristo en su camino, está muy solo de todas las demás criaturas, y no son para él más que si no las hubiese en el mundo, y así *sedebit solitarius, & tacebit,* sentaré este solitario a contemplar (muy despacio y sin que nada le impida) las divinas perfecciones, y quedará luego tan admirado y absorto que no sabrá hablar palabra; callará y enmudecerá, y con este silencio hará más profundo su conocimiento y más intenso el amor, el cual se levantará sobre sí, porque supo callar y estar en soledad, *quia levavit super se,* y porque fué levantado sobre sí, permaneció en la soledad y silencio, y pone su boca en el polvo con suma humildad y reverencia delante de la divina e infinita Majestad: *ponet in pulvere os suum, si forte sit spes,* con esperanza de que por ventura le tornará el Señor a levantar con nueva gracia, para que más le conozca y ame. *Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis,* procura ser verdadero imitador de Cristo y cumplir el consejo de su Evangelio, y así da su mejilla al que le quisiere herir, sin apartarla, como dice Isaías: *faciem meam non averti ab increpantibus, & conspuentibus in me,* y desea ser harto de oprobios y afrentas; de manera que estas palabras no sólo se puedan decir de Cristo, sino también del que perfectamente le imita; esto desea y procura, porque sabe que a este tal no le olvidará el Señor para siempre, sino que será uno de los justos que tendrá en su memoria eterna, ni le apartará de sí: *quia non repellet in sempiternum Dominus.* Porque si se humillare y despreciare y fuere humillado y desprecia-

do, tendrá misericordia de él, y le perdonará, según la multitud de sus misericordias, *quia si abjecit, & miserebitur secundum multitudinem misericordiarum suarum.*

No le sucede esto al soberbio que no se humilla verdaderamente y de todo su corazón, *non enim humiliavit ex corde suo, & abjecit filios hominum,* desprecia a los demás hijos de los hombres y prójimos suyos, y pretende quebrantar debajo de sus pies a todos los apasionados y oprimidos de la tierra. Lo cual se verificó en aquellos emperadores y jueces crudelísimos que persiguieron la Iglesia en sus principios, los cuales fueron tan necios como del que habla David cuando dice: *dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* Así éstos dijeron otras necedades semejantes a ésta, las cuales refiere Jeremías en algunos versos de los que se siguen; y la Iglesia, oyéndolas y afligiéndose de la persecución que la esperaba y de las muertes y sumos tormentos que sus hijos habían de padecer, los alienta y exhorta a la oración, que son las armas con que se han de fortalecer para salir victoriosos de sus enemigos en defensa suya y de la fe de su Esposo, aunque pierdan la vida y parezca a los necios tiranos que los dejan vencidos.

VIII

Dice, pues, la Iglesia a sus hijos: *scrutemur vias nostras: & quaeramus, & revertamur ad Dominum;* como si dijera: cada ur mire sus caminos, si son los de Cristo; escudriñe su concie cia y vea si guarda su ley para tornar al Señor. Porque l hijos de Sión, esto es, de Cristo, hijos suyos, muy amad e ínclitos, vestidos del Espíritu Santo, que es oro finísir

y primo, son tenidos por vasos de barro, y por obras de las manos de los que lo amasan y obran de este arte. Si conocieran los reyes y jueces del mundo (ante cuyos tribunales estaban y eran llevados presos y mandados azotar y atormentar) quiénes eran, diferentemente los trataran y honraran; pero como convenía que siguiesen e imitasen a su Divino Maestro, y que se cumpliese lo que les había profetizado la noche última que cenó con ellos, diciéndoles: *Non est servus mayor Domino suo. Si mundus vos odit, scito te, quia me priorem vobis odio habuit. Venit ora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo. Amem dico vobis, quia plorabitis, & flebitis vos* &, permitió que la bestia fiera de la infidelidad se encrueleciese contra ellos y los matase, queriendo que no impidiesen, como lo hacían, que ella descubriese sus abominables pechos de sus sectas e idolatrías, y criase con esa infernal leche a sus desventurados cachorrillos.

Esto parece que quiso decir Jeremías en aquellas palabras que se siguen luego: *Sed & lamiae nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos,* pero no por esto salió la mala bestia con su pretensión, pues mientras más vidas quitaba a los mártires, más se planteaba la fe y más hijos perdía ella. Y los de la Iglesia santa iban cada día en gran aumento y así le fué forzoso a la sinagoga de los judíos, que era el pueblo judaico, retirarse y alejarse del verdadero pueblo de Dios, que salía de la gentilidad, pues ella se había aprovechado tan mal de la honra que Dios la había hecho, escogiéndola por pueblo suyo, y le dió tal pago y tal agradecimiento poniéndole en una cruz. Por lo cual quedó la desventurada tan llena de ignominia, que excede en esto a todas las demás naciones del mundo, y sus hijos están como vendidos y avergonzados y sumamente

despreciados, adondequiera que van. Viendo esto Jeremías, dice luego: *filia populi mei crudelis, quasi struthio in deserto,* como si dijera: aquella que pretendía Dios que fuese águila y volase altísimo, en su conocimiento y amor, y para esto la enseñaba a volar como águila real y caudalosa, como dijo Moisés en su Cántico, y para que pudiese subir muy alto la llevaba sobre sus mismos hombros y alas: *expandit alas suas, & assumpsit eum, atque portavit in humeris suis,* estuvo tan lejos de ser águila, en su vuelo, que antes, como avestruz pesadísima, no se levantó de la tierra. Y con ser tan grande la fuerza y el peso de los innumerables beneficios y mercedes que había recibido de Dios, fueron tantos sus yerros, fué tal el estómago de su obstinación e ingratitud que todo lo digirió, esto es, lo consumió y desaprovechó y no hizo caso de nada. Y así está como avestruz arrinconada en el desierto del mundo.

Luego vuelve el Santo Profeta a hablar de la Iglesia y de sus hijos pequeñitos, los mártires, que estaban entonces como infantes a los pechos de su dichosa madre, mamando la dulcísima leche de su doctrina y Santos Sacramentos, a los cuales niños dice que veía se les pegaba la lengua al paladar por la grande sed que padecían: *adhaesit lingua lactentis ad palatum ejus in siti.* Tenían estos dichosos y felices niños sed insaciable de la justicia y de beber cada día más abundantemente del agua viva de la gracia; tenían sed grande de la gloria de Dios y de la extensión de su santa fe, y que fuese conocido y adorado como verdadero Dios; tenían también grande sed de padecer por él, y aunque de todo esto que deseaban tenían mucha parte, no era bastante a satisfacer su sed, porque mientras más se bebe de este género de agua,

más sed causa, como dijo la Divina Sabiduría: *qui bibunt me, ad huc sitient.* También estos niños tenían hambre de las mismas cosas dichas, y pedían pan, *parvuli petierunt panem;* para satisfacerla, pedían el pan de la divina Palabra y Doctrina evangélica: *& non erat, qui frangeret eis.* No faltaba del todo quien les partiese y diese este pan; pero había pocos predicadores. No tenía entonces tantos la Iglesia como ha tenido después, y así a muchos les faltaba este divino Pan, por no haber quien se lo partiese y les declarase los misterios de nuestra santa Fe, y aún el día de hoy hay algunas tierras donde desean muchos ser hijos de la Iglesia, y padecen hambre del Evangelio, y falta quien se lo predique y parta.

Prosigue Jeremías diciendo: *qui vescebantur voluptuose, interierunt in viis:* los que comían y se sustentaban (no regaladamente en lo corporal, porque los Apóstoles y Discípulos de Cristo no tenían comidas regaladas, sino panes de cebada y peces, que es lo que señala el Evangelio que comieron algunas veces), comían ese mantenimiento tan pobre con sumo gusto y deleite, por comerle a una mesa con su Maestro. Y no sólo recibían de El este gusto en el mantenimiento corporal, sino muy mayor en el espiritual, oyendo sus palabras, las cuales, como dijo San Pablo, eran tan dulces y suaves, que eran de vida eterna y que sabían a los gustos y deleites del cielo. Así no quisieran apartarse jamás de El, aunque los que estaban enseñados a esta comida y sustentados con tal mantenimiento, se vieron después en grandes tribulaciones, como dijo San Pablo a los Corintios: *in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis &,* hasta venir a ser muertos en los caminos y en los campos: *interierunt in viis.*

Y luego dice: *qui nutriebantur in croceis, amplexati sunt stercora,* los que estaban vestidos de escarlata y de vestiduras ricas, esto es, los que estaban vestidos del Espíritu Santo y enriquecidos con su gracia, como se ha dicho, los veo abrazados con lo más humilde y despreciado del mundo, y que él los tiene por la basura y escoria de él, como dijo San Pablo: *tamquam purgamenta hujus mundi, facti sumus omnium peripsema usque adhuc.*

Después de haber estado el Profeta mirando esto y admirádose grandemente de ello, vuelve a tratar de las desdichas de la Sinagoga y pueblo judaico, y dice: *mayor effecta est iniquitas filiae populi mei pecato Sodomorum.* Llámala hija de su pueblo, porque él fué del mismo pueblo de Dios, de quien fué hija la Sinagoga, pues era de sus descendientes; y el pecado que cometió en la muerte de Cristo claro está que fué mayor de cuantos se pudieron ni se podrán cometer, aunque entre uno tan infame como el que señala el Profeta, y así mereció ser al punto y en un momento derribada. *Quae subversa est in momento, & non ceperunt in ea manus,* que es como si dijera: el peso de sus pecados fué tan grande, que fué bastante a derribarla, sin que llegasen manos a ella para hacerlo. Fué como la estatua prodigiosa y de tantos metales que vió en sueños Nabucodonosor, la cual cayó de toda aquella altura, sin que manos la derribasen, sino sólo que la tocó en el pie una piedra que bajó del monte.

Así la piedra viva, Cristo, en siendo bajado del Monte Calvario para el sepulcro, luego derribó la sinagoga y su ley. Tocó en los pies y fin de ella, el cual era ya de barro y aún más vil y flaco, pues acabó por su culpa tan mal; pero antes que llegase a esto sacó y escogió de ella, el mismo Cristo, los

nazareos dichosos y floridos (los Apóstoles); los cuales escogió para que fuesen a la gentilidad, y no sólo fuesen floridos, sino que llevasen mucho fruto en ella, y fruto que permaneciese para siempre, y hasta el fin del mundo como ha de permanecer la fe: *ego vos elegi de mundo, ut eatis, & fructum afferatis, & fructus vester maneat.*

Dice luego el Profeta las gracias y propiedades de estos nazareos, *candidiores nazaraei ejus nive,* candidísimos y blanquísimos como la nieve, porque participaron de la sangre del Cordero muy de cerca y con gran abundancia. Y como tiene tan gran eficacia y fuerza para lavar y blanquear las almas, puso las suyas más albas que la nieve: *nitidiores lacte.* Son también purísimos como la leche, no se mezclan ni juntan con cosa de la tierra, sino sólo con Dios. Están unidos a El por gracia y amor, el cual, como es tan encendido, los ha puesto, *rubicundiores ebore antiquo,* rubicundos y encendidos como las lenguas de fuego que el Espíritu Santo puso en ellos y sobre sus cabezas, el cual es significado en el marfil antiguo, porque el Espíritu Santo lo es tanto, que no tiene principio; es tan antiguo de días como las Personas del Padre y del Hijo, y aunque siempre ha sido fuego de amor, no lo mostraba tanto antiguamente con las criaturas; y cuando se mostraba en alguna figura, era de Paloma blanca como el marfil nuevo; pero cuando vino sobre estos nazareos con tanta abundancia, fué en figura de lenguas de fuego, que todo significa y muestra el color rubicundo del marfil antiguo. Eran también hermosos como el zafiro: *Saphiro pulchriores.* El zafiro significa, muy propiamente, la gracia, la cual da grande hermosura al alma y la hace resplandecer sin comparación, más que lo que resplandece el zafiro, y así la hace tan hermosísima que tiene semejanza con el mismo Dios,

y cuanto es mayor la gracia, tanto es mayor esta semejanza y hermosura, pues siendo tanta y tan grande la gracia que estos divinos nazareos recibieron, como los que habían sido escogidos por primicias de la Iglesia y los fundadores de ella, no es mucho que el santo profeta se admirase de su hermosura y la comparase al zafiro.

Después de haber mirado estos nazareos y dicho sus propiedades, se vuelve a mirar a los demás hijos de la Sinagoga, que no se convirtieron ni recibieron la fe, sino que se quedaron en su ceguedad y obstinación, y dice de ellos: *denigrata est super carbones facies eorum;* de éstos no puedo decir que son hermosos, que antes están tan feos y abominables que tienen sus rostros más negros que carbones, de manera que *non sunt cogniti in plateis:* no pueden ser conocidos aunque estén en lo más claro y patente de las plazas, si no es que por la misma fealdad se conozcan: *Adhaesit cutis eorum ossibus: aruit & facta est quasi lignum.* Están tan hambrientos y tan sumamente flacos que su piel se ha pegado a sus huesos: *Famem patienturut, canes*, dijo el profeta David hablando de ellos, y así no es mucho que se secasen, de manera que más parecían maderos o leños secos que hombres, y así estaban muy propios para arder en las llamas infernales. Al fin los vió el santo profeta de manera, que dijo: *melius fuit occisis gladio, quam interfectis fame;* mejor les fuera que los mataran a cuchillo que venir a morir, como rabiando, de tan cruel, rabiosa y desventurada hambre, *quoniam isti extabuerunt consumpti a sterilitate terrae,* porque éstos se pudrieron consumidos de la esterilidad de su tierra.

Va prosiguiendo Jeremías otras muchas desdichas de estos tales, y cómo el Señor los castigó y cumplió en ellos su furor

y derramó sobre ellos la ira de su indignación y otras cosas semejantes. Y poco antes de acabar el capítulo, dice: *Spiritus oris nostri Christus Dominus captus est in peccatis nostris.* Vuelve aquí a hablar con los justos e hijos verdaderos de la Iglesia, y mirándose entre ellos, en espíritu, y a Cristo Señor Nuestro, preso y encadenado por los pecados de todos, y que por su Pasión y muerte de tal manera nos redimió y nos amó que quiso unirnos consigo y vivir por amor y por fe dentro de cada uno de sus escogidos, de manera que puedan decir como San Pablo: *vivo ego, jam non ego, sed vivit in me Christus,* y que siendo esto así, El es la vida de la tal persona, llama en este lugar a Cristo, con gran propiedad, Espíritu de nuestra boca, esto es, la respiración con que vivimos y la que causa la vida, sin la cual no es posible vivir vida de gracia, porque para estar en ella es forzoso que Cristo viva por fe y caridad en el alma. A la cual fe, como es oscura, la llama luego sombra, en la cual vivimos: *in umbra tua vivemus.* Y dice luego: *in gentibus,* como si dijera: en la gentilidad hallaremos ya esta fe en que hemos de vivir. Ya se congrega la Iglesia de los gentiles, y así: *gaude, & laetare, filia Edom,* gózate y alégrate, Iglesia Santa y todos tus hijos, los cuales son entendidos por aquella palabra: *filia Edom,* así como por *filia Sion* se entendían todos los del pueblo de Dios y su Sinagoga: *Quae habitas in terra Hus,* que moras en las tierras de los gentiles.

Esto dice para declarar más que habla con la Iglesia, la cual está toda bermeja y encendida, como significa aquella palabra *Edom,* y esto por dos razones: la una, porque habita en ella el Espíritu Santo, que, como Fuego infinito, la enciende intensamente; la segunda, porque está depositada en ella la eficacia de la Sangre de Cristo, la cual comunica a sus hijos por medio

de los Santos Sacramentos. Y así Santa Inés, una de las mercedes y favores que dijo había recibido de su Esposo, fué adornar con su sangre sus mejillas: *Sanguis ejus ornavit genas meas*. Y el Esposo, hablando con la Iglesia, su Esposa, compara sus mejillas a un pedazo de granada rubicundo y encendido: *Sicut fragmen mali punici, ita genae tuae*. Y esta es su mayor hermosura y felicidad, y de lo que debe estar sumamente gozosa, y así le dice luego el santo profeta: *Ad te quoque pervemet calix*. Como si dijera: por lo que debes gozarte es porque vendrá a ti el cáliz de la Pasión y Sangre de Cristo, y te dará de ella con tanta abundancia que, *inebriaberis, atque nudaberis*, bebiendo de este precioso cáliz abundantemente, serás embriagada y desnuda de todo lo del viejo Adán terreno, para vestirte del nuevo Adán celestial y ser verdadera Esposa suya.

Y luego habla el profeta con la Sinagoga, diciendo: *Completa est iniquitas tua, filia Sion, non addet ultra ut transmigret te*, llena y cumplida está ya tu maldad; no puede ser mayor ni puede pasar más adelante, no hay más que añadir ni hay qué decir ya más de ella; sino que la hija de Edon, que es la Iglesia, visitará y verá tu maldad y te avergonzará descubriendo tus pecados: *Discooperuit peccata tua*.

Con estas palabras da fin el santo profeta Jeremías a sus trenos y llantos.

IX

Y luego hace una oración, que es el capítulo quinto, en que enseña a los hijos de la Iglesia que por la fe que profesan lo son solamente, pero no en las obras, pues hay muchos que

después de haber recibido la fe de Cristo se aprovechan tan mal de tan gran merced, que no cumplen su divina ley y cometen muchos pecados. Tienen la fe muerta por no tener obras de fieles y leales siervos e hijos de Cristo, a los cuales El, como verdadero y amoroso Padre, los torna a llamar para sí y les abre los ojos para que vean la miseria a que han venido por sus culpas, y que con ansias de sus almas pidan a Su Majestad misericordia y perdón y que los vuelva a su amistad y gracia; y para que lo acierten a hacer, enseña, como he dicho, el profeta.

Y hablando como en nombre de ellos, dice: *Recordare, Domine, quid acciderit nobis.* Acuérdate, Señor, de la tribulación en que estamos por la desventura que nos ha sucedido dejándonos caer por nuestra culpa de la alteza y felicidad en que tú nos habías puesto. Cometimos culpas y pecados; caímos de tu gracia y amistad con que estábamos sumamente ennoblecidos siendo hijos tuyos y quedamos con sumo oprobio y dignos de todo desprecio. Rogámoste, Señor, que le mires y que pongas tu vista amorosa y misericordiosa para sacarnos de él: *Intuere, & respice opprobrium nostrum.* Porque si no nos perdonases, *hereditas nostra versa est ad alienos, domus nostrae ad extraneos*, la heredad que nos habías dado por nuestra, que es la gloria eterna, se dará a otros, y el lugar y silla que habíamos de tener en nuestra casa y patria celestial, se dará a los que parecían eran más extraños de tu casa. *Pupilli facti sumus absque patre:* aunque por estar en el gremio de tu Iglesia nos podemos llamar pupilos tuyos; ya que no somos hijos, somos pupilos sin padre, porque te perdimos cuando pecamos y fuimos tan ingratos, que te echamos de nuestra casa y tuya, esto es, de nuestras almas. *Matres nostrae quasi viduae:* nuestra ma-

dre la Iglesia llora nuestra muerte, como la viuda de Naim lloraba la de su hijo único, y sus lágrimas y ruegos merecen que nos resucites a la gracia y no menos los de la otra madre nuestra y tuya, la Virgen Santísima, que es madre de pecadores y madre de misericordia y la está pidiendo por nosotros.

Aquam nostram pecunia vivimus: el agua significa aquí los trabajos, y llamámosla nuestra, porque son propios de los que vivimos en esta vida mortal y particularmente de los que hemos pecado, y son con los que satisfacemos nuestras culpas y aplacamos la ira de la majestad de Dios. Y así como cosa que tanto nos importa y que tanto hemos menester los compramos a costa de nuestro descanso y comodidad, para beberlos con gran sed, *ligna nostra pretio comparabimus.* Los maderos y cruces también buscamos y compramos, que son los instrumentos de la penitencia y mortificación, y continuamente nos ejercitamos en ella. *Cervicibus nostris minabamur, lassis non dabatur requies:* nuestras cervices traemos oprimidas e inclinadas con el grande peso del conocimiento de nuestra miseria, y a nuestros huesos cansados no daremos descanso, sino que diremos con David: *si dedero somnum oculis meis, & palpebris meis dormitationem, & requiem temporibus meis: donec inveniam locum Domino, tabernaculum Deo Jacob,* no daremos sueño a nuestros ojos, ni aun los dejaremos adormitar; sino que estén siempre vigilantes y en vela; ni daremos descanso a nuestro cuerpo, ni le tomaremos en nuestros días, hasta que hallemos el lugar del Señor y el tabernáculo del Dios de Jacob, que es el cielo; y entretanto, hemos de trabajar por dar lugar al Señor en nuestras almas y que sean morada suya por gracia.

Aegypto dedimus manum, & Assyriis ut saturaremur pace: a todos nuestros enemigos daremos mano y licencia para que

nos persigan, aflijan y humillen, a trueco de alcanzar que seamos hartos y satisfechos del pan floreado de la caridad y amor divino. *Patres nostri peccaverunt, & non sunt: & nos iniquitates eorum portavimus:* nuestros padres Adán y Eva pecaron y cayeron en la culpa original, y aunque fueron perdonados y gozan ya de grandísima gloria, nosotros llevamos el peso, gravedad y rebeldía que su pecado nos dejó para todo lo virtuoso, el cual nos hace caer muchas veces y es la causa de nuestras miserias. Ellas, Señor, te muevan a compasión y a tener misericordia de nosotros, que esto mismo alegaba el Santo Profeta Rey para alcanzarla más fácilmente cuando decía: *ecce enim in iniquitatibus conceptus sum & in pecatis concepite me mater mea*, por lo cual estamos tan sujetos a caídas y tan flacos para vencer nuestros enemigos y pasiones que *serui dominati sunt nostri*, los que habían de ser nuestros siervos y esclavos (nuestros apetitos y pasiones) nos han sujetado y rendido y nos han enseñoreado.

De tal manera nos tienen presos y cautivos que, *non fuit qui redimeret de manu eorum*, que ninguna criatura nos puede librar de ellos ni redimirnos de la cautividad, si tú, Señor, no nos libras de ella. *In animabus nostris afferebamus panem nobis:* en todo el tiempo que duraren nuestras vidas comeremos el pan de dolor y de lágrimas, y te pedimos, Señor, que nos sustentes siempre con él como hiciste a David cuando dijo: *cibabis nos panem lacrimarum, & potum dabis nobis, lacrimas in mensura*, este será siempre nuestro sustento y nuestra bebida, y de esta manera nos libraremos *a facie gladii in deserto*, del rostro airado de tu divina justicia y de la espada suya agudísima, mientras vivimos en el desierto de esta vida mortal.

Pellis nostra, quasi clibanus exusta est a facie tempestatum famis: nuestra piel se ha secado y abrasado en el horno de fuego de la grande contrición y dolor de nuestro corazón, habiendo visto y probado la tempestad de hambre que hay en la región del pecado, donde hemos estado, la cual hambre nos ha hecho caer en la cuenta y conocer nuestra miseria, y llorarla y buscar nuestro remedio volviendo a la casa de nuestro Padre celestial como hizo el hijo pródigo. Y como él alcanzó misericordia, así la esperamos alcanzar también.

Mulieres in Sion humiliaverunt. Como si dijera: acuérdate, Señor, que no ha habido ningún estado ni lugar ni edad en que no hayan caído muchos por más seguros que parecía estaban. La primera mujer que hubo en el mundo habiendo sido criada en gracia y sin la miseria y flaqueza del pecado original, cayó en el Paraíso, que era lugar más seguro que Sión; y no sólo cayó ella, sino que Adán, siendo varón, se mostró tan flaco como la mujer y también cayó con tan leve causa. *Virginus in civitatibus Juda*, y no sólo cayeron los dos dichos, sino lo que es más, cayeron los vírgenes, esto es, los espíritus angélicos y jerarquías celestiales cayeron miserablemente de aquellas hermosísimas ciudades de Judá y de la celestial Jerusalén. *Principes manu suspensi sunt, facies senum non erubuerunt:* los Príncipes de la Iglesia y de toda la tierra, los Apóstoles, con estar en compañía de Cristo y haber sido criados con la leche de la Doctrina Evangélica, también cayeron, aunque quedaron como colgados y con la mano levantada, para que su divino Maestro los levantase luego; si no fué Judas, que no quiso dejarse levantar, sino que colgado de un madero su cuerpo, bajó su alma a lo profundo del infierno.

Los ermitaños, retirados en fragosísimos desiertos y con

gran soledad, apartados de las ocasiones, algunos después de muchos años de desierto y de penitencia, ya ancianos, cayeron miserablemente, no teniendo vergüenza en sus rostros de caer en tales miserias. *Adolescentibus impudice abusi sunt:* de los mancebos esforzados y valientes que se consagran a Dios en religiones penitentes, no han faltado algunos que, aprovechándose muy mal del beneficio que recibieron de Dios, de su vocación y de otros muchos de que se goza en las sagradas religiones, se han salido de ellas y dejado su profesión para vivir en el mundo viciosamente, *& pueri in ligno corruerunt*, y los niños, que son los flacos que viven en el mundo, en cualquier madero u ocasión de tropezar que se les ofrece suelen caer facilísimamente como niños. *Senes defecerunt de portis, & juvenes de choro psallentium.* De manera que no ha habido ningún estado y edad en que no haya habido caídas, como queda dicho; y lo que más admira en esto es que faltasen y cayesen los ancianos que estaban a las puertas de la iglesia y habían de ser sus fundamentos, y que los jóvenes y mancebos hermosísimos cayesen de los coros celestiales, donde estuvieron siempre cantando alabanzas divinas.

Y como esto es lo de más admiración, lo vuelve el profeta a referir después de haber hablado de lo demás, para que, acordándonos de esto, temamos más nuestra flaqueza; y este temor hace falto el gozo de nuestros corazones: *defecit gaudium cordis nostri: versus est in luctum chorus noster;* hase vuelto en llanto nuestro coro, nuestra música y nuestras voces. *Cecidit corona capitis nostri:* cayó la corona de nuestra cabeza, porque no nos aprovechamos de ella cuando el Señor nos coronó con su gracia y por ella nos hizo reyes y sacerdotes como los que vió San Juan en su Apocalipsis: *Vae nobis, quia peccavimus;* ¡ay

de nosotros, que pecamos y casi lo perdimos todo, si el Señor no nos lo vuelve a dar de gracia! Y aunque lo esperamos, es tanto lo que sentimos el haberle ofendido, que no puede dejar de estar nuestro corazón lleno de tristeza. *Propterea moestum factum est cor nostrum, ideo contenebrati sunt oculi nostri;* y por esto también están nuestros ojos obscurecidos por la mucha abundancia de lágrimas que derraman viendo que el monte de Sión, que significa lo íntimo de nuestras almas y era morada de la Majestad Divina, ha quedado desierto y solo y desperdiciado todo lo precioso que había en él, y lo que anda y se pasea por él es zorrillas que lo acaban de asolar; pero el consuelo que tenemos es que tú, Señor, permaneces para siempre, y tu silla y trono es sin fin, y nadie puede quitártele ni tienes necesidad de nadie; pero con ser esto así, no nos olvidarás para siempre ni nos dejarás en el día eterno. Vuélvenos, Señor, a ti, que con esto volveremos; renueva nuestros días y pon en nosotros lo que pusiste al principio. Pero a los que no se convirtieren, airado los arrojarás de ti.

Con esto da fin a la oración.

X

No dijo el santo profeta el efecto de ella y cómo sería oída y despachada de la divina Majestad; pero díjolo el santo profeta rey, el cual acabará esta explicación mística de los trenos, pues también la dió principio con sus salmos en el 129, que comienza: *De profundis clamavi ad te, Domine.* Trata de esta oración que las almas hacen a Dios, y particularmente las que han caído en culpas, y la confianza tan grande que han de te-

ner en que Su Majestad les concederá el perdón de ellas y las sacará del cautiverio del pecado por su infinita misericordia y por la copiosa redención con que nos redimió de él. Y en el salmo 90 dice con cuánto gusto oye Dios la oración de los que esperan en él y cómo promete de librarlos: *Quoniam in me speravit, liberabo eum, protegam eum, quoniam cognovit nomem meum, clamavit ad me, & ego exaudi am eum, cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum, & glorificabo eum.*

Bien declara en estas palabras el santo profeta con cuánto gusto oye Dios la oración humilde y confiada de los pecadores y cuán presto les concede lo que le piden y cómo promete no sólo de librarlos de la cautividad del pecado y del demonio, sino también de glorificarlos en esta vida con su gracia y después con la vista clara de su divina esencia, si ellos no lo pierden por su culpa. El consuelo de las almas a quien el divino Señor saca de este duro cautiverio, le declaró el mismo David en el salmo 125 por estas palabras, hablando en nombre de los mismos que salen de esta cautividad: *In convertendo Dominus captivitatem Sion,* como si dijeran: nuestras almas eran como la santa ciudad de Sión, edificada por Dios para morada suya: *Quoniam aedificavit Dominus Sion, elegit eam in habitationem sibi.* Ciudad dilatada y pacífica, y como convenía para habitación del Sumo Rey; dejamos entrar en ella a los enemigos y cautiváronla, haciéndose dueños y señores de todo lo que había en ella; pero conquistándola el poderoso Rey con las fuerzas de su gracia, por su infinita misericordia la volvió a ganar y volvió nuestra cautividad en gozo, y saliendo de aquella tribulación y conflicto fuimos hechos como consolados, *facti sumus sicut consolati,* aunque no consolados perfectamente, que para esto habíamos de salir también del cautiverio y prisión del

cuerpo, y, sueltos de estas cadenas, gozar la vista clara de nuestro Criador. Sólo entonces será nuestro gozo lleno y cumplido. Siquiera estuviéramos seguros y ciertos de que no tornaríamos a la dura cautividad del pecado, fuera nuestro gozo mayor y pudiéramos decir que estábamos como consolados. Pero cuando nos veamos seguros y para siempre en nuestra gloriosa patria celestial, entonces sí que estaremos llenos de gozo, no sólo nuestra alma, sino también nuestra boca y lengua, empleándose siempre en las divinas alabanzas de nuestro gran Dios y Señor: *Tunc repletum est gaudio os nostrum, & lingua nostra exultatione.*

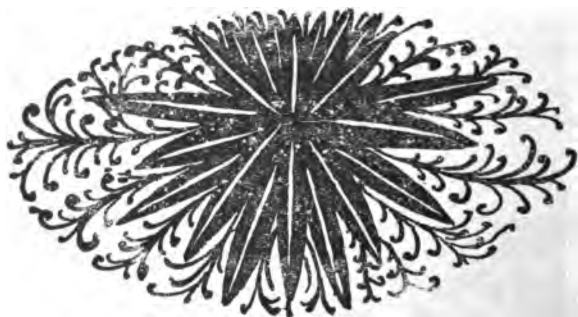
Luego, considerando el santo profeta y mirando con su espíritu profético a los predestinados y justos que, habiendo sido cautivos del pecado y del demonio y habiéndolos sacado Dios de él y puéstolos a su mano derecha cuando el día del Juicio final, aparte los malos de los buenos, y que (no obstante el haber sido pecadores) por su misericordia y preciosísima sangre gozan ya de tanta gloria y están con tan suma honra delante del justo Juez, parécele al santo profeta que todos los presentes, admirados de esto y glorificando por ello a Su Majestad, dirán: *Tunc dicent inter gentes: magnificavit Dominus facere cum eis;* engrandecido sea el Señor y mostrado grandemente sus infinitos atributos de misericordia, bondad, amor y los demás, con lo que ha hecho con estos que algún tiempo fueron pecadores, engrandeciéndolos tanto como los ha engrandecido y levantado; y ellos mismos, reconocidos del bien que han recibido de aquel magnífico Señor, dicen también: *Magnificavit Dominus facere nobiscum: facti sumus laetantes;* mucha verdad es, y nosotros también la confesamos, que nuestro gran Dios se ha engrandecido y magnificado, en-

grandeciéndonos a nosotros y redimiéndonos de nuestro cautiverio, tan gloriosamente, que ahora sí que podemos decir que estamos llenos de gozo y no como alegres, sino con suma alegría.

Después de haber el Santo Profeta considerado esto que pasará el día del juicio, cuando se muestren estas obras grandiosas de Dios, vuelve luego a considerar estos pecadores convertidos antes de salir de la vida mortal, y que hablando con Dios le dicen: *converte Domine captivitatem nostram, sicut torrens in austro*, como si dijeran: pedímoste, Señor, que no sólo estemos libres de la cautividad de la culpa, sino que se nos convierta y vuelva en arroyos de aguas, que salgan de nuestros ojos como salieron de los del mismo profeta, y lo dijo en el Salmo 118: *exitus aquarum deduxernut oculi mei, quia non custodierunt legem tuam*; y estos ríos de lágrimas sean por haber quebrantado vuestra santa ley. El derramarlas por esta causa toda la vida nos será de sumo consuelo, y para esto pedimos que en estos arroyos esté siempre dando el aire ábrego y suave del Espíritu Santo, que tanta propiedad y gracia tiene para sacar esta agua de los ojos, con tanta abundancia que corran ríos y juntándose con el mismo aire divino quede en ellos y les dé tal gracia que puedan fertilizar toda la tierra de nuestra alma, de manera que lo que sembráremos con estas lágrimas de tan copioso fruto, lo podamos coger con sumo gozo, porque *qui seminant in lacrimis, in exultatione metent.*

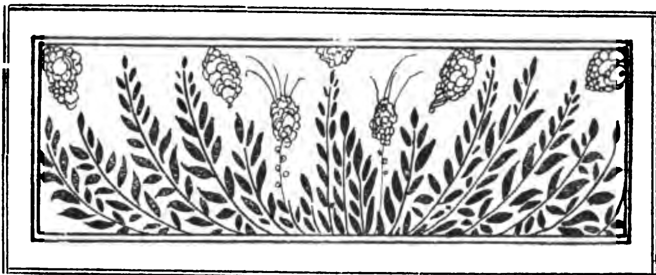
Apenas parece que habían acabado de pedir esto al Señor, cuando ya vió el profeta que se lo había Su Majestad concedido, y los vió ya sembrando y que, llorando, iban eliminando y echando su semilla, *euntes ibaut & flebant, mittentes semina sua;* iban de camino, porque es el tiempo que son viadores y que aún

no han llegado a la patria celestial; echaban semilla por las muchas buenas obras que iban obrando, y como las estaban regando con lágrimas de contrición y de amor iban las obras fructificando, de manera que cuando llegó el tiempo del segar y coger el fruto, que es el de la muerte, viniendo y llegando ya a ella venían con sumo gozo y alegría, *venientes autem, venient cum exultatione, portantes manipulos suos.* Y cogían abundantísimos manojos y fértiles de trigo muy granado y sin paja y llevábanlos a la dilatada y feliz trox del Divino Rey, que es la patria celestial, adonde son premiados y remunerados de su Divina Majestad, como fieles trabajadores y jornaleros de su Iglesia y que granjearon con los talentos que les dió y se aprovecharon de la eficacia de su sangre con que los redimió.



IV

SEGUNDOS COMENTARIOS SOBRE PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA



I



EN el año de 1637 y en el de 38, permitió Nuestro Señor que se me ofreciesen algunos trabajos, así interiores como exteriores, con malas correspondencias de algunas personas a quienes yo había hecho bien y tenía buena voluntad, y también por medio de los prelados que, con santísima intención, me causaron hartas aflicciones por estar mal informados. Luego permitió también Su Majestad que me levantasen unos testimonios tan graves que eran de gran deshonra y tocaban en cosas de Inquisición, sin poderse averiguar qué fundamento hubiese para esto ni quién dió principio a ello; pero llegó a noticia de muchas personas, algunas graves, y dieron hartos meses de tratarse de estas cosas y el satisfacerse como eran muy fuera de verdad. De todo lo cual tenía yo mucha noticia, pero hízome Nuestro Señor merced que no me turbase, ni causase inquietud ni temor. Y aunque tenía alguno

de si me habían de llevar a la Santa Inquisición, le ofrecía a Su Majestad esta deshonra con gran conformidad y gusto de padecerla si fuese su voluntad. Sólo sentía algo si por esta causa había de perder algo mi religión y convento, pero todo lo ponía en las manos de Dios con gran quietud de ánimo y mucha alegría.

Después de haber estado así algunos meses me dejó Nuestro Señor en notable desamparo interior, y padecía grandísimos temores y aflicciones que parece fueran bastantes a acabarme la vida, si no me fortaleciera Su Majestad con particular auxilio para llevarlo.

Juntamente con esto, me quitó Dios la salud, que aunque ha algunos años que estoy con gran falta de ella, estos dos últimos ha sido la falta muy total y continua, siéndolo la calentura y la falta de fuerzas tanta que no me da lugar a hacer cosa ninguna ni a seguir comunidad ni casi salir de una celda. De esta disposición con que Su Majestad me ha tenido y tiene se me han originado también muy grandes temores interiores y suma humillación, así delante de Dios como de las criaturas, viéndome tan sin provecho para nada.

Lo más ordinario de todo este tiempo ha sido de trabajos interiores, sequedades, desamparos y temores, como he dicho, aunque algunas veces me llamaba Nuestro Señor con gran fuerza al ejercicio espiritual de amor suyo, con aquella consideración y figura de los dos serafines que vió el profeta Isaías, que estaban sin cesar clamando: Santo, Santo, Santo, que (como queda tocado en otra parte) ha algunos años que Nuestro Señor me dió a entender cómo me quería para esto, y e pudiendo tener oración, siempre desde entonces no he podid salir de este modo de ejercicio y ocupación, pues en querien

ponerme y ocuparme en otro, por bueno que fuese, me hacían fuerza interior a volver a éste. Cuando estoy en él, parece que está mi espíritu en su centro, sintiendo notable satisfacción y alegría espiritual, pero puedo gozarlo poco, por lo mucho que me impide la falta de salud y la distracción que causa la comunicación que me es fuerza tener con las religiosas, que es muy continua. Y en esto me da Nuestro Señor gran cruz, por ser grande el ansia que continuamente tengo de soledad y silencio, y no es posible alcanzarlo.

Determiné de, siquiera por unos pocos días, recogerme a hacer los ejercicios, aunque por mi poca salud no pudiese hacer en ellos más de estar en oración y silencio. Comencélos a 10 de febrero del año de 1639, y estando en oración supliquéle a Nuestro Señor con grandes veras que, pues tanto me llamaba para el ejercicio del amor de aquellos dos serafines, me acabase Su Majestad de declarar todo lo que gustaba hiciese en él, y de qué modo lo había de hacer, que aunque ya me había Su Majestad dado a entender algunas cosas, no era de todo.

II

Estando, pues, con este deseo, se me dió a entender que por aquel trono excelso y levantado que vió Isaías, se puede entender el Verbo Divino, el cual es como trono en quien descansa y se recuesta el Padre, comunicándole su divina Esencia.

La Humanidad de Cristo Señor Nuestro es como trono donde descansa el Divino Verbo, porque le comunicó su Ser personal en unión hipostática, como lo dió a entender San Pa-

blo en el capítulo I a los Hebreos, donde dice que cuando Dios (hablando del Padre Eterno) introdujo a su Primogénito en el orbe de la tierra (que es lo mismo que decir cuando el Hijo de Dios se hizo hombre), mandó su Padre que le adorasen todos sus ángeles. Luego dice que hablando con su Hijo, le dijo: *Thronus tuus Deus in saeculum saeculi;* como si dijera San Pablo: viendo el Padre Eterno a su Hijo hecho hombre y que se había unido tan de asiento con la humanidad, y que habitaba en ella la plenitud de su Divinidad corporalmente, le dijo: ese trono humano en que descansas, y has tomado por tuyo, lo será en los siglos de los siglos; y por toda la eternidad descansarás en él, sin que la misma muerte sea bastante ni poderosa para quitarte ese trono ni asiento, en el cual te doy la potestad de Juez supremo de vivos y muertos, la cual será vara de equidad y justísima justicia para juzgarlos en ese trono tuyo humano: *Virga aequitatis, virga regni tui.*

Y así como la sagrada Humanidad es trono del Divino Verbo, porque le comunicó su Ser personal, así el mismo Verbo es trono de su Eterno Padre, porque le comunica y le da su Ser esencial, y en él tiene su gloria, y así vió Isaías que en aquel trono excelso estaba sentado, esto es, muy de asiento, desde ab aeterno y sin principio, la Majestad de Dios, *vidi Dominum sedentem super solium excelsum & elevatum.*

Luego dice que vió que en el trono estaban dos serafines, y que cada uno tenía seis alas, y de tal manera, que con las dos cubrían los pies de Dios, y con otras dos cubrían su divina cabeza, y con las otras dos estaban volando. El uno de estos serafines se me dió a entender (no sólo ahora, sino muchos años ha), que significaba el Alma santísima de Cristo Señor Nuestro, que con gran propiedad está siempre en aquel divino



trono con inseparable unión, y que por los merecimientos de este altísimo Serafín y por pura gracia y misericordia, había querido Su Majestad escoger mi espíritu, para que acompañase siempre a aquella santísima Alma, y desde ab aeterno le había destinado para este ejercicio y ministerio, dándome por su bondad alguna semejanza con ella, aunque entre las dos almas hay tan infinita distancia como se puede ver; pero que por gracia y amor me tiene el Divino Verbo unida consigo, y así asisto también en aquel divino trono, siendo mi espiritu como hijo adoptivo, compañero y hermano del Hijo natural de Dios.

Las seis alas que tenían aquellos serafines significaban seis virtudes heroicas, y altísimos afectos que tuvo el Alma santísima de Cristo desde que fué criada, y en ellas procura mi alma imitarla y tener las mismas alas. Las dos primeras son de profundísima humildad y conocimiento de la bajeza y pequeñez de la naturaleza humana, y suma reverencia a la alteza y grandeza de la divina: y con una de estas alas cubren estos dos serafines lo que en Dios puede ser significado por pie, que es su fortaleza y omnipotencia. La segunda ala de estas dos es el sumo dolor y sentimiento de los pecados y ofensas hechas a la Divina Majestad en todo el mundo, y, en particular, los míos, y con esta ala cubren el otro pie de Dios, que es su divina Justicia, y así, le detienen en ejecutar los castigos que pudiere y merecen nuestros pecados. Y aunque ahora el Alma de Cristo no puede sentir dolor ni pena, túvole grandísimo mientras vivió en carne mortal y pasible: con aquel dolor junto yo el mío.

La cabeza de Dios puede ser significada por su infinita sabiduría, y ésta cubren ambos serafines con otras dos alas: la una de resignación y conformidad con las ordenaciones y disposiciones de la sabiduría infinita y el cumplimiento de su di-

vina voluntad en todo, aunque sea de sumo trabajo, penalidad y deshonra, como lo abrazó aquella santísima alma desde el punto que fué criada; la otra ala es el agradecimiento a los divinos beneficios que la Majestad de Dios, con infinita bondad y sabiduría, nos hace.

Las dos alas con que los serafines volaban, significan el inmenso y encendido amor a Dios y el ansia de celar su deshonra, así como la caridad y amor con los prójimos y el deseo afectuoso de su mayor bien, que es su salvación, y los clamores continuos a Dios por esto.

En estos seis afectos y virtudes procura mi espíritu imitar al altísimo Serafín Cristo, y enlazando continuamente mis seis alas con las suyas, como lo hacían aquellos cuatro animales que vió Ezequiel, que tenía también cada uno seis alas, *Junctae que erant pennae eorum alterius ad alterum*, las ofrezco a la Majestad Divina para que le sean agradables.

Dice luego Isaías que aquellos serafines clamaban sin cesar, diciendo: Santo, Santo, Santo. Esto significaba el alma de Cristo, unida con el Verbo, y la mía, aunque tan indigna e inferior, también unida por gracia al mismo Verbo y hecha una cosa con El, como el Padre Eterno está produciendo el infinito impulso de amor, que es el Espíritu Santo, y le comunica al Hijo por aspiración divina.

Los dos serafines que están unidos con Él, reciben también y participan del mismo Amor infinito y Espíritu divino, cada uno según su capacidad, con suma diferencia, pero con mucha semejanza. Y estos dos serafines, unidos entre sí y con el Divino Verbo, hecho un espíritu de los tres, en unidad de amor (que el Espíritu Santo los une y enlaza estrechísimamente), como el Divino Verbo también está produciendo al Espíritu

Santo, y con el mismo impulso infinito ama al Padre y aspira en el Espíritu Santo.

Hacen esto mismo con El los dos espíritus que tienen unidos consigo, cada uno según su capacidad, y aspirando sin cesar en el Padre al Espíritu Santo, con encendido impulso de amor están como clamando *Sancto* tres veces; porque el Espíritu Santo es como producido y aspirado de tres espíritus: del Verbo, por naturaleza; y de las dos almas, por gracia, en el modo dicho. Y todos tres son como uno solo por la dicha unión.

En este modo de ejercicio siente mi alma sumo gozo y me da Dios a entender que quiere me ocupe siempre en él, declarándomele y mostrándole por unas noticias espirituales, que no se pueden decir. Y si algún día me divierto de propósito y con advertencia en otro modo de ocupación interior, siento notable reprensión de Nuestro Señor. Y parece que me están diciendo aquello del Apocalipsis: *tene quod habes ut nemo accipiat coronam tuam,* dándome a entender que si falto a aquel ejercicio para que Dios me ha llamado y escogido y por mi culpa y descuido lo dejo, escogerá Dios a otro que cumpla mejor con Él, lo cual me hace temblar y pedir luego a Su Majestad con grandes ansias perdón de cualquier descuido que haya tenido.

Dígole muchas veces a Nuestro Señor: ¿cómo es posible que haya sido escogida para cosa tan alta criatura tan baja, tan flaca y llena de miserias de todas maneras, tan sin haber hecho obra ninguna digna de que Su Majestad me mire y tan desnuda de merecimientos? Estoy cierta que no hay otra en el mundo que me iguale en esto, y no es decirlo por humildad, sino por ser verdad muy conocida de mi entendimiento y de todos los que me conocieren.

A esto se me da a entender que por el mismo caso que estoy tan lejos de haberlo merecido y tan sin obras a que poderlo atribuir, ha gustado Dios de escogerme; porque pretende que en esto sea toda la gloria suya y que vean todos el día del Juicio cómo meramente me hizo esta merced de gracia y por su sola bondad. Y así se manifieste más cuán infinita es y todos le glorifiquen por ella.

Y como veo que por solos los merecimientos del Alma santísima de Cristo, mi compañera y hermana, en el sentido dicho, me ha hecho Dios tal merced, es tan grande el agradecimiento y amor que la tengo, que jamás puedo atender a la Divinidad si no es también en su compañía. No todo lo que mi alma siente en esto es posible explicarse, ni conviene decirse; basta lo dicho para que se pueda entender algo de este camino, por donde Nuestro Señor me ha llevado y me lleva ahora más particularmente.

Dijo también Isaías que lo que estaba debajo del trono llenaba el templo: *& ea quae sub ipso erant, replebant templum.* Siendo el trono, como se ha dicho, la divinidad del Verbo, lo que estaba debajo de él está claro que era su divino Cuerpo, aunque humano; porque si en la Divinidad es Cristo igual al Padre, en cuanto a la Humanidad es menor que El.

Dióseme a entender, que esto significaba que esta sagrada Humanidad y Cuerpo de Cristo estaba formalmente en mi corazón (como en otra ocasión me dió a entender y queda dicho en otra parte), y que estando este Señor en mi corazón y teniendo la posesión de él como la tiene, llenaba todo el templo de mi cuerpo, siendo dueño y señor de todas mis acciones, y dándoles vida formal a imitación suya. Y puede mi cuerpo llamarse templo, porque ha algún tiempo que me da Nuestro Señor Je-

sucristo a sentir su presencia, como sacramentado en mi corazón, pareciéndome que es como relicario y custodia en que está Su Majestad.

No me atrevo yo a decir que real y verdaderamente esté como en el Santísimo Sacramento, sino que yo siento su compañía, mirándole con eficaz consideración y fe viva. De manera que es como si acabara de comulgar y muy ordinario le estoy adorando y reverenciando como si estuviera en el templo. Y le miro como la fe nos dice que está debajo de aquellos accidentes de pan; que es glorioso y resucitado con aquellas hermosísimas y preciosas llagas que tiene en pies, manos y costado, y así me parece que mi cuerpo le sirve de templo, el cual llena de la manera dicha.

III

Otro día se me dió a entender cómo este modo por donde Nuestro Señor me lleva, y queda algo declarado, está también significado en aquella visión que vió San Juan en su Apocalipsis, y fué que se ponía en el cielo una silla o trono, que significa la persona del Verbo divino (como queda declarado del lugar de Isaías) y que en este trono descansaba la persona del Padre Eterno. Y un poco más adelante, dice que del trono procedían rayos, tronidos y voces, que es dar a entender que de la persona del Hijo y la del Padre, que estaba en él, procede el Espíritu Santo, el cual es significado por los rayos y tronidos que son fuego, y como el Espíritu Santo lo es de amor infinito, es propia semejanza suya.

Las voces que también salían del trono significan los clamo-

res, diciendo Santo sin cesar, que se ha declarado dicen los dos serafines unidos al divino Verbo aspirando en el Padre al Espíritu Santo; y así salían estas voces del trono, que es el mismo Verbo con quien están unidos los serafines.

Pero San Juan en esta visión no vió los dos serafines, sino en lugar de ellos cuatro misteriosos animales y tenían seis alas cada uno, como los serafines; clamaban sin cesar: Santo, Santo, Santo, como ellos. Estos cuatro animales significan también el Alma santísima de Cristo y la mía. La de Cristo es significada por el que tenía rostro de león, que es, en cuanto Hombre, Su Majestad León de la tribu de Judá, como en el mismo Apocalipsis le oyó llamar San Juan. Y mi alma es significada por el rostro de hombre para dar a entender que por más transformada y divinizada que esté el alma, siempre permanece la naturaleza humana y la bajeza que de suyo tiene, con sujeción a flaquezas y caídas. El animal que tenía rostro de águila significa la potencia de la voluntad del alma santísima de Cristo, la cual, como águila caudal, puso su nido en el mismo Sol de Justicia. El animal que tenía rostro de buey significa la potencia de la voluntad de mi alma, que como terrestre y agravada con el peso del cuerpo mortal, le cuesta trabajo el volar a las cosas divinas y lo hace con dificultad y fuerzas.

Todos cuatro animales tenían seis alas; las de águila altísima, que es la voluntad del Alma de Cristo, y las de mi voluntad, son sus seis afectos y virtudes que quedan dichas de los serafines, que nacen de la voluntad del Alma de Cristo y la mía y con ella se ejercitan.

Las seis alas de la esencia del alma (haciendo distinción de ella a las potencias), así del Alma de Cristo como de la mía

son: la primera, la gracia, que en su centro y esencia se sujeta y por ella es levantada a la dignidad de Hijo de Dios; la segunda, la aptitud y derecho que tiene a la herencia de la gloria y a gozar la visión beatífica; la tercera, la semejanza con Dios y ser consorte de su divina Naturaleza; la cuarta, la hermosura y esplendor, participado del mismo Dios; la quinta, la justicia y santidad que nace de la gracia; la sexta, la fortaleza y perfección en obrar con los actos y ejercicios de las potencias. Estas seis alas tuvo el Alma santísima de Cristo, desde que fué criada con suma y altísima perfección y excelencia, porque desde aquel instante tuvo toda la plenitud y perfección que convenía tuviese para ser unida hipostáticamente al Verbo divino. Y aunque en esta unión no puede ninguna criatura tener semejanza con aquella santísima Alma, dejando esta unión milagrosísima aparte y mirando y hablando de la que tiene con el Divino Verbo y con el Padre y Espíritu Santo por la gracia y caridad, que en sumo grado le fué dada, en ella pueden otras almas tener alguna semejanza, aunque con suma diferencia y distancia, porque aquella Alma santísima fué criada como gigante en la gracia para correr su carrera y las demás almas son como niñas que van creciendo en la gracia poco a poco, y por mucho que crezcan quedan muy enanas en su comparación.

Una de las que Nuestro Señor quiere hacer merced de levantar a esta manera de semejanza y unión, parece que es la unión por su infinita bondad, y así me da a entender que tiene la esencia de mi alma también estas seis alas y que con ellas tiene la dicha semejanza y hace compañía a la de Cristo estando en el trono de su divinidad, que en ella vió San Juan a todos cuatro animales, y que, como se ha dicho, están siempre

clamando: Santo. Y luego un poco más adelante dice que vió en medio del trono y de los cuatro animales un cordero que estaba como muerto, el cual es el sagrado cuerpo de Cristo, que estaba en medio del divino Verbo, por la unión hipostática con El; y se mostraba como muerto, que es decir que estaba sacramentado; porque en el Santísimo Sacramento, aunque está Cristo vivo, se representa muerto. Y así no dijo el evangelista que estaba muerto, sino como muerto. Dióseme a entender que esto era significación de la compañía y presencia que he dicho tengo de Cristo sacramentado y resucitado.

Dice San Juan que tenía el divino Cordero siete cuernos y siete ojos. Por los cuernos significaba la fortaleza con que hizo siete vencimientos gloriosísimos: el primero fué vencer a la divina Justicia, que tan irritada la tenían las ofensas cometidas contra la Majestad de Dios, y quería tomar de ellas venganza, a la cual satisfizo el divino Cordero con exceso, y así la dejó rendida; el segundo fué vencer a la muerte, con su muerte, siendo muerte de la misma muerte; el tercero fué vencer con ella también al demonio, sacando de su posesión y dominio el reino que tenía tiranizado; el cuarto fué vencer al infierno, despojando como glorioso triunfador el limbo y sacando de él sus despojos; el quinto fué vencer el túmulo y sepultura, saliendo de él victorioso con fortaleza divina; el sexto es el que hace de los corazones de los hombres en el Santísimo Sacramento; el séptimo será el que hará en el mundo el día del Juicio, donde se mostrará la fortaleza y poder de su divina Justicia, así en castigar a los malos como en premiar a los buenos.

Los siete ojos que tiene el Divino Cordero significan siete atributos suyos, que con excelencia resplandecen en el Santísimo Sacramento, y son como ojos que miran a nuestro bien.

El primero, su infinito amor con que quiso instituirle; el segundo, su sabiduría, que dió traza para ordenarle; el tercero, su omnipotencia, que obró tan prodigiosos milagros; el cuarto, la verdad infalible de sus palabras con que le obra, que antes faltaran el cielo y la tierra que falte esta verdad de su palabra; el quinto, la benignidad con que recibe a las almas que con pureza llegan a recibirle; el sexto, la misericordia con que perdona por este Sacramento los pecados; el séptimo, el rigor de la divina Justicia con que juzga al que indignamente le recibe, que, como dijo San Pablo: *qui enim manducat & bibit indigne reus erit corporis & sanguinis Domini,* y luego dice: *inditium sibi manducat & bibit.*

Estos son los siete ojos que están resplandeciendo en el Divino Cordero y son las siete lámparas que San Juan vió junto a Dios, al principio de su visión, las cuales luces de estos atributos divinos están reverberando e ilustrando de tal manera a los cuatro animales, que se muestran también llenos de ojos: *quatuor animalia plena oculis ante & retro.* Y dice esto para que se entienda cuán penetrados están de los rayos de estas divinas luces.

El profeta Ezequiel vió también estos mismos animales y el misterio y significación de ellos parece una misma, aunque lo cuenta con diferentes palabras y añade algunas circunstancias. Lo primero dice que vió un aire recio en el cual es significado el Espíritu Santo, porque en la misma semejanza vino sobre los apóstoles el día de Pentecostés, y luego vió una grande nube que significa el sagrado Cuerpo de Cristo Nuestro Señor, cuya concepción y formación se atribuye con particularidad al Espíritu Santo. Y esta nube era muy grande, no por la calidad ni cantidad de la materia de que fué formada, sino por

la dignidad a que fué levantada, que es lo que dice luego el profeta: *ignis involvens & splendor in circuitu ejus*, que todo significa la divinidad de la Persona del Verbo que unió así aquella nube. Luego, en medio de aquel divino fuego, el cual había visto como nube, se le mostró como especie de metal: *& de medio ejus quasi species electri, id est de medio ignis*, en lo cual se significaba que el Sagrado Cuerpo de Cristo, aunque era como nube que cubría su Divinidad, sería como metal fortísimo para sufrir los golpes que la divina Justicia había de dar en él con los instrumentos de su Pasión y Muerte.

Prosigue el profeta diciendo: *& in medio ejus similitudo quatuor animalium;* en medio y dentro de aquel sagrado Cuerpo se muestran y están los cuatro animales dichos, los cuales vió Ezequiel con los mismos rostros, alas y ojos que San Juan, y así significan lo mismo que queda dicho.

Vió luego el profeta, junto a los animales, una rueda que significa la divinidad del Verbo y tenía cuatro rostros que eran los cuatro animales que están unidos con el mismo Verbo, y para declarar algo de su grandeza dice que *statura quoque erat rotis, & altitudo, & horribilis aspectus*, y por estar declarada esta visión muy largamente en otra parte, no diré aquí más de lo que hace a propósito de lo que voy diciendo, y es la conformidad y unión que declara el profeta tenían los animales y la rueda, en sus movimientos y operaciones. Y que el espíritu de vida estaba en la rueda, y como ésta es el divino Verbo, el espíritu de vida que está en Él es el Espíritu Santo, y como esta rueda está siempre produciéndole como amor infinito, los cuatro animales que están en la rueda hacen lo mismo por participación, y cada uno según su capacidad, como queda dicho. Que esto quiere decir en aquellas palabras: *ubi*

erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, y luego: *& animalia ibant & revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.*

Van estos animales del divino Verbo a su Padre, y vuelven del Padre al Verbo unidos y hechos una cosa con el Espíritu Santo por amor, el cual es significado en el rayo resplandeciente que está siempre procediendo del Padre y del Hijo.

IV

Por todas estas declaraciones de estos lugares de la Escritura ha querido Nuestro Señor darme a entender el estado en que tiene mi alma y el modo de ejercicio de amor en que quiere me ocupe, y lo que ha menester tantas palabras para declararlo, se entiende y obra en un punto, con un concepto universal de esto mirando con vista sencilla y quieta y con una operación amorosa y unitiva de la voluntad, que con solo un acto coopera con la Divinidad y Alma Santísima de Cristo, así en cuanto al divino amor como en las demás virtudes que quedan dichas.

Y cuando por las ocupaciones exteriores no puede el entendimiento atender al concepto de todo esto, la voluntad se queda en su ejercicio renovando el acto, de cuando en cuando, y el entendimiento advierte muchas veces al día a mirar la presencia de Cristo que está en el corazón, y cómo dentro de aquella nube corpórea está su divinidad con todo lo dicho, y cómo este divino Señor con sus infinitos merecimientos nos mereció y alcanzó esta dignidad, este alto puesto y ocupación. Lo cual pidió a su Eterno Padre la noche de la Cena, diciendo: *sicut tu Pater in me, & Ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint: ut credat mundus, quia tu me misisti,* como si dijera: Padre, no sólo he

ganado para mis escogidos su redención y salvación, sino que haciéndolos hijos adoptivos tuyos y hermanos míos, puedan llegar a unirse y transformarse en mí tan íntima y estrechamente, que sea la tal unión semejante a la que yo tengo contigo. Esta fué la obra que me enviaste a hacer en ellos, y así, cuando el mundo la vea, por ella conocerá y creerá que yo fuí enviado de ti y soy tu Hijo y verdadero Dios contigo, pues tal obra pude hacer y tal dignidad y alteza pude merecer para criaturas de tan baja naturaleza. Y para que la alcanzasen y gozasen en suma perfección como a ellas es posible, *Ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis*, yo les di y les doy la claridad que tú me diste a mí, esto es, el Espíritu Santo, que desde *ab aeterno* me estás aspirando, y el amor con que me estás amando, y tú, Padre, también se la das amándolos a ellos como me amaste a mí: *dilexisti eos, sicut & me dilexisti.*

También parece me está diciendo este divino Señor lo que dijo al hermano mayor, en la parábola del Hijo pródigo: *omnia mea tua sunt,* todas mis cosas son tuyas, así las que tengo en cuanto Dios, como Hombre. Yo, en retorno de esta merced y favor, le digo a Su Majestad lo que dice la Esposa: *in portis nostris omnia poma: nova & vetera, dilecte mi servavi tibi.* Como si dijera: en nuestras puertas, que son los sentidos en el cuerpo, y las potencias en el alma, las cuales puertas no son sólo mías sino nuestras, por la unión y matrimonio espiritual que hay entre los dos, la parte que a mí me tocaba de la jurisdicción de sus operaciones, que son sus frutos, *omnia pon nova & vetera,* los guardaré para ti solo, Amado mío. L frutos viejos son todas las operaciones naturales, así cuerpo como del alma, que por ser de la naturaleza que her del viejo Adán las llamo viejas, y los frutos nuevos son

operaciones sobrenaturales de la gracia, que, por haberlas heredado de ti, mi nuevo Adán celestial, las llamo nuevas.

De todo me desapropio tan totalmente que sólo quiero ser como instrumento muerto, así en lo interior como en lo exterior y así en lo espiritual como en lo corporal, para que tú, Esposo mío, seas el artífice y motor de todo, y esté rendido a tu voluntad y ordenación y a tu divina operación. Y Su Majestad, aceptando esta dádiva y ofrecimiento, dice lo que dijo por San Mateo en el Evangelio: Semejante es el reino de los cielos al hombre, padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo: *Qui profert de thesauro suo nova & vetera.* Como si dijera: Esta entrega que me has hecho y la vida que por ella vives es muy semejante a la del reino celestial, donde yo doy todas las cosas a todos y ninguno la quiere tener propia. Y así yo, padre de dos familias, la del cielo y la de la tierra, haré lo mismo contigo, sacando de mi divino tesoro, donde tengo guardada tu dádiva, todo lo que hubieres menester para vivir la vida natural y corporal, que es la vieja, y para la vida espiritual y de gracia, que es la nueva. Y no teniendo nada en ti lo tienes todo mejorado en mí.

V

Estando un día rezando completas, diciendo el Salmo que comienza *qui habitat*, se me fué ofreciendo la declaración de él a propósito de mi camino y de la merced que Nuestro Señor me ha hecho, como si el Santo Rey y Profeta David lo mirara en espíritu. Y viendo mi alma hecha como serafín acom-

pañando al Altísimo, que es el alma de Cristo, como queda dicho, y ayudándole a decir Santo en aquel inmenso amor, dijo, inspirado del Espíritu Santo: *qui habitat in adjutorio Altissimi;* el espíritu que veo, que está y habita en el Divino Verbo para ayudar a su alma santísima al ejercicio del divino amor, *in protectione Dei coeli commorabitur,* morará juntamente con ella en la protección y amparo del mismo Dios, recibiendo de Él el auxilio necesario para tal alta operación, y la tal alma, viendo que el Señor la ha escogido para aquel ministerio, le dice: Tú eres, Señor, el que me has recibido muy de gracia a la unión y transformación contigo y tu divinidad es lugar de mi refugio: *sicut Domini susceptor meus est tu, et refugium meum.* Y siendo Dios infinito y un sumo bien que los encierra todos, eres todo mío por la dicha unión: *Deus meus.* Y luego, viéndose tan favorecida de Su Majestad, dice: *sperabo in eum,* esperaré en Él, porque estoy cierta que me librará del lazo de los cazadores, que son los demonios, y de oir la palabra áspera, que es aquella con que aparta de sí a las almas condenadas a penas eternas, no sólo la que le dice el día del juicio: id, malditos, al fuego eterno, sino también la que dice en el juicio particular de la muerte, que será la misma.

Viendo el Profeta rey que el alma trae a la memoria esta palabra tan áspera, aunque ella misma dice que espera la librará Dios de ella, quiere ayudar y alentar más su confianza, diciéndole: *scapulis suis obumbrabit tibi,* como si dijera: no sólo te librará, sino que con sus espaldas, esto es, con su sagrada Humanidad (que el rostro de Dios es su Divinidad y por sus espaldas se puede entender la Humanidad) con la cual te ha de juzgar, en lugar de mostrar rigor de juez te amparará y hará sombra con sus alas y debajo de ella esperarás que te suba

sobre sus plumas, como águila real a su polluelo, hasta ponerle donde de hito en hito mire sin cesar al Sol de Justicia, que es su divinidad, como dice Moisés lo quiso hacer Dios con su pueblo: *expandit alas suas & asumpsit eum at que portavit in humeris suis.* Y pues es este Señor el serafín que tiene seis alas, y tú juntas y enlazas las tuyas con las suyas, bien puedes esperar gran felicidad debajo de ellas: *scuto circumdabit te veritas ejus.* No sólo te hará sombra su Humanidad, sino que su Divinidad, que es la misma verdad, te cercará como escudo de oro, y desde ahora te tiene cercada, pues moras dentro de ella: *non timebis a timore nocturno,* y así no temerás con temor servil ni de esclavos, que ese se compadece con el pecado; pero teme y es bien que temas con temor filial y reverencia, que al fin no estás segura de ofender a la Majestad divina y caer de ese puesto. Y cuanto más alto es será peor la caída, y así el principio de la sabiduría es el temor del Señor. Él te libre de la saeta que vuela de día: *sagitta volante in die,* esto es, la saeta de la divinidad y presunción espiritual; que en el día de la gracia y de los mayores favores Dios suele venir volando casi sin sentirse y lastimar y herir a lo disimulado y encubierto. También te libre, *a negotio perambulante in tenebris,* de la negociación que trae el demonio para hacerte caer en las tinieblas del pecado, que es el negocio que camina de noche y entrega al alma en manos de sus enemigos: *ab incursu,* y de caer en el infierno del demonio meridiano, donde los demonios, aunque en tinieblas, son vistos con tanta claridad como al sol de mediodía en su horrible y espantosa figura.

Como el Santo rey conoce lo que importa a un alma caminar entre temor y esperanza, en unos versos la pone delante los peligros para que tema, y en otros la torna a alentar a la

esperanza, como lo hace en los que se siguen: *cadent a latere tuo mille,* como si dijera: casi infinitos son los enemigos que tienes y que desean derribarte; pero ellos serán los derribados y a tu lado siniestro caerán mil, y a tu diestro cien mil, sin que luches a brazo partido con ellos, porque empleándote toda en amar a ese Señor, Él es tan poderoso, que con sola su voluntad te los vence y derriba aún antes que ellos lleguen a ti: *ad te autem non appropincuabit. Verumtamen oculis tuis considerabis: & retributionem peccatorum videbis.* Pero tú considerarás y mirarás con tus ojos este favor y beneficio que la Majestad de Dios te hace, y mirarás también cómo muchas veces a los pecadores los castiga Dios como merecen y los entrega en manos de sus enemigos, y viendo cuán diferente lo hace contigo por su infinita bondad, le serás muy agradecida, así a ese beneficio como a los demás.

Y queriendo el alma hacerlo se vuelve a Dios, y hablando con Él dice: *quoniam tu es, Domine, spes mea.* Como si dijera: Señor, son tantas las mercedes que de ti he recibido, que no sé cómo agradecerlas, sino esperando en ti que cada día me las harás de nuevo y mayores, porque ya sé tu condición, que el hacer misericordias a un alma es obligarte a ti mismo a aumentarlas cada día, mayormente a la que pone en ti toda su esperanza. Y yo no sólo la pongo en ti, sino que tú eres para mí la misma esperanza, porque *Altissimum posuisti refugium tuum,* pusiste mi refugio altísimo, que es tu misma divinidad. Y como a ti no se puede acercar el mal de la culpa: *non accedet ad te malum,* segura estoy de que tampoco a mí se acercará de manera que pierda tu gracia si yo por mi voluntad no me saliere de este lugar de refugio, donde tú me tienes y donde tampoco puede llegar ni acercarse el azote de tu indignación y

divina justicia para castigarme mientras yo estuviere en este tabernáculo tuyo.

Luego el Profeta Rey representa al alma otros beneficios que Dios le ha hecho, y dice: *quoniam angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus viis tuis:* no se ha contentado el Señor con las mercedes dichas, sino que también ha mandado a sus ángeles que en lo exterior y corporal también te guarden, sirvan y acompañen para defenderte de los peligros, así espirituales como corporales. Daráte el Señor gracia para que andes sobre el áspid y basilisco, que son significación de los apetitos sensuales, los cuales matan y quitan la vida de la gracia con sólo que la voluntad admita su vista y se deje mirar de ellos con gusto. Y hollarás al león y dragón, que significan el demonio y la soberbia del mundo, de manera que a todos tus enemigos los tendrás vencidos y debajo de tus pies.

Habiendo oído Dios las promesas que de su parte hacía a este espíritu el Profeta, le dice Su Majestad (hablando de él) que será cierto el cumplírselas, porque le ha obligado mucho la total confianza que en todo ha hecho de Su Majestad, y que en él solo tiene su esperanza. *Quoniam in me speravit, liberabo eum: protegam eum, quoniam cognovit nomem meum,* porque esperó en mí, yo le libertaré y le ampararé, porque conoció mi nombre, que es santo, y terrible, y poderoso para vencer infinitos enemigos. *Clamabit ad me, & ego exaudiam eum:* clamará a mí por sus hermanos y prójimos, deseándoles con ansia los bienes espirituales, y yo lo oiré con sumo gusto y cumpliré sus peticiones como más conviniere. *Cum ipso sum in tribulatione:* con este espíritu estoy todo el tiempo que vive en la tribulación de la prisión y sujeción del cuerpo mortal, y en él hago particular asistencia para acompañarla y guiarla

hasta que llegue el tiempo de salir de la cárcel, que entonces *eripiam eum, & glorificabo eum;* yo la libraré de las cadenas y grillos que ahora tanto la molestan y afligen, como lo hacían a Pablo cuando decía: *cupio dissolvi & esse cum Christo,* y la glorificaré, llenándola de gloria por una eternidad larguísima y sin fin: *longitudine dierum replebo eum: & ostendam illi salutare meum,* y mostraréle mi divina esencia en visión clara y beatífica, con divina función.

VI

A este mismo propósito de la transformación del alma en Dios y ejercicio del divino amor, se me ofreció la explicación de algunos Salmos. El uno de los cuales es el Salmo 115, que comienza: *credidi;* como si dijera: creí todo lo que la fe me ha enseñado; y aunque son cosas muy superiores a mi entendimiento, le cautivé en servicio y obsequio de la fe, y vivo de ella (como dice el Espíritu Santo que vive el justo). Porque dejando los discursos y razones de mi entendimiento, que son sus operaciones y vida natural, obra con otro modo de vida sobrenatural que la fe le da, alcanzando por ella un conocimiento altísimo de Dios y de sus infinitas perfecciones, de lo cual hace tan gran estima y ponderación, que reconociendo su corta capacidad y lo poco que puede alcanzar de aquella infinita alteza y grandeza, se queda ciego, deslumbrado de la fuerza de la luz inaccesible, y se une con ella como le es posible, por medio de la fe, la cual es luz divina que nos alumbra en el lugar caliginoso de esta vida mortal.

La fe nos da noticia y nos muestra las cosas que no es po-

sible alcanzar ni conocer en esta luz; pero, aunque es luz por la razón dicha, es justamente tiniebla oscura, porque no muestra con claridad a Dios, sino escondido en su oscuridad, en la cual Dios mora para nosotros, como lo dijo el mismo Profeta David en el Salmo 17: *posuit tenebras latibulum suum*, estas tinieblas en que Dios puso su escondrijo y donde está oculto, es la fe, la cual le sirve como de tabernáculo cercado de cortinas, que dan a entender con toda certeza que está allí la Divina Majestad; pero que no puede ser visto de hombre que vive. *In circuitu ejus tabernaculum ejus tenebrosa aqua in nubibus aeris:* lo que había llamado tabernáculo de Dios, que es la fe, la llama luego agua tenebrosa; agua, porque es la fuente de donde mana el agua viva, como dijo Cristo Nuestro Señor por San Juan, *qui in me credit de ventre ejus fluent aquae vivae*, de manera que de la fe y por ella correrán, en los que la tuvieren, las aguas vivas, y aunque ellas en sí son purísimas y cristalinas, las llama David tenebrosas, por lo que dice luego: *in nubibus aeris,* las cuales nubes del aire significan, en este sentido, los discursos, conceptos y razones naturales del entendimiento, y entrando las aguas divinas de la fe en él, parecen aguas tenebrosas por la causa dicha.

Prae fulgore in conspectu ejus nubes transierunt. Mas aunque la fe le parece tiniebla al entendimiento, tiene en sí grande y divina luz con el rayo de ella y su resplandor; pasaron las nubes, *grando et carbones ignis*, esto es, pasaron y mudáronse aquellas operaciones humanas del entendimiento significadas por el granizo, que es frío, seco y duro, y de multiplicidad, todo lo cual significa muy al propio las operaciones naturales del entendimiento en operaciones y conocimiento divino, transformándose en Dios por medio de la fe; las cuales

operaciones son significadas por los carbones de fuego, que, dejando su calidad natural, reciben las del fuego, que son tan superiores y tan propia significación de los efectos del amor divino, con que se transforma un alma en Dios por medio de esta mudanza que en el entendimiento hizo la fe.

En diciendo, pues, David que creía de esta manera y que estaba su entendimiento mirando a Dios en fe, como se ha dicho, dice luego: *propter quod locutus sum.* Como si dijera: por el mismo caso que estoy en sumo silencio y quietud de toda locución de mi discurso y razón, *soy hablado.* No dice aquí David quién le habla, pero díjolo en el verso que se va siguiendo en el Salmo 17, donde dice: *Intonuit de coelo Dominus & Altissimus dedit vocem suam:* el Señor del cielo fué quien le habló, el Altísim o y Eterno Padre le dió su voz; esto es, su Verbo y palabra eterna, para que su espíritu se uniese y transformase en él y fuesen una misma cosa por amor y espiritual desposorio, el cual se hace en fe, como dijo Dios por Oseas: *sponsabo te mihi in fide.* Y como David estaba en fe viva y práctica, luego se hizo este divino desposorio con el divino Verbo, de la cual unión y transformación se siguió una total aniquilación de todo su ser humano en el afecto, y de sus calidades y propiedades en el efecto, participando de las divinas en grado superior. Esto quiso decir en aquellas palabras que se siguen: *ego autem humiliatus sum nimis;* fué con tanto exceso y demasía mi humillación, que llegó a lo sumo que pudo llegar, que es a una total aniquilación de mi ser, en e modo que se ha dicho, no pareciendo ya cosa mía, como no se parece nada del carbón cuando está transformado en el fueg del cual tomó y participó las cualidades y propiedades cor si fuera puro fuego, y las suyas de fealdad y frialdad se ar

quilaron. Por eso, David, en habiendo dicho que el Altísimo dió su voz y palabra, tornó a referir: *grando & carbones ignis*, significando que por la participación que se le dió a este espíritu del Divino Verbo, se hizo en él una mudanza semejante a la del carbón en el fuego.

De esta misma manera declaró Ezequiel la transformación de aquellos cuatro misteriosos animales en el Divino Verbo, diciendo que eran *quasi carbones ignis ardentium.*

Como a esta total aniquilación y suma humillación del ser natural se sigue tan alta exaltación por la participación del Ser Divino y sobrenatural en que luego se ve, David dijo: *ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax;* yo dije estando en aquella alteza y exceso de felicidad, viéndome unido y transformado con la verdad divina y eterna (que él mismo dijo *ego sum via veritas & vita)*, todo lo que no es Dios, todo hombre y toda criatura, es mentira respecto de esta infinita verdad; todo cuanto hay bueno y amable, está verdaderamente encerrado en Ella, y todo lo que muestran de bueno las criaturas es falso, mentiroso y aparente si no es lo que hubieren participado de este sumo bien, que es el solo verdadero. Y viendo que él había participado tanto del verdadero bien, que es Dios, y que por su sola bondad y misericordia le había hecho tan grandes beneficios, se pone a considerar cómo los podrá mejor agradecer, y dice: *quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?;* y considerando que con ninguna cosa se agradecen mejor los beneficios que con aprovecharse de ellos y disponerse para recibir otros de nuevo de la infinita liberalidad de Dios, que tanto desea y quiere hacerlos nuevos y mayores en las almas, y hallar disposición en ellas para ello.

VII

Dice luego el Santo Profeta Rey: *calicem salutaris accipiam,* como si dijera: en lo que podré mostrarme muy agradecido y lo que más le agradará de mí es que reciba el cáliz de salud. No declara aquí qué sea este cáliz, pero habíalo declarado en el Salmo 15, donde dijo: *Dominus pars haereditatis meae, & calicis mei;* el Señor y Dios mío es la parte de mi heredad, esto es, Dios me ha hecho hijo suyo adoptivo, hermano y compañero de su Hijo natural, no sólo en cuanto a la naturaleza humana sino también cuanto a la divina, y así soy heredero del Eterno Padre y coheredero de su Hijo, como dice el divino Pablo: *si autem filii & heredes, heredes quidem Dei coheredes autem Christi.* Cristo en cuanto Dios, no sólo hereda de su Padre su divina naturaleza con todas sus perfecciones y atributos siendo igual a Él; sino también hereda la virtud y eficacia aspirativa para producir el Espíritu Santo, como le produce el Padre. Y cada una de las dos divinas personas aspira en la otra el impulso y fuerza de amor infinito que de las dos procede, el cual amor recíproco, como se ha dicho, es el Espíritu Santo. Cristo, en cuanto hombre, también hereda la parte que le puede caber de esta herencia, que por la altísima unión que su alma santísima tiene con el Divino Verbo, alcanza gran parte de ella como hermano mayor y primogénito de todos sus hermanos.

También a mi espíritu, dice David, aunque hermano menor y muy inferior a Cristo, le alcanza alguna parte de la misma herencia, según su capacidad y cooperando en Cristo, así en cuanto Dios como en cuanto hombre, en la divina aspiración

del Espíritu Santo, por gracia y participación del amor. Puedo decir que esta es la parte de mi heredad y la herencia que de gracia se me ha dado, y recibiendo del Padre el mismo Espíritu Santo que me le aspira y comunica por gracia, puedo decir que es mi cáliz. Y que el Espíritu Santo sea significado por el vino purísimo y fuerte que embriaga las almas con su amor, consta de muchos lugares de la Escritura; y el mismo David también lo dijo en el Salmo 22 por estas palabras: *impinguasti in oleo caput meum,* ungiste con óleo mi cabeza, esto es, ungiste con el aceite preciosísimo de la gracia el centro y parte superior de mi alma.

Hablando con Cristo Señor Nuestro, en el Salmo 44 dijo: *unxit te Deus, Deus tuus oleo laetitiae prae consortibus tuis,* hate ungido Dios, y Dios tuyo por excelencia, con el aceite de la gracia sobre todos tus compañeros y hermanos. A mí también me ungió como a uno de sus compañeros con el mismo aceite de que está bañada mi alma, según su capacidad; pero no contento con esto, consiguientemente dió a mi voluntad y afecto la bebida preciosísima del vino y cáliz de su amor: *& calix meus inebrians quam praeclarus est,* el cáliz del divino e infinito amor que es el Espíritu Santo, que es mío porque me le da y me le comunica el Padre y el Hijo, ¿quién podrá decir, ni aun conocer cuán precioso es y cuán poderoso para embriagar, pues su propio nombre es *inebrians?* Recibiré, pues, este cáliz y Espíritu Divino y con él amaré a Dios con su mismo amor, como hijo suyo, que es lo que dijo San Pablo en el mismo capítulo: *quicunque enim spiritu Dei aguntur hi sunt filii Dei,* los que obran el ejercicio y operación del amor con el mismo amor infinito que es el Espíritu Santo, esos son hijos de Dios y como tales participan de la herencia de ese divino cáliz.

Prosigue David y dice: *& nomem Domini invocabo.* Como si dijera: amando con el Espíritu Santo estaré siempre invocando y nombrando su santo nombre, estaré siempre diciendo Santo, como uno de los serafines que lo dicen sin cesar, como queda dicho. Y de ocuparme siempre en esto, sin divertirme voluntariamente en otras cosas, hago a la Majestad de Dios un ofrecimiento solemne delante de todo su pueblo: *vota mea Domino reddam coram omni populo ejus*, en presencia de todos los espíritus bienaventurados y cortesanos del cielo, ofrezco y cumpliré el no vivir ya más para mí ni aun espiritualmente; el estar muerto, aniquilado y deshecho a todo lo que no es Dios, para participar de su Divino Espíritu y amarle con él y que pueda decir de mí el divino Pablo que verdaderamente estoy muerto y que mi vida es ya divina, escondida con Cristo en Dios, *mortui enim estis & vita vestra abscondita est cum Christo in Deo,* y siendo esto así podrá decir todo el cielo que es testigo de esta mi muerte mística. *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* Mirando estamos cómo recibe la Majestad de Dios el ofrecimiento que esta alma le hace de su vida y operaciones naturales, y cómo mueve a todas y vemos que lo estima la Majestad Divina como cosa preciosísima, y que esta muerte, que es tan propia de los santos (que solos ellos la hacen y la tal muerte hace santos a los que la mueren) es preciosa en la presencia del Señor.

Dice luego David: *O Domine, quia ego servus tuus,* como si dijera: ¡oh, Señor! ¿Es posible que yo haya recibido y alcanzado ser siervo tuyo? El que tú tienes contigo y donde tú estás, como dijiste por tu Evangelista: *volo pater ut ubi ego sum illic sit & minister meus*, que es el mayor premio que pueden merecer ningunos servicios. Yo me gozo sumamente de ser este

siervo tuyo, *ego servuus tuus,* vuelve a repetir gloriándose de ello y de que es también Hijo de la esclava del mismo Dios, *& filius ancillae tuae,* por la cual esclava se puede entender la sagrada Humanidad que tomó el Verbo Divino, que aunque la naturaleza humana es esclava de la divina, pero de tal manera la levantó y unió a sí, que siendo una Persona las dos naturalezas, de ambas es Hijo, porque de la Divina Forma fué criado, y por la Humana fué reengendrado y reformado. De la Divina es Hijo por gracia; de la Humana lo es por derecho de justicia. Y esclavo suyo comprado con el precio excesivo de su sangre.

Prosigue David diciendo: *dirupisti vincula mea,* aquellas ataduras y cadenas con que estaba ligado y enlazado mi espíritu con el alma; la parte superior con la inferior, la parte espiritual con la sensitiva, la racional con la animal, las rompiste y cortaste con el cuchillo y espada agudísima de tu divino Verbo y palabra eterna, cuya unión de amor con mi espíritu fué poderosa para dejarle como desatado del alma, como dijo San Pablo: *vivus est enim sermo Dei & efficax & penetrabilor omni gladio auciplte & pertinges usque ad divisionem anime ac spiritus:* quedó dividido y apartado el espíritu del alma, esto es, lo supremo del entendimiento y voluntad, quedó sin la turbación y molestia de las pasiones y apetitos con que la parte inferior del alma lo tenía preso y atado, y así puede volar y subir libremente a Dios y a su conocimiento y amor. Y aunque la parte sensitiva y animal viven esta vida mortal y terrena, la espiritual, como desatada de todo eso, vive a sólo Dios.

Al cual dice David que sacrificará sacrificio y hostia de alabanza: *tibi sacrificabo hostiam laudis,* como si dijera: para

perseverar en esta dichosa libertad que Dios ha dado a mi espíritu, trabajaré yo cuanto pudiere en que mi cuerpo, y todo lo exterior y sensible: mis apetitos y pasiones de esta parte inferior, esté como muerto también, y así lo estaré siempre mortificando y matando, ofreciéndoselo a Dios en sacrificio, como lo declara más en otro Salmo: *quoniam propterte mortificamur tota die estimaıi sumus sicut ovis occisionis,* todo el día, desde la mañana hasta la noche, me estaré mortificando y matando por ti. A semejanza de la oveja que la están degollando y matando para ofrecértela en sacrificio, de la misma maneıa estaré yo siempre sacrificándome, el cual sacrificio es para ti de tanto gusto que le puedo llamar sacrificio y hostia de alabanza. Y así como para morir se repite y pronuncia muchas veces el nombre de Jesús, lo mismo haré yo: *& nomem domini invocabo.* Y con la suavidad y dulzura de este nombre me será dulce la amargura de esta muerte.

Acaba el Santo Profeta Rey el salmo renovando sus propósitos y ofrecimientos que en todo él ha dicho y hecho, y, ofreciéndolos de nuevo a la majestad de Dios, dice: *vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus.* Como si dijera: estoy tan lejos de haberme arrepentido de lo que he propuesto y ofrecido a Dios, que lo vuelvo a hacer ahora también en presencia de todo su pueblo glorioso, de la celestial Jerusalén; para que tornen otra vez a ser testigos de las veras y resolución con que lo hago, *in atriis domus Domini, in medio tui Jerusalem:* que aunque estoy detenido en sus atrios y zaguanes (porque mientras estoy preso en esta carne mortal, no se me permite pasar de ellos ni entrar en esa gloriosa ciudad), lo más esencial de mi vida (que es la de la parte superior de

mi alma) es muy semejante a la que vive en medio de su mayor felicidad y gloria, *in medio tui Jerusalem.*

VIII

Algunas veces se me ha ofrecido una duda acerca de mi camino espiritual, reparando qué será la causa de no tener en el tiempo presente las grandes ansias de Dios y de la unión con Su Majestad, que tuve algunos años de los pasados; las cuales eran tan grandes que me traían como fuera de mí, y tan continuas, que ni el comer ni otras ocupaciones me divertían de ellas, y muchas horas me hacían derramar grande abundancia de lágrimas, con profundos sentimientos en el corazón, que me le enflaquecían y me ponían como enferma, y otros modos de comunicarse Nuestro Señor con tanta fuerza de amor que algunas veces parecía no podía sufrirlo mi natural, todo lo cual ha muchos días y aun algunos años que me falta, y sólo siento un modo de aspirar amoroso y muy suave, en aquel ejercicio de amor que queda dicho, de los dos serafines y unión con el Divino Verbo y Espíritu Santo.

Temiendo que este modo fuese de menos aprovechamiento que el primero, e indicio de que me había aprovechado mal de aquellas mercedes de Nuestro Señor, pues me las había quitado y dejado en sólo esto, que me parecía menos, se me ofrecieron a este propósito unos versos del Salmo 106, en que el Santo Profeta Rey habla místicamente y declara muy a la letra lo que pasa en las almas que caminan por el dilatado mar del amor, como por la bondad de Dios ha caminado la mía. Que el amor se ha significado por mar, díjolo el mismo David en

el Salmo 118 por estas palabras: *omnis consummationis vidi finem.* Tratando, pues, de los Mandamientos de la Divina ley y considerando que, aunque son la consumación de la perfección del alma que con ella los guarda, al fin se acaban y tienen fin, y mirándole y viendo que todos se acaban para cada uno en su muerte, dijo luego: *latum mandatum tuum nimis*, sólo el mandamiento del amor es tan dilatado que excede a la latitud del mar Océano; no es posible ver su fin, porque es eterno y su longitud se extiende a toda la eternidad.

Es mar tan dilatado el amor, que el mismo Dios navega en él, y en él tiene sus caminos y sendas, como declaró más el mismo David en el salmo 76, diciendo: *In mari via tua, & semitae tuae in aquis multis, & vestigia tua non cognoscentur;* como si dijera: en el mar del amor son tus caminos, Dios mío; desde ab aeterno te estás amando con amor infinito, dentro de ese mar moras, y no es posible llegar a ti, ni unirse contigo las almas, si no es caminando por este mar y siguiendo las aguas vivas y caudalosas de la gracia, que el mar del amor encierra en sí. Y si se apartaren de las sendas de estas aguas y de los caminos de este mar, al punto se alejarán de ti y no podrán conocer tus huellas para seguirte; que como son de amor y en aguas de gracia, sólo los que navegan en este mar las conocen, no por ciencia natural del entendimiento humano, sino por ciencia sobrenatural y experimental de la voluntad, que es la que va siguiendo a Dios, por sus huellas; esto es, por los afectos amorosos y encendidos que el Espíritu Santo imprime en ella.

Supuesto que el mar donde las almas caminan es el amor, viene muy a propósito todo lo que dice David en el salmo 106, desde el verso *qui descendunt mare in navibus;* como si di-

jera: los que se arrojan en el mar del amor y navegan en él dentro de las naves de la fe y esperanza, *facientes operationem in aquis multis,* ejercitan operaciones divinas en las aguas de la gracia, que son caudalosísimas. *Ipsi viderunt opera Domini, & mirabilia ejus in profundo;* estos son los que ven las obras maravillosas de Dios, que con infinito amor obra en ellos, y particularmente en el profundo centro de su alma, donde Él mora en suma tranquilidad; y desde donde ordenó que se levantase el espíritu de tempestad. *Dixit, & stetit Spiritus procellae;* esto es, comunicó su Divino Espíritu a la voluntad, con tan grandes y sensibles ímpetus de amor, que tienen semejanza con el viento vehemente y divino fuego con que se comunica a los Apóstoles el día de Pentecostés. *Et exaltati sunt fluctus ejus. Ascendunt usque ad coelos, & descendunt usque ad abyssos:* levantó tan altas sus ondas que llegaban hasta los cielos; causó tan grandes ansias de Dios el amor en sus corazones, que los sacaba de sí y los hacía volar al cielo, deseando verse desatados de los cuerpos para unirse mejor con Dios; aspiraban a esta divina unión con tal eficacia y fuerza, que los ponía a punto de perder la vida corporal, y ser de todo punto anegados de las fortísimas olas del amor. El cual, si en algunos tiempos los levantaba tan altos, en otros los bajaba al abismo profundísimo del conocimiento de su nada y del temor filial; de si en algo ofenden y desagradan a la Divina Majestad, lo cual sienten más que padecer mil muertes, y viendo que pueden caer en tan grandes males como son los pecados, *anima eorum in malis tabescebat,* parece que se están secando y acabando sus almas y sus vidas con la fuerza de esta pena y de este temor, y no sólo les aflige el temor de las culpas en que pueden caer, sino también el sentimiento grande de las

imperfecciones que hacen y de las faltas que tienen en servir al Señor, a quien tan intensamente aman.

La fuerza del divino Amor, mezclado con este temor santo y filial, es como vino fuerte, mezclado con sal, que embriaga poderosamente las almas y las hace salir de sí y hacer operaciones interiores, fuera de toda razón, con afectos de cosas tan superiores que son totalmente imposibles en el afecto, como lo que decía San Agustín hablando con Dios y embriagado de este vino: Si Agustín fuera Dios y Dios fuera Agustín, dejara yo de ser Dios porque Vos, Señor, lo fuérais. Y otras cosas semejantes, que el mismo amor hace decir y hacer. Y así dijo David: *Turbati sunt & moti sunt sicut ebrius: & omnis sapientia eorum devorata est*, estando embriagados, claro está que más habían de parecer locos que sabios; pero a la verdad entonces lo son más verdaderamente, y aquella insipiencia es la verdadera sabiduría, la cual traga y esconde a la sabiduría humana: *& clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, & de necessitatibus eorum eduxit eos.*

Estas almas, tan embriagadas del amor, su más ordinario ejercicio es de clamar a Dios, pidiéndole su divina unión y desean con suma ansia que Su Majestad se la conceda y las saque su pobreza y miseria, que de suyo tienen, haciéndolas participantes por la gracia de las infinitas riquezas y divinas propiedades de la naturaleza divina, que hasta que Dios hace esta merced a un alma siempre la están combatiendo las olas y ansias del amor; pero en llegando el tiempo en que la Majestad de Dios hace merced a las almas de unirlas consigo, con el vínculo del matrimonio espiritual, luego convierte aquel espíritu de amor ansioso y violento en amor tranquilo y suavísimo. *Et statuit procellam ejus in auram: & siluerunt fluctus*

ejus. Como Dios hace a las tales almas semejantes a sí y les comunica sus propiedades, y el amor de este Divino Señor, aunque es infinito, es sumamente tranquilo y pacífico, así ellas aman intensamente con ese mismo amor y con tranquilidad y suavidad, el cual amor no les causa ya las turbaciones, sentimientos ni los demás afectos semejantes que solía, sino sumo gozo y paz: *Et laetati sunt quia siluerunt*. Quién podrá decir el gozo que un alma siente cuando está en este estado, cuando ya conoce que el Señor la ha sacado y guiado al puerto felicísimo que deseaba de la divina unión: *& deduxit eos in portum voluntatis eorum*, y viendo cumplidos sus deseos, y que Dios ha usado con ella tan grandes misericordias, a ellas mismas pide que lo agradezcan a la Divina Majestad: *Confiteantur Domino misericordiae ejus: & mirabilia ejus filiis hominum*, y también convida a todas las criaturas racionales para que ayuden a agradecerlo.

IX

Con la declaración de estos versos entendí cómo el estado y ejercicio de amor en que Dios me tiene ahora (tranquilo, pacífico y como respiración suave y aire delgado y quieto en que se ha convertido la tempestad de ansias, sentimientos y lágrimas que solía tener), es mejor y más perfecto, y que Su Majestad, por su infinita misericordia y sin ningún merecimiento mío, me ha guiado y sacado al puerto tan deseado de la transformación en Dios por gracia, en la cual mi ordinaria operación es cooperar con Su Majestad en la divina aspiración del Espíritu Santo y amor infinito.

Y para declarar mejor la práctica de esto se me ha ofrecido esta comparación, que es la de la respiración corporal, la cual recibe el corazón, comunicada por la cabeza: por ella entra el aire suavísimo con que el corazón respira y él vuelve a dar su respiración caliente a la misma cabeza, habiendo entre ella y el corazón una recíproca correspondencia continua y suave, que ninguna cosa le puede impedir. Esta semejanza declara algo la aspiración de las divinas personas: el Padre Eterno es significado por la cabeza, porque es el principio sin principio de la naturaleza divina, y como dijo San Pablo, la cabeza de Cristo es Dios, como si dijera: la cabeza del divino Verbo es su Eterno Padre y el mismo Verbo es significado por el corazón del Padre.

En este sentido se pueden entender aquellas palabras de los Cantares: *Vulnerasti cor meum, soror mea, Sponsa.* La Esposa es la naturaleza humana, la cual hirió de amor al divino Verbo y le rindió a que la uniese consigo, y como es el corãzón del Padre, dice que le tiene herido y aun se queja de que se le ha quitado la Esposa, *abstulisti mihi cor* (dice otra letra), esto es, a mi Hijo, que es mi corazón, me le quitaste y sacaste de mi pecho y te le llevaste a la tierra y al mundo por la unión que hizo contigo en su Encarnación, lo cual se puede decir que fué salir de mí, aunque se quedó en mí, *exivi a Patre & veni in mundum*, dijo Cristo.

La divina Cabeza, que es el Padre, está siempre dando a su divino Corazón la infinita y amorosa aspiración, que es el Espíritu Santo; y el Verbo, como corazón, le está también dando y enviando al Padre, que es la cabeza, con una continua y recíproca correspondencia de amor infinito. A este altísimo Corazón, dice David que se acercó, llegó y unió el hombre. *Acce-*

det homo ad cor altum, llegóse y unióse el hombre con el divino Verbo, cuando encarnó y se hizo hombre; y unida aquella humana naturaleza y alma santísima a aquel divino corazón, aspira juntamente con él. Y por haberse unido la Naturaleza humana de Cristo con la divina, pudieron acercarse, llegarse y unirse con el mismo Cristo otras almas, y hechas un espíritu y un corazón con él, aspirar cada una según su capacidad también al Espíritu Santo, que el mismo Dios gusta de levantarlas a tan alta dignidad y operación, que por eso dijo luego David *& exaltabitur Deus*, y ellas no hacen más de dejarse totalmente en Dios, cooperando suavísimamente con la aspiración amorosa que reciben por la gracia.

Cuando Dios Nuestro Señor crió a Adán, dice la Sagrada Escritura que habiendo formado el cuerpo del barro de la tierra, *inspiravit in faciem ejus spiraculum vite*, aspiró en su rostro un soplo y respiración de vida y de esta manera le infundió el alma: *& factus est homo in animam viventem*, luego fué hecho hombre perfecto, con ánima viva, que le animase y le diese vida; en lo cual quiso Dios dar a entender que el alma la criaba, no sólo a su imagen, sino también a su semejanza, la cual gozaba y tenía por la gracia que le comunicó con su divina aspiración, que fué comunicarle el Espíritu Santo, que es el que causa la gracia en el alma y la da vida como espíritu vivificador, de tal manera, que en faltando este divino espíritu del alma y, por consiguiente, la gracia, al punto queda muerta. Pues como Dios crió el alma en gracia y viva, porque le comunicó aquella divina aspiración suya, mientras conserva la vida de la gracia, siempre la está recibiendo, y cuando esta gracia llega a grado tan superior y levantado que la une y transforma felicísima y estrechísimamente en Dios y en su divino Corazón,

dale Su Majestad particular gracia y auxilio para que con ella pueda amarle con su mismo amor por modo muy levantado y tan continuo y suave como la respiración corporal.

Esto parece que quiso decir San Pablo cuando desafiándose con todas las criaturas dijo: *quis ergo nos separabit a charitate Christi*, como si dijera: los que estamos unidos con Cristo, tenemos nuestra caridad y nuestro amor unido al suyo, y obramos con una operación de amor, de tal manera, que ninguna criatura, ni ningún trabajo ni aflicción nos podrá apartar de ella; porque es la respiración con que nuestra alma vive, y así como nada puede impedir la respiración corporal si no es la muerte, así tampoco nada nos puede impedir esta respiración espiritual de amor. Y tiene tal excelencia que la muerte no la impide ni acaba; antes bien la aumenta y la dilata por toda la eternidad.

Mientras vivimos en este cuerpo mortal y pasible, con su peso y gravamen oprime algo esta suave y amorosa respiración. *Corpus quod corrumpitur agrabat animam*, los humores gruesos agravan el corazón y oprimen la respiración, que es enfermedad penosa y así lo es el peso del cuerpo para el alma. Pero al fin, aunque con él, no cesa de respirar y aspirar con el corazón de Cristo y de esto no nos apartará la tribulación ni la angustia, por grande que sea, ni el faltarnos las cosas necesarias, como es la comida y vestido, ni los peligros a que estamos sujetos en esta vida mortal, aunque sea el de perderla violentamente a fuerza de espada.

Ni el cuidado necesario para vivir esta misma vida será parte para divertirme de mi ocupación y respiración interior a Dios; ni con los mismos espíritus bienaventurados se ocupará mi afecto, que ha de estar siempre empleado en sólo Dios, y mucho menos me ocuparé en cuidar de las cosas futuras, ni

temporales ni eternas, porque estoy toda entregada en la divina voluntad y ordenación, y confiando en Su Majestad, totalmente, descuido de todo lo que me puede suceder. Tampoco me podría apartar ni impedir la alteza de las honras de esta vida, que aunque fueran las mayores y levantadas del mundo, no las estimo en nada; ni lo profundo de la humillación y desprecios, que antes me puedan ayudar que impedir; ni tampoco temo la fortaleza de mis enemigos espirituales, porque la gracia de Dios es sobre todo, y al fin ninguna criatura puede apartar las almas de la unión de amor con Cristo si ellas mismas no se apartaren por su voluntad y malicia.

Año de 1639.





INDICE